

Cosmópolis



in l. u. s. 18

Madrid, Junio 1928

Precio: 1,75 ptas.

Ayuntamiento de Madrid

HERMÈS

SILLERO

24, FAUBOURG SAINT-HONORÉ
PARIS



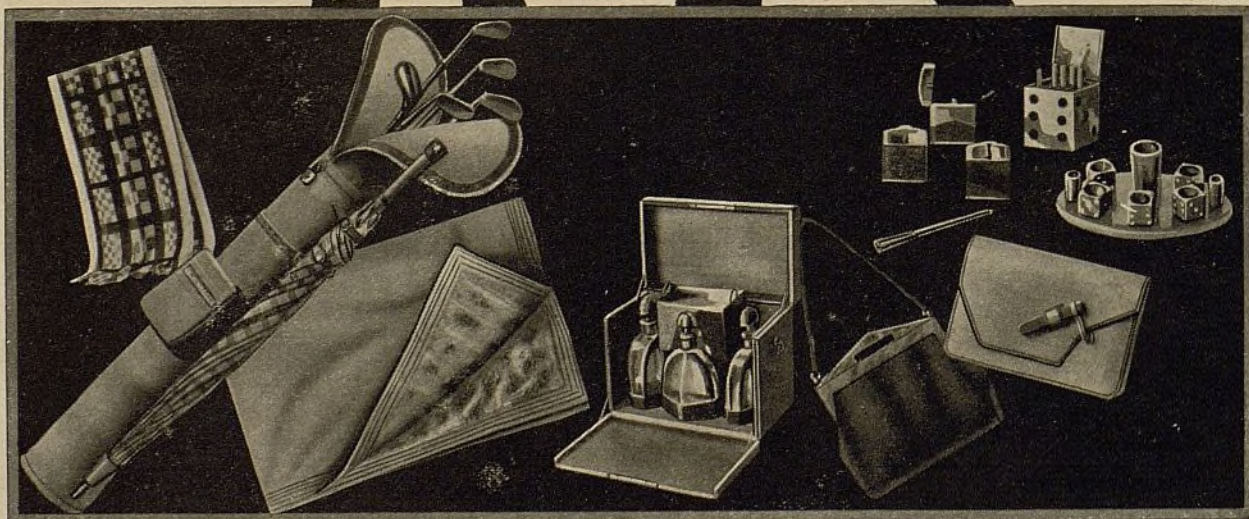
Hjic

BIARRITZ
5, Avenue Édouard-VII

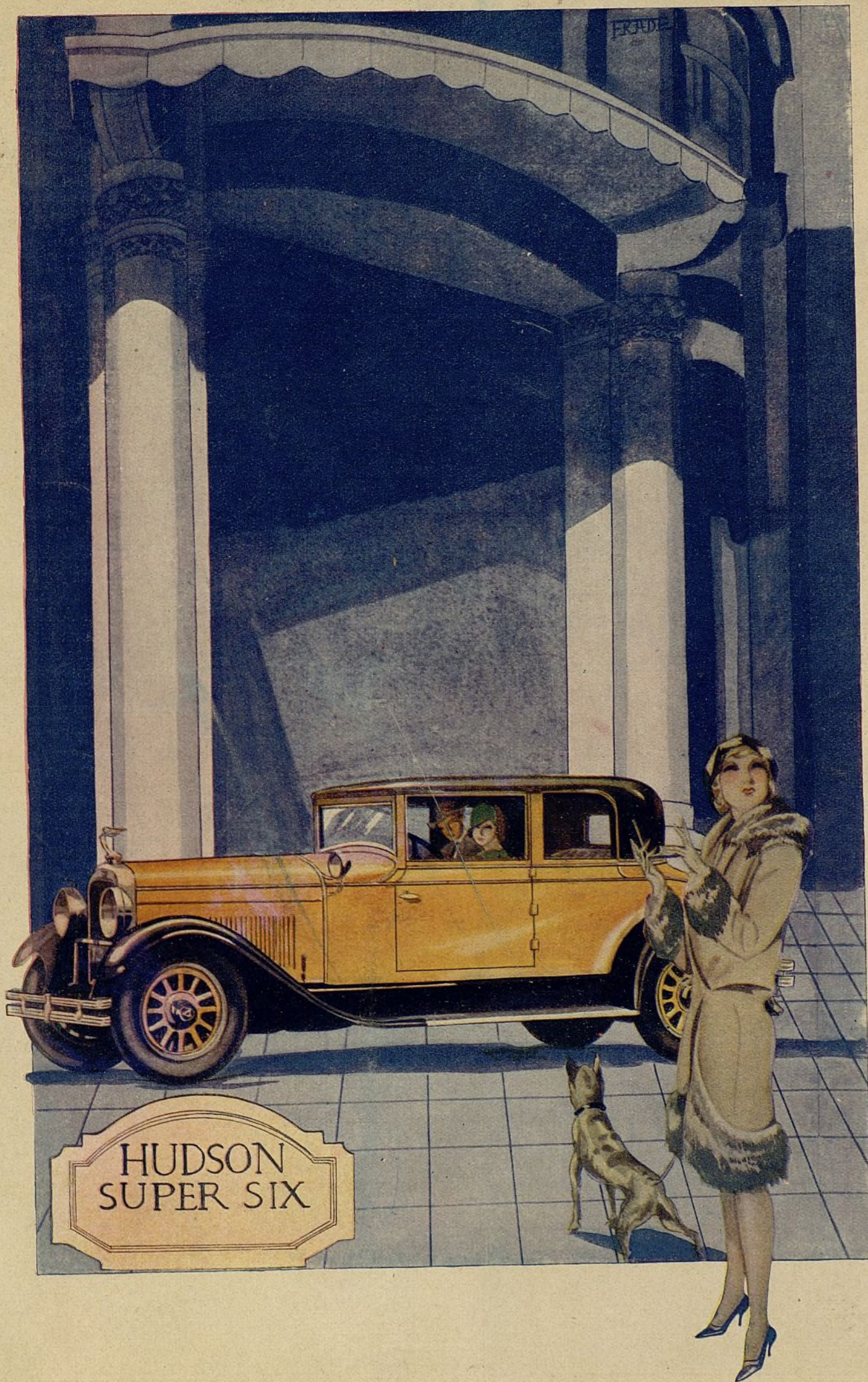
PAU
5, Rue du Maréchal Foch

CANNES
CHANTILLY
SAINT-CYR
SAUMUR

DRAEGER



M A R O Q U I N E R I A — V I A J E — S P O R T

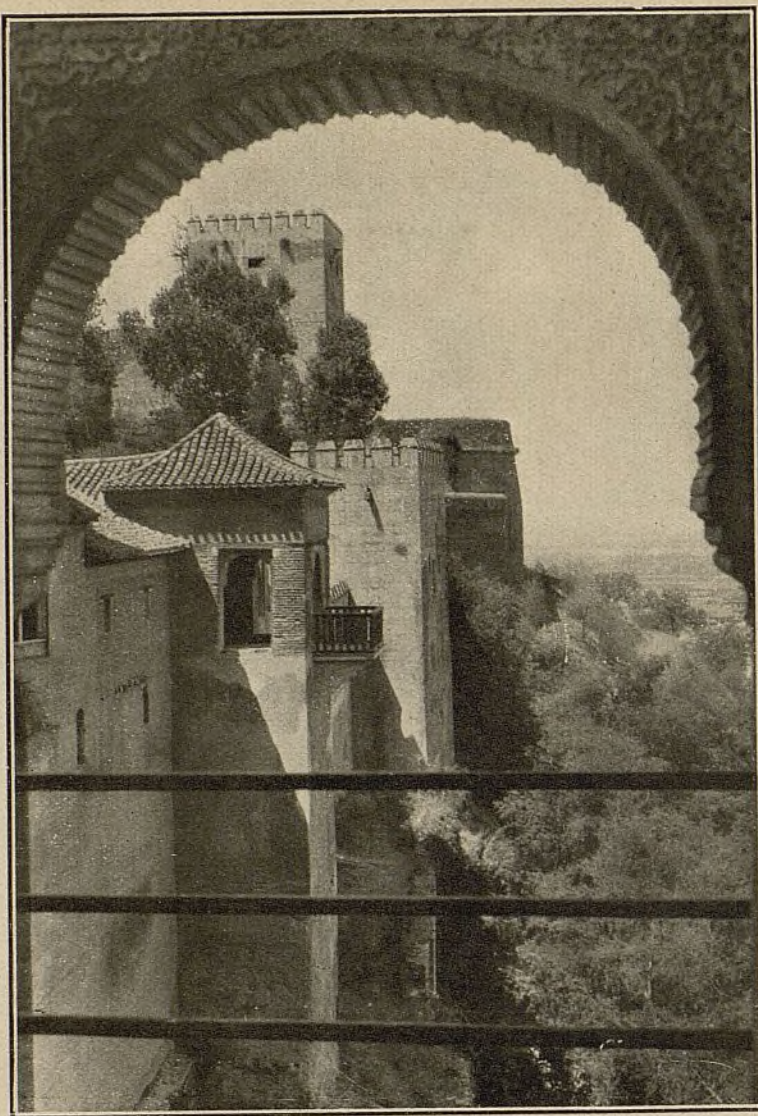


GRANADA

SU RIQUEZA ARTÍSTICA Y TURISMO

GRANADA: Raro es el forastero que pisa el suelo de nuestra Patria que no se sienta atraído por el mágico nombre de tu Alhambra, joya hermosa del arte de los árabes, que en estas magníficas tierras andaluzas crearon, para asombro universal, estos monumentos, honra y orgullo de todo español. Granada: uno de los florones más preciados de nuestra corona artística eres tú. Cuando contemplamos, con emoción, el famoso Patio de los Leones, con sus arabescos calados y caprichosos, sintiendo el rumor cristalino de los surtidores; cuando, asomados al Balcón de Lindaraja, contemplo a mis pies la hermosa vega y los maravillosos cármenes granadinos, teniendo por fondo la sin par belleza de Sierra Nevada, y en la que en uno de sus picachos parecen ver difumarse la silueta del célebre rey moro, llorando su perdido reino.

Granada: No es solamente la fama de tu Alhambra la que hace al turista admirarte; son muchas las bellezas artísticas que te adornan; aquí tienes, lector querido, cogidas al azar, tres bellas pruebas de cuanto te digo. En uno de los más pintorescos sitios de Sierra Nevada se levanta uno de los mejores y más confortables hoteles; su ascenso, desde la capital, resulta cómodo y se admiran los más bellos paisajes, como también espléndidos panoramas, disfrutando de un clima delicioso.



Torre de los Picos

Reyes católicos fueron los que te arrancaron, bella Granada, del poderío musulmán; rey católico es el que te conserva, orgulloso de poder contar en su reino con tan preciada joya; su espíritu de artista, su talento, va siguiendo poco a poco el desarrollo, que tan alto habla del pueblo granadino.

En estos días, Granada se viste de novia, no para embellecerse, lo es bastante, sino para recibir a los forasteros que, atraídos por las magnificencias de su famoso Corpus Christi, llenan sus magníficos hoteles.

Mis deberes me obligan a dejarte, Granada hermosa, sin conocerte profundamente, como eran mis deseos; franca he tenido la entrada, nadie me retiene a la salida; mejor dicho, sí, hay algo que, sin saberlo explicar, hace que, camino de la estación, vaya mi paso acortando, y de vez en cuando vuelva mi mirada hacia el sitio de la leyenda de Boabdil; ahora comprendo su dolor y su llanto.

Ya en el tren, vibra en el aire la popular copla:

Adios, Granada,
Granada mía,
ya no volveré a verte...

Yo sí; tan enamorado voy de ti,
que no te digo adiós, sino hasta pronto.

R. E. T.

Madrid, junio de 1928.

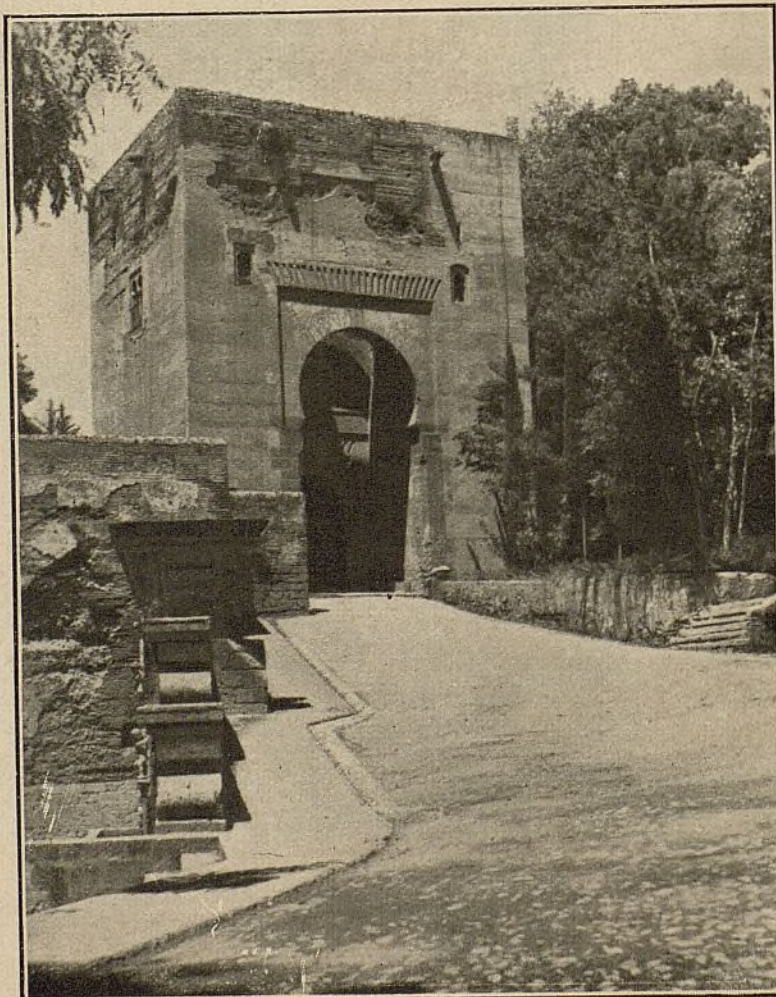
Gran Hotel París GRANADA

HOTEL DE PRIMER ORDEN. - ASCENSOR,
DEPARTAMENTOS CON BAÑO PRIVADO,
LAVABOS CON AGUAS CORRIENTES.
PRECIOS MODERADOS.

*Torre
del
Homenaje*



*Puerta
de la
Justicia.*



Cosmópolis

Redacción y Administración
Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) MADRID.
Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490
Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:
España: un año 19 pesetas
un semestre 10 pesetas
Extranjero: un año. 25 pesetas

SUMARIO

LITERATURA

«El misterio del *Maria Celeste*», novela corta, original de ALFONSO HERNÁNDEZ-CATÁ; ilustraciones de MÁXIMO RAMOS.
«La barrera infranqueable», novela, original de ENRIQUE MENESES; ilustraciones de BALDRICH.
«Tres puntos rojos», novela de aventuras, original de SEE ADCOME; ilustraciones de RIBAS.
«Los amores de Elena», novela, original de M. HUNGERFORD, traducida por BEATRIZ GALINDO, e ilustrada por ORMAECHEA.
«La fiesta mayor de Lagartera», crónica de SANTIAGO CAMARASA; fotografías de PABLO RODRÍGUEZ.

BIBLIOGRAFÍA

«Villa-Urrutia y su retablo histórico», crónica de MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO.
«Notas bibliográficas».

TEATRO

«La fiebre madrileña de la revista parisina», reportaje por «SAM».

CINEMATOGRAFÍA

«Ante la pantalla», crónica por ADAME MARTÍNEZ.
Fallo de nuestro Concurso de argumentos.

LOS ESCRITORES NUEVOS

«Hemos recibido su trabajo, y...» (correspondencia de la sección).
«Amor», poesía de RAFAEL PÉREZ, ilustrada por COBOS.
«Angustia», poesía de CARLOS PONTES, ilustrada por CASENAVE.
«Mi aventura», cuento de ANDRÉS PACHECO PICAZO.
«Los dos Caines», cuento de ÁLVARO DE ORRIOLS, ilustrado por el mismo.

DEPORTES

«Las yeguas españolas», por «BOUGIE».
Fútbol.—«Después de dos violentos finales no hay aún campeón de España», por EDUARDO TEUS.
Automovilismo.—«Frank Lockart, víctima del vértigo de la velocidad».
«El aristocrático deporte del polo en España», por E. T.

GRAN MUNDO

«Una jornada en el Hipódromo de Aranjuez», original de ZYX; fotos de MARÍN.
Retrato de la señorita María Rosa San Miguel, hija de los marqueses de Cayo del Rey.
Retrato de madame Cartier («née» condesa Almasy).
Retrato de la señorita Mercedes Larios y Fernández de Villavicencio.
Retrato de madame André Dubonnet.
Retratos de Isabel Duque de Estrada, hija de los condes de la Vega de Sella, y de D. Jaime Gómez Acebo, hijo de los marqueses de Cortina.

ARTE

«En el estudio de Ortiz Echagüe», reportaje por FERNANDO DE LA MILLA.

TURISMO

«Jardines», crónica de ANTONIO PRAST.
«Castillos de Segovia», artículo original del CONDE DE SANTIBÁÑEZ DEL RÍO.

FEMENINA

«De Claudia a Leonor», crónica epistolar por ISABEL O. DE PALENCIA.
«Entre nosotras», crónica de modas por CIL.

INFANTIL

«Era una chinita», cuento original de MARÍA EUGENIA H. IRIBARREU; ilustraciones de SERNY.
Muñecos recortables, concursos, etc.

EXTRANJERO

«Cartas de un londinense», por PEEJAY.
«Cartas de Nueva York», por JORGE V. DOMÍNGUEZ.

VARIOS

Curiosidades.
Historieta original de CAÑAVATE.

PASATIEMPOS

Concurso criptográfico por FRAMARCÓN; resultado del Concurso bimestral abril-mayo.

Algunos colegas de provincias y extranjero nos honran frecuentemente con la reproducción de los originales publicados en nuestras columnas. Agradecemos la atención y aún más si no se olvidasen de consignar la procedencia de los trabajos. Cuantos se inserten en COSMÓPOLIS pueden reproducirse (salvo indicación expresa en contrario) con sólo hacer esta salvedad.

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

«The Mystery of Maria Celeste» is the title of an original short story by the well known author Alfonso Hernandez Catá, illustrated by the eminent artist Máximo Ramos, which is published on page 9

«Bibliographical Notes» is a review of literary productions of the month and appears on page 13

The well-known writer Fernando de la Milla publishes a criticism of art under the heading «In the studio of Ortiz Echagüe» with photographs of his pictures on page 15

The portraits of Miss Maria Rosa de San Miguel daughter of the Marquis of Cayo de Rey, of Madame Cartier (née Jacqueline Almas), and of Miss Mercedes Larios y Fernandez de Villavicencio appear on page 21

Our distinguished member of the staff «Bougie» deals with the sporting side of horses in an interesting and authoritative article under the title of «Spanish studs», with many photographs, on page 31

Under the title «A day on the Aranjuez race course» an interesting article with photos by our colleague «ZYX» is published on page 33

Adame Martínez deals with the universal attraction of the cinema in an article «Before the screen» with photographs which can be seen on page 40

«The chief festivity of Lagartera» a chronicle of Toledan customs by Santiago Camarasa, with very interesting photographs by Pablo Rodríguez, published on page 45

«Between ourselves» is the usual fashions department with curious womanly customs dealt within a masterly fashion by our colleague «Cil» on page 48

In the ladies section, the well known authoress Isabel O. de Palencia write an article in the form of a letter «Claudia to Leonor» on page 56

«The unsurmountable barrier» an original story by Enrique Meneses illustrated by Bladrich, ends up in an original manner and our readers can enjoy its pleasant incidents on page page 57

Count de Santibañez del Río writes an interesting article under the title of «Castles of Segovia» on page 63

«A letter from New York» by Dominguez, our correspondent in New York, is printed on page 66

«A letter from a Londoner» by «Peejay» is the usual contribution from our correspondent on page 69

In the tourist section and with the title of «Gardens» our regular contributor Antonio Prast gives an article on page 73

«Three red points» by See Adcome, an exciting detective story illustrated by the talented artist Federico Ribas is continued on page 80

Under the title «Villaurrutia and his historical pictures» an original critical study is given in our bibliographical columns by Melchor Fernandez Almagro, to be seen on page 85

On page 87 we also give the results of the cinematext competition

«Helen's adventures» by M. Hungerford, translated by the brilliant authoress who uses the pen-name of «Beatriz Galindo», fully illustrated by Ormaechea, appears on page 88

In the same section of the theatre «The Fever of Madrid for the Reviews of Paris» is a gay review of the lighter side by Sam with photographs, and appears on page 92

Maria Eugenia H. Iribarren publishes an interesting children's story with the title «There was once a little Chinese girl», with delightful illustrations by Serny, page 94

In the section of new authors we give original poems and tales by Rafael Perez, Andres Pacheco Picazo and Carlos Pontes, with illustrations by Cobos and Casenave, and the correspondence section «We have received your M. S., and...» which appears on page 100

Our usual cryptographical section by «Framarcon» on page 103

«El Misterio del María Celeste» ist der Titel einer kurzen Original-Novelle von Alfonso Hernández Catá, die Máximo Ramos illustriert hat. Seite 9

In unseren «Notas bibliográficas» beschreiben wir literarische Neuerscheinungen des letzten Monats. Seite 13

«En el estudio de Ortiz Echagüe» benennt sich eine interessante Besprechung dieses Künstlers mit Aufnahmen seiner Bilder auf Seite 15

Die Bilder der Señorita María Rosa de San Miguel, Tochter der Marquis de Cayo del Rey, der Mme. Cartier (geb. Jacqueline Almas) und der Señorita Mercedes Larios y Fernández de Villavicencio befinden sich auf Seite 21

Den «Rennsport» behandelt unser Mitarbeiter «Bougie» in seinem Artikel, der sich «Las Yeguas españolas» betitelt. Seite 31

Unter dem Titel «Una jornada en el Hipódromo de Aranjuez» erscheint ein interessanter, bebildeter Artikel von «ZYX» auf Seite 33

«Ante la pantalla» heisst wie bisher auch der Artikel von Adame Martínez, welcher das Kino zum Gegenstand hat. Seite 40

«La Fiesta mayor de Lagartera» betitelt sich eine Beschreibung toledanischer Bräuche von Santiago Camarasa mit interessanten Aufnahmen von Pablo Rodríguez. Wir veröffentlichen sie auf Seite 45

«Entre nosotras», unser Modereferat von «Cil» Seite 48

«De Claudia a Leonor». Seite 56

«La barrera infranqueable» von Enrique Meneses mit Bildern von Bladrich schliesst in dieser Nummer auf Seite 57

«Castillos de Segovia» heisst ein Artikel des Grafen von Santibañez del Río. Seite 63

New-Yorker Brief von Dominguez. Seite 66

Londoner Brief von «Peejay». Seite 69

«Jardines» betitelt sich ein Artikel unseres Mitarbeiters Antonio Prast auf Seite 73

«Tres puntos rojos» von See Adcome mit Bildern von Federico Ribas wird fortgesetzt auf Seite 80

Eine kritische Abhandlung über «Villaurrutia y su retablo histórico» veröffentlicht Melchor Fernández Almagro auf Seite 85

«Los Amores de Elena», die Novelle von M. Hungerford in der Übersetzung von Beatriz Galindo und illustriert von Ormaechea setzen wir fort auf Seite 88

Die Entscheidung in dem Filmmanuskript-Wettbewerb veröffentlichen wir auf Seite 87

«La fiebre madrileña de la revista parisina» ist der Titel einer Besprechung von Sam mit Aufnahmen auf Seite 92

Eine Kindergeschichte von Eugenia H. de Iribarren. Seite 94

Als neue Schriftsteller zitieren wir Rafael Pérez, Andrés Pacheco Picazo und Carlos Pontes auf Seite 100

Unsere regelmässige Rätsecke von Framarcon, befindet sich auf Seite 103

«Le mystère du Maria Celeste», narration romanesque de l' illustre écrivain Alfonso Hernandez Catá; illustrations de Máximo Ramos page 9

Les nouveautés littéraires du mois. Notes bibliographiques page 13

«Dans l'atelier d'Ortiz Echagüe», brillant reportage artistique de Fernando de la Milla, avec des photographies des tableaux du peintre page 15

Portrait de Mlle. Maria Rosa de San Miguel, fille des marquis de Cayo del Rey, de Mme. Cartier (née Jacqueline Almas) et de Mlle. Mercedes Larios y Fernandez de Villavicencio page 21

Notre distingué collaborateur «Bougie» s'occupe du sport hippique dans son article, abondamment illustré, «Les haras espagnols» page 31

«Une journée à l'hippodrome d'Aranjuez», vivante chronique, illustrée de photographies, de «ZYX». page 33

Adame Martínez traite l'universalité de l'art cinématographique dans son article abondamment illustré: «Devant l'écran» page 40

«La grande fête de Lagartera», chronique de coutumes toledanes, par Santiago Camarasa; illustrations photographiques de Pablo Rodríguez. page 45

A la rubrique de la mode, usages et coutumes féminines, «Entre nous» chronique de notre collaboratrice «Cil» page 48

A la rubrique féminine, Mme. Isabel O. de Palencia continue la suggestive correspondance «De Claudia a Leonor» page 56

«La barrière infranchissable», nouvelle d'Enrique Meneses; illustrations de Bladrich. Un dénouement original après d'intéressantes péripéties page 57

«Châteaux de Segovie», chronique du comte Santibañez del Río page 63

«Lettre de New York» par notre correspondant Dominguez page 66

«Lettre d'un londonien» par «Peejay», chronique mensuelle de la vie dans la capitale britannique page 69

A la rubrique du tourisme, «Jardins», chronique de notre collaborateur assidu Antonio Prast page 73

Suite de «Trois points rouges», roman policier par See Adcome; illustrations du grand dessinateur Federico Ribas page 80

«Villaurrutia et son tréteau historique», étude critique de notre collaborateur Melchor Fernandez Almagro sur l'oeuvre du suggestif historien page 85

Résultats de notre concours de scenarios page 87

Suite du roman «Les amours d'Hélène», par M. Hungerford; traduction de l'illustre écrivain qui se cache sous le pseudonyme de Beatriz Galindo; nombreuses illustrations d'Ormaechea page 88

A notre rubrique théâtrale, un reportage amusant de Sam: «La fièvre madrilène de la revue parisienne». page 92

«C'était une petite chinoise», conte pour enfants, de María Eugenia Iribarren; illustrations de Serny page 94

A la rubrique des écrivains nouveaux, poésies et contes de Rafael Perez, Andres Pacheco Picazo et Carlos Pontes; illustrations de Cobos et Casenave; correspondance «Nous avons reçu votre travail et...» page 100

Cryptogrammes par «Framarcon» page 103



To Revista Cosmópolis
Sincerely yours
Marion Davies

Marion Davies, bella y popular «estrella» de la pantalla.

Historieta
cómica

«¡Oh, la ciencia!....»

por
Cañavate



Con su esposa, al doctor va don Pulido,
como es deber de todo buen marido.



—Dígame, ¿qué la encuentra usted, doctor?...
—Yo no la encuentro nada; no, señor.



Otro examen; después de examinada
dice el galeno:—No la encuentro nada.



Al marcharse, Pulido queda atrás:
—Cada día, doctor, sale con más.



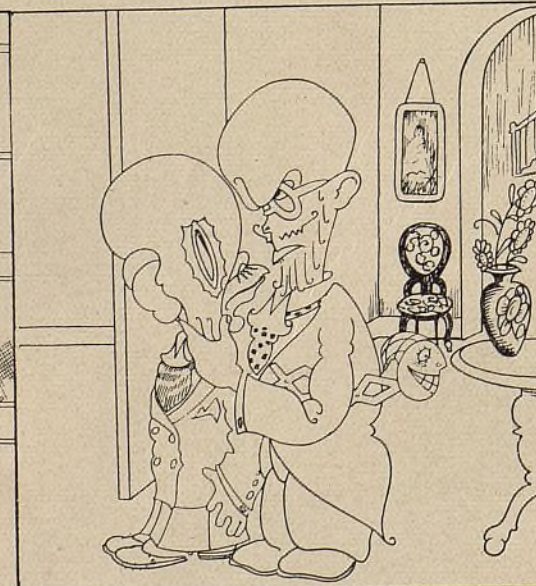
Y el médico se queda preocupado,
pensando que no va descaminado.



Se lee libros y libros al tun-tun.
¡Todo, antes de quedar como un atún!



—Mañana iré a su casa. Así, a su esposa
es fácil que la encuentre alguna cosa.



Una vez que en la casa, al fin, ha entrado
se muestra el buen doctor más confiado.



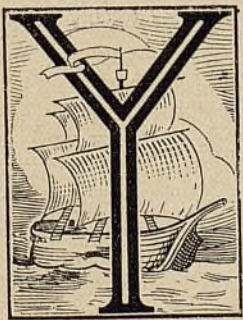
—¿Qué ha encontrado, doctor?—pregunta ansioso
el marido. Y responde aquél con guasa:
—He encontrado, y el caso es muy curioso,
todo lo que faltaba de mi casa.

EL MISTERIO DEL MARIA CELESTE

Novela original
de
A. HERNÁNDEZ-CATÁ



Ilustraciones de Máximo Ramos



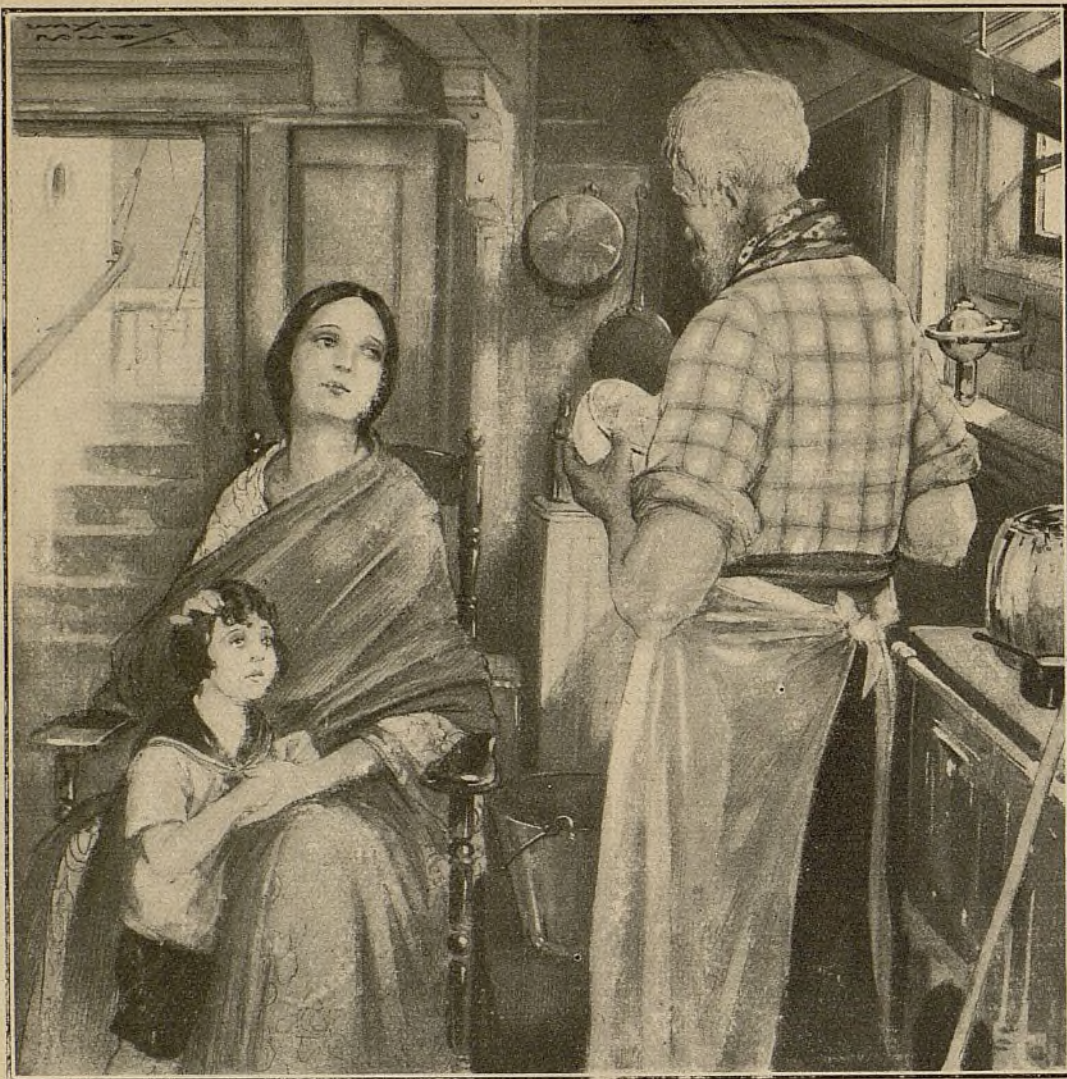
Yo estoy en la misma posición que usted con respecto al espiritismo. Las supercherías y las estupideces que ha enturbiado, desde la familia Fox acá, el asunto, quitan la fe al más crédulo. Por una parte, los fraudes en que los *mediums* de mayor fama fueron sorprendidos; por otra, la consideración elemental de que espíritus superiores, capaces con una palabra sola acerca del problema del más allá de cambiar el sentido de nuestras vidas, vengan a decir puerilidades, ofrecen a los escépticos invencibles armas.

Fuera grave ofensa a la cultura de nuestros lectores pretender descubrirles a Alfonso Hernández-Catá, el reputado literato hispanoamericano que honra hoy nuestras páginas. Entre los más felices cultivadores del cuento y de la novela corta, Hernández-Catá ocupa un puesto destacado por la galanura de su estilo, la rara originalidad de sus asuntos y la vitalidad de los personajes que en sus narraciones presenta.



«El misterio del *Maria Celeste*», trabajo con que inicia su colaboración en COSMÓPOLIS, es una verdadera obra maestra del género, en la que se encuentran recopiladas y quintaesenciadas todas las características del afortunado escritor y continuará la gloriosa, aunque breve, tradición de nuestras novelas cortas.

Sin embargo, sobre la indudable verdad de que el espíritu posee modos de conocimiento y de acción aun desconocidos, algo hay en el espiritismo de misterioso, de intermitente. Yo he asistido a cien sesiones necias; a pamemas histéricas y a otras cosas del mismo o peor estilo. Pero el que aquella mujer inculta, obrera en una fábrica de conservas, saliese de pronto hablando de lo ocurrido a bordo del *Maria Celeste* y diese la única versión racional de cuantas acerca del más extraño suceso acaecido en el mar se han propuesto hasta hoy, me maravilla y no encuentra en mi razón justificaciones. Si la escena se hubiese realizado a raíz del



hecho o en una época en que, traído a colación por cualquier naufragio, el arcano del famoso velero ha sido comentado en la prensa, podría pensarse en una misteriosa extravasación de noticias; pero he buscado todos los periódicos de la localidad; he reconstruido cuantas conversaciones pudieron excitar la imaginación de aquella mujer, inútilmente. Era de tierra adentro, apenas si leía de corrido, y nada explica el aire presuroso y natural con que, apenas caída en trance, inició su relato. Para que usted pueda darse plena cuenta, le pondré en antecedentes del caso del *María Celeste* antes de transcribirle lo que ella nos dijo.

La goleta *María Celeste* salió de Nueva York a último del año 1872 y fué encontrada en alta mar por el buque inglés *Dei Gratia* en condiciones incomprensibles. Navegaba con todo su aparejo, y como no respondiese ni al saludo ni a la interrogación que, sirviéndose primero del telégrafo de banderas y de la bocina después, se le hiciese de si necesitaba algo, el *Dei Gratia* arrió un bote, tripulado por su propio capitán, comprobando que la goleta estaba abandonada en las más extraordinarias circunstancias que se han visto sobre los mares.

Usted sabrá que en aquellos tiempos era frecuente que el capitán de un velero embarcase a su familia con él, y así había sucedido en el *María Celeste*. Apenas divulgado el acontecimiento por un cable del cónsul americano en Gibraltar, puerto adonde recaló el *Dei Gratia* con su remolque, se supo el nombre de la esposa, el de los niños de corta edad, el del capitán y el de todos los tripulantes, así como el no haberse hallado en el buque abandonado el menor vestigio de violencia, ni indicios siquiera de las causas del abandono. Los marineros que con el capitán del buque inglés, Mr. Boyce, subieron al *María Celeste* atestiguaron que la carga, compuesta de mercaderías de gran valor, la caja de caudales guardadora de fuerte suma, y el material de navegación, excepto los cronómetros, las cartas marinas y los papeles personales del capitán del *María Celeste*, estaban intactos. El estado de limpieza y orden del navío y la forma en que debió realizarse la última maniobra proclaman disciplina perfecta y ese mando eficaz hecho de la competencia y carácter. A popa, la mesa, dispuesta para cuatro personas, delataba que la comida se

interrumpió por el acontecimiento misterioso; y también decía lo inusitado y sosegado del abandono una máquina de coser, en la cual los pantaloncitos de uno de los niños esperaba la terminación del pespunte. Esto y la mesa dispuesta a proa para los marineros sugería que la causa originaria del abandono debió surgir de súbito, sin que nada permitiera inducir su naturaleza, ya que ni la menor medida de salvamento había sido tomada.

Mientras hubo esperanza de que algún otro buque hubiese recogido a los naufragos, las hipótesis se contuvieron; al cerrarse el tiempo sobre el misterio se habló de una erupción volcánica submarina y de varios posibles motivos de pánico, sin pensar que el orden absoluto en que fué encontrada la goleta, el hallarse sin la menor señal de haber pretendido utilizarlos todos los botes y salvavidas, excluían tales suposiciones. Lo más anormal del caso era que la supresión de la vida a bordo presentábase como otro trámite de lo ordinario; es decir, como si una bomba menuda e inteligente, especie de ventosa del cielo o del infierno, hubiese absorbido uno a uno los pasajeros de la goleta, sin originar en torno del espacio ocupado por sus cuerpos el menor trastorno. La paradoja de precipitación y reflexión, de cálculo y de anormalidad, de repentino, hacen más arduo el problema. Hombres de fantasía poderosa, Heriberto Wells y Arturo Conan Doyle entre ellos, han tratado en vano de prever lo ocurrido en el *María Celeste*, sin que sus suposiciones, igual que el manuscrito inserto en el *Strad Magazine* de Londres en 1913, firmado por Abel Fosydk, pretendido superviviente de la go-

leta, satisfagan las exigencias de la lógica. El tal Fosydk achaca el hecho a un concurso de natación organizado por el capitán en torno al navío, un día de calma, y al hundimiento de una plataforma sale-diza construída para presenciárselo. Se trata, a las claras, de una superchería imbécil, que pugna en primer término con las condiciones normales de un barco mandado regularmente, y después con las singularísimas en que fué encontrada la goleta.

El misterio del *María Celeste* atrajo durante varios años el interés de muchos y ha seguido siendo considerado como el más oscuro de los enigmas náuticos; pero otros sucesos y la gran calma del olvido, que borra todas las estelas, borró la suya, que sólo muy de tarde en tarde, y desde luego en publicaciones fuera del alcance de aquella ignorante mujer, reaparece. De aquí mi sorpresa al oír la comenzar la narración apenas se calmaron sus temblores mediumnísticos, sin establecer el menor preámbulo, lo mismo que si declarase ante un tribunal. Mi impresión fué tal, que puedo transcribir, con escasas variaciones, todas sus palabras. Óigalas:

—Hijo de irlandés y de bretona, huérfano y obligado a truncar mis estudios antes de bajar el escalón social que va de la clase media a los parias, nadé contra la adversidad, sin ritmo y con la esperanza absurda de elevarme pronto. Dejé de estudiar y de trabajar regularmente y anduve en empresas mitad delictuosas, mitad cándidas. Así, en las condiciones más descabelladas, representé el papel vago de hombre de negocios y de entremetido intermediario entre ofertas y demandas absurdas. Cuando quise recordar, había buscado la fortuna por todos los atajos, y las granjas del Oeste, las minas de Alaska y las selvas del Canadá consumieron mi juventud. Las enfermedades y las decepciones, en lugar de obligarme a intentar un oficio lento, avivaban mi imaginación; pero, casi de pronto, el reuma empezó a agarrarme piernas y brazos, y los años de sufrimiento me cayeron encima, en canas y en una especie de vejez de la cual sólo la quimera de enriquecerme de súbito quedaba de mis tiempos mozos.

Me varé en Nueva York, y los barrios próximos al río conocieron lo peor que me quedaba por vivir. Sucio, astroso, sin ningún lazo

con mi pasado, tan olvidado de mí mismo que era como un fantasma macizo, como una funda de la cual el alma, el alma, hubiese sido secada para siempre, bebía en los inviernos, para no congelarme, y poco a poco, hasta las aspiraciones fueron desprendiéndose de mí ser, hasta convertirme en uno de esos despojos humanos que, cubiertos de harapos, sólo piensan en lograr la pitanza del día y el sueño de la noche. Una de las oleadas de tierra, más poderosas y caprichosas que las del mar, me llevó una mañana al muelle donde reposaba el *María Celeste*. Oí que buscaban cocinero y me ofrecí. Me enrolaron con falsos papeles, y embarqué con dos mudas y un libro de cocina por único equipaje. Era otoño y ya se anunciaban los primeros hielos cuando salimos. Casi por primera vez en mi vida, disfrutaba yo de una tregua dulce. Todos eran a bordo cariñosos conmigo: el capitán, su mujer, sus hijos, el contramaestre, los marineros. Con mucho afán, con mucha limpieza, contento, yo guisaba y recibía por mi trabajo tantos elogios, que mi fantasía abandonó el libro y, guiada por labores de antes, empezó no sé si a inventar o a resucitar platos exquisitos. La esposa del capitán pasaba largos ratos junto a mis hornillos, y los niños jugaban conmigo mejor que con nadie.

Al lado de ellos, bajo el sol, mis huesos se desentumecían y mi ser se recobraba poco a poco. Pero en lugar de sentir la calma sedante del mar y de la vida segura, lo que más reaparecía en mí era la ambición antigua: ambición al par aventurera y perezosa que aspiraba a encaramarse en lo más alto por un salto imposible, sin apoyarme en ninguno de los peldaños de la subida. Mis ideas iban y venían continuamente, como si un licor suave corriera por mis venas. Palabras, recuerdos olvidados, alegrías bruscas, acudían a mis labios y a mis ojos. Cantaba frente al murmullo de las marmitas canciones que ignoraba saber. Por las tardes, con pretexto de los niños, contaba cuentos, y hasta el timonel se inclinaba sobre la rueda para oírlos. Curé a dos enfermos con recetas indias, y un día que me dolieron las articulaciones vaticiné la tempestad.

Se rieron de mí, asegurándome que ni la dirección del viento, ni el cariz de las nubes ni el barómetro lo anunciaban; pero el reuma triunfó del aparato de precisión y del mirar adivino de los marineros, y hubo turbonada. Quizás esto y la simplicidad de los marineros y del capitán mismo y su familia dieron a mis fantasías una autoridad milagrosa, de la que yo mismo me asustaba y envaneecía, procurando aumentarla. El orden, la paz, la calma sedante y la alimentación a sus horas, en vez de equilibrar mi organismo, le infundían una embriaguez a la vez lúcida e irreprimible. Volvían a mi memoria ideas, estudios, hasta palabras desde hacía muchos años abolidas en mi conciencia y ademanes, dictados por una vanidad ávida de imponerse. Cada día yo debía parecerles más sabio, más lleno de expresiones sorprendentes. Sin esfuerzo, todo lo leído y aprendido en la vida me subía a los labios. Un poder de transformación, de magia, daba sentido de ilusión a mis palabras. Lo mismo que en mis peroles, al batir de mi mano, la clara de huevo llegaba a parecer espuma de mar, más suave y dulce, todas las conversaciones se cerraban con aire aconsejador de fábulas alegres. Y de los cuentos a los niños, pasé a urdir otros de los cuales yo no era ya ajeno narrador, sino personaje. Tendido boca arriba, con los ojos entornados para ver

sólo la comba crujiente de las velas y el alto azul, sentía un desfallecimiento inefable. Pero no era debilidad sólo; era renacimiento, nacimiento, mejor dicho, de un ser peligroso y dulce a la par, cual si la funda de hombre en que me habían trocado las miserias se convirtiese en nido de pájaros más locos aún que los que, desde la costa, nos seguían.

«Usted no es lo que parece», decíanme el contramaestre y la mujer del capitán. Y yo sonreía, sin negar, dando a las suposiciones ancho horizonte. En los vacíos días de calma, los molinos de la fantasía trabajaban, trabajaban. Mi extrañeza trocábase en autoridad...

Un domingo, temprano, me puse a cantar himnos y todos se prosternaron, sencillamente. Una tarde cogí, sin saber por qué, la mano de un marinero, miré sus rayas y pronto hubo en torno a los dos un círculo de rostros serios, a cuyos ojos

asomaban las almas jadeantes. Aquella mano tatuada, aquella mano que había apretado el cuchillo en tantas riñas y las cuerdas en tantos huracanes, temblaba bajo la mía. ¡Qué fácil es adivinar cuando la credulidad va ajustándose al recuerdo y la esperanza a nuestras palabras! Todo el ayer de aquel pobre hombre se tornó transparente. Yo sentía así la tentación de un despotismo dulce, y lo ejercía con mayor imperio a cada hora. Mandado, pisoteado por tantos años, por tantas circunstancias, complacíame en insinuar deseos que no tardaban en trocarse en ofertas. Era un dominio suave, sonriente, persuasivo; besos de niños, sonrisas de hombre. Y, cuando caí enfermo, abnegado cuidado maternal: manos desinteresadas de mujer, que me ablandaban las entrañas y la memoria, permitiéndome ir hasta el borde mismo de mi vida para recoger el recuerdo de otras manos, arrebatadas por la muerte apenas empezaban a mecer mi cuna, que, de haberme podido guiar, habrían hecho tan otro mi camino.

El delirio que no tuve en la fiebre se me diluyó en la convalecencia. Ignoro si lo creé o lo soñé; si empecé creyéndolo o si concluí por deslumbrarme con la misma luz con que, incorporado en la cama, espejeaba ante los ojos ingenuos de los súbditos de mi fantasía. Cuando me di cuenta, ya era otra víctima. Mis primeras confidencias debieron repetirse de uno en otro, hasta llegar al capitán; sin duda le llegaron con la fuerza del contagio que adquieren las ideas en la almohada del amor, porque cierta noche le vi llegar a mi lado, grave, interrogativo:

—¿Es verdad lo que dice mi mujer que le ha contado un marinero?

—Es verdad.

—¿Y quién te ha revelado el secreto de esa isla?

—Lo sé desde hace mucho. Pero es casi imposible llegar a ella.

—¿Podrías encontrarla en la carta?

—Ni está en los mapas ni tiene otro nombre que la isla del Bien, isla donde todos los afanes se aquietan y donde una vida feliz aguarda a quien desembarque en ella y renuncie a lo demás del mundo para siempre. Es un pedazo de Paraíso que Dios echó a flotar por los mares.

La promesa para los pobres es la levadura de Dios. Y bajo el cielo quieto el mar batía nuestras almas continuamente, como una masa ligera. Durante días y días yo poblé aquella isla inexistente de pájaros, de flores, de frutos dulcísimos; la envolvía en una primavera inalterable, la regué con ríos frescos y transparentes; y puse en sus entrañas,



a flor de tierra, oro y piedras preciosas. Paso a paso, ellos y yo conocimos la playa de arena, la suave vereda bajo chopos de musical follaje, la meseta donde las casas, edificadas sin trabajo, podrían erguirse al socaire de los malos vientos, y el altozano para santuario, y las uvas para el vino, y el trigo para la harina, y el mejor sitio para ver los ponientes y las albas de nácar. Rodeado de susurrante mar, el *María Celeste* era como una isla a la deriva donde la otra isla se guardaba lo mismo que, en *Las mil y una noches*, guardábase en la copa sellada el genio poderoso y enorme. Por el día se hablaba de ella, por la noche se soñaba con ella. La isla de la cual era yo creador y criatura, constituía la escala imposible. Teníamos todos tan secreta fe en verla aparecer, que, si al venir el mal tiempo, se me hubiese ocurrido afirmar que era la condición necesaria para dejar el seguro y lento impulso de los alisios y las bordadas cartas próximas al rumbo comercial, en vez de resistir la tempestad con los palos desnudos, habrían desplegado hasta las velas más menudas, para llegar antes.

Fueron cuatro días de olas y ráfagas en los que de nada sirvió dar proa al tiempo. Ni sol ni estrellas permitieron al capitán durante ellos precisar nuestra situación. El *María Celeste*, rodeado de garras de espuma, era cual pobre liebre que quisiese escapar de la jauría sin conseguir salir de su centro ululante. Un cielo bajo, gris, nocturno, amenazaba soldarse con el plomo del mar. Sin duda no estábamos en el vórtice del ciclón, y viajábamos en uno de sus extremos, sin sufrir nada, pero impelidos por un motor excesivo para nuestra ligereza. Al cuarto día, rosicleres tenues se insinuaron hacia barlovento, mientras del opuesto lado la trailla se iba alejando. Y, de súbito, mientras todo el cielo se levantaba y aclaraba, una nube se quedó caída en el horizonte.

Pero no, no era una nube. Antes de que mis ojos lo vieran, otros lo habían visto. Al sol nascente, su perfil verdeaba y era ante las pupilas atónitas, ante la esperanza, detrás del miedo a perecer entre las aguas y los vientos hostiles, una mano de tierra tendida hacia nosotros para recordarnos que de tierra estábamos hechos. Brazos tendidos me la señalaban, y bocas ansiosas no se atrevían a interrogar. Uno de los niños osó lo que no osaban ni la mujer ni los hombres curtidos de tormentas:

—¿Es la isla?

—Sí—respondí con una sílaba cuyo sonido me asustó a mí mismo.

Y no hubo más. Fué una locura sosegada, ordenada. Crecían los colores del sol en el paisaje y las sonrisas en los rostros. El contagio había sido tan gradual, tan total, que la tierra, ante nuestro bautismo, adquirió la lógica de puerto esperado. Era una locura que, por ser tan suave y tan de todos, parecía una cordura maravillosa. El activo júbilo de las llegadas nos poseía. El viento se encalmó y el día quedó extático, fúlgido, cual inmenso brillante en cuyo seno se hu-



barco poco a poco para aprovecharlo. Pero lo primero es bajar nosotros. Pisar tierra. Ver.

—Bueno.

Ya un marino se había anticipado. De dos saltos, mojándose apenas, con el solo intermedio de una piedra cercana al dique natural en que estábamos, lo vimos plantado con los brazos en alto, en la arena de oro, pidiéndonos desde allí un cabo de cuerda y dos estacas. Se las echamos y, después, empalmamos varias escalas de sogas que quedaron tendidas entre la borda y la playa, invitadoramente.

En la dulzura matinal, la ferocidad de la isla era una tentación que aun a seres cuerdos habría seducido. Mariposas de seda, confiaditos lagartos ebrios de sol, pájaros y susurros, olor de frutas, nos decían «Venid!» Bajamos todos entre risas, aligerados por una alegría pura, paradisíaca, el capitán el último, con su gran paquete en la diestra, a pesar de las burlas bondadosas con que, desde la arena, lo acogíamos. Y, en seguida, él mismo, olvidándose de toda precaución, volvió la espalda al *María Celeste*. Durante mucho tiempo fué un juego, un llamarse y responderse desde diversos sitios, un «Mi-

biese injertado una esmeralda: la isla. El barco se detuvo de súbito, con una de esas resistencias de la materia cuyo aviso el hombre desoye, y fué preciso izar todas las velas para salvar las millas últimas. ¡Maniobra inolvidable! Ya el término frontal de la tierra podía medirse, y, desde la cruceta más alta, un marinero aseguró que se veían rompientes por la parte opuesta. La isla, pues, debía ser muy chica. No cabía duda que estábamos ante el pedacito de Paraíso echado a flotar por Dios. Como si yo fuese el práctico a bordo, el capitán empuñó la rueda del timón, y, poniéndome a su lado, empezó a pedirme indicaciones que yo daba sin titubeos:

—¿A la vía?

—No; un poco a estribor, basta.

—Calamos muy poco, podemos acercarnos cuanto quiera.

—Siga más.

—Parece que allí, junto aquella playita, hay un farallón a pico, se ve que es agua honda.

Tan a pico caía, que era como un suicidio de la tierra, y pudimos fondear casi tocándolo con las velas del trinquete. Según he dicho, habíamos necesitado todas para acercarnos, y no fué preciso cargarlas, porque, apenas transpuesto el cabo, se quedaron flácidas. A pocas brazas, el esplendor de una vegetación maravillosa nos enviaba su aliento. La playa de arena estaba a diez pasos. Flores y frutos se veían; algo metálico brillaba entre la tierra, un riachuelo bajaba humildemente a margarse en el mar. ¡Era nuestra isla! ¡Todos la habíamos reconocido! Despertado por la realidad, el capitán intentó prever, mandar, organizar; pero yo era quien ordenaba, y la impaciencia por ver realizado mi sueño saturaba mi ser.

—Sí—dije—, luego habrá que recoger todo cuanto pueda sernos útil y hasta desgazar el

rad!... «¡Aquí!»... ¡Esto sí que es hermoso!», una comprobación extasiada, entre exclamaciones, de que los sueños pueden vivirse. Los niños hallaron piedras veteadas de venas auríferas. Para abarcar con la mirada toda la isla, subimos a una colina que traspusimos luego, a fin de descansar a la sombra de corpulentos árboles.

Perdida la medida del tiempo, el hambre, hija de la fatiga, y una repentina oscuridad que empalideció los claros luminosos entre la sombra de las hojas, nos pusieron en pie. Otra vez el cielo habíase tornado oscuro y bajo. La arboleda, mesada por el viento, perdía serenidad y hojas y empezaba a quejarse con doliente rumor de multitud. Cara a las ráfagas, tardamos en coronar de nuevo la colina mucho más de lo que nuestra naciente angustia anhelaba. Desde la cúspide vimos que las rompientes en torno a la isla se alzaban turbias, cual si el engaste de la esmeralda, roto, mostrase heridoras esquirlas. Y un instante después, con solo oír un grito escapado de la garganta del capitán, comprendimos que el ancla se había desprendido o



roto, y vimos cómo la escala de cuerda caía de la borda misma, y cómo el barco, tras derivar un trecho, salía del abrigo del cabo y escapaba bajo la hinchazón repentina de todas las velas. Nadie las pudo ver, pero yo no fué ni casualidad ni capricho; que dos manos vengativas, las del demonio, puestas sobre la rueda del timón, tomaban el mando del buque abandonado por su capitán a mi locura.

Lo que pasó ya la misma noche y en los días siguientes, no hace al caso. ¡Ah, aquella dulzura de todos, aquellas manos de mujer que durante mi enfermedad fueron maternales, aquellos niños que me habían hecho empequeñecer para jugar con ellos!... ¿Cómo pudieron transformarse así? El *María Celeste* era todavía un punto en el confín, y ya nos odiábamos... Luego desapareció y nos dejó solos... ¡solos! Y... acaso, si me permiten volver a hablar en labios vivos, cuenten cómo, otra vez, Adán y Eva volvieron a transformar el Paraíso en infierno.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

«PLATÓN».—En dos tomos ha publicado la Editorial Calpe una recopilación de los diálogos dogmáticos de Platón, traducidos por Luis Roig de Lluis y precedidos de un extracto—con bien orientados juicios críticos—de los asuntos. El primer tomo recoge *Fedón, Gorgias y El banquete*, insertando el segundo *El político, Tineo y Critias*.

«UNO DE LOS DOS», novela original de Emiliano Ramírez Ángel.—Una trama amable e interesante; una intriga amorosa, apasionadora e ingenua. Emiliano Ramírez Ángel es el escritor sencillo y pulcro que todos admiramos, en ésta su más reciente novela.

Clara, luminosa, transparente, la prosa del querido camarada. Humano el asunto. Arrancados de la propia cantera de la vida los personajes. *Uno de los dos* puede ponerse en todas las manos, es una de las llamadas *novelas blancas*. Pero cuidado, ¿eh? Que aquí la blanca no es sinónimo de ñoñería.

«RELATO INMORAL», novela original de Wenceslao Fernández Flórez.—Otra definitiva prueba de que nuestro colaborador es el maestro del humorismo contemporáneo. La risa y las lágrimas—fundir la una con las otras y viceversa es la misión del verdadero humorista—brotan de las páginas de este *Relato inmoral*, digno hermano de *Las siete columnas*.

Advierte Fernández Flórez en breve proemio el peligro de dejar esta narración a muchachitas inocentes. Burla burlando, la advertencia no es del todo improcedente. Dista mucho *Relato inmoral* de un libro pronográfico; pero su tendencia sinceramente moralizadora, su sana orientación sociológica, requiere que ponga de manifiesto lacras y llagas a las que aplica, certero, el cauterio de su acre mordacidad, pero que no son para leídas por almas ingenuas.

«LA SENDA ROJA», reportaje novelesco, original de Julio Álvarez del Vayo. En forma de novela—sujetos al hilo de una aventura—,

el inteligente representante en España de *La Nación* bonaerense ha trazado, con ágil pluma, los relatos de cuanto sus ojos vieron en las nacientes repúblicas del centro de Europa. Las más destacadas figuras del socialismo viven en las páginas de *La senda roja* al ser trazadas con efusiva simpatía por el notable periodista.

Sin embargo, tan bella forma encierra una sofística defensa de las tendencias revolucionarias más avanzadas, que pugnan con las nuestras y con las de casi todos los españoles.

«LA CIVILIZACIÓN EN PELIGRO», ensayos, por Luis Araujo-Costa.—Pocos escritores más capacitados para esta clase de trabajos como Araujo-Costa, cuya firma honra mensualmente nuestras columnas. Los ensayos que ha agrupado en este volumen son una oportuna llamada ante el peligro amarillo, toque de alarma justificado con los diversos alegatos del culto escritor.

La civilización en peligro es algo más que un libro de pueril entretenimiento. Es un documentado y admirable trabajo que, pasados los años, será utilísima consulta para los historiadores de esta época, tan llena de inquietudes.

«ALMA DESNUDA», poesías originales de Luis Ardila.—Librándose del dogal del trabajo periodístico diario, Luis Ardila, compañero dilecto, ha trazado unos bellos versos que dan fe de la existencia de un gran poeta. *Alma desnuda* acusa el firme paso con que su joven autor ha de caminar por los senderos de la poesía. Quien de forma tal se presenta, forzosamente ha de llegar muy lejos.

«Ego sum», «La calavera», «Melancolía» y, sobre todo, el agua-fuerte «El hospital», son las poesías más destacadas del libro y dignas de figurar entre las mejores.

(En esta sección daremos cuenta de todos los libros de los que sus autores nos remitan dos ejemplares.)



en el estudio de Ortiz Echagüe



PUEDE considerarse una interviú fracasada si en el trance de su realización el sujeto paciente, resignándose desde el primer momento con su papel, nos invita al interrogatorio. «Bien. Pregúnteme usted.» Horrible. Procuremos, por todos los medios a nuestro alcance, evitar esta invitación. Una interviú—de acuerdo—es una serie de preguntas y respuestas. Pero —¡oh paradoja!—triste, escuálida, lamentable interviú la que se haya realizado, estrictamente, según este procedimiento. No. Realicémosla con la sencillez, la naturalidad, la llaneza de un rato de pique amistoso y desolemnizado. La dificultad, naturalmente, consiste en inspirar ese sentimiento amistoso a un señor que, por lo regular, acaba de conocernos. Por razón de este desconocimiento mutuo —en la mayoría de los casos—, sin contar con la gravedad inherente a cuanto supone inquisición, interrogatorio, examen, una interviú periodística es un acto de naturaleza complicada, suntuosa, solemne. De aquí que todo el arte del entrevistador consista en desnaturalizar el acto de la entrevista. Hasta me atrevería a decir que una interviú lograda supone siempre un milagro de desolemnización.

Así se explica mi inquietud al llegar al estudio de Ortiz Echagüe y enfrentarme con tantos y tantos factores solemnes. Solemne, la entrada a la quinta en que se erigen la mansión y el estudio; solemne, el parque que a aquéllos conduce, más aún a la hora grave y condolida del atardecer; solemne, el estudio, cuadrilátero inmenso cuya amplitud ha obligado a vastas dimensiones proporcionadas con el portaje, ventanaje y mobiliario, abrumando así a la figura humana con un agobiante sentimiento de insignificancia y disminución.

al genial retratista,
le enorgullecen sobre todo:
sus grandes éxitos
como sembrador de alfalfa.

EL ilustre maestro Antonio Ortiz Echagüe nació casualmente en Guadalajara, casualidad fácilmente explicable por la profesión de su padre—ingeniero militar—, cuyos diferentes destinos imposibilitaban la estabilización de una residencia determinada y fija. En Logroño, a los catorce años, obtiene el título de bachiller, y como ya se hubiera revelado en el precoz estudiante su decidida vocación por la pintura, el padre envía a París. Transcurren tres años en Lutecia, entre la *Academia Libre Julian* y la oficial de Bellas Artes. De París se traslada a Roma, en donde reside un año. Regresa a España y obtiene una pensión de cinco años en Roma, dos de los cuales, los dos últimos, pásalos en Cerdeña, desde donde envía el magnífico lienzo «La fiesta de Atzara». Ya el gran artista se ha independizado, y hace un viaje a Holanda a cumplir varios encargos. Pero éstos se suceden sin interrupción, y la breve estancia proyectada se convierte en una larga estancia de tres años. En Amsterdam contrae matrimonio con una hija del país, y Ortiz Echagüe continúa su destino de artista incansablemente viajero. Podemos contar entre sus excursiones más importantes y provechosas dos viajes a Norteamérica y cinco a Buenos Aires. Ha hecho Exposiciones en el extranjero: dos en Amsterdam, una en las famosas Galerías Georges Petit, de París, y dos en la capital argentina. Los proyectos inmediatos del portentoso retratista español son una Exposición, hacia octubre, en La Haya y varias en los Estados Unidos, organizadas por la Institución Carnegie. Entre sus más importantes recompensas recordamos: Medalla de Oro en la Exposición Internacional de Munich, 1910, y Medalla de Plata en París con «La fiesta de Atzara»; Medalla de Oro en el Salón de París, 1923, y Primera Medalla en la Exposición Nacional de Madrid, 1924, con «Retrato de Jacobo Van Amstel». La primera recompensa en orden cronológico data de 1902, en que el Círculo de Bellas Artes de Madrid concedió los dos primeros premios de su Exposición a Ortiz Echagüe y Sotomayor, a más de formular una propuesta para que fuese concedida a ambos artistas la cruz de Alfonso XII.



Retrato

Pero hay Providencia, que asumió, en esta coyuntura, la forma del dueño de la casa, gracias a cuya llaneza y espontánea cordialidad esta charla es una charla y no un interrogatorio almidonado e inflexible.

La nota sencilla y humana que ha de dar carácter a la entrevista suena, tranquilizándome, en cuanto al artista, hoy prócer, me revela que su procerato, de existir realmente, no está vinculado, como muchos creen, a una brillante posición económica de sus padres.

—No. Mi carrera no es la del hijo de familia adinerada. Buena prueba de ello es que tuve que hacer oposiciones a una pensión en Roma para continuar mis estudios. Entre mis pequeñas vanidades cuento la de haberme comprado, con el producto de mi arte, mi primer traje de hombre. Estando de pensionado en Roma, vendí mi primer cuadro al banquero Floric. Por cierto que no acababa de comprender que *aquello* pudiera gustarle a nadie, y gustarle tanto como para llevárselo a su casa y darme a mí dinero encima. ¡Y aun hoy mismo no estoy seguro de haber salido de mi perplejidad!

—¿A qué obedece que, por lo general, sean tan cortas sus estancias en Madrid?

—Necesidades del oficio. Ha pasado ya la época del Renacimiento, en que los encargos iban directamente a casa del pintor. Hoy es obligado salir a ofrecer, con tanta más razón cuanto que la fama es hoy

en el
estudio
de
Ortiz Echagüe

un fenómeno localizado. Es difícil ser conocido en todo el mundo. Ya puede uno darse por satisfecho con que le conozcan en cuatro o cinco países. Mis cortas estancias en España, claro, han sido causa de que pinte más para los de fuera que para mis compatriotas, aunque éstos tampoco me olvidan. En los dos años y medio que llevo ahora en Madrid he pintado y estoy pintando numerosos retratos.

—¿Podría citarme algunos nombres?

—Que recuerde de momento, los de la duquesa de Parcé y su nieto, el príncipe de Hohenlohe, del infante don Alfonso, del conde de Torre Palma, de la señora de Hubrecht, de la señorita Merry del Val, embajadores de los Estados Unidos...

—¿A qué atribuye usted la resistencia de la pintura española a las formas extremas de arte?

—A una cualidad admirable de penetración, de perspicacia. Ya sé que algunos hablan de insensibilidad. No hay que hacer caso. Al contrario. La pintura española, ante el cubismo y otras escuelas extremistas, se dió cuenta en seguida de que se trataba de unas modas, y, por lo tanto, de unas formas pasajeras de arte. Porque antes y entonces, y ahora y siempre, el verdadero pintor español tiene que ser y es realista. Lo que no constituye una actitud de comodidad, como muchos creen. Ser un buen pintor realista significa interesar con el



Retrato

mínimum de asunto. Y eso ya supone un cúmulo de dificultades vencidas. Yo siento un gran orgullo cuando me dicen en el extranjero que soy un pintor muy español. Naturalmente. Al asimilarme las influencias extrañas que me interesaron procuré siempre que no enturbiaran el fondo puro y genuinamente español de mi temperamento.

De pronto, surge ante la charla una cifra increíble: este hombre, muy joven aún, de firme cuadratura y hombros macizos, construido, por decirlo así, para resistir el peso de una formidable obra futura, formidable en calidad y en número, ha dado cima ya a unas 250 creaciones, entre retratos, cuadros de asunto, estudios, etc.

* * *

—¿Es usted pintor retratista por predilección o por cualquier otra causa ajena a su voluntad?

—No concibo que se pueda hacer obra artística contrariando nuestro propio temperamento. Pinto retratos por la sencilla razón de que me gusta pintarlos. Esto no quiere decir que me guste reproducir todos los modelos que se me ofrecen. El ideal sería retratar solamente a las personas que, como modelos, nos interesaran. Pero eso... ya lo

en el
estudio
de
Ortiz Echagüe

he dicho, no es más... es decir, no es nada menos que un ideal. Después de todo, un cuadro de conjunto es una reunión de retratos. Claro que con la gran diferencia, a nuestro favor, de que los modelos no nos han sido impuestos, sino que hemos sido nosotros quienes los hemos elegido. La labor del retratista se hace más difícil por el hecho indudable de que el modelo femenino acude a nosotros, por lo general,

cuando ya se ha convencido de que el fotógrafo no le hará nunca el retrato con que ella sueña. Esperan del artista que les haga el retrato, no de lo que son, sino de lo que ellas quisieran ser. De ahí la lucha, unas veces divertida y otras francamente enojosa... A mí produce una gran alarma cuando la modelo me dice que le gusta su retrato... Temo haber ido demasiado lejos en mi pecado de insinceridad. No tendré que añadir que esto no ocurre siempre. Pero quizás, quizás, más veces de las que uno quisiera...

Profanos, como somos, en pintura, y en la imposibilidad de interrogarle sobre todas y cada una de sus obras, inquirimos algunos detalles sobre el «Retrato de Lucien Guitry», por ser éste el que provoca más profundas resonancias en la cuenca de nuestra sensibilidad y nuestras predilecciones.

en el
estudio
de
Ortiz Echagüe

—Conocí a Lucien Guitry en Buenos Aires. Allí le hice un dibujo, un retrato al lápiz, para *La Nación*. Le gustó tanto que hube de dedicarle el original, que él me aseguró estar destinado, desde aquel momento, al Museo del Luxemburgo. Además, me arrancó la promesa de que había de hacerle un retrato al óleo en París. En efecto, tres años después, en 1917, me presentaba yo en París a cumplir mi promesa, y la que también había hecho en el mismo sentido a madame Everts, del teatro de la Porte Saint



en el
estudio
de
Ortiz Echagüe

Martin. Yo no sé lo que luchamos hasta encontrar una incumentaria a su gusto. Y le advierto a usted que Lucien Guitry estaba siempre en su casa disfrazado, ensayando tipos, creando caracterizaciones. Ya íbamos a decidirnos por una capa, un chambergo y un monóculo, cuando desistió resueltamente por parecerle el tipo *un peu Café Montmartre*. Al fin, con un batín color vino y un gorro verde se encontró prodigiosamente bien «*Très comédien, très Comédie Française, avec quelque chose de volterien...*»

Jacobo Van Amstel. Primera medalla en la Exposición Nacional de Madrid de 1924.



La Casa Amarilla (Tríptico).

Ese maravilloso «Retrato de Van Amstel» nos ha inquietado desde que le conocemos. ¿Quién sería Van Amstel? ¿Un filósofo, un gran artista holandés de renombre universal, que, al igual que Lucien Guitry con un batín color vino y un gorro verde, había tenido la genialidad extravagante de retratarse con una especie de cafetera en la cabeza? Temíamos que el maestro respondiese a nuestra pregunta con esta otra interrogación: «¿Pero no sabe usted quién es Van Amstel?» No obstante, aun exponiéndonos a descubrir la vastedad enciclopédica de nuestra ignorancia, nos arriesgamos tímidamente:

—Maestro... usted sabrá perdonarme... No se puede saber de todo. ¿Quién es ese Van Amstel del cuadro con que obtuvo la primera medalla en Madrid?

Sirve de prólogo a la respuesta una sonora carcajada.

—No se apure usted, amigo mío. Verdaderamente, no se le puede obligar a saber que Van Amstel es el padre de una criada que teníamos en Amsterdam. El interior representado en el cuadro es el de mi propia casa holandesa. El buen hombre iba a ver a su hija los domingos, vistiendo ese magnífico traje con que aparece en el retrato. Me pareció curioso, pintoresco, e hice mi cuadro. Eso es todo.

Desde el comienzo de la entrevista ha estado solicitando nuestra atención un álbum de fotografías, en varias de las cuales aparece

en el
estudio
de
Ortiz Echagüe

nuestro interlocutor *caracterizado* de pampero y pintorescamente atareado en faenas agrícolas de un inconfundible *acento* argentino.

—¿Le extrañan estas fotografías? Están hechas en nuestra estancia argentina. Se me fué el mayordomo—el encargado, el capataz, que diríamos por aquí—y me pasé ocho meses reemplazándole.

¡Ocho meses inolvidables! Conduciendo vacas y bañando ovejas, me olvidé de los pinceles, y del arte, y de toda inquietud de hombre civilizado.

Que me perdonen, pero me siento muy orgulloso de mi *gauchada*.

Me demostré a mí mismo que servía para lo que pueda servir cualquier hombre, y, además, para pintar cuadros. Por cierto, que la primera alfalfa que se sembró en la estancia la sembré yo. Y parece que ha dado un gran resultado. Estoy satisfecho, muy satisfecho, de mis grandes éxitos de agricultor.

Y sonrío socarronamente. Sonrisa que asume el máximo relieve al recostarse el *gaucho* sobre los muelles cojines de la indolente

cama turca y alargarnos el perfumado obsequio de unos cigarrillos orientales...

FERNANDO DE LA MILLA



Retrato de Lucien Guitry



COMTESSE DU BOURG DE BOZAS
por Jean Gabriel Domergue

Porqué las Personas Nobles y Distinguidas consideran al Cadillac como su Coche Favorito

EL "BAL DU GRAND PRIX" en París. . . . En brillante e interminable desfile van pasando los automóviles uno tras otro delante de la Opera, al pie de cuyas escaleras descienden sus distinguidos ocupantes.

Al mismo tiempo en Madrid, bajo la misma luna, otro desfile no menos brillante tiene lugar en una Embajada o palacios particulares, cuyos aristocráticos propietarios abren los jardines para sus fiestas en los templados días de Junio.

Dondequiera que la temporada esté en su apogeo figurará siempre la esbeltez, distinción y el lujo del Cadillac.

Algo mas que su magnificencia hace que el Cadillac sea el coche favorecido por la Realeza así como por las personas nobles y distinguidas. Su motor 8 cilindros tipo V.90° desarrollado después de muchos años de constantes estudios y que hoy es adoptado también para aeroplanos tiene la aprobación de las mayores autoridades en ingeniería. Todos los detalles de su construcción, desde el radiador hasta el espléndido tapizado del interior son un constante deleite del mas exigente propietario.

Justificadamente el Cadillac tiene el orgullo de su raza. No hay otro que con mayor derecho pueda llevar personas de la mas alta alcurnia como las que han hecho del Cadillac su coche favorito.



Diez y seis importantes propietarios de Cadillac

El Shah de Persia

El Rey de Hedjaz

*Sr. Don Torcuato Luca
de Tena*

Sr. Don José Gari Gimeno

Lt.-Colonel Sir Archibald

Weigall, K.C.M.G.

Lady Kemnal

The Hon. Herbert Hoover

Mr. Stuyvesant Peabody

*Madame Joseph Henri
Thors*

Docteur Edmond Gros

*Oberstleutnant Pabst von
Ohain*

Herr Hellmuth Gilka

Bankdirektor Carl Frisk

*Baron E. O. Schaffalitzky
de Muckadell*

*El Ministro de Guerra de la
Republica de Polonia*

*M. Nicolaescu, Presidente
del Senado de Rumania*

CADILLAC—PRODUCTO DE LA GENERAL MOTORS



Madame André Dubonnet, hija de la condesa Sampierri

(Foto d'Ora)

*Gran
Mundo*



María Rosa San Miguel, hija de los marqueses de Cayo del Rey.

*Gran
Mundo*



*Mme. Louis Cartier
(née condesa Almasy),
perteneciente a la más
alta sociedad de Budapest,
con su hijo.*

Cosmópolis

Gran
Mundo



Mercedes Larios y Fernández de Villavicencio, hija de los marqueses de Marzales.

(Fcto Zocolle.)



Isabel Duque de Estrada, hija de los condes de la Vega de Sella, y don Jaime Gómez Acebo y Modet, hijo de los marqueses de Cortina, cuya boda se celebrará a fines del próximo julio.

UNA JORNADA en el Hipódromo regio DE ARANJUEZ



S. M. el rey de España
con el ex rey Jorge

de Grecia, al llegar
al Hipódromo.

Gran fiesta aristocrática y deportiva



EN el hipódromo de Aranjuez se han encontrado todos nuestros aristócratas y todos nuestros deportistas. ¿Se dieron cita los unos a los otros, esperando que resultara la fiesta aristocrática y deportiva? Si no lo hicieron, lo ha parecido. Porque así fué: fiesta de la aristocracia, recreo de los apasionados por el deporte hípico. Se diría que todos los aristócratas eran deportistas y todos los deportistas fueron, al menos en aquella tarde, los aristócratas del deporte.

* * *

¿Por qué comparar? ¿A qué conduce la evocación, ante el aspecto que ofrecía el hipódromo de Lagamarejo, de los hipódromos de Saint Cloud, Compiègne, Le Tremblay...? Legamarejo, con tener algo de todos ellos, es muy *sui generis*... El contraste de sus rústicas construcciones con la elegancia que se desbordaba sobre el césped; el de las plantas, vivas y frescas, jóvenes, primaverales y floridas, con tanta

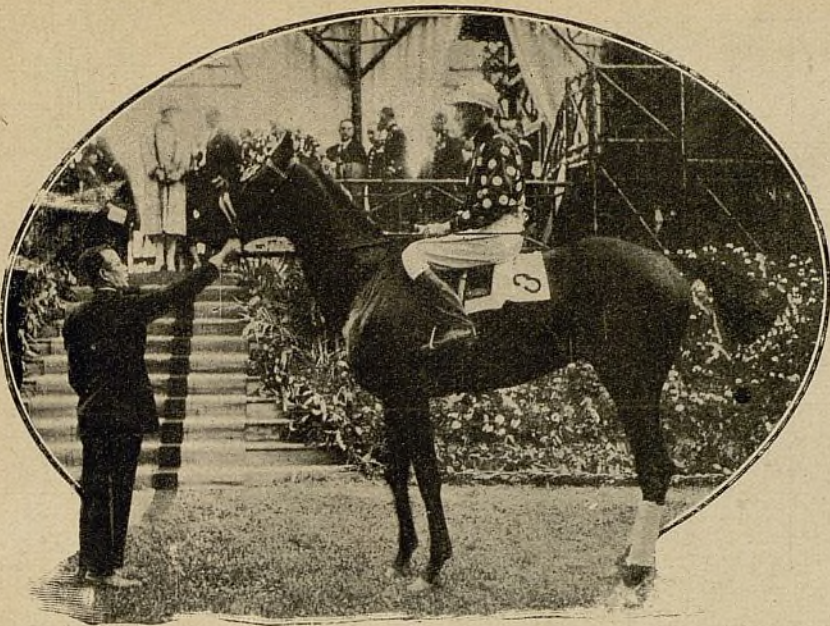
y tanta belleza femenina, prodigada bajo los añosos árboles, como en mundial certamen en que todas las premiadas fuesen españolas.

* * *

Las mesas en hilera, vistas desde lejos con sus blancos manteles, parecían baldosas escapadas de un patio gigantesco. Y alrededor, combinándose colores, edades, sexos y atavíos, lo más elegante y distinguido que pudiera seleccionarse.

¿Y las carreras? Se va evolucionando poco a poco. Ya, hoy día, pese a la frivolidad de los paseos a lo largo del hipódromo, la mayoría, la mayoría selecta en este caso, se interesa por ellas. Se interesa o finge interesarse, que para el espectador de los espectadores viene a ser lo mismo. Pasaron, aunque hace bien poco, los tiempos en que las carreras en sí eran el pretexto para el paseo; hoy el paseo por delante de las tribunas o bajo la alameda frondosa no es un pretexto, sino una necesidad, una necesidad creada por el instinto de imitación que hay en el hombre: ¡a fuerza de ver correr caballos en la pista, se inicia el movimiento entre los espectadores!

El caballo «Colindres», del conde de la Cimera, que montado por el jockey Carlos Belmonte, ganó la copa de S. M. la reina.



Tres bellos modelos de la casa Montfort de Madrid.



Animado aspecto de una tribuna.



SS. AA. las infantas doña Beatriz y doña Cristina, paseando por el Hipódromo.

*A la hora
del te.
Animado
aspecto de
la alameda
del Hipó-
dromo.*



*Interesante grupo de espectadores
durante el transcurso de una carrera.*



*El infante don Jaime, con-
versando con el duque de
Hernani.*

*Los embajadores de
Inglaterra y de los Estados
Unidos.*



Aspecto que ofrecían las frondas de Legamarejo a la hora del almuerzo.—S. M. la reina, presidiendo una de las mesas, rodeada de distinguidos comensales.



Y luego, al final, el cortejo que se forma a la puerta del hipódromo... La carretera, larga hasta Madrid, permite la formación de una larga caravana... Caravana muy siglo XX: ni carrozas ni calesas: automóviles...

ZYX



S. M. el rey durante las carreras.

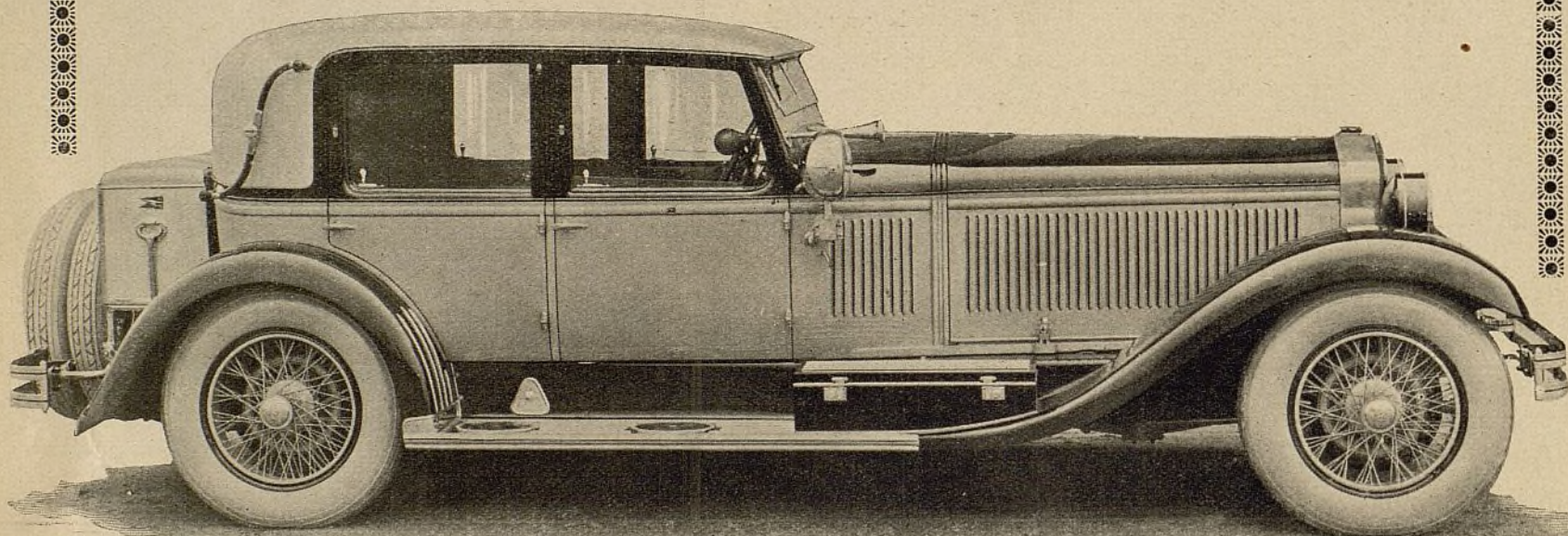
S. M. la reina, paseando con el ex rey Jorge de Grecia, la princesa Irma y el infante don Alfonso.



160 kilómetros por hora
25 litros de gasolina por 100 kms.

PNEUS PIRELLI

PNEUS PIRELLI



EL PRIMER MOTOR DE 8 CILINDROS EN LÍNEA
DE 70.000 A 80.000 PESETAS

Agencia exclusiva:

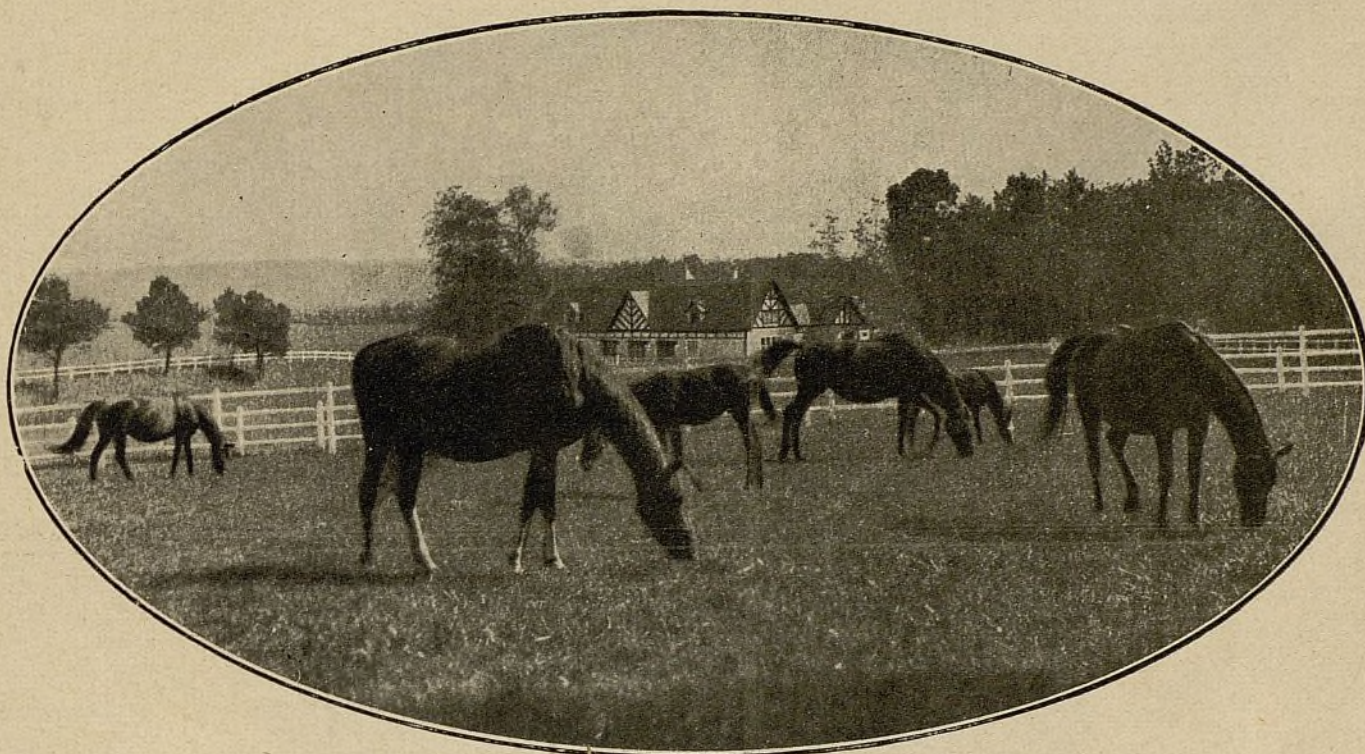
COLUMETA IBÉRICA, S. A.

Teléfono 14652

MADRID

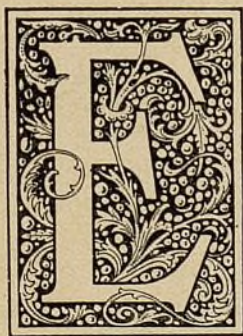
Juan de Mena, 10

CABALLOS DE CARRERAS



Grupo de yeguas con sus crías en los prados de Juenga.

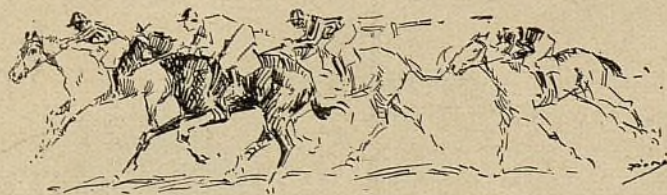
LAS YEGUADAS ESPAÑOLAS



L resultado que se persigue con las carreras de caballos, organizadas, como es sabido, por

la Sociedad de Fomento de la Cría Caballar de España, es el incremento de la reproducción del «pura sangre inglés» en nuestra patria. Y basta consultar el *Boletín Oficial* de dicha entidad para observar el progresivo y rápido aumento de las declaraciones de cubrición y nacimientos.

Se decía no hace aún mucho tiempo que los *pura sangre* nacidos en España eran inferiores en calidad a sus rivales ingleses y franceses, hasta tal punto que nuestro reglamento de carreras concedía un descargo de 6 kgms. a los *nacionales*. Por acuerdo de los propietarios y criadores, este descargo ha quedado reducido a 4 kgms.; y, aun a igualdad de pesos, nuestros productos han obtenido señaladísimos éxitos, como en el pasado otoño en París *Colindres*, del conde de la Cimera, que ganó el Handicap de la Tamise, montado por un *jockey*



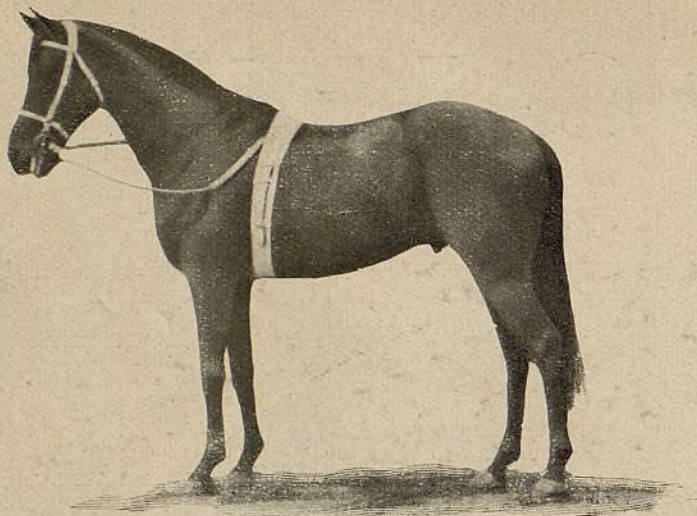
español, sobre un lote de 35 caballos, y *Mlle. de Juenga* y *Penagos*, que obtuvieron sendos triunfos en la brillante reunión de Marsella.

Parece ser que en materia hípica, como decía un cronista del «turf» francés, existe un proverbio que

aconseja que se desconfíe de todo lo que viene de España, y, con mucha oportunidad, y con motivo de las citadas victorias, el tal cronista volvía la oración por pasiva.

De los «Haras» nacionales hay que mencionar en primer lugar la Real Yeguada de «Lore-Toki», en que *Rubán*, el ganador del mayor premio en metálico que se ha corrido en el mundo, ha sustituido a *Le Bourget*, padre de casi todos los tordos que corren en nuestros hipódromos.

La popular «Cuadra Cimera», más que a su buena suerte, debe de atribuir su aplastante superioridad a la excelente clase de los productos de la yeguada de Juenga, pues casi exclusivamente de ella proceden sus pensionistas. Comparten en ella los honores de la monta



«Larrikin», por «Maximum» y «Loulia», del excelentísimo señor conde de la Cibera, que figuró el año pasado a la cabeza de los sementales ganadores en España.

Larrikin y *Premontre*.

Del primero baste decir que más de un 90 por 100 de sus productos (muy numerosos) han sido y son ganadores. Los hijos del segundo son aún inéditos, pero él fué el primero en batir a *Epinard*, considerado como el mejor caballo del siglo.

La yeguada militar de Marquina cuenta con dos sementales, *Irish King*, cuyos escasos productos no muestran por ahora gran clase, y *Choix de Roi*, tal vez el mejor reproductor que poseemos en España.

Albano, del marqués de Aldama, ha producido algunos potros en Aranjuez, alguno de los cuales habrá debutado cuando aparezcan estas líneas. Lo mismo habrá ocurrido con el primer producto de la nueva yeguada de Lasarte, que dirige D. Francisco Cadenas, y en que el año próximo debutará como semental el gran *Toribio*, del marqués del Llano de San Javier. En esta yeguada, las yeguas pertenecen a diversos propietarios.

El *Haras Velasco*, momentáneamente en baja, ha obtenido excelentes productos de *Holly-Hill*.

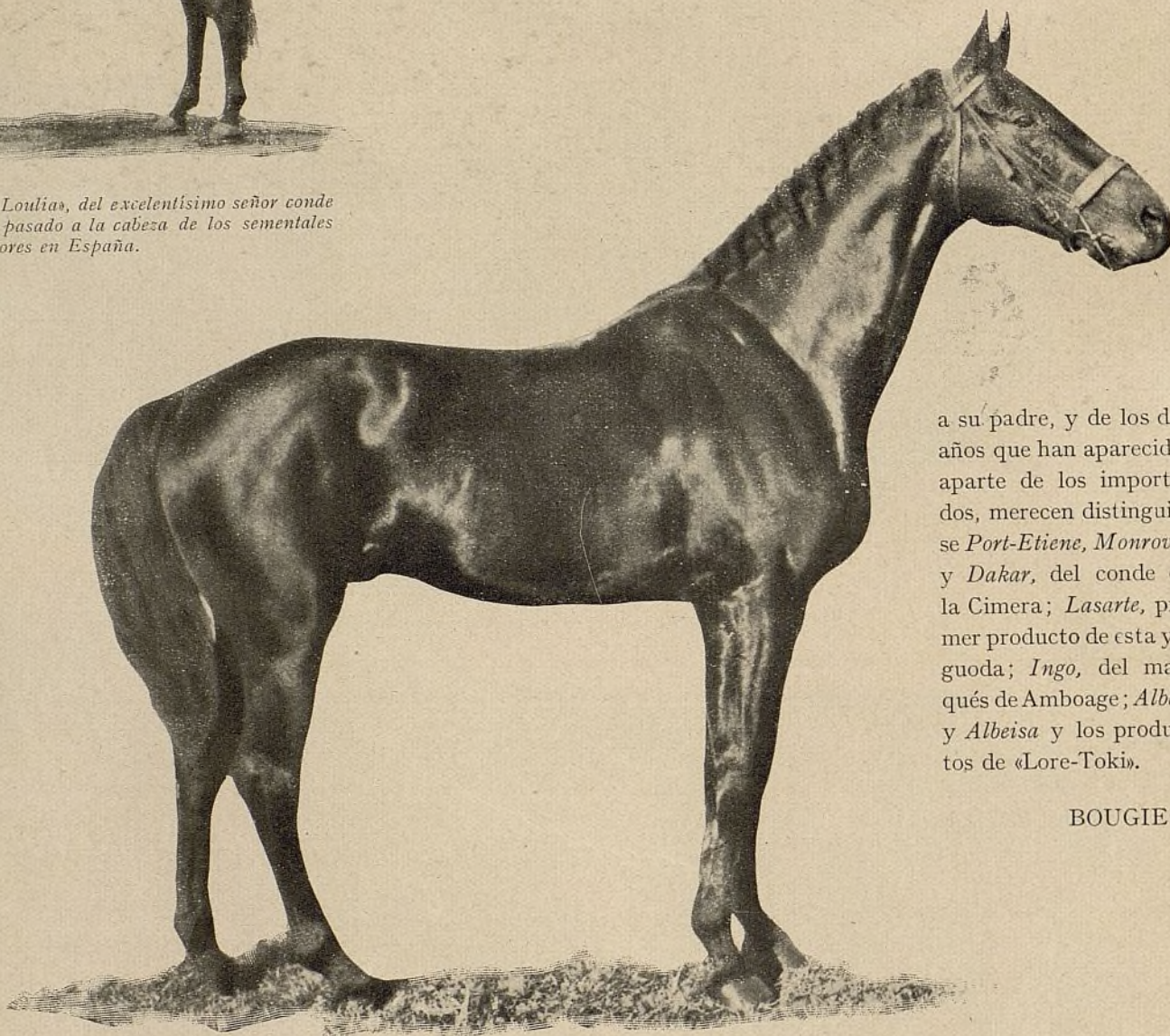
Brunor, del conde de Güell, tiene en su activo un verdadero *record*, pues en una sola reunión de Gran Premio obtuvieron sus hijos los cinco primeros puestos de las cinco carreras, y los tres primeros del citado Gran Premio.

En este año, la importante dotación de las carreras de San Sebastián ha hecho que sean numerosísimas las inscripciones extranjeras. Esperemos ver confirmadas las *performances* otoñales de los hijos de *Larrikin* y renovados los laureles de *Rubán* en el premio único del medio millón.

En las pruebas reservadas este año a los «tres años» nacionales

no han tenido representantes más que *Larrikin* y *Choix de Roi*, el primero representado por *Las Fraguas*, ganadora del «Gran Premio Nacional», y el segundo por *Edipe-Roi*, ganador de la «Prueba de Productos Nacionales» en Aranjuez y también del premio «Churri» (Handicap Optional).

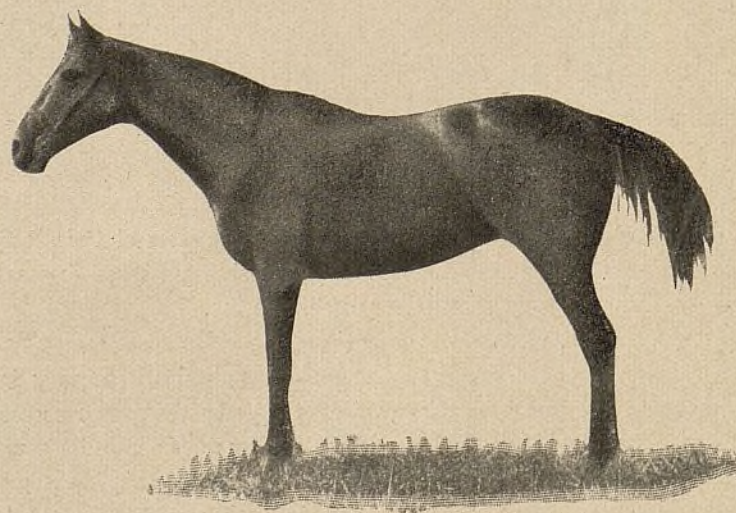
En Barcelona ha debutado *Fest-Cop*, el único hijo de *Brunor* que correrá este año en dos años, que parece ser un caballo muy veloz. Los hijos de *Albano* han demostrado ser tardíos, como ocurrió



«Brunor», por «Faucher» y «All Mines», del excelentísimo señor conde de Güell.

a su padre, y de los dos años que han aparecido, aparte de los importados, merecen distinguirse *Port-Etienne*, *Monrovia* y *Dakar*, del conde de la Cibera; *Lasarte*, primer producto de esta yeguada; *Ingo*, del marqués de Amboage; *Albest* y *Albeisa* y los productos de «Lore-Toki».

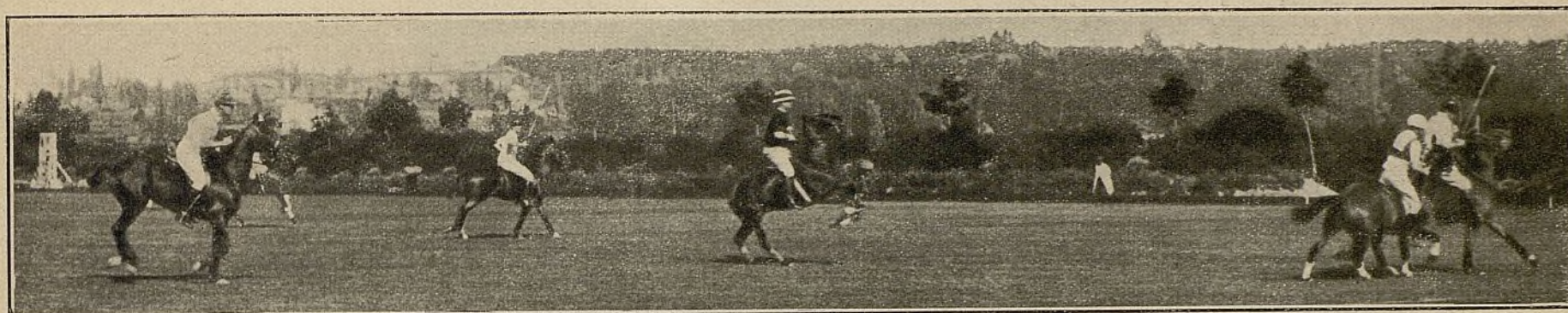
BOUGIE



«Premontre», el nuevo semental de la yeguada de Juenga, y afortunado vencedor del célebre «Epinard».



El aristocrático deporte del polo en España



Vista panorámica del magnífico campo de polo durante uno de los partidos recientemente jugados en Madrid



El marqués de Portago



El conde de Yebes



HAY deportes de gran público tan espectaculares que las multitudes afluyen a los estadios que los cobijan, y todas sus incidencias y menores detalles tienen que ser reflejados diariamente por la prensa para satisfacer la inagotable curiosidad de los miles de aficionados. Entre ellos ocupa el primer lugar en España el fútbol, el juego nacional británico, capaz de arrastrar en casi todo el mundo masas de fanáticos partidarios, en un a veces penoso peregrinaje, tras del club de sus amores. Pero en esta ocasión no vamos a ocuparnos de estos deportes que cuentan con miles de adeptos, para, en cambio, prestar toda la atención que se merece el esfuerzo realizado en tenacidad ejemplar por un grupo de entusiastas aristócratas con el rey a la cabeza, que sin desmayo sostienen año tras año la afición al juego del polo, y lentamente, pero con paso firme y seguro, lo difunden por España.

Ahorramos a nuestros lectores una descripción del juego. Les suponemos poseedores de una suficiente cultura deportiva y, por lo tanto, conocedores, aunque sea superficialmente, de las reglas que lo rigen y de la forma en que el juego se desarrolla. No es, desde luego, un deporte para grandes masas, sino para públicos escogidos. Su práctica no está al alcance de todas las clases sociales. Queda reservado a las adinera-

das, constituyendo una excepción—sólo posible por el apoyo oficial—la de los grupos de oficiales que lo practican en determinados regimientos montados.

El polo, deporte aristocrático por excelencia, va ganando cada vez más adeptos en España. Hay que prestarle calor y ayuda. Estas páginas que les dedicamos hoy tienen todo este alentador significado.

* * *

Nos eran necesarias unas impresiones alrededor del polo. Dos de sus más entusiastas practicantes y propagandistas, el marqués de Portago y el conde de Yebes, han tenido la atención de facilitárnoslas. Helas aquí.

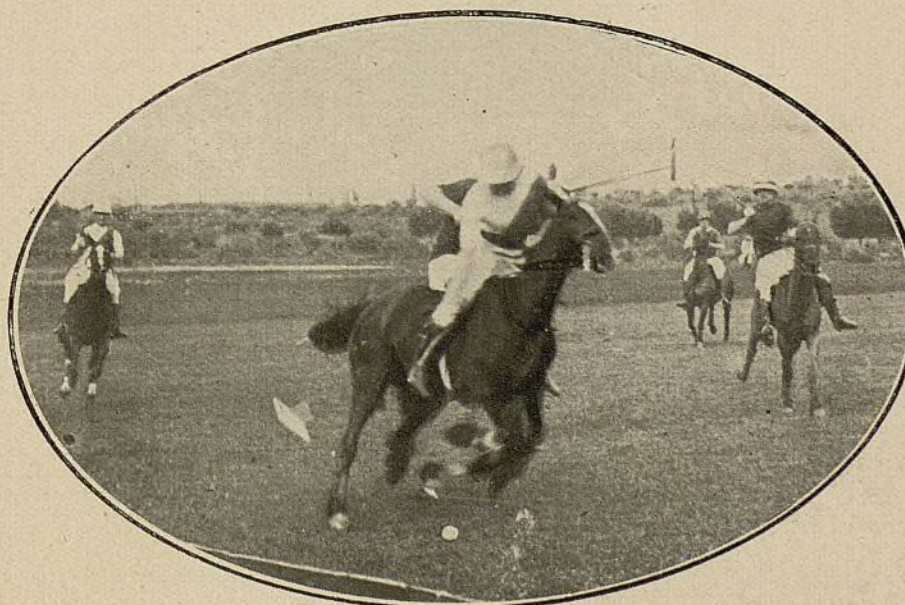
—¿...?

—En la actualidad se practica el polo por un centenar de aficionados

españoles repartidos en grupos y clubs existentes en Madrid, Barcelona, Bilbao, Jerez y en Santander durante el verano.

—¿...?

—No pueden compararse, claro está, la afición y el núcleo de jugadores españoles con los de otros países que marchan netamente destacados, como Norteamérica, Inglaterra, Australia y la Argentina. Las grandes pugnas entre estas naciones con-



El jugador norteamericano Sanford en un brillante avance. (Fotos Ortiz).

gregan a miles de espectadores y son seguidas en sus menores detalles por sus más importantes rotativos, que llegan a organizar servicios especiales para tener al corriente a sus lectores del desarrollo de los encuentros, casi jugada por jugada.

—¿...?

—Antes, la jaca inglesa pura sangre era la preferida. Ahora, la jaca argentina predomina con justificado motivo. Es rápida y enérgica. Tiene temperamento y es, además, muy suave para mandarla. Reune todas las cualidades exigibles. Y aquí también utilizamos la jaca andaluza.

—¿...?

—Hace tres o cuatro años, gracias principalmente al entusiasmo y desvelos del marqués de Villavieja y del capitán Penche, se implantó la práctica del polo en el ejército.

—¿...?

—Desde luego fué preciso contar con el apoyo oficial. Se importaron jacas argentinas y se puso en marcha la organización anual de estos interesantísimos torneos militares, cuya final se celebra en Madrid.

—¿...?



Hopping (S.) y el rey en una disputada jugada

—Difícil y expuesta a error y olvido es la de clasificar a los mejores jugadores militares. Es indiscutible que se destacan los hermanos Soto, Julián Olivares, Navarro, Penche, Cabeza de Vaca, Silvela, Miguel Primo de Rivera y quizá algún otro.

—¿...?

—Entre los civiles existe una clasificación oficial. Acojámonos a ella. Los tres primeros puestos están ocupados por el marqués de Villabrágima, el mejor jugador español, seguido por el duque

de Peñaranda y el conde de la Maza. El rey continúa conservando su gran juego, que sólo saca a relucir cuando la ocasión lo requiere y el empeño e importancia del partido lo justifican.

—¿...?

—La temporada en Madrid que toca a su fin ha sido este año muy interesante. Abundancia de partidos y, sobre todo, el aliciente de la venida de un equipo norteamericano integrado por Sanford, Schwartz y los dos Hoppins, que han proporcionado la ocasión de animar a la afición con sus espléndidas actuaciones frente a los españoles, que les han ido a la zaga en algunas tardes afortunadas.

* * *



Un enérgico ataque de los jugadores norteamericanos cortado por la oportuna intervención del rey

(Fotos Ortiz.)



El equipo norteamericano integrado por Santford, Hopping (S.) y (J.) y Schwartz, que tan excelentemente ha jugado una serie de partidos en Madrid.

Y agregamos nosotros.

Un marco especial encuadra este deporte. Campos amplios de bien cuidada hierba. Público aristocrático. La nobleza española, los embajadores y agregados extranjeros... y, sin embargo, existe una población en España en que el elemento democrático tiene fácil acceso al campo del polo. Esta población es Santander.

En el campo de polo de la Magdalena no es raro ver al obrero junto

al gran señor, siguiendo con vivo interés el juego y animando con sus gritos el ardor y empeño que en la lucha ponen los aristocráticos jugadores. Y es indiscutible que con ello nada pierde el deporte, al que le conviene el calor de la pasión, siempre que ésta no traspase los límites que la corrección y la buena educación imponen.

E. T.



Un momento interesante de un disputado encuentro

(Fotos Ortiz.)

Futbol

Después de dos
violentas finales no hay
aún campeón de España



Arrillaga y Samitier se abrazan antes del primer encuentro.



SANTANDER presencié dentro del término de cuarenta y ocho horas dos encuentros finales del campeonato de España. Agotado el tiempo reglamentario del primer día, fué preciso jugar dos prórrogas de un cuarto de hora cada una, sin que el empate a uno llegara a deshacerse. Y en el segundo día, la enconada pugna entre la Real Sociedad y el Barcelona, equipos que la criba del campeonato de España dejó subsistentes para la lucha final, tampoco tuvo su desenlace, pese a agotarse el tiempo y las prórrogas reglamentarias. Otro empate a uno registró el tanteador al término de la contienda.

Triunfo moral de la Real Sociedad en la primera final, esmaltada de desagradables incidencias, por la dureza del juego. Platko y Samitier tuvieron que abandonar el campo, con la cabeza ensangrentada, alcanzados en desgraciados accidentes por las botas de sus contrarios, y su reaparición vendados atestiguó las violencias censurables del partido, achacables por igual a ambos bandos.

Marcó primeramente el Barcelona, y sólo en las postrimerías del tiempo reglamentario logró empatar la Real Sociedad. Samitier y Mariscal, respectivamente, fueron los autores de los tantos. Y las prórrogas de nada sirvieron para romper el empate; pero en ellas el



El sostenido empate
Barcelona-Real Sociedad



Una cabeza hacia atrás de Marculeta.

juego guipuzcoano brilló esplendorosamente, conducido al ataque el equipo por el brillante y maravilloso empuje del ágil y diminuto Marculeta, el infatigable medio centro realista.

Fué discutido el arbitraje imparcial, pero débil, del vizcaíno Vallana. Uno y otro equipo exponían acres quejas contra su labor, que desde luego adoleció de deficiencias. Y se acordó designar otro árbitro para la segunda final.

Dentro de las cuarenta y ocho horas, por la mañana—puesto que la premura del tiempo con vistas al desplazamiento de los jugadores olímpicos para Amsterdam lo imponía—se celebró la repetición del encuentro final. Y otra vez miles de entusiastas aficionados se congregaron en los campos del Sardinero, dispuestos a presenciar la lucha entre guipuzcoanos y catalanes, sin arredrarse ante las inclemencias del tiempo, francamente adver-

so a esta manifestación deportiva.

Y transcurrió el tiempo reglamentario y las prórrogas prescritas por el reglamento sin decidirse la victoria por ningún bando. Un nuevo empate a uno arrojó el balance de la jornada.

En esta ocasión, la Real Sociedad fué por delante en el tanteador, gracias a un remate afortunado de su jugador Kiriki, para verse empatada mediada la segunda parte, por una precisa escapada de Piera, que vió facilitada su labor en la desafortunada salida efectuada por el guardameta donostiarra.

No faltaron, es más, aumentaron las violencias y brusquedades



La Avenida de Alfonso XIII, llena de una parte de los cientos de automóviles de toda España, horas antes del encuentro final del campeonato de España

del juego. La energía del árbitro madrileño Escartín no bastó a cortarlas, y ni la expulsión de un jugador de cada bando, el catalán Guzmán y el guipuzcoano «Cholín», lograron apaciguar los excitados ánimos de los jugadores, menudeando los incidentes entre éstos.

Se discutió, cómo no, la labor del árbitro. Mala actuación, según los realistas; aceptable, según el punto de vista catalán, y completamente acertada, según nuestro personal criterio de espectador imparcial y desapasionado. Y así como el domingo el triunfo moral fué de la Real Sociedad, el martes el resultado reflejó una igualdad de fuerzas al mejorar el Barcelona la calidad de su juego.

En estos partidos, de los que se guardará memoria por la violencia empleada en la lucha, se ha destacado la figura de una positiva esperanza del fútbol español. El joven y pequeño jugador guipuzcoano Marculeta, medio centro de la Real Sociedad, ha sido el verdadero héroe de las dos jornadas. Agilísimo, incansable, muy rápido, con perfecto dominio del balón, fué siempre el iniciador y propulsor de las briosas acometidas realistas. Bien secundado por sus compañeros de línea Trino y Amadeo, constituyeron una barrera difícil de franquear, sirviendo de perfecto punto de apoyo a su ataque.

En el Barcelona destacó la pareja defensiva Walter-Mas. Fuertes, decididos, enérgicos en sus entradas, contuvieron la avalancha de los ataques que con frecuencia desencadenó la Real Sociedad y salvaron varias situaciones de verdadero peligro para su meta.



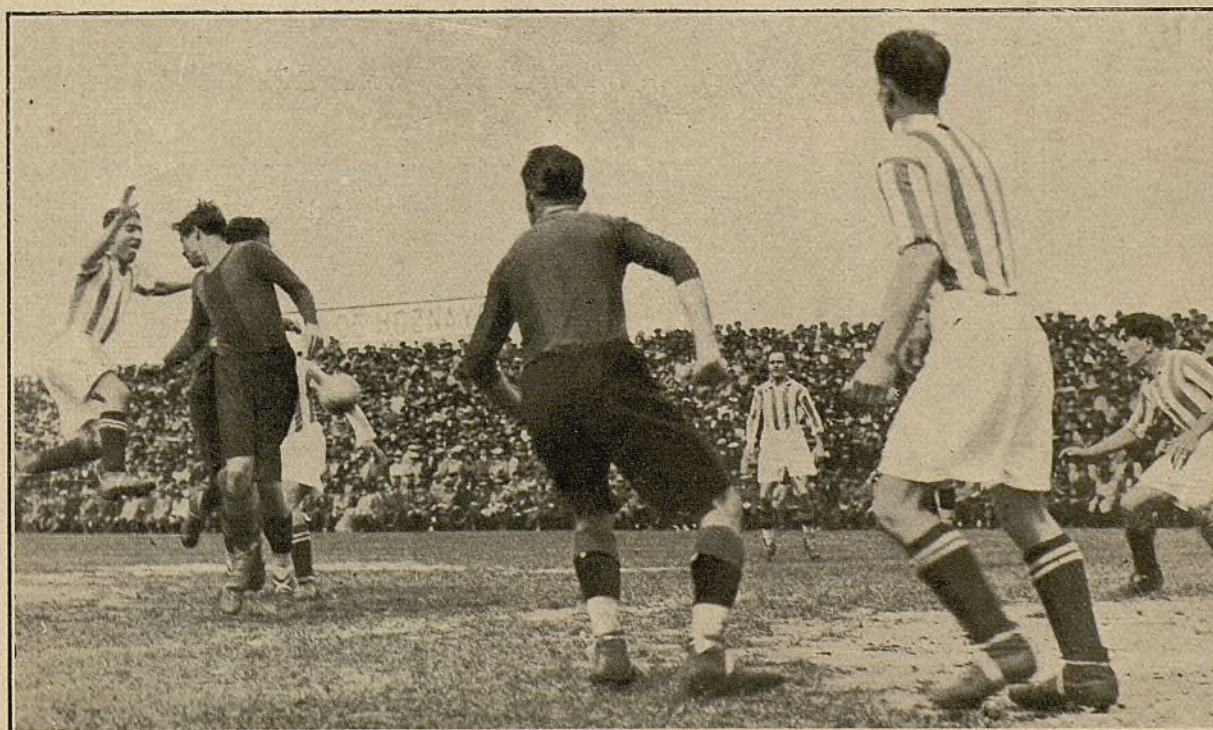
Antes de la doble final de Santander, catalanes y guipuzcoanos fraternizaban. Se proclamaba a los cuatro vientos la amistad que de antiguo unía a los dos clubs, circunstanciales rivales en la pugna decisiva del campeonato de España, y Arrillaga y Samitier, capitanes de los bandos contendientes, después de cambiársenos ramos de flores el primer día, terminaron fundiéndose en un apretado abrazo. Pero esto fué el prólogo agradable y protocolario del encuentro. Después, en un momento del partido, una patada alevosa de Samitier a Arrillaga dió origen al poco edificante espectáculo de la persecución del jugador catalán por el airado vasco, decidido a tomarse la justicia por su mano. Y no queremos recordar las escenas tumultuarias del segundo día entre los jugadores al penetrar en los vestuarios.

Mala jornada en este aspecto para el deporte, y excelente en su significación reveladora de la existencia de una gran afición la de los miles de aficionados que se congregaron durante los dos días en Santander, venidos de diversos puntos de España con el exclusivo objeto de presenciar la final del campeonato de España, tratada despiadadamente por un tiempo inclemente.

EDUARDO TEUS

(Fotos Samot)

Izaguirre, el guardameta guipuzcoano, recoge el balón, pese a la decidida oposición de Samitier



Un momento interesantísimo de la primera final Real Sociedad-Barcelona, con varios jugadores en plena acción

no
x



1



2



3



4



1.—Marculeta, medio centro de la Real Sociedad, el mejor jugador de las finales.

2.—El equipo Barcelona F. C.

3.—El tanto logrado por Piera el segundo día que originó el empate.

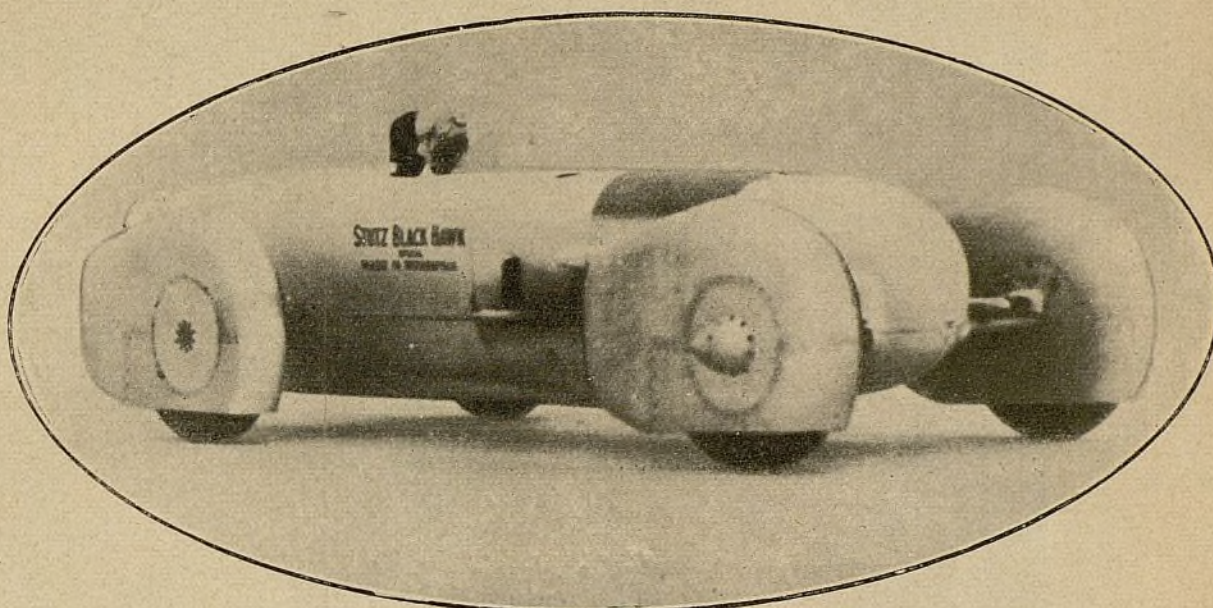
4.—El equipo de la Real Sociedad.

Automovilismo

Frank Lockhart, víctima del vértigo de la velocidad.



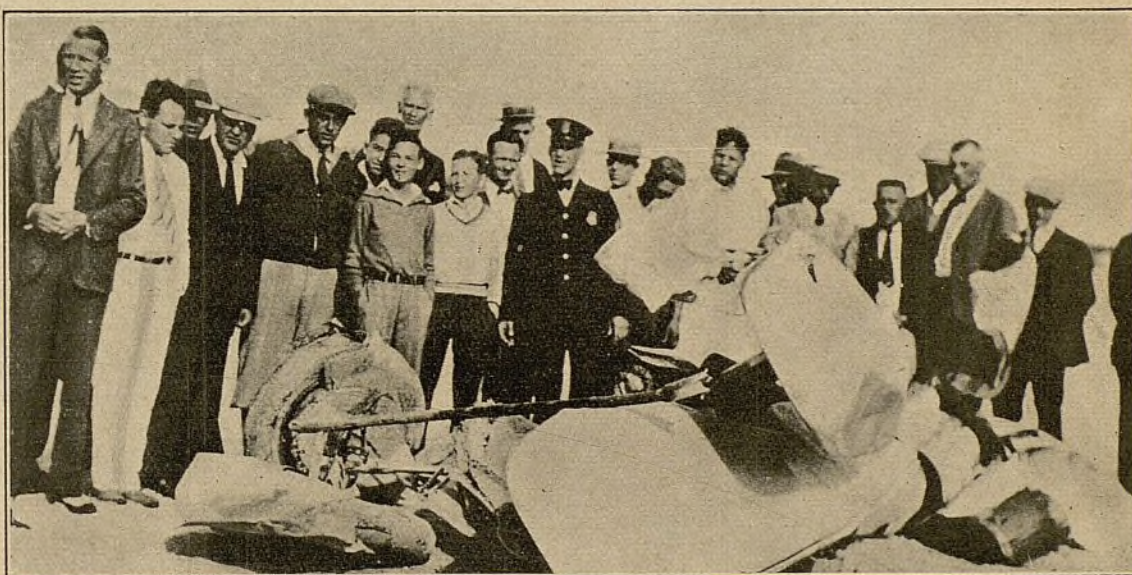
Frank Lockhart



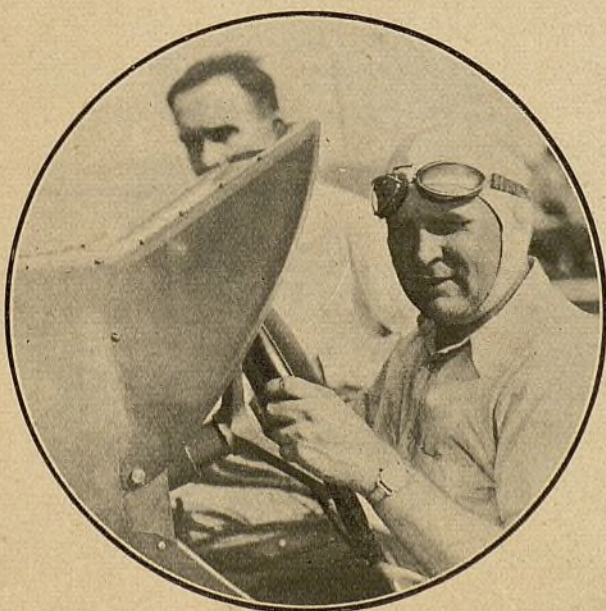
El «Blackhawk» deslizando por la pista de Daytona.

Como preveíamos, no ha durado mucho la marca mundial de velocidad conseguida por el inglés Malcolm Campbell en la amplia playa de Daytona. Un conductor norteamericano, en el 36 cilindros «Triplex» de White adaptado a las condiciones fijadas por el reglamento que rige estas pruebas de velocidad, la ha superado. Campbell logró 332 km. 958 metros, y Ray Keech, el corredor norteamericano, la ha dejado establecida, el 21 del pasado abril, en 333 km. 867 metros.

Pero no se alcanzan impunemente estas marchas fantásticas en algunos casos. A la larga lista de los mártires del automovilismo víctimas del vértigo de la velocidad hay que agregar el nombre de Frank Lockhart, el joven y popularísimo corredor norteamericano, al que un accidente acaecido el 22 de



El «Blackhawk», completamente destrozado, después del terrible accidente que costó la vida al corredor automovilista Lockhart.



El corredor norteamericano Ray Keech, campeón mundial de velocidad. (Fotos Ortiz.)

febrero en la misma playa de Daytona no le sirvió de providencial aviso. Entonces, Lockhart sólo sufrió lesiones de relativa importancia. Desgraciadamente, el 25 de abril la suerte se le mostró esquiva. Un reventón de un neumático, con el coche lanzado a más de 300 kilómetros por hora, sobre la fina arena de Daytona, le hizo dar en el aire varias vueltas de campana, para estrellarse finalmente en el suelo. Deshecho el «Blackhawk», su infortunado conductor Lockhart fué recogido por su propia esposa, que presenciaba entre el público este intento de superación de la marca mundial de ve-

locidad. Antes de llegar al hospital, fallecía Frank Lockhart, en plena juventud, a los veinticuatro años de edad.

El terrible accidente no arredrará a los intrépidos conductores dispuestos a superar los 333 km. 867 metros, de Ray Keech, y la playa de Daytona se verá nuevamente invadida por miles de emocionados espectadores, pendientes de las fantásticas y peligrosas velocidades de los modernos «bóolidos», en los que unos hombres se juegan con serenidad la vida simplemente por el galardón deportivo de establecer una marca mundial.

ANTE LA PANTALLA



La universalidad del cinematógrafo

RECIENTEMENTE—a comienzos de la actual temporada—se exhibieron en Madrid algunas películas habladas, en las que se veía la admirable perfección lograda por el profesor De Forest en su invento «fonofilm». Los amigos incondicionales de todo progreso, aquellos que se anuncian apriorísticamente por cuanto supone novedad, echaron a vuelo las campanas, y los artículos encomiásticos se multiplicaron en las columnas de las revistas de cinematografía y hasta en algunos diarios.

Y todo aquello para celebrar el advenimiento del mayor enemigo de la película: la palabra. El cinematógrafo hablado dejaría de ser un arte nuevo, elevado, aparte de todos, para trocarse en mísero tributario del teatro—en un teatro de ínfima clase—, en cuanto se le

añadiese ese detalle que muchos consideran indispensable complemento.

La película tiene un motivo fundamental de persistir: su universalidad. Al principio, muy al principio, podía invocarse otra razón: la de su economía; antes, ver una cinta en cualquier salón cinematográfico costaba alrededor de dos realitos, y entonces hubiese parecido absurdo, fantástico, que por asistir a la proyección de un «Ben-Hur» o de un «Amanecer» se pagasen cuatro o cinco pesetas. Examina hoy, lector, las carteleras de teatros y cinematógrafos, y a buen seguro que muchos de éstos verás cómo son más caros que aquéllos.

Queda, pues, la universalidad como fundamento primordial para que subsista el «cine». No requiere explicación el ademán, ni exégesis el gesto; si alguna necesitasen, los letreros—traducidos al idioma del

ANTE LA PANTALLA

Shirley Dorman.



espectador—darian más que las suficientes. Cada persona que se sienta en su butaca puede comprender de modo perfecto lo que ocurre en la pantalla, cualquiera que sea su nacionalidad, y no hay diálogo que logre emocionar de modo tan igual a los públicos de más distantes países. Y el día que las cintas sean habladas, este encanto se habrá roto para siempre y el mercado del «cine»—no hay que olvidar el importantísimo punto de vista comercial—se reduciría sensiblemente.

Defendamos todos los verdaderos entusiastas del séptimo arte el cinematógrafo universal, con sus defectos, con sus convencionalismos, con sus ingenuidades.

¿Qué importa que el traidor sea siempre el del bigotito pretencioso, ni que desde que la proyección comienza sepamos todos cómo, forzosa e inevitablemente, acabarán por fundirse en un beso los labios del galán y la dama?... Eso es lo de menos para el aficionado puro, el que desdeña el asunto—casi siempre trivial y parecido—y sólo para mientes en la técnica, en la cinematografía, en la interpretación.

El cinematógrafo tiene la enorme importancia de aníñar a las multitudes, simplificando no sólo



Ken Maynard, el nuevo «astro» vaquero

ANTE LA PANTALLA

las tramas, sino la psicología de los personajes. (Tal vez en este rejuvenecimiento de la humanidad haya otra razón para que sea anulador de fronteras. Los niños de todos los países difieren poco en sentir y pensar). Los héroes de la escena muda son buenos o malos «de una vez», a la manera de los clásicos personajes de los melodramas clásicos; y, como aquéllos, llevan impreso en la cara su carácter, su temperamento. ¡Qué cómoda sería la vida si la vida fuese así!

Por eso las cintas españolas apenas si pueden salir de casa; porque carecen de universalidad. Nuestros actores no se han

*Anny Ondra,
la bella checoslovaca
que va camino de ser
«estrella».*



Dorothy Mackaill.

especializado en un tipo ni en un estilo. Tal vez no se les haya dado tiempo ni ocasión para ello; pero el caso es que no se han especializado. Lo mismo—con idéntica frialdad e indiferencia—incorporan un «bueno» que un «malo». Carecen de aire externo, de lo que los franceses designan gráficamente como «la fisque du rôle»; sus creaciones son, siempre, anodinas.

Recientemente he visto la adaptación cinematográfica de la famosa novela de D. Armando Palacio Valdés, «La hermana San Sulpicio», en la que se nota este defecto de modo patente. Está francamente bien Imperio Argentina, que en la difícil protagonista constituye una verdadera revelación, grata promesa para nuestro arte de la pantalla. La segunda muy dentro del tipo la actriz que encarna Paca, la cigarrera—siento no recordar su nombre—, y hace Modesto Rivas una creación del Conde de Padul. Pero ¿creen los adaptadores que Ricardo Núñez—un galán fotogénico sobrio, de convincente gesto y ademán—puede convencer a nadie en el Ceferino Sanjurjo? He puesto por delante el elogio justo que merece; no es censura a su labor, ajustada y sencilla en todo momento; se trata simplemente de que no está en tipo, de que Sanjurjo es un hombre de cerca de treinta y cinco años, todo aplomo y romanticismo, no un muchachito que apenas representa más de veinte años. El novio de Gloria es otra cosa muy distinta.

Cada tipo requiere su corpulencia, su rostro. Creer otra cosa nos llevaría a encomendar el Don Quijote a la corpulenta humanidad de



BELLEZA-LUJO-ELEGANCIA

RENAULT

S. A. E. de automóviles RENAULT
 MADRID { Dirección, oficinas y depósito: Avenida de la Plaza de Toros, 7 y 9
 Salón de Exposición: Avenida de Pi y Margall, 16.
 SEVILLA (Sucursal): Martín Villa, 8 (en La Campana).
 AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS

ANTE LA PANTALLA

Casimiro Ortas y el Sancho Panza a la desmedrada figura de Valeriano León. Aunque ambos, como actores, estuviesen eminentes, ¿lograrían convencer a alguien?

Así, las películas hispanas carecen casi en absoluto de mercado. Es necesario, imprescindible, no sólo que nuestros actores aprendan a dominar el gesto hasta transmitirnos de manera fiel los sentimientos que quieren expresar—duda alguien de lo que dicen los labios y los ojos de Anntte Benson y Jack Buchanan en la escena de «Confetti» que encabeza esta crónica?—, sino que sus

thy Mackaill en «Loca por los hombres», o una sensación de placidez semejante a la que da el rostro de Shirley Dorman.

Y en el sexo feo, ¿no condensa todo el Far-West el mentón, enérgico y duro, del nuevo «astro» vaquero Ken Maynard, que se presenta al público con «El evangelio de la pistola»?... Por lo que respecta a la comicidad—cara y gestón, tipo y ademán—de George Sidney y Charlie Murray en ese momento de «The Hig Fliers», no creo que haya un solo mimo hispano capaz de intentar algo semejante.



Una situación grotesca, graciosamente expresada por George Sidney y Charlie Murray.

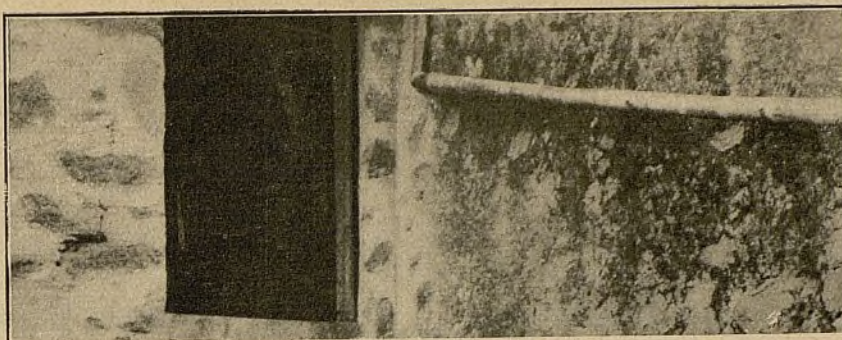
figuras, sus rostros en reposo tengan la misma fuerza convincente que una frase hablada.

Diffícil, sí; sobre todo en los albores del arte, como nos ocurre. Pero no imposible. Algo más de lo que se hace puede hacerse, algo que señale el camino para conseguir que un día tengamos una artista cuya silueta sea tan graciosamente tímida como la de la nueva «estrella» checoslovaca Anny Ondra, una de las primeras figuras de «God's Clay», o de un aire varonil—máscara de un feminismo de la mejor clase—cual el de Doro-

He aquí, pues, otro de los aspectos más importantes de la película nacional. No deben olvidarse capitalistas y directores de que producir sólo para España no es negocio industrial ni empeño artístico; pero deben tener también presente que para conseguir que la producción adquiriera caracteres de universalidad hay que no olvidarse de las características que tal condición requiere.

ADAME MARTÍNEZ

DE LA ESPAÑA TÍPICA



LA FIESTA MAYOR DE LAGARTERA



LAGARTERA, el interesante pueblecito toledano, quizás el más típico de los pueblos españoles, todos tan ricos de color y de tradiciones, es bastante pequeño.

En natural relación con su importancia están sus manifestaciones, los sucesos y los actos de los suyos.

Además, la vida actual con sus modalidades, el modernismo que todo lo va dominando, avanza también por las carreteras y hasta por los malos caminos y veredas, llegando a los más apartados rincones. Lagartera es plaza fuerte para él; no ha podido con ella, pero no la abandona, y rondándola siempre, acechando en todas las ocasiones a los suyos, alguna influencia ha ejercido sobre ellos.

Unido lo uno con lo otro—los pocos habitantes, que lógicamente pocas bodas pueden producir, y el modernismo imperante, que las

va restando detalles tradicionales—resultan de día en día más excepcionales las bodas características, aquellas bodas famosas que constituían no sólo la nota más típica y atractiva para los de fuera, sino también la más importante y celebrada para los de dentro, para los lagarteranos.

Realmente, no sólo en este singular pueblecito, sino en todos en general, las bodas han perdido, aparte de sus manifestaciones externas de lujo e indumentaria, bastante, casi toda su solemnidad. Perdido en una gran parte, derrotado casi totalmente el ideal, la vida de hoy, tan grata en apariencia, pero absurda en absoluto, realiza ese acto la inmensa mayoría de las veces como uno de los tantos vulgares y materiales, porque conviene, mecánicamente nada más, y así son las consecuencias.

Pero, ¿qué nos importa a nosotros?; hágale cada cual como le

LA FIESTA MAYOR DE LAGARTERA

plazca o no le haga, y dejemos estos comentarios, ajenos al objeto de estas cuartillas. Vamos adonde íbamos, a Lagartera, el bello pueblo toledano, donde fuimos llamado por un amigo cordial que conoce nuestras debilidades, para asistir a una boda de rumbo, que se ha celebrado recientemente.

Allá fuimos, no con la curiosidad de lo desconocido, porque presenciarnos varias ya, pero sí con el interés de complacer nuestros sentimientos, recordando espectáculo tan singular, cada vez más, por lo poco que se repite; pensando en si no le volveremos a admirar en la realidad, en su propio lugar.

Una boda de «ricos» en Lagartera es una fiesta, una gran fiesta para todo el pueblo; es el más popular y sentido de sus festejos.

Desde muchos días antes, las familias de los contrayentes, con todos sus amigos, empiezan los preparativos. La casa de los novios constituye la preocupación de todos; hay que preparársela, hay que engalanársela bien, y se suceden los detalles materiales y los adornos complementarios. Aun sin ser para tal objeto, las casas de Lagartera, en general, son interesantísimas; contienen una verdadera riqueza en cacharros antiguos, de cobre y cerámica, en telas, en muebles.

Preocupanse por igual del ajuar, de los vestidos; en el de ella, las más hábiles bordadoras del pueblo ponen todos sus esmeros.

Próxima la fecha, un par de días antes, empieza la fiesta, que todo el pueblo disfruta, paralizando sus actividades; las mujeres ultiman los vestidos y las mudas; arreglan la casa; hacen las camas—dos, la de lujo y la de diario—, poniendo en la «buena» una cima inaccesible de mullidos colchones—seis y hasta ocho—, cubiertos por ricas colchas; condimentan los corderos y la multitud de aves de corral que mataron los días pasados, desalojando a la vez las despensas, repletas de jamones, embutidos y dulces, y las bo-



La novia, después de vestida, preparada para la ceremonia.

degas, llenas de rico vino. Mientras, la gente moza se pasa las horas, de día y de noche, bailando, y los viejos en la tertulia, en la solana o en la taberna. Cada cual lo celebra a su modo.

Llega el fausto día, y en el ambiente del pueblo se observa algo extraordinario; desde muy temprano, las familias de los novios empiezan la trascendental faena de vestirlos. Es esto algo difícil y delicado, para que nada les falte; hemos estado en casa del novio y hemos presenciado cómo todos los suyos, desde los padres hasta los sobrinillos, le rodean, acicalándole, completándole el tocado; cada uno le pone, le arregla una cosa. Igual ocurre en casa de la novia, según nos cuentan, pues no tuvimos, naturalmente, la fortuna de presenciarlo; más grato y curioso nos hubiera sido, no sólo por ser ella, sino por ser más típica y complicada su indumentaria.

Arreglados totalmente, terminado el laborioso preliminar de vestir a ambos, ataviándolos con las más valiosas galas, ricas telas con espléndidos adornos y no menos ricas joyas, el desfile hasta la iglesia y desde allí a la casa, después de la ceremonia, es la nota de más color, más bella del acto; van todas y todos, viejas y viejos, mozas y mozos, algunos por parejas, niñas y niños, luciendo sus trajes típicos de «fiesta», que resultan por sus coloridos y en tal conjunto algo deslumbrador, intrigante, verdaderamente singular; es el cuadro admirable del más genial colorista.

Después, obligada continuación, la comida; en casa del nuevo matrimonio lo hace la mayoría, pero llega hasta todas las demás casas. Aquel día, como los anteriores y los siguientes, todos comen, todos beben y todos, los que pueden y saben, pues a esto no se les obliga, bailan y cantan: todos disfrutan.

Terminada la comida, tiene lugar en



Los suyos vistiéndolo al novio

LA FIESTA
MAYORDE LAGAR-
TERA

*Los novios, con sus
parientes, saliendo
de la iglesia*

la plaza principal, que se llena por completo, el baile típico «de la manzana», que dura toda la tarde, en el que se verifican las ofrendas a la novia. Esta, o en su representación alguna de su familia—lo tradicional es ella misma—, baila con todos los mozos del pueblo, llevando en la mano y clavada en un cuchillo una gran manzana, en la que, terminada la pieza, el que la baila deposita una moneda de oro o plata, según sus disponibilidades. La tarea es harto cansada para ella, pero los resultados prácticos se lo compensan.

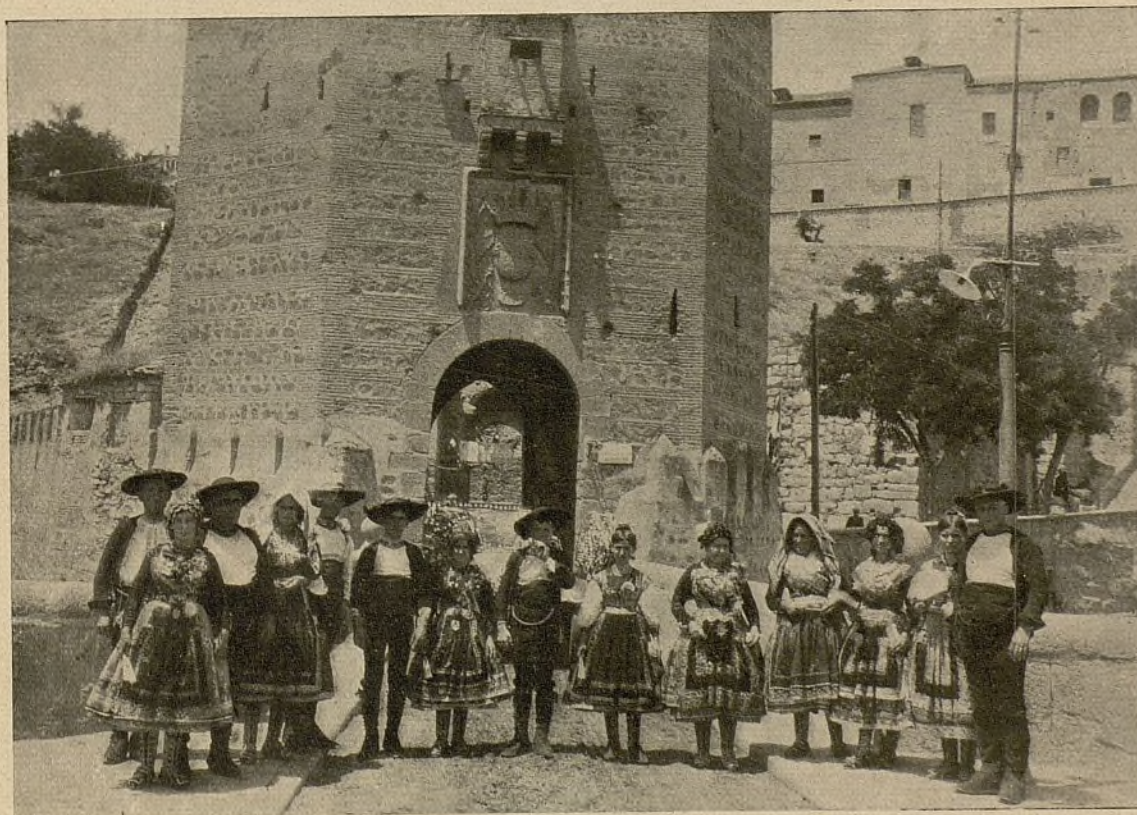
Bailando la manzana—o sea bailando a la novia—se llega hasta la hora de la cena, de la que también participan todos, y después siguen los bailes y las tertulias; continúa el regocijo y la expansión

de todos, aunque a veces los novios y sus parientes más cercanos salgan para la capital, emprendiendo desde ella el consabido viaje de miel, que los lagarteranos también saben de estas cosas.

Con ellos o sin ellos, la solemnidad continúa, pues es de todo el pueblo; Lagartera celebra una boda, que, como las célebres de la historia, son sus manifestaciones más sentidas, sus fiestas más extraordinarias, como debieran serlo todas y en todas partes, porque las bodas son lo más grato de la vida; porque las bodas las hizo Dios.

SANTIAGO CAMARASA

(Fotos de Pablo Rodríguez.)



*Los parientes de los novios
irán a despedirlos a
la capital*

Moda

Entre nosotras

por CIL



ENTADAS en la alegre azotea de mi casa, en esa azotea que parece un patio andaluz con sus azulejos y sus tiestos de claveles y geranios, tú y yo, hundidas en mu-

llidos butacones de cretona, seguimos nuestra charla a media voz, frívola e insustancial, filosófica y reflexiva a ratos...

Has venido a verme, a mí, tu confidente habitual, en un momento de negro spleen...

—Estoy desesperada—me has dicho al entrar, después de haber tirado sobre mi mesa tu sombrerito de *bangkok*—; estoy desesperada, ¿no sé qué hacer!.

Y yo me he sonreído, he cerrado mi estilográfica, he recogido un poco mis papelotes y me he sentado junto a ti...

—Vamos, cuéntame tus cuitas...

—¿Mis cuitas?

—Sí, tus preocupaciones.

—¿Mis preocupaciones?—has repetido lentamente.

—Tus penas, ¿no dices que estás desesperada?

—Sí... pero no tengo penas, ni cuitas, ni preocupaciones; es algo mucho peor que todo eso... ¡me aburro!

Me he sonreído un poco:

—Tienes razón, hay algo mucho peor que nada y es lo que te pasa a ti y a casi todas las muchachas como tú: a las que no tenéis ningún objeto en la vida... ¡TE ABURRES!... Yo creo que esas palabras deberían producir una profunda vergüenza a quien las pronunciara, porque son un desprestigio moral.

—Me aburre todo... me aburre la Castellana y el Retiro, los tes y los bailecitos, las cenas y los bailes grandes, me aburren mis amigas y me aburren mis *flirts*... ¡Soy muy desgraciada!

—Lo eres, en efecto—te he dicho, y mi voz ha sonado más dura de lo que yo hubiera querido—; ¿pero por qué te quejas si lo eres por tu gusto? ¿No te ha dado Dios inteligencia, actividad, comprensión y otras mil cualidades más? ¿Por qué las desperdicias tan neciamente?

—¿Pero qué quieres que haga? Si no hubiera sido porque estaba lanzada en uno de mis temas



Marceline Day, la gentil estrella, luciendo precioso traje de baile de *glasé negro*. La falda, en ondas, es más corta delante. El cuerpo está adornado con encaje crudo y una guirnalda de rosas. El gran lazo en la cintura es de cinta de plata.

Moda



«Bridge».
Traje de crespón
marroquí
negro.

predilectos, tu cara, ingenuamente asombrada, me hubiera hecho reír.
—¡Ocupate en algo! Ten eso, justamente eso que dices no tener: preocupaciones y quebraderos de cabeza, cuitas y penas si es necesario. Ten un fin en la vida: haz algo útil para ti o para los demás...

—¿Que haga algo? Pero si sabes muy bien que aquí ninguna muchacha hace nada... nadie hace más de lo que hago yo...

—¿Qué es...?—te he preguntado con ironía.

—¡Si lo sabes tú tan bien como yo! Pasear, ir al cine, bailar, visitar amigas... lo que hacemos todas, lo mismo yo, «la encantadora condesita de los E.», según los cronistas de sociedad, que la última niña de un cesante.

—Y ahí está lo absurdo en algunos casos, lo que puede ser hasta criminal en otros! Mira, ya que me has venido con este tema, me vas a oír y perdóname si te trato con demasiada dureza. No te hablo sólo a ti; tú simbolizas en este instante la muchacha moderna que aun no ha sabido encontrar su ruta. En tu caso hay millares de criaturas, lo mismo que hay también millares de mujercitas valientes y decididas que, la frente muy alta y una sonrisa en los labios, son ayuda y apoyo de sus hogares y sabrán ser el día de mañana esposas y madres modelos.

¿Dices, para disculpar tu nulidad y tu insignificancia, que todas sois iguales? Tienes razón en lo que se refiere a las que están cortadas por tu mismo patrón. ¡No tenéis un átomo de personalidad ni física ni moralmente! Todas lleváis las faldas por las rodillas, fumáis pitillos egipcios, os pintáis como coches y todas os creéis muy cultas por haber leído tres o



«De viaje».
Traje de lana
ligera a cua-
dros beige.
Cinturón de
ante marrón.
Abrigo beige.
Bolso de ante
marrón, con
cierre de
plata.

cuatro novelas de Elinor Glyn...

Vuestra vida es absurda cuando sois niñas ricas, y es imperdonable cuando no lo sois. Habéis tomado de las costumbres modernas lo que os ha convenido: el rouge, el egipcio y la libertad de modales, y en cambio ignoráis por completo todo aquello que constituye la gran fuerza de la mujer moderna: su laboriosidad y su actividad.

Dices que hasta la niña del último cesante hace la vida que tú... y es verdad que se dan casos de ver a un pobre viejo abrumado de deudas y preocupaciones



Traje sastre de lani-
lla beige.

Impermeable de cuero
marrón.

Pull-over fondo blan-
co, motivos marino
y rojo. Falda de crespón
marino.

Traje dos piezas de
crespón azul nattier,
cuello y puños de
crespón blanco.

porque sus hijas necesitan medias de seda, zapatos y trajes para trotar por ahí y ver «si pescan a alguno». Este cuadro ridículo y lamentable no se ve seguramente ya más que aquí—aunque también cada vez menos—. Fuera, en los Estados Unidos, en Méjico y las Repúblicas suramericanas, en Francia, Alemania e Inglaterra, son las muchachas las que mantienen a sus padres, cuando éstos, agotados por los años, no pueden seguir la dura lucha por la vida. Las hijas de padres ricos los ayudan en sus negocios o en sus aficiones; las de la clase



media y las de los pobres llenan las oficinas, los bancos, los talleres y las fábricas. No puede haber espectáculo más interesante ni más moderno que la hora de salida de las oficinas en las avenidas de Nueva York. Recuerdo con verdadero gusto una mañana de invierno, clara y fría, en la que vi desfilar ante mis ojos esa multitud de mujercitas trabajadoras y útiles que pasaban rápidas, charlando y riendo, asomando sus caras sonrosadas por el frío entre los cuellos de los abrigos de piel. ¿No crees que esas muchachas son mil veces más felices que vosotras? Después del trabajo y de haber cumplido

con sus obligaciones, suena para ellas la hora de la diversión, y te aseguro que es difícil que a ninguna de esas chicas le oigas tu frase «me aburro»... ¡No la vuelvas a repetir! Comprende que es un renunciamiento absoluto de tu «yo»...

Ha habido un largo silencio entre nosotras...

—Mira, Cil—has vuelto a reanudar la conversación—, todo eso estará muy bien visto en aquellos países; pero aquí aun estamos más atrasados. Al hombre español no le gusta la mujer avanzada, no le gusta esa independencia y esa libertad que indudablemente adquiere

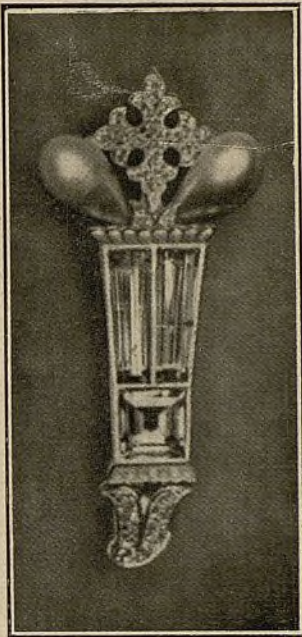
Moda

la muchacha que hace frente a la vida. ¡Cualquier día consentiría mi mismo padre que yo me pusiera al frente de su Banco y que pasara el día entre tanto hombre! Y tendría razón, porque aquí no están acostumbrados a ver en la mujer la camarada y la compañera. Estoy segura que todos, desde el subdirector hasta el *botones* de la puerta, me harían el amor...

—Si te lo propusieras, desde luego; pero ni más ni menos como te lo harán en el Golf o en el Ritz. Allí también te pasas la vida «entre hombres» y no entre hombres ocupados que tienen cosas más interesantes en la cabeza que el flirtear contigo, sino entre ociosos que acuden a esos sitios con el premeditado objeto de divertirse...

—¡De divertirse! Y tú que lo digas... ¡Ay, cómo están los hombres de hoy día!

—También en eso tenéis vosotras mucha culpa. ¡Qué no consigue una mujer del hombre que la quiere! Pero para poder ayudar a un hombre a ser *alguien*, tiene éste no sólo que querer a la mujer que influye en su vida, sino tiene también que estar



Broche de diamantes, perlas y esmeraldas.
Orfebre Emil Lettré, Berlín.

convencido de su valor moral, de su personalidad firme y segura. En el cariño verdad entra la estimación por partes iguales. Todas vosotras, niñas modernas, buenas en el fondo, pero frívolas e inconscientes, ¿qué estimación podéis inspirar? ¿Qué cualidades queréis que os admiren? ¿Qué rastro dejará tras sí vuestro paso por la vida? ¿Se podría poner siquiera sobre una de vuestras tumbas el epitafio de una gran señora romana de vida oscura e ignorada? «Tú que pasas ¡detente! y escucha lo poco que tengo que decirte: Esta es la tumba poco hermosa de una que fué hermosa y que sus padres llamaron Claudia. Amó a su esposo y le dió dos hijos. Uno lo ha dejado sobre la tierra, otro duerme junto a ella. Su espíritu fué amable y su andar gracioso; guardó su casa e hiló su lana. He dicho, ¡Vete!» El crítico francés que comenta la obra de Luciano, en cuyas notas se habla de esta tumba, opina que «estas modestas virtudes no podían, naturalmente, satisfacer a un marido». Yo creo que muchos maridos de hoy día se darían por muy satisfechos con una mujer como Claudia. ¡Ahí es nada! Amaba a su esposo ¡y guardaba la casa! ¡Era amable y además hilaba! Los hombres de aquella época no sabían apreciar lo que tenían...

Las nueve campanadas del reloj del *hall* han interrumpido mi sermón.
—¡Por Dios, qué tarde!—y rápida te has encajado el sombrero—. Volveré otro día, Cil, y quizás entonces me haya descubierto ya aptitudes para algo grande. ¿Te darás por satisfecha si me ves algún día con una estatua en el Retiro?

Yo te he abrazado riendo:

—Con muchísimo menos me contento: con que no sigas alardeando de ser sólo un lindo figurín vacío e inútil, uno de esos seres impersonales que forman la gran masa anónima...

DE TODO UN POCO

JOYAS

Los joyeros y orfebres, no queriendo ser menos que los grandes modistos y sombrereros, esfuerzan también su fantasía y su imaginación y nos presentan modelos de joyas fastuosas, originales y artísticas.

La lucha entre joyeros y bisutereros es cada día más encarnizada. Casi resulta ya imposible trazar el límite de donde empieza lo falso y termina lo bueno. Vemos cristales tallados montados primorosamente en oro y platino, vemos maravillosas filigranas de brillantes, deslumbrantes diademas y *rivières* de *strass*, joyas al parecer dignas de haber pertenecido a emperatrices y reinas... ¿Son falsas? ¿Son buenas? ¡*Chi lo sa!* Según quien



«Golf». Falda de «tweed» en dos tonos de verde, blusa de crespón de china verde claro. Abrigo de «tweed» verde. Sombrero flexible verde claro adornado con cinta de gros-grain negro. Zapatos de ante marrón.



He aquí tres lindos originales sombreros de niñas. El primero, de paja natural, está forrado de terciopelo negro. Las cintas son de terciopelo negro y azul natter. El otro es de paja roja con aplicaciones de flores de paño en varios colores. La capota, de paja roja, está adornada con cinta de terciopelo azul marino.



«Dancing». Traje de crespón marroquí negro. Adornos de brillantes y esmeraldas. Bolso de ante negro y plata. Zapatos ante con hebilla de brillantes. Pájaro de *strass*. Cinturón de brillantes y esmeraldas.



las lleva afirmamos o negamos. ¡Cuántas veces no equivocamos!

Muchas elegantes, verdaderamente elegantes, han empleado en París la moda del *sans bijoux* y aparecen en bailes y fiestas sin joyas de ninguna especie. Es una muda protesta de las poseedoras de joyas de fama mundial contra la invasión de tanta llamativa cristalería.

«ENSEMBLES» COMPLETOS.

La moda, cada día más sencilla al parecer, complicada y refinada en el fondo, no se contenta ya con que llevemos «haciendo juego» traje, abrigo y sombrero. Ahora exige el bolso, la bufanda, el cinturón, la sombrilla o el paraguas, los guantes, los zapatos y hasta los pañuelos *ad-hoc*.

Nueva York, Berlín y Londres, que compiten en lanzar novedades con París, nos envían sus últimos croquis y fotografías, y en ellos vemos notas de una elegancia sobria y original, muy dignas de ser tenidas en cuenta. Fijémonos en los *ensembles* completos que ilustran estas páginas.

Golf: Falda en dos tonos de *tweed* verde, blusa de crespón de china verde más pálido (*degradé*). Abrigo de *tweed* verde, cinturón de ante negro con hebilla de acero. Completan este conjunto los zapatos para *sport* de ante o cuero marrón, el flexible verde pálido con cinta de *gros-grain* negro, los dos alfileres de plata en forma de palos de *golf* y unos guantes de manopla de gamuza lavable. Para días lluviosos vemos un impermeable de cuero verde oscuro con grandes bolsillos y un paraguas «estilo hombre» con puño retorcido.

De viaje: El traje, el forro del abrigo y el cuello-bufanda son de lana ligera a cuadros beige y tabaco. El cinturón es de ante marrón, el abrigo recto de lana beige. El bolso, cuadrado y plano, está adornado con motivos automovilistas. Los guantes son de piel marrón con manopla, el sombrero de fieltro marrón.

Brigde: Traje de crespón marroquí negro. Una banda cruzada ciñe el talle; sus extremos, en forma de capa, van unidos a la espalda y le dan vuelo. Fieltro pequeño negro adornado con un broche de brillantes. Zapatos altos de charol con gran hebilla de brillantes. Guantes de ante beige. Bolso plano de ante negro con cierre plateado.

Dancing: Traje de marroquí negro a dos volantes. Un broche de brillantes y esmeraldas abrocha el cinturón. De un hombro cuelgan dos de estas piedras de unas cadenitas de brillantes. Gorro negro de paja y cinta *gros-grain*.

Traje de vela blanco y azul. Bieses y cinturón azul.



Traje primaveral de crespón estampado. Corbata de crespón blanco. Modelo Jane Regny.

Moda

Consejos útiles

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes, tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid. Casa de gran confianza. Teléfono 646.

CADA DÍA ES MAYOR

la demanda de los comprimidos Dakin-Sotih, que tan brillantes resultados ofrecen para lavados de heridas, supuraciones, higiene, etc. Diríjanse por correo o personalmente al Laboratorio Hitos, Serrano, 44, y refiriéndose a este consejo obtendrán una muestra gratis.

RECOMENDAMOS

A NUESTROS LECTORES

hagan siempre sus compras en la gran perfumería de Álvarez Gómez, Sevilla, 2. Su agua de Colonia concentrada goza de fama mundial.

UN GRAN ZAPATERO

es Blas Torrejón, Pasaje de la Montera, 9. Hace como nadie el calzado a medida, lo mismo para señoras como para caballeros. Últimos y elegantes modelos. Precios económicos.

LAS PESTAÑAS

Veo por la enorme cantidad de cartas que recibo que estáis de acuerdo conmigo, queridas lectoras, en que unas pestañas largas y tupidas son una de las mayores bellezas del rostro femenino. Sus sombras agrandan nuestros ojos, velan suavemente nuestras miradas y le dan interés al rostro más insignificante.

He aquí un tratamiento que recomiendo por experiencia: me ha dado excelentes resultados. Se cortan con mucho cuidado con unas tijeritas las puntas de las pestañas. Mañana y noche se engrasan ligeramente y se cepillan hacia arriba durante

Traje de foulard o crespón multicolor. Cuello con cintas estrechas de falla.







Antiguo puente de San Pablo, sobre el río Huecar

rilidad de artista, en trocar la imprevisión, la graciosa arbitrariedad de su vivir en un vivirmetódico, cronométrico. Todo el mundo, obstinado en que el poeta viviera con la isócrona monotonía de un guardaagujas. Martínez Escribano luchó, defendiéndose bravamente; pero pudieron con él. No tenía el cinismo y la audacia necesarios para triunfar en el mefítico ambiente literario de Madrid. No tenía la entereza bastante para resistir el asedio de que le hacía víctima la moral burguesa. No podía triunfar; pero fracasado no podía vivir.

Martínez Escribano, el buen poeta, andaba ahilado y triste, paseando su melancolía por las melancólicas calles de su vieja ciudad, y un día se asomó al puente de San Pablo. En el fondo del abismo, el Huecar cantaba su triste canción de prisionero de las rocas... El poeta escuchaba alucinado, y súbito abrió los brazos y se arrojó al espacio, gritando:

—¡Voy, hermano, voy!

Voltijó trágicamente el humano pelele, y en las rocas que marginan el Huecar se estrellaron un gran cerebro y un gran corazón.

La prensa dió una noticia escueta del suicidio. Un suceso vulgar.

Yo quiero cumplir aquí con lo que estimo un deber de amistad y de conciencia, recordando al notable escritor y leal amigo que fué Martínez Escribano.

¿No habrá quien estime también de su deber recoger algo de la obra dispersa del poeta, bien digna de atención, evitando así que su nombre se entierre injusta y definitivamente en el olvido?

Paz. Las esposas de Cristo.

Hay en Cuenca numerosos conventos de monjas. Claro que también los hay de frailes, como hay, además de estas casas de religión y de la soberbia catedral, diversos templos muy interesantes; y es que Cuenca, asentada en lugar elevado que la aproxima al cielo y cimentada sobre la roca viva, es como un símbolo de la fe cristiana, lugar propicio al florecimiento de toda suerte de místicas manifestaciones.

Pero, sobre todo, los conventos de monjas, con su aire recatado y humildico, tienen para el poeta una extraordinaria sugestión. Este silencio suave, esta fragante intimidad en que se amustian los lirios blancos que son las dulces esposas del dulce Nazareno de la Cruz...

He aquí un interior del convento de Benedictinas, o Benitas, como vulgarmente se las conoce en Cuenca.

Todo es en él de un austero candor. En el lienzo blanco, blanco, de la pared desnuda, solamente un pequeño reloj de cuco pone una nota de graciosa ingenuidad. Sentada junto a la ventana, por la que entra a raudales la luz y la fragancia del cuidado jardín conventual, las manos de la monjita (blancas, breves, ingravidas, con levedad de flor, de pluma o verso, con blancura luminosa de estrella) van tejiendo en el bastidor la maravilla de un bordado.

¡Paz, blancura...!

¡Ay! ¡Cómo se acuerda el hombre aquí de que fué niño, y cómo siente deseos de llorar por su infantil pureza, hecha jirones!

unos segundos con uno de esos cepillos diminutos a propósito para este uso. El *Indian Ciloil*— ya indiqué en el número anterior dónde se vende en Madrid—es un producto maravilloso que las hace crecer mucho. No se debe usar más que en muy poca cantidad y nunca de día. No es cierto que los cosméticos—Rimmel, Potonniér, etc.—hagan caer las pestañas, sobre todo si los aplicamos muy moderadamente. Tiñen de oscuro las pestañas claras y hacen parecer mucho más largas y tupidas las oscuras. Cepillándolas, una vez secas, con un cepillo sin cosmético conseguiremos rizarlas y separarlas, pues lo feo es que queden pegadas unas contra las otras.

PEINADOS

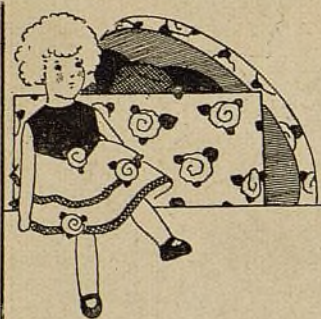
¡Cabecitas rubias, castañas, morenas, rojas... o blancas!, la moda—sin abandonar el pelo corto ¡tan cómodo e higiénico!—inicia un tímido retorno hacia rizos y tirabuzones. Las cabezas se siguen peinando lo más pequeñas posibles; pero sobre las orejas, sobre la frente y en la nuca vemos unas mechas rizadas, artísticamente dispuestas, que le dan un aire más femenino y más juvenil al peinado de moda.



Elegante «ensemble» blanco y negro. Modelo Patou.



Traje de noche de gasa rosa pálido. Flores rosas y plata. Modelo Chanel.



NUESTRAS LABORES. Mujer amiga, coge una gran bolsa de cretona y ve echando allí todo lo que tú creas que no te sirve para nada: retales de paños, terciopelos, crespones, encajes, tisúes, fieltros y lanas. Yo te iré dando ideas de cómo puedes convertirlos en cojines, pantallas, bolsos y cinturones, objetos prácticos y bonitos que pondrán una nota original y graciosa en tu hogar o en tu persona.

Mira todo lo que puedes confeccionar con ayuda de tus fieltros viejos, unas tijeras y un poco de habilidad. Antes de recortar el fieltro hay que humedecerlo para que adquiera mayor flexibilidad.

ladamente limpio, y a ser posible una cofia que cubra sus cabellos. Antes de acercarse al niño, es conveniente lavarse siempre manos y boca.

EL CUARTO DE DORMIR

El niño necesita aire y luz. La cuna no deberá, por lo tanto, estar nunca colocada en un rincón oscuro. El cuarto debe ser grande, claro, muy aireado, sin alfombra alguna. Muy limpio y bonito resulta el linóleo blanco. El colchón será un poco duro y la almohada de varech o crin vegetal, sustancias poco costosas, fácilmente renovables y preferibles a la pluma y lana, que calientan el cuerpo, provocan la transpiración y debilitan el temperamento. Se debe cubrir el colchón con un tejido impermeable para impedir que lo manche el niño.

Nunca deberá acostarse un niño con un adulto. Su sitio es en su cuna, donde se le acostará alternativamente sobre un costado, después sobre otro, jamás sobre la espalda.

Los niños, especialmente los recién nacidos, son muy sensibles al frío. Se debe poner, sobre todo en invierno, una o dos bolsas de agua caliente en la cuna y se tendrá la temperatura del cuarto de 17° a 18°.

Es bueno poner en la cuna unas cortinas de tul que preserven al niño de corrientes de aire, insectos y suavicen la luz.

No se debe mecer la cuna del niño. Estas sacudidas prolongadas pueden turbar la digestión y provocar vómitos.

EL SUEÑO

El sueño es de una importancia capital en el niño de pecho. Durante el sueño se hace la digestión y la asimilación. Durmiendo se desarrolla, crece y aumenta de peso. No debemos nunca despertarlo inútilmente. Hay que acostumbrar a los niños a dormirse temprano. Antes de los tres años deberá dormir al menos doce horas.

Una hora de siesta después del almuerzo es muy saludable. En caso de insomnio persistente, llamar al médico.

LAS SALIDAS

Como acabamos de decir, el aire y la luz son indispensables al niño. Las primeras salidas no deben hacerse antes del décimoquinto día en verano, el trigésimo en invierno. Durarán una media hora en invierno y una hora en verano. Tendrán lugar todos los días, siempre que el tiempo lo permita. Hay que evitar las salidas con mal tiempo y preservar a los niños, sobre todo, de la humedad. En verano saldrán mañana y tarde, antes y después de los grandes calores. En invierno, a las horas de sol. El niño debe ir siempre en su cochecito.

LA COCINA DE NUESTRO BEBÉ

Sopa de sémola.—Durante 15-20 minutos se pone a cocer doscientos gramos de caldo (ternera, gallina), una cucharada de sémola y un poco de sal.

Puré de arroz.—A doscientos gramos de leche se le echa en frío una cucharada grande de arroz (lavarlo antes). Se hace cocer, meneándolo continuamente durante 1-1½ hora a fuego lento. Se pasa por un tamiz, se le añade una cucharada pequeña de azúcar y se vuelve a poner a la lumbre para que dé un hervor.

Espinacas.—Se lavan bien medio kilo de espinacas, se cuecen, se escurren y se pasan por un tamiz muy fino. Se aparta el agua en que han cocido, se le echa sal, un poco de harina desleída antes en manteca de vaca y el puré de espinacas. Se vuelve a poner en la lumbre hasta que cueza.

Puré de galletas.—Se cogen tres o cuatro galletas y se echan en un poco de leche o de agua hirviendo. Se le añade una cucharadita de azúcar y un poco de mantequilla.

NUESTROS NIÑOS

Pequeños queridos que alegráis con vuestras risas y vuestros gritos nuestros hogares y nuestras vidas, no os olvido, y señal de ello es que pienso dedicaros desde hoy una gran parte de esta sección. ¿No sois vosotros en realidad los soberanos del mundo?

«¿Veis este niño?—decía Temístocles a sus amigos, enseñándoles a su hijo—: Es el árbitro de Grecia, pues él gobierna a su madre, su madre a mí, y yo a los atenienses y los atenienses a los griegos.»

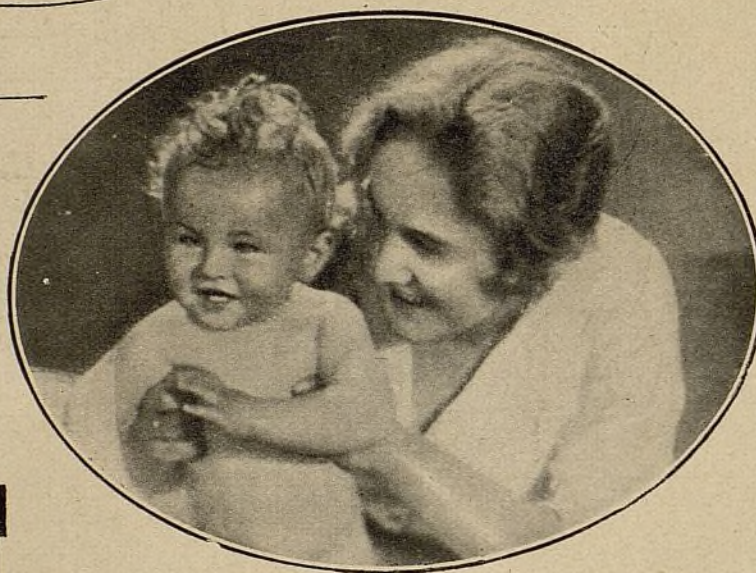
En casi todos los hogares, lo mismo ricos que pobres, poderosos que humildes, reina, tirano, alegre y mofletudo, S. M. el bebé. ¿Qué padres no tienen cifrados todo su orgullo y todas sus ilusiones en algún muñeco de nácar y rosa? Mas para que un niño se desarrolle y crezca debidamente, no basta con que sea objeto de excesivos cuidados y mimos, si éstos no se le prodigan con arreglo a la más estricta higiene. Aquí van unos cuantos consejos que pueden ser útiles a las jóvenes madres.

PROHIBIDOS LOS BESOS

Es indispensable prohibir a parientes y amigos que besen a nuestro bebé. ¡Cuántas enfermedades se propagan por el beso! Ponte enérgica, amiga mamá, y no transijas.

LIMPIEZA Y MÁS LIMPIEZA

Todo lo que se relacione de cerca o de lejos con el niño tiene que estar sometido a la más rigurosa limpieza. Primero la persona que lo atiende. Debe llevar siempre un gran delantal de enfermera inmacu-



Nuestra casa

UNAS CUANTAS BUENAS RECETAS DE COCINA

Tallarines o nouilles salteados al Parmesán.

Este plato resulta delicadísimo, teniendo en cuenta que debe comerse tan pronto como se termine de guisar.

Recién cocidos los tallarines (o cintas) con agua y sal, se escurren bien y se saltean en seguida con manteca de vaca algo abundante, queso de Parma rallado, también abundante, una cantidad natural de leche y un poco de pimienta blanca en polvo; rectifíquese de sal.

El conjunto queda algo seco y trabado con la ligazón del queso, mantequilla y leche.

Sírvanse en el acto, espolvoreándolos por encima con queso rallado del mismo. A falta de esta clase de queso, puede hacerse con queso de bola, Gruyère u otro.

Deliciosas de huevos con champiñóns.

Una bechamel cociendo; dentro buena cantidad de champiñóns frescos. Huevos revueltos con un poco de jerez y una cantidad de nata, ponerlos dentro de cocottes, naparlos con bechamel por encima y gratinarlos al horno, espolvoreándolos con queso Gruyère y adornándolos con una cabeza de champiñóns.

Patatas Marquesa

Se prepara un puré seco de patatas, que se sazona con manteca fina, yemas de huevo, puré de tomate, sal, pimienta y nuez moscada. Se forman croquetas y se fríen a bonito color. Otras, en lugar de formar croquetas, se marcan en rosetas pequeñas en una placa untada de manteca, se pintan de huevo, queso rallado encima y se gratinan en el horno.

Solomillo con guisantes.

Preparado y mechado el solomillo, se pone a asar a la inglesa en el horno y se prepara salsa española y un costrón de pan recién frito para colocar en la fuente el solomillo.

Téngase guisantes finos frescos o en conserva cocidos, y saltéense con manteca de vaca, sal, pimienta y un poco de perejil picado.

Colocado el solomillo en la fuente y sobre el costrón, se ponen los guisantes en un costado y se rocía la carne con un poco de salsa, sirviendo lo restante en la salsera.

Tarta a lo Emperador.

En una vasiya se trabajan 250 gramos de azúcar, 250 gramos de almendras mondadas y machacadas, seis yemas de huevo y dos claras, limón rallado, 50 gramos de manteca fundida y 50 gramos de harina.

Se cuece en molde liso y se sirve fría, espolvoreándola con azúcar.

CASA PASSAPERA FUERTES

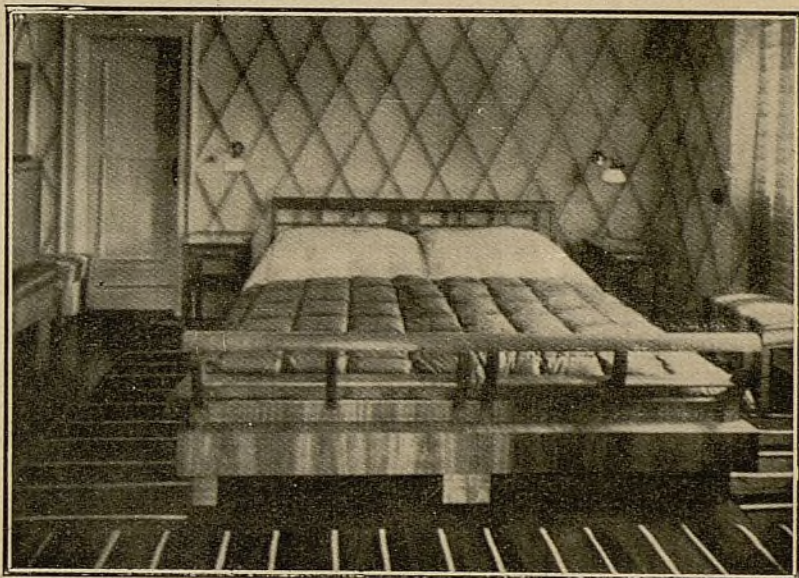
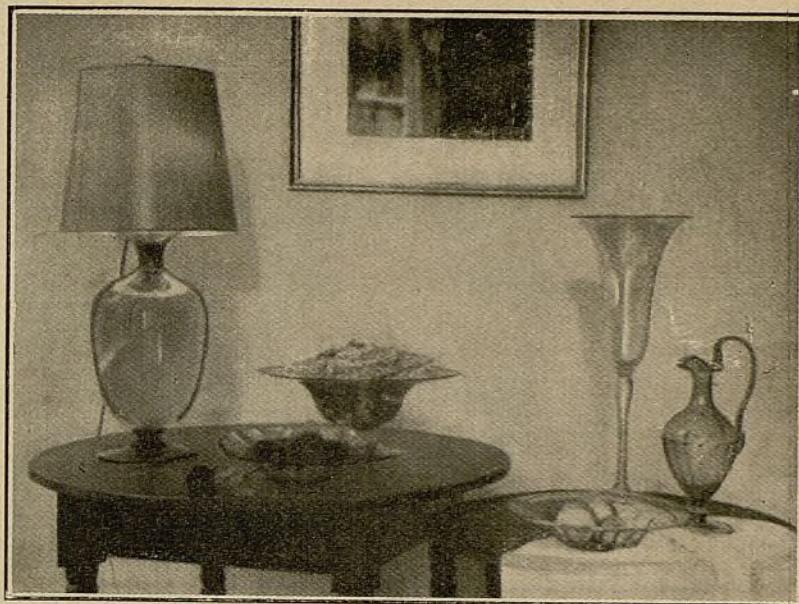
VESTIDOS + ABRIGOS + MODAS

MADRID,
GÉNOVA, 19
TELÉF. 33125

Adela



Interiores, por el Prof. Paul Griesser, Bielefeld.



CONSULTORIO DE BELLEZA

1.—No es cierto que una buena crema produce vello. Use la «Flocon de neige» de Harrisson, y quedará encantada. Aplíquese en pequeña cantidad y frótese suavemente la piel hasta que quede absorbida por completo. Empólvese después ligeramente con polvos «Mousse d'or», de Bossart, del color de su tez.

2.—Ya dije en una de mis anteriores crónicas que no soy partidaria del barniz para las uñas. En caso de usarlo, el mejor es «Brillant des fées», de Bossart.

3.—(Valenciana). Para adelgazar los tobillos lo mejor es usar vendas de goma durante dos o tres horas diarias. Magníficos resultados dan también fuertes fricciones con un guante de crin empapado en agua de Colonia. Al despertarse, acostarse y después del baño resultan muy saludables, pues activan la circulación de la sangre y absorben las grasas. Recomendando como la mejor para este objeto, por sus excelentes condiciones, la «Colonia Concentrada» de la casa Álvarez Gómez (Sevilla, 2).

4.—Deje de usar esos coloretes de tan mal gusto. Entre el gran surtido que tienen en las buenas perfumerías de los «rouge» de Bossart elija el que convenga al color de su cutis. Cuanto más discreto sea el tono, más natural y favorecedor resultará. Pruebe el «rose rouge», de Bossart.

5.—(C. G.) Estoy de acuerdo con usted en que los trajes de crespón estampado son prácticos y bonitos. Vaya a ver de mi parte la bonita colección que saldan a precios increíbles las señoritas Power (Fuentes, 9). Estoy segura que encontrará lo que necesita. Tienen una serie de modelos de punto muy originales y elegantes.

6.—Ya que tiene usted esa prevención contra los polvos le recomiendo la crema «Émail des fées», de Bossart. Deja el cutis y el escote maravillosamente tersos y blancos y sustituye por completo a los polvos.

De Claudia à Leonor



BRAVO, mi querida sobrina! Eres toda una mujer. Así se hace para demostrar que se tiene entereza: «Cogote», como hubiese dicho mi padre, que era hombre muy aficionado a vencer dificultades y más en lides de amor.

¿Con que tu admirador no cede ni tú tampoco? Él continúa minándote, siguiéndote, paseándote la calle, y tú sigues flirteando con otro.

Yo, que siempre he cumplido mi voluntad y mantenido la actitud que me ha parecido bien, pese a todas las opiniones, no puedo por menos de admirar a todo aquel que hace lo propio; ahora bien, amada Nenita, no puedo por menos de decirte que, en este caso particular, sobra un factor... Bien está el que tu «desconocido», por causas que ignoramos, persista en mantener el incógnito; bien el que tú, sospechando que él no quiera dar un paso más, en tanto no haya recibido algún *encouragement* de tu parte: miradas, sonrisas... soslayas tu actitud de «mujer que no está rabiando por tener un novio» — frase muy tuya y muy gráfica, según tengo entendido que andan los tiempos en esto de «elegir estado», como llamábamos nosotros al grave problema del matrimonio.

Bien está, repito, tu actitud, desde este punto de vista; pero, Nenita mía, el asunto tenía otros aspectos; puede mirársele y juzgársele en varios terrenos, y hay uno al que has llevado la cuestión, que, francamente, no me gusta.

¿No te acabo de decir que en este caso tuyo, en este duelo que has entablado con tu «salvador mecánico» sobra un factor? Pues así sobra... el otro, si el otro es el que tú utilizas para despertar la envidia y los celos del que te admira. No creas que lo digo por decir, ni mucho menos para que frunzas el ceño y echas esta carta a un lado, calificándome de «anticuada solterona». Te consta que no soy lo primero, por lo menos en lo que a ideas se refiere, y, además, no sospeches ni por un momento que lo digo por temor a que te juzgue mal el mundo. Lo que me importa es que seas tú la que no pierda estimación ante sí misma. Cosa que ocurrirá, no te quepa duda, si adoptas la generalizada costumbre de practicar el arte de *flirtear*, que no es amor, ni simpatía, ni siquiera coqueteo, sino, llana y sencillamente, afán de provocar la admiración del hombre, sea como sea. No con los méritos propios, adquiridos o naturales, que en eso no me meto, sino con las debilidades de él.

Ese llamado «arte», en el que se especializa la mujer de nuestro tiempo, no es para personas que tienen de la vida y del deber un concepto un poquito más elevado que el que ha dado lugar a la aparición del *cabaret* y sus derivados.

La vida no es un *charleston* ni el amor un acorde *jazz-band*. Ambos existen, existen y tienen una fuerza inconmensurable, cuya importancia tratamos ahora de ignorar estúpidamente.

¡Estúpidamente, sí!, porque ¿queréis decirme a qué conduce, a fin de cuentas, el hacer como que no tiene precio nada de aquello que lo tuvo antaño?

Ya sé que vas a decirme todas esas majaderías que están a la última; que: «La vida es un juego y el amor un incidente de ese juego» y que es preciso conservarse libre de las preocupaciones que acarrea la consideración de ambas cosas para no sufrir. Pero, ¡hija de mi alma!, ¿crees que esto es posible? Imagínate que algunas personas logren, en efecto, sustraerse a los temores anejos a la conservación de la vida y consigan verse libres de las redes del sentimiento; pero ¿crees que con ello evitan el dolor? ¿Has conocido tú

a alguien que no haya sufrido? Tampoco yo, y mi vida es mucho más dilatada que la tuya.

Todo el mundo sufre; con una diferencia: los unos, aumentando el caudal de su vida espiritual y haciendo bien, y los otros, dañando al prójimo y empequeñeciendo su espíritu. En lo que al amor se refiere, esto último es consecuencia inevitable del *flirteo* y... mal está el que tú consigas *modernizarte* en este sentido; pero más lo es el que por añadidura arrastres a otro por el mismo camino. Nada, nenita, es indispensable que elimines ese personaje «de pega» que has introducido en la segunda escena de la obra que estás construyendo. Es un personaje que está demás y podría hacer fracasar el conjunto. Desde luego resta intensidad al drama. El interés de la acción depende de las dos figuras centrales; ¿a qué ese empeño por distraer la atención hacia otra que nada ha de hacer en definitiva?

Piensa, además, que suponiendo que ese «otro» no sea un joven modernista, un pollo pera, le exponemos a que le encante tu trato y acabe por enamorarse de verdad. Esto podría suceder aunque él esté convencido de que te gusta el primero. No te enfades porque lo diga. A ti te gusta, no diré que estés enamorada; pero te gusta el primero, el mecánico. Él.

Así voy a llamarle de aquí en adelante para evitar confusiones y diferenciarlo de tu *flirt* actual.

No sería justo, como decía, el que alentado por tu actitud se enamorase de ti quien no es el elegido ni lo será. Con que ten mucho cuidado, aparta poco a poco al joven «meritorio» de tu lado y espera con la cabeza muy levantada y el corazón desligado de todo interés bastardo a que el destino te lleve hacia donde paulatinamente y de buen o mal grado habrás de ir con Él o con quien se disponga.

Si el asunto no se resuelve y te aburres de esperar puedes refugiarte en esta casa una temporada. No encontrarás en ella distracciones a la moda, pero no te faltarán comodidades de hogar, flores, un paisaje bellissimo, aires puros y la charla y el cariño de tu Claudia.

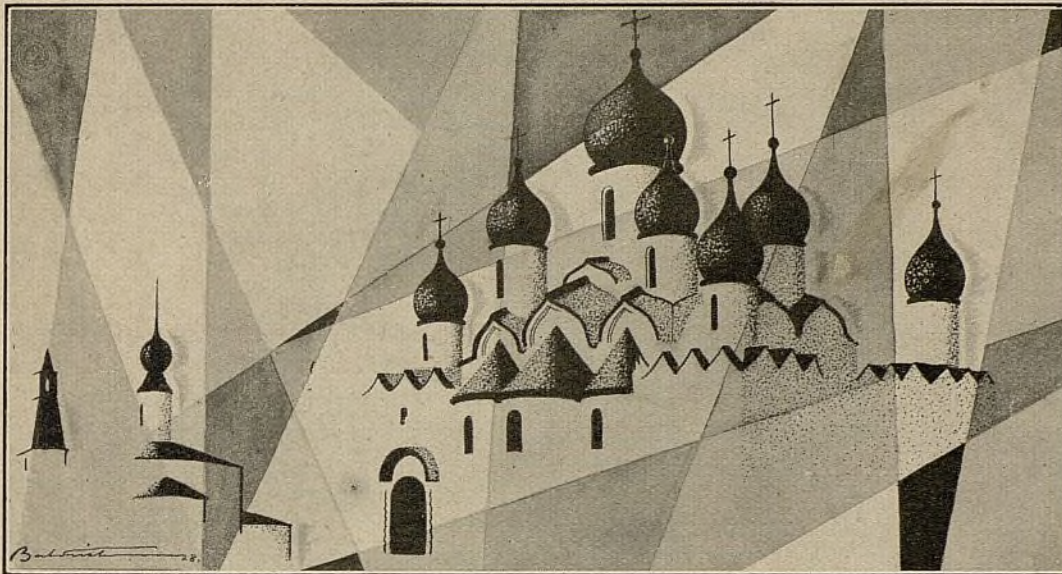
Por la copia,

ISABEL DE PALENCIA



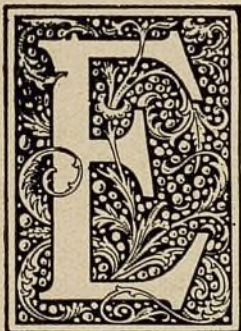
PENAGOS
XXVII

La barrera infranqueable



Ilustraciones de Baldrich.

NOVELA CORTA ORIGINAL DE Enrique Meneses



En la segunda entrevista, el poeta llevó a Sonia su último libro, publicado en Rusia con el seudónimo de *Dimitri Danieleff*, después de arrancar previamente las primeras hojas, en las que detallaban su biografía.

Sonia tampoco pudo aquella segunda vez contener, al verle, un instintivo movimiento de repulsa; pero, como la noche anterior, pronto la charla de él consiguió adormecer aquella extraña impresión de desagrado que la inspiraba aquel hombre. Tardaron tres días en volver a verse. Durante ese tiempo, Sonia leyó el libro de Eichi, que contribuyó notablemente a avivar la admiración que por él sentía. Quiso leer todo cuanto él había escrito, y Eichi le fué proporcionando sus libros, convenientemente preparados. Al cabo de un mes, ella se convenció de que estaba profundamente enamorada de *Dimitri Danieleff*. Claro que comprendía que físicamente la disgustaba y hasta casi le repelía; pero era indudable que, hasta entonces, ningún hombre la había hecho sentir lo que éste. Sus pensamientos, sus aficiones, hasta sus sentimientos más recónditos, vibraban al unísono. ¡Ah, sí, indudablemente estaba enamorada de él!

* * *

El barón Strojefff estuvo ausente de San Petersburgo durante unos días. A su regreso buscó a Sonia por todas partes, frecuentando sus paseos y restaurantes predilectos, sin que tuvieran éxito las pesquisas. Cuantas

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Cuando Eichi Kabayoshi, poeta japonés, consigue, bajo el seudónimo de «Dimitri Danieleff», fama mundial, cifra toda su ilusión en llegar hasta la princesa Sonia Yakowsky, que conoció años antes, en los días de su bohemia por el San Petersburgo de los zares, olvidando que está prometido a su prima Ume, hija del ministro del Interior del Japón.

En un gran baile de máscaras logra su anhelo, pudiendo hablar con la princesa Sonia sin que ésta descubra, bajo su hábil disfraz, la tez amarilla de su rostro, ni las características de su raza. La princesa, ganada por la simpatía y el ingenio del poeta, mantiene con él una relación sentimental que gracias a la habilidad del enamorado no permite que aquella averigüe su nacionalidad. Pero las mafiosas combinaciones de Eichi para ocultar lo que él teme sea barrera infranqueable entre ellos están a pique de desbaratarse por la intervención del barón Strojefff, cortejador de la princesa, más que por la belleza de ésta, por su fortuna.

Por teléfono prosiguen sus conversaciones, hasta que ella solicita de él que se vean, a lo que Eichi accede en circunstancias que, por los juegos de lucés, convenientemente dispuestos, del restaurante Pushkinskaya, donde se entrevistan, sólo vea Sonia la fealdad y no el color del rostro de su adorador. Al partir se prometen volver a verse.

veces la telefoneó le contestaron que la señora no estaba en casa. Por su criado, en combinación con una doncella de Sonia, se informó de que ésta, casi todas las noches, salía misteriosamente de su palacio, regresando a hora muy avanzada.

Decidió seguirla en la primera ocasión para averiguar aquel misterio. En efecto, a la noche siguiente vió a Sonia salir a pie de su palacio hasta encontrar un coche de alquiler. Se apresuró a montar en otro y ordenó al cochero que no perdiese de vista al que marchaba delante. Así llegaron hasta el restaurante donde se veían asiduamente Sonia y Eichi. Strojefff hizo señas al cochero de que se detuviese en la acera de enfrente, simulando parar delante de una casa cualquiera.

Allí esperó hasta que Sonia desapareció por la pequeña puerta que da al jardín. Strojefff conocía perfectamente aquel lugar. Muchas noches, cuando quería pasar desapercibido, traspuso la misma puerta.

Entró en el restaurante, llamó al *maître d'hôtel*, que le hizo un sin fin de reverencias, y mediante una buena propina consiguió que hablase.

Primero le explicó el deseo de aquel desconocido, de que apenas hubiese luz en el lugar donde comían; luego le habló de que para estar aún más aislados acostumbraba a pagar todas las mesas y reservados contiguos al suyo.

—¿Pero quién es él? ¿Cómo se llama?—interrogó Strojefff.

—No sé—replicó el *maître d'hôtel* de manera indecisa.

—Si te diera todavía diez rublos más, ¿averiguarías quién es?

—Si me diera diez rublos—arguyó el sirviente, brillándole los ojos de codicia—

podría saberlo ahora mismo. Ahora bien, de ella sé el nombre; de él, el misterio que le rodea.

—Toma lo prometido— interrumpió Strojef, sacando de su cartera la cantidad—. De ella no quiero saber nada. Háblame de él.

Strojef, al enterarse de que el que consideraba como su rival feliz, como el amante de Sonia, era un japonés, sintió una sorda cólera apoderarse de él. De manera que no solamente no era un gran señor extranjero o ruso el que le había desbancado, sino simplemente un perro japonés. ¡Ah, no, aquello no podía tolerarse pacientemente! ¡Qué diría toda la corte imperial de San Petersburgo al enterarse de su derrota! La burla y el sarcasmo, el ridículo más extraordinario le seguiría a todas partes. Además, que Sonia tenía que estar engañada; si no, ¿cómo podía ella, tan refinada, tan depurada espiritual y hasta físicamente, haber descendido tan bajo? Al día siguiente, su primer impulso fué llamar al teléfono a Sonia y hablar claro con ella; pero después de reflexionar prefirió obrar menos directamente.

Por la noche, después del teatro, Strojef, acompañado de unos amigos y de varios artistas, fué al restaurante, instalándose en una mesa próxima al reservado donde se hallaba Sonia. Eichi, molesto por este vecindaje, protestó ante el *maître d'hôtel*, quien prometió que nunca más sucedería.

Strojef, hábilmente, hizo recaer la conversación sobre el «peligro amarillo». Haciéndose el borracho, exageró sus apreciaciones sobre los japoneses, cubriéndoles de insultos y de ignominias y jurando que como topase con uno aquella noche lo trataría como a un perro.

Eichi oyó estas palabras tan insultantes para los de su raza. Sus manos se crisparon con fuerza, clavándose las uñas en la carne; pero nada dijo. Su rostro permaneció inalterable. Sus palabras siguieron brotando de sus labios casi con la misma medida de antes. Comprendió que el barón de Strojef decía adrede todo aquello, para que él mismo

La barrera infranqueable



descubriese su personalidad ante ella. Bebió su copa de champaña, y mirando a Sonia, dijo con voz lacerante de tristeza, de angustia:

—Sonia, si no nos viéramos más, ¿guardarías mal recuerdo de mí?

—¿Por qué esa pregunta? Sin ti, mi Dimitri, ya no podría vivir. Mi inteligencia, mi alma sólo se mueve al son, al anhelo tuyo. Me tienes hechizada. Me parece como si no fuese la misma. ¡Mi alma, mi manera de pensar, es tan distinta! He nacido el primer día que te conocí.

De nuevo, al oír estas palabras, sintió una ligera y suave esperanza de que aquel amor ya no pudiese morir en el corazón de Sonia. Sin embargo, era tal su tristeza, que sus palabras, impregnadas de dolor, se iban grabando en el alma de Sonia como un hierro candente. Y aquel hierro candente iba marcando más aún sobre su piel las iniciales suyas, la propiedad suya, su dominio sobre la mujer más bella de San Petersburgo.

El baron Strojef, viendo el fracaso de sus maquinaciones, se levantó de su asiento, y como por casualidad pasó por delante del reservado donde estaban Sonia y Eichi, y haciéndose el enconadizo, exclamó:

—Pero ¿cómo? Es Sonia. De haberlo sabido podía haber venido a nuestra mesa y este caballero también.

—El señor Danieleff... El barón Strojef—murmuró Sonia, presentando a ambos.

—Amigo y admirador, Sonia—exclamó Strojef, riendo—. Encantado de conocerle, señor de...

—Danieleff—repitió Sonia, confusa.

—¿Cómo Danieleff? ¿Dimitri Danieleff? —repitió Strojef, recordando el nombre famoso del novelista.

—Sí. Dimitri Danieleff—insistió Sonia—. Ahora que tan célebre como todo eso no sabía.

—Es modesto, querida. Los rusos no poseemos esa virtud.

Y tras otras cuantas palabras banales, se despidió de ellos.

Quedaron tristes. Ella, molesta de haber sido descubierta en aquel lugar por un

hombre como Strojeff. Él, porque sabía que aquel rival tenía que odiarle y que no tardaría en descubrir su nacionalidad a Sonia.

Cuando se despidieron aquella noche, Eichi dijo:

—He sido tan feliz durante cerca de un mes, que aunque de repente fuese el hombre más desgraciado de la tierra, no tendría derecho a quejarme. Y tú, que me diste esta felicidad, mi Sonia, aunque un día reniegues de mí, yo bendeciré tu nombre todo lo que me resta de vida.

* * *

A la mañana siguiente, el barón Strojeff telefoneó a Sonia, para excusarse por su intromisión de la víspera. Como si fuese al azar, habló de Danieleff.

—Me han dicho que tiene mucho talento; pero francamente, Sonia, tanta intimidad con un japonés me parece chusco.

—¡Cómo!—repitió Sonia—. ¿Japonés?

—Sí, japonés, y tan amarillo como el propísimo Yokohama. Supongo que no creías que era un escandinavo.

Sonia colgó el aparato y, desesperada, se arrojó sobre el lecho.

¡Ah! no, no podía ser. Era mentira; si no, ¿cómo podía ella, sin sentir repugnancia, haberse dejado abrazar, besar por aquel hombre? No, no era posible. Pero, por otro lado, ¿por qué el nunca se dejó ver de día? ¿Por qué todo aquel misterio de que gustaba envolverse?

De repente tuvo una idea. Corrió a un pequeño estante donde guardaba sus libros predilectos y cogió las dos novelas que él le había dado. Buscó un prefacio, algo que pudiese servir para descubrir su nacionalidad. Observó que las primeras páginas de ambos libros se hallaban cortadas. Esto la hizo sufrir. No, no había lugar a duda. Sin embargo, envió a comprar el libro *Los mejores capitanes*. Cuando lo tuvo en su poder, febrilmente leyó los primeros renglones del prólogo.

«Dimitri Danieleff es el seudónimo de Eichi Kabayoshi, hijo de Itake Kabayoshi, hace años cónsul general del Japón en San Petersburgo...»

Sonia no pudo leer más. Era cierto. No había lugar a duda. El hombre de quien estaba enamorada era un japonés. Todo el día permaneció en el lecho, sintiendo tan pronto cólera por el engaño de que había sido objeto, ora piedad por todo lo que ese hombre debía haber sufrido, ora asco, repulsión de haber sido estrechada entre sus brazos y que su boca hubiese correspondido a sus besos, ¡a los besos de un japonés!

Eichi acudió a la cita aquella noche, sabiendo que ella no vendría, que toda su felicidad se había derrumbado por tierra como un castillo de naipes. Pero quiso saborear ese intermedio entre la dicha y el dolor, cuando éste aún no es absolutamente cierto y existe una ligera, vaga esperanza de que no se realicen nuestros negros presagios. Sabía que no vendría, pero aun podía abrigar una tenue esperanza; a la noche siguiente, con seguridad, ya no podría tener ninguna; a la noche siguiente palparía el dolor como cosa cierta. Su última noche



de amor era aquella en que estaba solo en el lugar en que tanto se amaron. Todavía podía soñar. Mañana la realidad cruenta, despiadada, atenazaría su garganta hasta postrarle como un guiñapo, hasta oprimirle el corazón como si una mano acerada lo estrujase bárbaramente.

—No, quizás estuviese enferma. Es posible que cualquier imprevisto la hubiese impedido acudir a la cita. Llamaría por teléfono para cerciorarse bien.

Pero no se atrevió a llamar. Quería alargar su última noche de amor hasta que las estrellas se ocultasen, hasta que el sol, con su antipática claridad, viniese a esclavizarlo, a despertarlo a la realidad grosera, desesperante de su vida.

* * *

La barrera infranqueable

A la mañana siguiente
llamó por teléfono:

—Soy yo, Dimitri.

—Sí, ya sé—pronunció la voz débil de Sonia.

—Anoche te esperé en vano—dijo Eichi—. No viniste.

—No.

—¿Por qué?

—Si vienes a mi casa te lo diré.

Eichi intentó buscar una excusa, como de costumbre, para no ir.

—Ven—insistió Sonia—. Lo sé todo. Por tanto, ven como eres, Eichi Kabayoshi.

Llegó a su casa y vio en su rostro el mismo gesto de repulsión de la primer noche cuando se vieron en el restaurante. Comprendió que nada era posible. La barrera infranqueable se levantaba entre ellos, imposibilitando toda aproximación.

—He venido para atender a su ruego. Quería haberle evitado este mal rato, esta mortificación.

Ella guardó silencio. Sus ojos huían de mirarle. En su boca se dibujaba un gesto desdenoso.

—La pido perdón, perdón por haberla engañado como un miserable. ¡Sí, por haberla engañado!—repitió el desgraciado.

Y entonces ella, al oír aquellas palabras humildes, sintió un momento de rebeldía, de coraje, de soberbia de raza, y pronunció con rabia estas palabras:

—Sí, eso. El que me haya usted engañado, el que me haya mentido, es lo que no puedo perdonar. Lo de menos es que sea usted japonés. Yo podía haber amado a un negro salvaje si éste era digno de mi cariño; pero haberme enamorado con engaño, con mentira, eso no puedo perdonarlo.

—Lo comprendo. Sí, no puede perdonarme. Tiene razón. Pero la Naturaleza me ha engañado a mí aún más cruelmente.

Eichi salió vacilante, trémulo. Ella no hizo nada por detenerle. En el fondo deseaba verse libre de su presencia, de ver alejarse todo aquello que la hiciera constatar su honda desilusión y vergüenza.

* * *

¡Ah, ironía, sarcasmo cruento de aquellas palabras: «Lo de menos era que fuese japonés»!... Era como aquella novia que, desilusionada porque su prometido resultaba tener menos fortuna de la que ésta creyó podría ofrecerla, exclamó: «—No, lo de menos es el dinero, el que tengas menos de lo que dijiste. Aunque hubieses sido pobre y miserable como Job, te hubiese querido igual. Lo que me desilusiona es que te hayas equivocado. Esto me hace dudar de tu inteligencia.»

Pero Eichi estaba profundamente enamorado y no se paró a analizar el alcance de aquellas palabras. Se sentía tan desesperado, le llegaba el dolor tan a lo hondo, que parecía más bien un sufrimiento físico. ¡Todo había acabado! Otra vez el vacío, el sumirse en un mundo de tinieblas donde no podría brillar la más tenue esperanza. Y sintió, al mismo tiempo que el dolor por su amor maltrecho, el fracaso de sí mismo, de su farsa mal urdida. Sí; ¿por qué siempre culpar al amante que abandona o pierde el amor por el otro? Es siempre éste el culpable. Su poder, su potencialidad, no fueron lo suficiente para retenerlo; luego es su culpa.

Eichi decidió no prolongar más una existencia por la que sentía horror. Subió a sus habitaciones, se encerró en ellas y sentándose ante una mesa, comenzó a escribir su última voluntad. Extrajo de un cajón un revólver, colocándolo encima de la mesa. Y según escribía su testamento sintió como un deseo postrero de explicar a quien lo leyese por qué se suicidaba. Sin querer, la imagen de Sonia le empujó a escribir la tortura, la desesperación de su alma, y sintió una ligera satisfacción, una tenue mejoría al imprimir sobre el papel todo cuanto sufría, todo aquel calvario horrendo, cuyo *via-crucis* su alma volvía a recorrer en aquel instante. Y siguió, siguió hasta el amanecer, en que, rendido, cayó sobre el lecho.

* * *

Comenzó trazando sobre el papel su última voluntad y al final resultó que instintivamente estaba escribiendo un nuevo libro. El libro de su amor imposible a Sonia. El libro que le haría célebre en todo el mundo. Su mejor libro, escrito con sangre de su alma, de sus angustias y pesares. Sólo se reposó unas horas, volviendo en seguida al trabajo. Una especie de fiebre se había apoderado de él, impi-

diéndole detenerse en su tarea. Las lágrimas corrían por sus mejillas, mientras su plu-

ma volaba por el papel. Y revivió, durante el mes y medio que tardó en concluir el libro, todo su amor pasado, todos sus gozos exquisitos y sus lacerantes tribulaciones.

Por aquellos días recibió la visita de su prometida Ume, la cual, desesperada por no recibir noticias de Eichi, decidió hacer un viaje para ir en su busca. El embajador del Japón, gran amigo de su padre, instaló a la muchacha en el palacio de la misma Embajada. Ume vio a Eichi y en vano intentó apartarle de su trabajo y que se mostrase con ella efusivo como antes. Eichi huía de todo aquello que no fuese escribir. La joven se enteró de que Eichi ya no la amaba, de que su alma entera la había entregado a otra mujer de distinto país. Dominada por los celos, en un arrebatado de cólera habló con el embajador, poniendo las cosas de manera que pareciese que Eichi despreciaba a todos los de su raza.

El embajador, molesto, llamó a Eichi a su presencia.

—Siento mucho tener necesidad de hablarle de algo delicado en extremo; pero no es posible demorar más el asunto.

—Estoy a su disposición, señor embajador.

—Tengo noticias de que últimamente le han visto en compañía de una dama de la Corte imperial.

—Eso, supongo—interrumpió Eichi de mal talante—, no creo que sea materia para que la Embajada intervenga lo más mínimo.

—Se equivoca usted, porque también me han informado que evita usted la compañía de las mujeres de su país, de su misma raza; en una palabra, que desprecia...

—¡Mentira!—exclamó Eichi, sin poder contenerse.

—Por lo menos podía usted hablar como un caballero.

—Digo la verdad. Si esto no le satisface puede obrar como mejor quiera.

—Está bien. La Embajada pedirá inmediatamente su resignación—contestó el embajador, furioso.

—Yo mismo la redactaré—replicó Eichi, saludando y volviendo la espalda al embajador.

* * *

Eichi, apartado de la Embajada, pudo dedicarse aún con mayor entusiasmo a perfeccionar su novela. Frecuentó cafés, restaurantes y círculos, y su ingenio y sus dichos volvieron a repetirse con admiración en todas partes. En Rusia y en el Japón, el anuncio de su próxima novela había despertado una curiosidad enorme. El editor encargado de lanzarla al mercado gastaba diariamente cantidades importantes en preparar la opinión y despertar su ávido interés.

Sonia permaneció cerca de un mes sin ir a ninguna parte. Por fin, no pudiendo resistir por más tiempo su aislamiento, decidió aceptar el ofrecimiento del barón Strojef y frecuentar en su compañía los restaurantes más alegres, teatros, fiestas y toda clase de diversiones. Quería olvidar el pasado; pero el pasado de continuo se levantaba ante ella, y una tristeza muy grande envolvía su pobre alma de pájaro. Las huellas de Eichi no se podían borrar, precisamente por la poca dureza y firmeza de donde se posaron.

* * *

Una noche, Eichi comía en el Club Cosmopolita. Cerca de su mesa, Strojef se hallaba con unos amigos, radiante de fuerza optimista, de invencible audacia. Eichi estaba solo a su mesa y pensó con el placer que escucharía repetir a aquel hombre las palabras soeces e irreverentes que pronunció contra los de su raza cuando sabía que le amparaba la impunidad más absoluta. Ahora hubiera sido distinto. Pero, animado por el vino, Strojef comenzó a insinuar sus molestas apreciaciones sobre los japoneses. Eichi escuchaba atento, y nada más oírle pronunciar que aquéllos eran cobardes, se levantó de su asiento y, acercándose a la mesa de Strojef, le dijo fríamente:

—Capitán, le doy a usted un minuto para retractarse de cuanto acaba de decir sobre los japoneses.

—Y yo le concedo a usted solo medio minuto para que se vaya de aquí—replicó Strojef con aire retador, levantándose de su asiento.

Antes que nadie pudiese impedirlo, Eichi cayó sobre Strojef, propinándole dos puñetazos en el rostro, y en un rápido movimiento de *jiu-jitsu*, le arrojó por tierra a varios metros de distancia. Una vez realizada esta hazaña salió de allí, sin decir palabra.

Se nombraron padrinos, se concertó el lance y a los dos días Eichi

La barrera infranqueable

y Strojef se batieron a espada. Eichi estaba seguro de que su adversario llevaría la mejor parte; pero estaba decidido a que si caía herido, aun en contra de todas las reglas caballerescas, haría un esfuerzo supremo y, fuese como fuese, atravesaría con su espada el cuerpo odioso de su enemigo. Fué, sin embargo, tan certera la estocada que Strojef le infligió en el pecho, que cayó por tierra inánime, medio muerto.

Después de la primera cura urgente, fué transportado a su casa. Durante varios días, los médicos desesperaron de salvarle. Al cuarto se inició la mejoría; la fuerte y sana naturaleza del herido triunfó decididamente.

Sonia se enteró por los periódicos del duelo, y su primer impulso fué correr a su lado; pero pudo más su amor propio, su soberbia, su vanidad cruel de mujer hermosa. Eichi, todos los días despertaba con la esperanza de que ella fuese a verle, no por amor, sino por lástima, que para él era bastante. Pero transcurrieron los días lentos y monótonos de la convalecencia y ella no vino. Eichi se aferró aún con más vigor a sus escritos. De ahora en adelante sus sueños, sus anhelos, su vida interior irrealizable, la pondría en sus libros, y así, manejando él mismo el destino de sus criaturas, podría tener menos severidad, menos crueldad que con él la vida tuvo.

Y su novela, la que Sonia le inspiró: *La barrera infranqueable*, salió a la venta, y en Rusia, en el Japón, tuvo tal éxito, que fué traducida a todos los idiomas y como un reguero de pólvora fué de un país a otro, produciendo placer y emoción en el alma de cuantos la leyeron.

En San Petersburgo, las personas, olvidando su animosidad contra los japoneses, se esmeraron en demostrar a Eichi su admiración y afecto. El ministro de Estado aprovechó esta ocasión para estrechar los lazos de amistad con un país neutral de la importancia del Japón. Se celebró un certamen literario, al que concurrió el Gobierno en pleno, y el ministro condecoró a Eichi, abrazando en él al poderoso pueblo japonés.

Y Eichi fué el héroe de todos aquellos días. En los clubs más distinguidos, en los palacios más inaccesibles, hubo recepciones en su honor, y en uno de ellos fué presentado al zar, que tuvo para él palabras corteses.

Sonia no asistió a ninguna de estas recepciones. Evitaba encontrarse con Eichi. Después de leer su libro, que devoró con avidez, se hallaba más indecisa que nunca. Pero siempre sus convenciones sociales, su orgullo, eran una barrera que no se atrevía a saltar.

* * *

Y de repente, como una pesadilla trágica, vino el cataclismo del año 1917. La retirada de las tropas del frente ruso-alemán, el levantamiento de Kerensky, el reinado del terror, la arrestación del zar y el asesinato de la familia imperial.

Aquellos palacios encendidos de luz, de pedrerías, de fausto inaudito, fueron devastados bárbaramente, entregados al saqueo y al libertinaje de las turbas, ebrias de odio, de rencor acumulado durante siglos de opresión y de tiranía.

Fué la revolución francesa de 1793, que repercutió en Rusia ciento veintitantos años después. La roja bandera de los oprimidos guió las multitudes para satisfacer sus instintos bárbaros, su sed de venganza, de rapiña y destrucción.

Strojef, viendo venir aquellos acontecimientos, ultimó con Sonia los preparativos para huir juntos. La mitad de sus joyas, de su fortuna, había sido transportada por Strojef a lugar seguro. Al día siguiente acordaron emprender la huida. Fué el miércoles en que estalló la revolución. Sin embargo, Strojef, en un automóvil se dirigió en busca de Sonia; pero al llegar cerca del palacio de los Rostopochines, vió cómo las turbas incendiaban el palacio después de haberlo saqueado, y la cabeza del príncipe de Rostopochin era paseada triunfalmente, clavada en una larga pica, mientras, ebrios de placer, los hombres lanzaban gritos de muerte y de venganza, dirigiéndose hacia el palacio de Sonia, contiguo a éste.

Strojef, asustado, ordenó al chofer que no detuviese su marcha. Sonia, que estaba impaciente esperándole, oculta tras de las cortinas del balcón de su cuarto, vió el automóvil de Strojef que no se detenía para salvarla. Sintió asco y vergüenza al comprender que si Eichi sólo la engañó respecto al color de su cara, este hombre la había engañado aún más: su alma era de distinto color al que ella creyó y por lo que casi llegó a enamorarse de él. Su alma era negra, su alma era la de un cobarde. Tan en lo hondo sintió esta lección amarga que la vida le brindaba, que nada hizo por escapar, y ya las turbas, enardecidas, se aproximaban a su palacio en son de barbarie. Eichi, que se hallaba con su amigo Inazo en la Embajada, viendo la rapidez con que se propagaba el movimiento revolucionario y presintiendo que Sonia estaba en peligro, cogió el automóvil de la Embajada, que llevaba la bandera de su país, para protegerle, y corrió a su casa, llegando en el momento en que las puertas del palacio saltaban hechas añicos y los saqueadores penetraban en el palacio lanzando aullidos de fiera. Eichi penetró por la pequeña puerta del jardín y

de allí, por la terraza contigua, saltó al comedor.

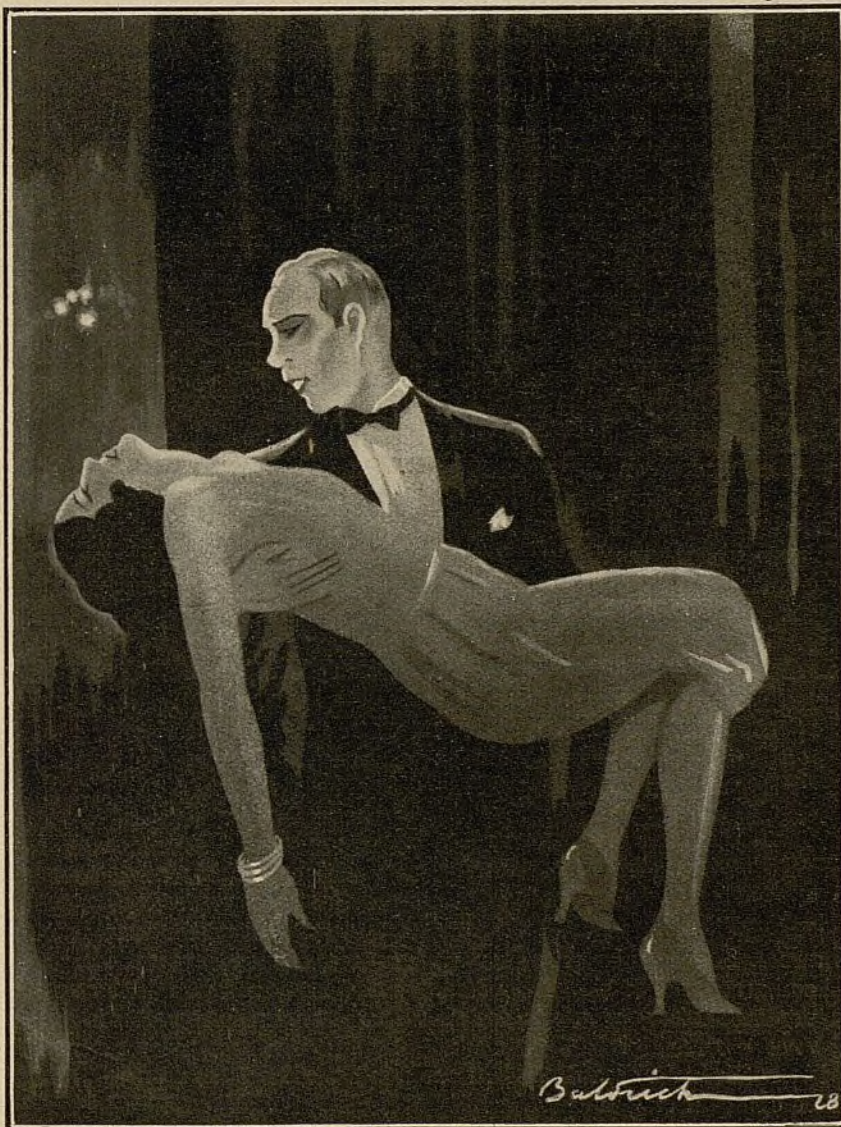
—¡Sonia, Sonia!—gritó subiendo las escaleras.

Entró en el cuarto de ella y la vió recostada sobre los cristales de un balcón, mirando medio absorta cuanto ocurría en las afueras de su palacio y sin querer, pensando en la cobardía de aquel hombre, en el engaño que jamás hubiese descubierto de no sobrevenir esta revolución.

—He venido para ponerla bajo la protección de la bandera del Japón. ¿Acepta usted, señora? No hay tiempo que perder—exclamó Eichi, acercándose a ella.

En efecto, no había tiempo que perder. Los asaltantes, entretenidos en el robo y el pillaje de los salones principales, aun se hallaban distraídos; pero cuando la fiera no tuviese más alimento, seguramente lo pasaría mal si éstos la descubrían.

—Gracias, Eichi—murmuró Sonia—. Éste, viendo su desánimo, la cogió en sus brazos y por el mismo lugar que subió bajó con rapidez, llegando al jardín, donde unos hombres quisieron detenerle. Con la



mano izquierda empuñaba un revólver y disparó dos veces sobre aquellos que le impedían

ganar la puerta de la calle. Varios tiros sonaron detrás de ellos respondiendo a los suyos. No obstante, llegaron a la calle, perseguidos por unos cuantos que gritaban: ¡Traición, a ellos, que se escapan! Sonaron más disparos. Eichi descargó su revólver íntegro sobre los que se oponían a su paso. El chofer y el ayudante del coche de la Embajada, muy oportunamente, llegaron en su auxilio, enarbolando la bandera del Japón y disparando sobre los agresores.

Lograron subir todos al coche y arrancar de allí, sin que ninguno hubiese sido herido. En la Embajada respiraron tranquilos, instalándose en las habitaciones de Inazo, que es donde habitaba Eichi desde hacía dos días en previsión de lo que pudiese ocurrir.

* * *

Varias semanas tardó en reponerse Sonia de las emociones sufridas en la memorable jornada en que estalló la revolución. Eichi ni un instante la habló de amor ni recordó el pasado. Su actitud digna fué haciendo mella en el alma de Sonia. Hablaron de la manera de escapar de Rusia, que ardía como una hoguera gigantesca, propagándose el incendio a todos los rincones y lugares más apartados. Ella se disfrazaría de japonesa y huiría como si fuese la esposa de Eichi. Gracias a esto, y en combinación con la Embajada japonesa de Berlín, que envió varios hombres especialmente para protegerles, consiguieron salir de Rusia e instalarse en Berlín, donde sólo permanecieron unas semanas, continuando a Suiza y de allí a París.

Transcurrieron seis meses. Eichi advirtió a Sonia que a los pocos días embarcaría para su país. La pequeña casa en donde vivían quedaba a su disposición, así como criados y cuanto fuese preciso. Como ella sólo pudo salvar de su enorme fortuna unas cuantas joyas, pues Strojef fué a quien entregó la mayor parte, Eichi la rogó que mientras durase la situación aquella de su país no dudase en disponer de su fortuna íntegra.

Sonia nada respondió; pero cuando llegó la víspera de embarcarse él, ella, acercándose, le cogió una mano y se la llevó a sus labios, mientras murmuraba con voz muy queda:

—Eichi, yo no quiero que te vayas.

[—¿Por qué?—exclamó él, esperanzado, lleno de dicha.

[—Porque he visto el color de tu alma, que es lo que importa, y te quiero y admiro con toda la fuerza de la mía.

Eichi no pudo articular palabra. Sentía deseos de llorar, de reír, de no estar quieto, de prorrumpir en gritos salvajes como los de los incendiarios y asesinos de Rusia; luego le asaltaron ansias de prosternarse ante ella, de acariciar sus manos, su rostro.

* * *

Fueron felices durante muchos meses. Sólo faltaba un mes para que Sonia saliese de su cuidado. El embarazo había sido felicísimo. Pero, sin decirselo, una angustiosa preocupación germinó en sus almas. El niño que naciese, ¿sería blanco o amarillo? Eichi consultó con varios especialistas, y cada cual le explicó una cosa distinta. Los dos, según se aproximaba el desenlace de aquel enigma, perdieron la tranquilidad.

Por fin llegó el día del alumbramiento. El mejor especialista de París, acompañado de sus ayudantes, asistió a Sonia. El parto fué rápido, pero difícil. El profesor Darthien daba señales de descontento. No obstante, Sonia dió a luz un niño. Eichi, ansiosamente, interrogó al profesor sobre el color. Sonia, medio amodorrada, también hizo un

La barrera infranqueable

esfuerzo para escuchar, para saber el color de su hijo. Sus ojos, espantados, miraban in-

sistentes hacia el lugar donde al recién nacido le limpiaban de sus impurezas iniciales.

—Es como el padre, un japoncito—exclamó a nodriza ingenuamente.

Eichi sintió en el alma como una bárbara cuchillada que le hubiese herido, y clavó su vista en Sonia, que al oír aquellas palabras hizo un gesto de repulsión, como el día que vió por primera vez a Eichi sin su antifaz. Sonia por un momento se sintió más débil. El profesor Darthien tuvo que darla varias inyecciones para reanimarla, y quedó medio dormida. El profesor dejó un ayudante por si algo imprevisto ocurría, y prometió volver unas horas más tarde.

—Pero, doctor, ¿cómo la encuentra?—interrogó Eichi, angustiado.

—Por el momento bien; pero puede sobrevenir otra hemorragia y...

Eichi quedó desesperado. Un triste presagio paralizaba todo su ser.

En efecto, al poco rato sobrevino otro derrame aún más intenso y Sonia quedó medio exangüe. El ayudante hacía esfuerzos por reanimarla y paralizar la hemorragia. Los ojos tristes de Sonia miraban a Eichi con pena y cariño. Sus labios murmuraban:

—¡Perdo... na... perdóna... me!—como si ella, que se sentía morir, no hiciese nada para evitarlo.

Sonia murió aquella noche. Eichi guardó su mano entre las suyas hasta muchas horas después de muerta.

No quiso ver a su hijo. Arregló todos sus papeles y asuntos y se embarcó para su país. Ya en el barco relejó por centésima vez la carta que Sonia le escribió antes de caer en el lecho, en la que había como un presentimiento certero de su muerte. En esa carta le pedía ella perdón por todo cuanto le hizo sufrir y bendecía su nombre con todo fervor.

* * *

El buque disparó un cañonazo. Las costas del Japón se divisaban a lo lejos. Los timbres y las sirenas del barco sonaron con fuerza, anunciando a los viajeros el término de su viaje. Eichi, desde su camarote, con la ventana abierta, miró fijamente aquella tierra, que era la de su patria, y sus ojos se humedecieron de emoción. La patria siempre guarda para los hombres tesoros inacabables de emoción y de ternura. La nodriza se acercó a éste, y con voz de mal talante le dijo al recién nacido:

—¡Anda, pequeñuelo, dile a tu padre que te coja en brazos y te enseñe tu patria!

Eichi cogió a su hijo en brazos y le contempló por primera vez. Sus ojos, clavados en el pequeñuelo, le miraban con gran fijeza; pero éste ni siquiera lloró. La nodriza fué al camarote inmediato a recoger varios menesteres. Y entonces Eichi, levantando en alto al niño, le dijo, señalándole la tierra que se divisaba aún lejana e imprecisa.

—¿Ves? Aquella es tu patria, tu tierra. Allí dentro están tus juguetes, tus mujeres, tus risas y tus lágrimas; pero de ahí nunca saldrás. Yo nunca permitiré que abandones tu patria, que abandones a los tuyos, como tu padre hizo. Yo velaré por ti... y hasta tus sueños haré que no se aparten de tus lares.

Eichi ya no se separó un instante de su hijo. Con él en sus brazos desembarcó. Y cuando la multitud, al reconocerle, le aclamó con entusiasmo, él, levantando en alto a su hijo, le mostró como un trofeo, como un penacho triunfal ganado en la batalla de la vida, o, mejor dicho, como el único resto de su derrota, de la derrota de la vida.

ENRIQUE MENESES

Nueva York, 1925.





Una Región turística
de
enorme interés
a las
puertas de Madrid



DESDE hace relativamente pocos años—en 1907 fundábamos un grupo de amigos el *Twenty Club*, origen del *Club Alpino Español*, que hoy cuenta con millares de asociados—, la Sierra del Guadarrama es lo suficientemente conocida de las gentes, para que pretendamos describirla por segunda vez. No es, en verdad, lo admirada y lo frecuentada que mereciera serlo; pero, gracias al desarrollo del automovilismo y a la afición creciente de la juventud por los deportes de la nieve, esto se conseguirá en un plazo no muy largo. Ninguna capital europea tiene como Madrid, a 55 kilómetros de carretera, un paraje de veinte kilómetros de bosque con el paso de un puerto—el de Navacerrada—de cerca de 2.000 metros de altitud, sin contar las otras rutas que salvan el macizo carpeto-vetónico por los puertos de León y de Somosierra. Actualmente, la carretera

en construcción de Pedraza de la Sierra a Lozoya unirá una vez más la provincia de Segovia con la de Madrid, también por abruptas regiones pobladas de pinos. Quedarán, pues, las dos provincias de ambas Castillas enlazadas por una maravillosa red, que en la vertiente norte estará unida—lo está ya hoy—por otras bien cuidadas carreteras que pasan por San Rafael, Riofrío, Segovia, San Ildefonso, Turégano, Pedraza de la Sierra, Sepúlveda, Riaza, Ayllón, lugares todos a los que la Naturaleza, o el hombre, han imprimido bellezas indelebles y que la historia ha decorado con su prestigio eterno.

¿Se podría afirmar, sin entrar en las regiones de lo temerario, el que este rin-

cón de Castilla sea muy conocido de cuantos aman los placeres del excursionismo? Nadie lo osaría. Solamente Segovia y el Real Sitio de San Ildefonso atraen en número cada vez más creciente al veraneante y al turista, pero son muy escasos los que se dispersan por los demás lugares citados, siempre a la espera del tributo de admiración que están ciertos de merecer.

Estos días pasados rodó por la prensa de Madrid el nombre de Pedraza de la Sierra, con motivo de haber adquirido el pintor Zuloaga el célebre castillo de los Condestables. ¿Conseguirá la fama del artista atraer a esta villa, que supo permanecer intacta a través de las mudanzas de siglo, a los romeros del arte a quienes aun no llegó el eco de su milagrosa belleza?

Pedraza, edificada en lo alto de un monte cónico, circundada de murallas, en las que sólo se abre una puerta como antaño, con su castillo renacentista, su iglesia románica y sus palacios y casas sola-

res, desmantelados, frente a la Sierra altiva, es una muestra de aquel vigoroso pasado de la Castilla que hizo la unidad española y descubrió un continente.

Próxima a esta villa, de doradas piedras que sufrieron el rigor de los crudos inviernos y de los veranos ardientes, Sepúlveda aparece a los admirados ojos del viajero, colgada de las rocas, sobre el abismo inverosímil, dominado el arbitrario caserío por la torre del Salvador, sobre la devota arquería románica del atrio. Desde la altura misma que la atalaya, media provincia se descubre. La serranía de cimas nevadas va desde Riaza hasta la Mujer Muerta. Brilla el sol, a media ladera la ermita de Hontanares, y como hachazos en la inmensa columna vertebral se descubren las depresiones de Somosierra y el Lozoya. A la izquierda se adivina Ayllón, la tierra de D. Álvaro de Luna, que también fué poseedor de Castilnovo,

CASTILLOS DE SEGOVIA



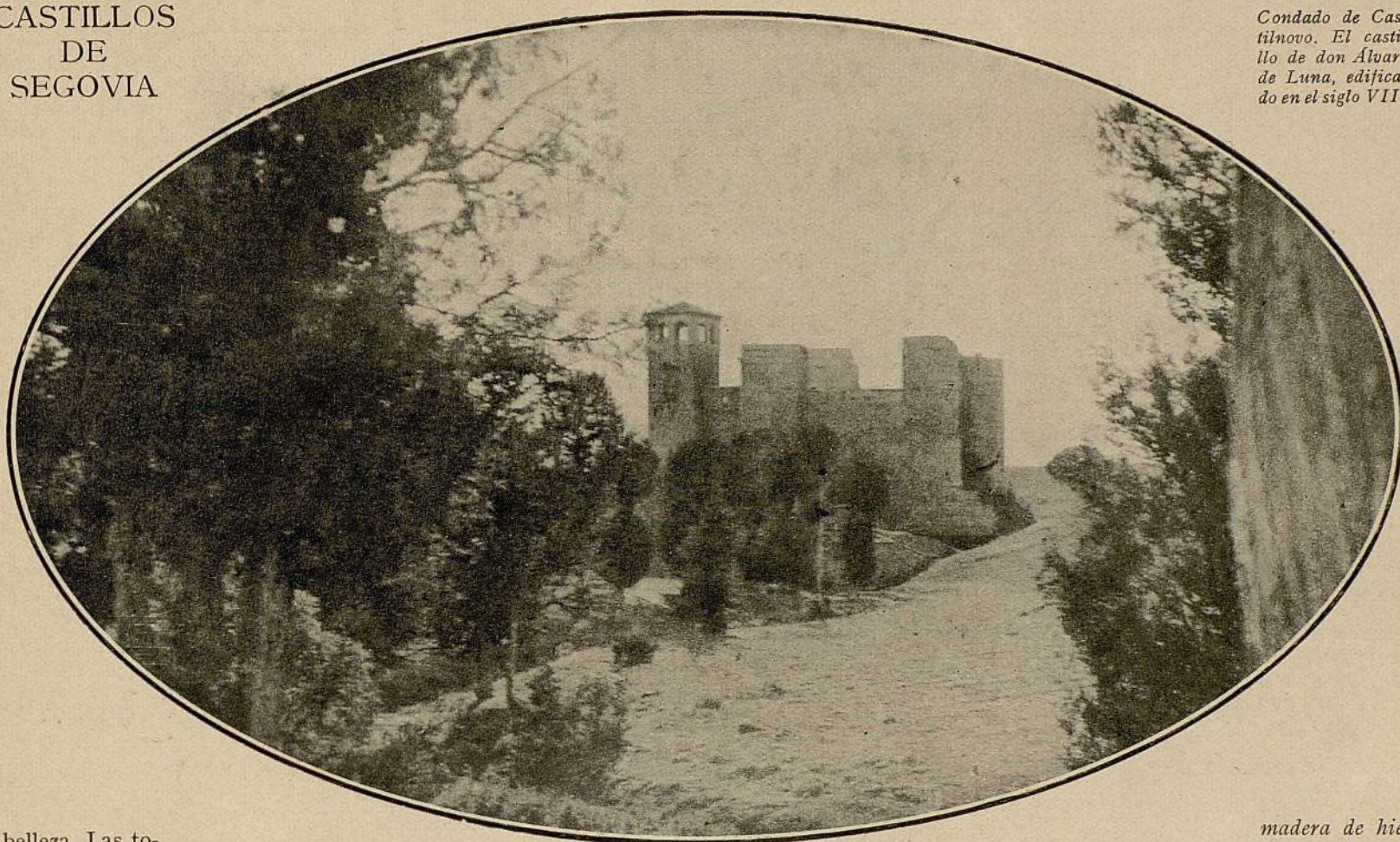
Pedraza de la Sierra (Segovia). Puerta del Castillo, hoy propiedad del pintor Zuloaga.

magnífico ejemplar de arquitectura musulmana que los alarifes del Rey Moro de Sepúlveda levantaron, según parece, en el siglo VIII. Castilnovo, situado entre Sepúlveda y Pedraza, pero algo alejado de la carretera, aunque desde ella se descubre, durante buen trecho, es una importante fábrica de altísimas murallas, flanqueadas por seis torres, algunas con barbacana, en las que se abren ajimeces de ladrillo y uno, muy bello, aunque mucho más reciente, de piedra. Debió construirse éste en los tiempos del Condestable, cuando se empotraron en los muros los sillares que llevan labrados la *media luna* de sus armas. La entrada del Castillo, franqueadas por las dos torres más altas, perfectamente aplomadas todavía, da acceso al patio, de forma irregular, en el que, por las exigencias de la vida moderna, se acusan partes de construcción reciente, que no impiden, sin embargo, saborear su extraordinari



Vista general de Sepúlveda

CASTILLOS DE SEGOVIA



Condado de Castilnovo. El castillo de don Alvaro de Luna, edificado en el siglo VIII

belleza. Las torres proyectan sobre él sus moles imponentes, y los leones de las gárgolas parecen mirar amenazadores desde su altura...

Muy bien tenido el castillo, en su interior también, por sus propietarios, los señores de Escudero, se ha respetado, sin embargo, íntegramente su sabor secular, y ello es bien de alabar, en estos tiempos en que la absorbente vida de las ciudades y la desmembración de las casas nobiliarias han entregado casi todas estas joyas al abandono y al olvido, cuando no a otras manos irrespetuosas e incultas.

Grandes estancias pobladas de muebles españoles, y un salón isabelino, dejan margen a una nota exótica, que acusa el paso de señores actuales, por el lejano Oriente. Una magnífica colección de loza japonesa y un espléndido biombo chino del siglo XVII, de cerámica y

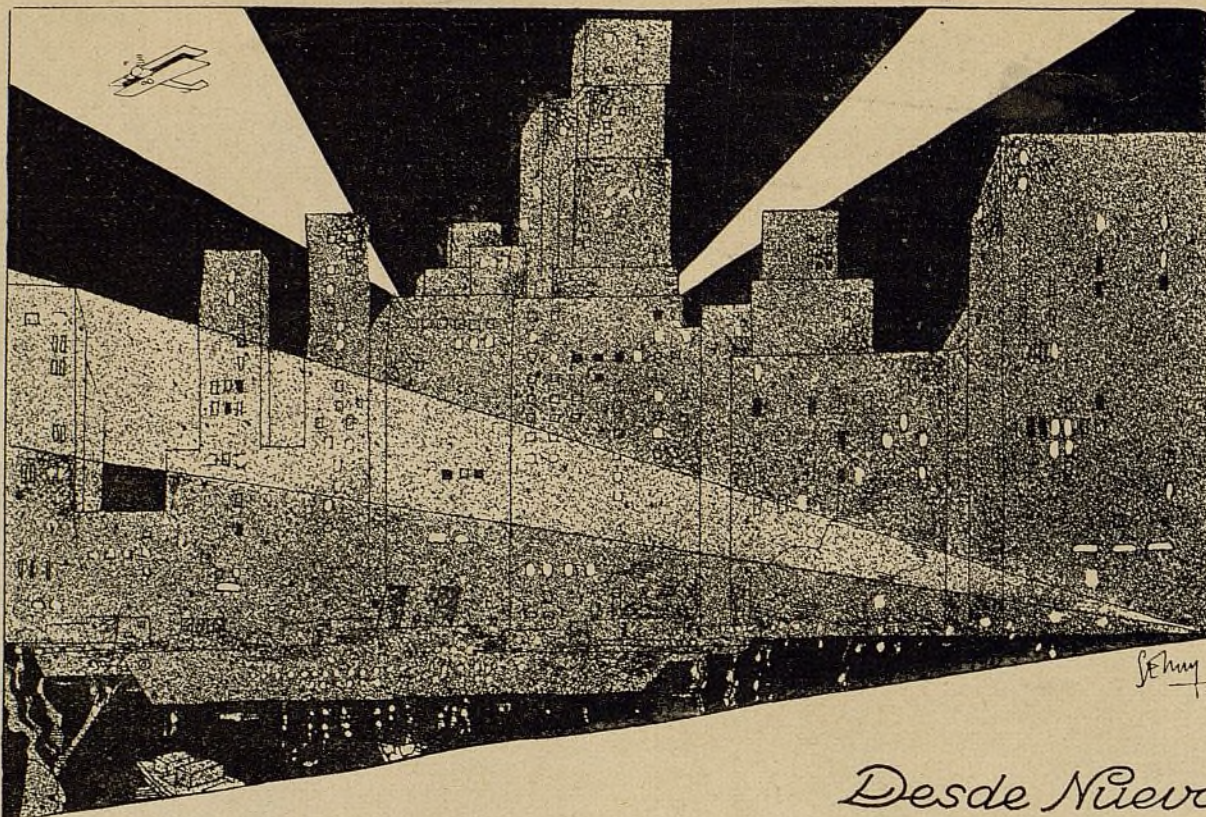


Pedraza de la Sierra.—Una calle.

madera de hierro primorosamente tallada, con otros *potiches*, cuadros, armaduras *bibelots*, han venido a traer a estas tierras altas de Castilla, a encerrar entre estos viejos muros gloriosos, un destello de otras civilizaciones, bien dispares de la nuestra.

Castilnovo es el único castillo habitado en esta tierra de castillos. Mientras se arruinan Coca y Cuéllar y Turégano, mientras Pedraza aguarda el decreto que detenga su agonía, Castilnovo desafía al tiempo, con sus torres altaneras, calientes sus entrañas, con ese calor que la vida derrama en torno suyo, y respetadas y acrecentadas sus bellezas por unas manos femeninas, que, después de atesorar obras de arte en remotos países, han venido a imponerse sobre las viejas piedras, tutelar y amorosamente.

EL CONDE DE SANTIBÁÑEZ DEL RÍO



Desde Nueva York

La censura teatral,
vuelos heroicos y la influencia de España en Norteamérica



CRÍTICA OFICIAL

El fiscal Banton declara haber recibido varias denuncias contra dos obras que, con éxito ruidoso, ha presentado en Nueva York el teatro Guild: *Raro interludio*, de Eugenio O'Neill, sin duda el autor dramático más espontáneo que, con Channing Pollock, recibe el aplauso del público intelectual norteamericano, y *Volpote*, de Ben Jonson, inglés, que, sin ser tan conocido, ha logrado, por el sensacionalismo de su obra, poner su nombre en los carteles teatrales de primera línea.

Rumores con más o menos fundamento atribuyen las denuncias a la rivalidad latente entre los empresarios Shubert, que controlan la mayoría de los teatros metropolitanos, y la Guild, que con medios más modestos puede, sin embargo, presentar con éxito artístico y económico obras como *Lós millones de Marco* y *Jugando al amor*.

Presta fundamento a este rumor la circunstancia de ser el querellante contra el *Raro interludio* William Klein, abogado de los hermanos Shubert, y haber hecho público el fiscal que no daría atención alguna a la querrela telefónica que el propio Lee Shubert le hiciera hace unos días, poco después de haber Banton ordenado la prohibición de *Maya*, obra puesta en escena por los Shubert.

Raro interludio presenta, además de lo atrevido de su argumento, la original circunstancia de comenzar a las cinco de la tarde, con entreacto especial de hora y cuarto para cenar el público, y continúa hasta las once de la noche. Este arreglo escénico, a la usanza china, es de atrevida concepción en un país donde, por método y rutina, el telón se levanta a las ocho y cuarto y cae puntualmente a las once, aun en la temporada de verano, cuando, desde mayo hasta septiembre, se adelantan los relojes una hora.

Banton se propone investigar las obras, y a fe que para el puritanismo americano tiene mayor importancia que tuviera para la moral pública de otros países el tema del *Raro interludio*. Porque en ella, además que los personajes piensan en voz alta, para beneficio del público, y no de las demás figuras



Eugenio O'Neill.

en la escena, dando con ello una pintoresca dualidad al diálogo, en que se mezclan los pensamientos, a veces inmorales, del actor con la palabra hablada a su interlocutor (lo que explica la extraordinaria prolongación de la obra), la protagonista discute sin ambages con la madre de su esposo (y aun peor: lleva a la práctica su consejo) la conveniencia de concebir un hijo del íntimo amigo de la casa, para que, perpetuando en aquél el recuerdo indeleble de un difunto prometido, no sufra el fruto de este amor convencional y adúltero la tendencia a la locura hereditaria que amenaza al marido.

El denunciante de *Volpote* es S. M. Weller, director de la revista de Nueva York que Broadway tiene por órgano oficioso de los hermanos Shubert.

LA CONQUISTA DEL MAR

Franco y Ruiz de Alda, Alcock y Brown, Limberg, Byrd, Chamberlain, Koehl, Von Huenefeld y Fitzmaurice, y ahora Wilkins y Elison, han prescindido del Océano, conquistándolo desde el aire.

Pero como otras tantas conquistas heroicas, es relativamente poco lo que de logro comercial hasta ahora significan estas aéreas epopeyas.

Tiene razón Ruiz de Alda, modesto y heroico, en venir a América a establecer las bases para un servicio aéreo trasatlántico. Inglaterra y Alemania se preparan, conscientes de la necesidad de construir naves que resistan los embates de los vientos y los trágicos peligros del Océano. Inglaterra tiene fe en el dirigible, mientras Alemania divide su opinión entre éste y el hidroavión multimotor de gran radio y capacidad. Ambas naciones preparan vuelos trasatlánticos para el verano.

Ojalá fuera España la que, repitiendo sus heroicas conquistas de los mares y las tierras, forjara este invisible eslabón que una vez más uniera por los aires a Europa con América.

LOS ESTRENOS DE PRIMAVERA

La brillante adaptación que de *Volpote*, la farsa en verso de Ben Jonson, ha hecho Esteban Zweig para el teatro Guild, y que esta empresa alterna con *Los millones de Marco* en su temporada del teatro de su nombre, es una fina sátira de la ambición y el egoísmo humanos. La casa Viking, al publicar el libreto con factura elegante y acabada, hace notar en la portada que «la presente versión es una concepción libre del texto original y una transformación de muchos de sus personajes», y el revisor observa que la obra «debe representarse como comedia de arte, con ligereza, sencillez, más bien como caricatura que realidad, *allegro con brío*». Alfredo Lunt, en su carácter de parásito de Volpote, haciendo correr rumores de la seria gravedad de su amo para inducir a los ambiciosos herederos de aquél a hacerle presentes de valor para congraciarse con él, da a su interpretación una fina y cruel ironía, y Dudley Digges, el zorro que con nombre de Volpote «se atrapa la cola con su propia trampa», reviste su papel de una sutileza extraordinaria.

El autor original Jonson había dedicado esta obra a Oxford y Cambridge, a quienes, con su descarada franqueza, hizo saber que «arrancando a la poesía los sucios harapos con que la vestían el des-

precio de los tiempos había de restaurarla a su majestad y gloria primitivas, haciéndola digna de que la besaran y estrecharan en sus brazos los grandes espíritus de nuestro tiempo».

OTROS ESTRENOS

Otros estrenos esta última semana son: *El cráneo*, en el teatro Forest, comedia de misterio, de escaso mérito y mediana ejecución. *Burlando el burlador*, en el Bijou, versión escénica de la novela de

Isham, autor de *Nada más que la verdad*. Poca cosa. *La edad dorada*, en el Longacre. Románticas escenas en las desnudas planicies de Arizona. De poco colorido e interés, circunscrito a los amantes de las cosas primitivas norteamericanas. *El vals de los dioses*, en el Cherry Lane, y *Presenten armas*, en el Mansfield. La primera, una comedia, y la otra, una zarzuela.

El Repertorio Cívico sigue alternando sus obras favoritas: *La buena esperanza*, *Hedda Gabler*, *Canción de Cuba*, *El maestro*. *Las tres hermanas*, *La duodécima noche* e *Improvisación en junio*.

No habrá tantas revistas musicales en el próximo verano como en otros anteriores. Quedarán abiertas *The Greenwich Village Follies* y se estrenará una de negros, *Blanchbirds of 1928*. George White prepara sus nuevos *Scandals*, y Carrol sus *Vanities*; ambos se estrenarán en junio, mientras *The Grand Street Follies* y *Under Your Hat* reciben sus últimos retoques. Zigfeld no presentará sus famosas *Follies* hasta el otoño y tal vez ni entonces.

LAS NUEVAS OBRAS DRAMÁTICAS

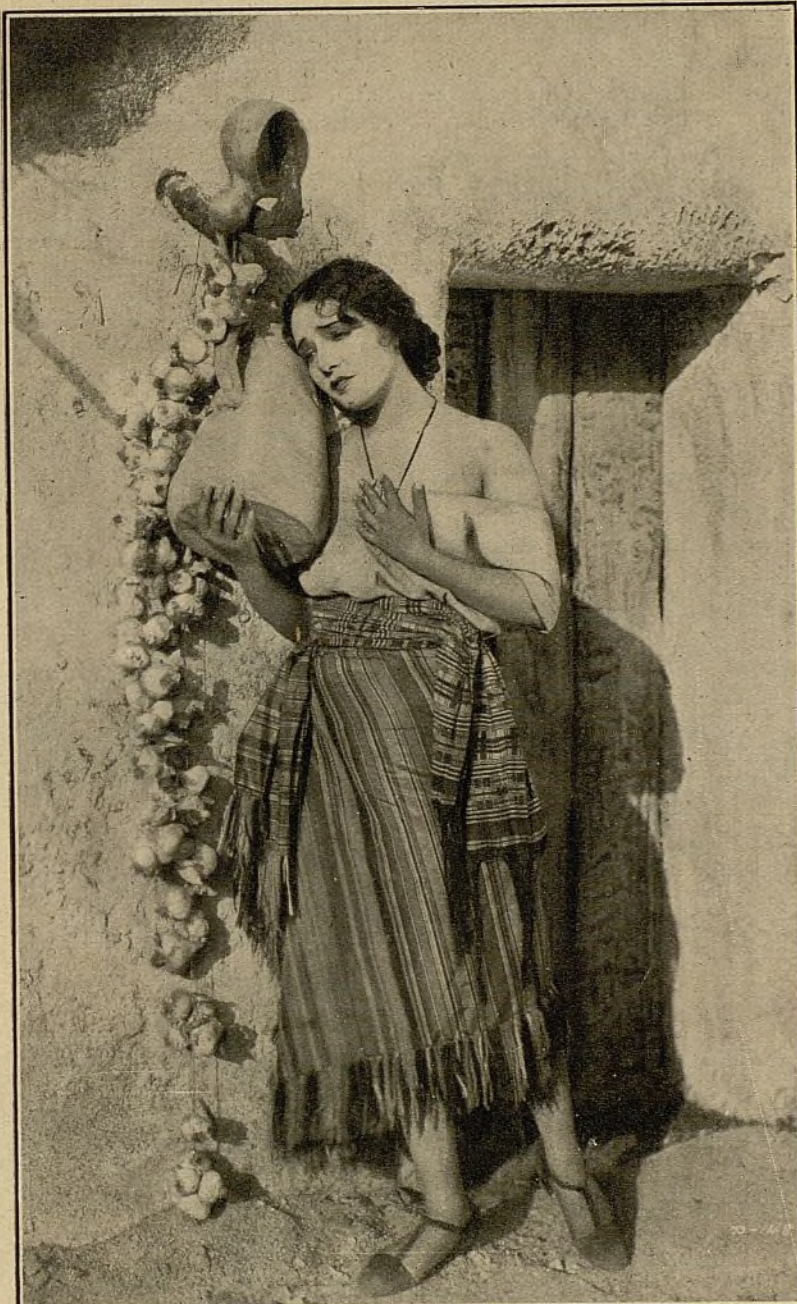
Diamond Lil, con Mae West, es la más próspera de las nuevas obras dramáticas de la temporada. Por el contrario, los fracasos son muchos y costosos. Channing Pollock se ha vuelto empresario, poniendo en escena su propia obra *Mr. Money-penny*, que se estrenará en el Liberty para octubre. La obra tiene cincuenta y ocho personajes. Los

Shubert anuncian la versión musical de *Alice in Wonderland*. John Drinkwater abandona su estilo biográfico de antaño y escribe una sencilla comedia de costumbres, que ha bautizado con el título de *Pájaro en mano*. Billie Burke, la agraciada, y única hasta ahora, esposa de Zigfeld, trae al prosenio del Empire una comedia inglesa con el apropiado nombre del *Esposo feliz*. La acompañan los autores que la dieron en Londres. Con este motivo volverá a provincias *The Play's the Thing*, que ahora ocupa este teatro, y sin duda de lo mejor y más original que nos ofreció la temporada de invierno.

LIBROS, LIBROS, LIBROS

Una densa nube de nuevos libros y de nuevas ediciones de otros viejos nubla el cielo intelectual, variable como este tiempo de primavera. Nada extraordinario que hayamos leído u oído comentar presta un rayo de verdadero sol al nubarrón bibliográfico.

My Life, por Isadora Duncan, la caprichosa bailarina a quien se acusó de bolchevique; *The Key of Life*, de Frances Young, historia de



amor y de sacrificio que comenzó en Inglaterra y termina en Tebas; una nueva edición de *An American Tragedy*, el clásico de Read Dresser; *Pilgrims of the Impossible* y *The Dark God*, se pueden contar entre los más notables.

William Morrow & C.^o anuncia la publicación de una colección de obras con el título genérico de *El comienzo de las cosas*. Su objeto es despertar interés en las cosas vulgares dando a conocer su origen primitivo. Los tres primeros volúmenes, que saldrán en mayo, llevan por epígrafes: *El siglo de oro, historia de la naturaleza humana*, por H. J. Massingham; *Maíz de Egipto, el comienzo de la Agricultura*, por M. Gompertz, y *El día de año nuevo, historia del Almanaque*, por S. H. Hooke.

Charles Scribner's Sons, que darán a luz una nueva *Bibliografía* del profesor Van Hoosen, de la Universidad de Princeton, son responsables de la afirmación de que existen más de 25.000.000 de libros publicados en el mundo.

MENJOU, MILITAR

Ese *boulevardier* que descubrió Chaplin, Adolphe Menjou, se nos presenta, en su nueva película *Noche de misterio*, como oficial francés, galante, pero ingenuo. La dirección del film de que es responsable Lothar Mendes, el director teutón, es pobre, al decir de los críticos; la trama, sencilla; la ejecución, salvo Menjou, mediocre.

La inspiración para *The Mad Hour* vino de la novela de *The Man and the Moment*, de Elinor Glynn. El final trágico de esta cinta es única en los anales de la cinelandia americana, donde todo acaba bien.

La sensación del cinema fué el uso por primera vez en gran escala del vitáfono, en la cinta *The Jazz Singer*, vehículo que utilizó Al Jolson, el rey de las canciones de cuna afroamericanas, o *Mammy Songs*, para llegar al cine, ya casi perdida su voz de cupletista extraordinario. La segunda cinta con arreglo de vitáfono, de los hermanos Warner, es *Glorious Betsy*, donde Dolores Costello, la ingenua y bella actriz, hasta ahora muda, dejará oír por vez primera el ritmo de su voz desde la pantalla iluminada. Es una historia de amor del tiempo colonial, allá en Virginia, cuando Jerome Bonaparte llega a Baltimore enviado en misión extraordinaria por su hermano el primer cónsul.

Treinta y dos films, gran parte estrenos, adornan los lienzos de igual número de los salones de cinema principales. Es una constelación de estrellas y luceros de ambos sexos que sólo pueden contemplarse en este cielo metropolitano. Otros tantos estrenos quedan en proceso de preparación. La procesión fantástica de nuevas producciones

cinematográficas sólo es comparable a la fantástica concepción de algunos de sus argumentos.

ESPAÑA DESPIERTA NUEVO INTERÉS

En Chicago se dedican al *sport* del *jai-alai*, que cautiva las masas. Vino por vía de Cuba, donde fascinó a los norteamericanos que visitan la isla en el invierno. Aunque los jugadores hasta ahora son vascos, cubanos y suramericanos, los yanquis van aprendiendo el juego con esa asiduidad que pronto desplaza todo lo extranjero. Uno de los pocos expertos norteamericanos, según él mismo ha asegurado, es el brigadier general Frank R. McCoy, supervisor de las elecciones en Nicaragua, quien dice lo aprendió con Wood, cuando éste fué gobernador de Cuba. «Ningún otro juego requiere tal destreza, agilidad, elasticidad muscular y viveza cerebral», dice la prensa americana.

Chicago tiene su frontón y es conveniente que los jugadores españoles arreglen desafíos allí para el invierno. Su éxito, aparte de la propaganda para España, sería colosal desde el punto de vista financiero. El frontón de Chicago advierte al público que este juego es «el mas rápido del mundo» y espera consagrarlo como uno de los atractivos más interesantes de la temporada.

LA EXPOSICIÓN DE SEVILLA

Uno de los pabellones de la sección norteamericana en la Exposición de Sevilla será el edificio permanente para alojar al cónsul general. Su arquitectura es de estilo colonial español con reminiscencias de la antigua construcción hispana que todavía existe en algunos puntos del sur de los Estados Unidos, pero dotado de todos los adelantos y confort que sean imaginables.

Estará frente al Guadalquivir, en el paseo del río, con las habitaciones privadas hacia al Parque de María Luisa, pabellón destinado al embajador cuando visite la ciudad y biblioteca norteamericana a la libre disposición de estudiantes y turistas, y de forma triangular a tres fachadas.

Todos los negociados del Gobierno, menos el de Guerra, estarán representados en la Exposición.

JORGE V. DOMÍNGUEZ

Mayo 1928.

Las nuevas oficinas de COSMÓPOLIS en la ciudad de Nueva York, a cargo de D. Jorge V. Domínguez, están establecidas en 1328 Broadway, esquina a la calle 34.

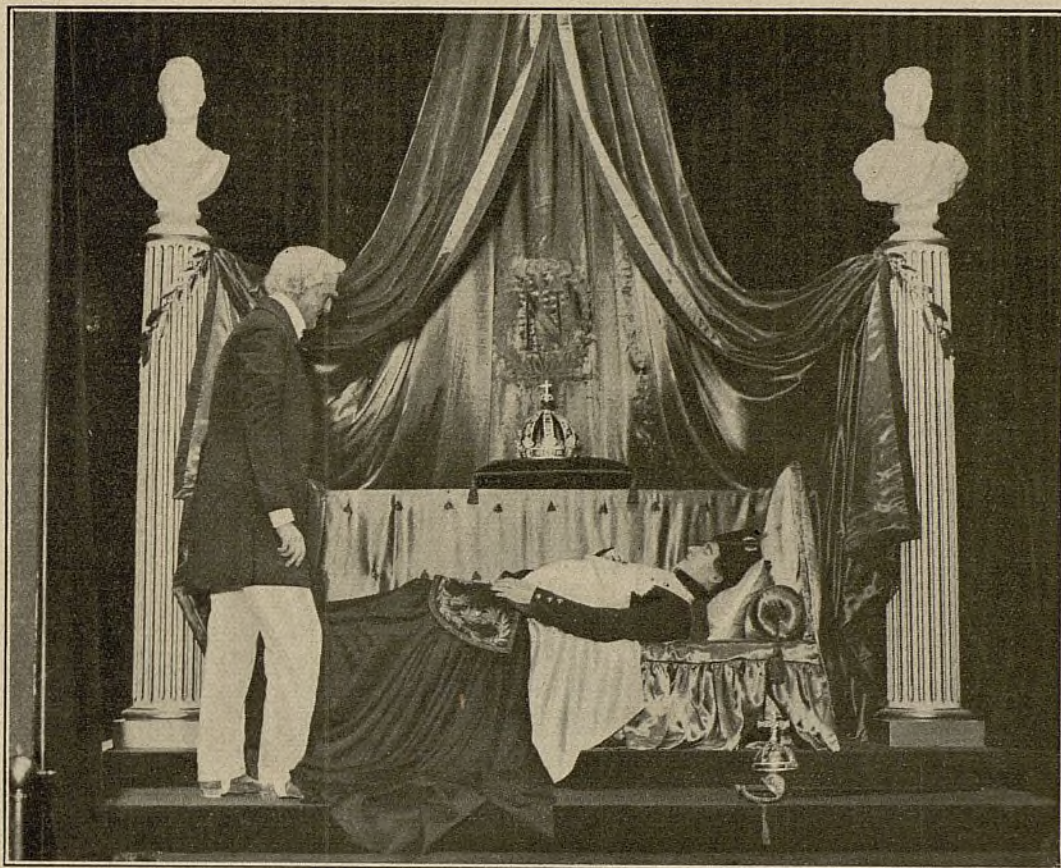


Lynn Sontanne y Heler Westley en una de las escenas de la obra «Jugando al amor».



La temporada y las figuras de cera de Londres

Cartas de
un
londinense



De nuestro
representante
especial

*El duque de Wellington, ante el cadáver de Napoleón.
Una de las más famosas reproducciones de las Galerías Tussaud's. (Foto Central Press)*



Los pesimistas siguen diciendo que la «season» de Londres se acabó con

Aunque dicen los pesimistas...

la guerra. No es cierto. Cada año, al principio de mayo, vemos a la alta sociedad de nuestro país congregándose en Londres para el siempre idéntico curso de fiestas sociales. Primero, el principio de la temporada de ópera en Covent Garden, y la apertura de la Academia Real en Burlington House; después, el Royal Tournament de Olympia, las carreras famosas de Epsom, con la más famosa de todas, el Derby; otras carreras en Ascoty, y en Goodwood la regata a Henley, matches de cricket en Lords, de polo en Hurlingham, otras carreras y al fin la regata de Cowes, donde siempre anhelamos una victoria para el yate de S. M. el rey Jorge.

No habrá una sola noche desde ahora hasta el último día de julio en que no haya bailes y recepciones en las casas aristocráticas de Londres. Numerosísimas son las señoras y señoritas que se encuentran en la necesidad de aceptar dos o tres invitaciones para la misma noche.

Cenarán en la casa de A. y bailarán allí hasta las 10.30. Entonces pasarán a la casa de B. para conversar o bailar hasta las doce; una copa de champaña, un «sandwich», un «hasta luego», y seguirán, con tenacidad admirable, a la casa de C. para cumplir con su promesa de saludar a esos amigos, que también ofrecen un baile.

Son semanas duras para el mundo femenino, las «debutantes» y sus «chaperones». Para los caballeros que las acompañan son más arduas todavía, pues nosotros, en la mayoría de los casos, tenemos que atender a nuestros quehaceres en las horas de trabajo. Nos acostamos a las dos, las tres o hasta las cuatro si escuchamos las peticiones de nuestras hijas—¡jellas, que van a dormir hasta mediodía!—y nos levantamos a las ocho o a las nueve para ir al escritorio; y esto sucede cinco noches por semana hasta el fin de julio. ¡Una vida dura, señores! Pero vale la pena, únicamente para confundir a esos pesimistas.

Tenemos este año cinco «Courts» en Buckingham Palace: el 8, 9 y



Otro curioso grupo de figuras que se exhiben en las Galerías Tussaud's.
De izquierda a derecha: Mariscal Foch, general Botha, rey de Italia, rey de Bélgica, el zar Nicolás II de Rusia y el almirante Beatty. (Foto Ortiz)

23 de mayo y el 12 y 13 de junio. Se presentarán a los reyes todas las debutantes del año, incluidas las hijas de dos ministros del Gabinete actual: las señoritas Diana Churchill y Frances Steel-Maitland.

Muchas damas de ultramar serán presentadas a los reyes en estas «soirées» espléndidas. La «season» de Londres sería privada de una gran parte de su encanto si no tuviéramos la asistencia de visitantes de todas partes. Ya llegó el maharajah de Rajpipla y próximamente llegará otro maharajah: el de Kapurthala. Especialmente bien venidos serán el príncipe Leopoldo de Bélgica y la princesa Astrid, como también el príncipe de Suecia con su esposa e hija, la princesa Ingrid. Otros visitantes reales serán el príncipe Paul de Yugoslavia, primo del rey Alexander I, su esposa y su hijo, el príncipe Alexander. Serán acompañados por la princesa Elizabeth de Grecia, hermana de la princesa Olga. Ojalá que fuese cierto el rumor de que tendremos una oportunidad de dar la bienvenida al rey muy especialmente querido por el público británico, S. M. el rey Alfonso, y su esposa la reina Victoria. Vendrán también para ocupar las casas amuebladas ya reservadas muchas familias suramericanas, conocidas por el esplendor de sus joyas y confecciones.

La temporada de ópera

Es curioso que nosotros, que no somos una raza muy aficionada a la música, hubiéramos conservado con tanta tenacidad la tradición

de señalar la apertura de la «season» por un programa de ópera en Covent Garden, siguiendo, además, un régimen casi exactamente parecido al de hace treinta o cuarenta años. Debe suponerse que los asistentes se gozan de la experiencia, aunque el público suele creer que es cuestión de la moda y no del gusto. Nadie, en efecto, puede negar que la ópera, tal como la tenemos en Londres durante el verano, es el reverso de democrático. Es financiado y patrocinado por los ricos, presenciado casi exclusivamente por los ricos, y las funciones se celebran todavía en un edificio construido, hace muchos años, para estos fines. Es una lástima que en Covent Garden no quepan los «pobres»; necesitamos, para democratizar la ópera en esta época, un nuevo teatro construido a propósito. Mientras tanto, justo es decir que la compañía internacional (que contiene unos cantores británicos) puede compararse con otra cualquiera, hasta del opulentísimo Nueva York.

Las Galerías «Madame Tussaud's»

Los ingleses por todas partes del mundo percibirán una agradable emoción al leer u oír la noticia de la reapertura de la famosa exposición de figuras de cera que conocemos todos como «Madame Tussaud's».

El edificio y gran parte del contenido, incluídas muchas valiosas e interesantísimas reliquias de Napoleón Bonaparte, se destruyeron por un incendio en marzo de 1925. Ahora, después de tres años, tenemos una nueva «Madame Tussaud's», más grande, más espléndida que nunca, con su «Cámara de Horrores» más terrible, más horrorosa que nunca. Hay más de 500 figuras de cera, con las artísticas y curiosamente interesantes efigies, debidamente manchadas con sangre, de las víctimas y los asesinos de la Revolución en Francia.

ras de todos los famosos asesinos. Nunca fué ganado el premio... porque a la hora de cerrar las puertas todos fueron obligados a salir.

Había siempre—y lo hay en el nuevo templo—el agente de policía en cera tan realista que los que supieron el secreto podían siempre divertirse en observar a la gente dirigiéndose a él para preguntarle la dirección de la salida u otro punto similar. Cerca de él se estacionaba un agente vivo, pero nadie se atrevía a interrogarle, por temor de volver a equivocarse otra vez.

Una de las muchas operarias que han trabajado en el arreglo de las Gale-



rias, dando los últimos toques a la reproducción en cera del príncipe de Gales.

(Foto Ortiz)

Ha sido siempre entre nosotros una tradición—una moda si se quiere—la de mandar nuestras criaturas con sus niñeras a visitar a Madame Tussaud's, una costumbre bastante inexplicable, casi mórbida, en vista de la naturaleza terrificante de tantas de las figuras. En tiempo pasado, fué una convicción firme entre los jóvenes que podíamos ganar un premio de cien libras por arriesgarnos a pasar una noche entera en la «Cámara de los Horrores», donde se encuentran las figu-

Hoy día es para mí un entretenimiento agradable visitar la misma escena y observar las reacciones de un concurso típico londinense. Todos los tipos se ven allí: hay las mujeres redondas y gruesas, en sangre y homicidio; hay mujeres altas y delgadas de Kensington que van a mirar a S. M. la Reina (en cera); hay madres llevando nenos soporosos, centenares de muchachos; un manco por la guerra, soldados cada uno acompañado por su enamorada, muchos americanos,



La temporada elegante londinense ha dado comienzo. Ved aquí un grupo de aristócratas camino de Richmond en uno de los típicos «mail-coach» que aun luchan contra la invasión de automóviles.

(Foto Tropical-Press).

unos japoneses y caballeros viejos conmemorando su coraje de hace veinte años, cuando soportaron en su brazo a una tímida señorita victoriana.

Vamos todos a examinar la figura del príncipe de Gales y lo pronunciamos perfecto. Creemos todos que la duquesa de York es demasiado seria. Llegamos entonces a la antecámara de la «Cámara de Horrores», donde las señoritas empiezan a vacilar en la presencia del actual baño en el cual murieron, una tras otra, las tres novias del mismo hombre.

Adentro, en una cámara medio oscura, húmeda y funesta, quedan Charles Peace, Patrick Mahon, Dr. Crippen, Mrs. Thompson y toda la galería de asesinos... ¡Uff!

Apresurémonos para mezclarnos con mundo más humano, aunque igualmente remoto: con el rey de España, gentilhomme masculino; Mr. Baldwin, con su pipa; Charlie Chaplín, con su pantalón y botas; Mary Pickford, lord Nelson, Shakespeare, Cervantes, Enrique VIII, con su tropilla de esposas; con quienquiera celebrado en las artes, la música, el teatro o las páginas de historia, pues morir sin tener una efígie en Madame Tussaud's casi equivale a no haber conseguido fama o no haber alcanzado a ser un criminal bien conocido.

PEE JAY

(Londres, mayo 1928).



PRO TURISMO

JARDINES

*Jarrón de los Jardines de La Granja.**Jarrón de los Jardines de La Granja.*

Ué tema tan ideal para ser tratado por un artista como Javier Winthuysen, capaz no sólo de sentir y admirar, sino de realizar obras como las de aquellos inmortales en la Jardinería, como Le Notre, a quien llamaban en Francia el jardinero del rey y rey de los jardineros!

¡Winthuysen! No se adivina en este apellido extranjero al maestro de los maestros de la jardinería moderna en España, y, sin embargo, por sus venas corre sangre española, de la más castiza para saber admirar las flores y reconocer el valor de sus aromas; es de Andalucía.

Gracias a él vemos hoy una muestra de cómo eran aquellos jardines que la nobleza tenía en sus fincas de recreo en las afueras de Madrid en el siglo XVIII y principios del XIX.

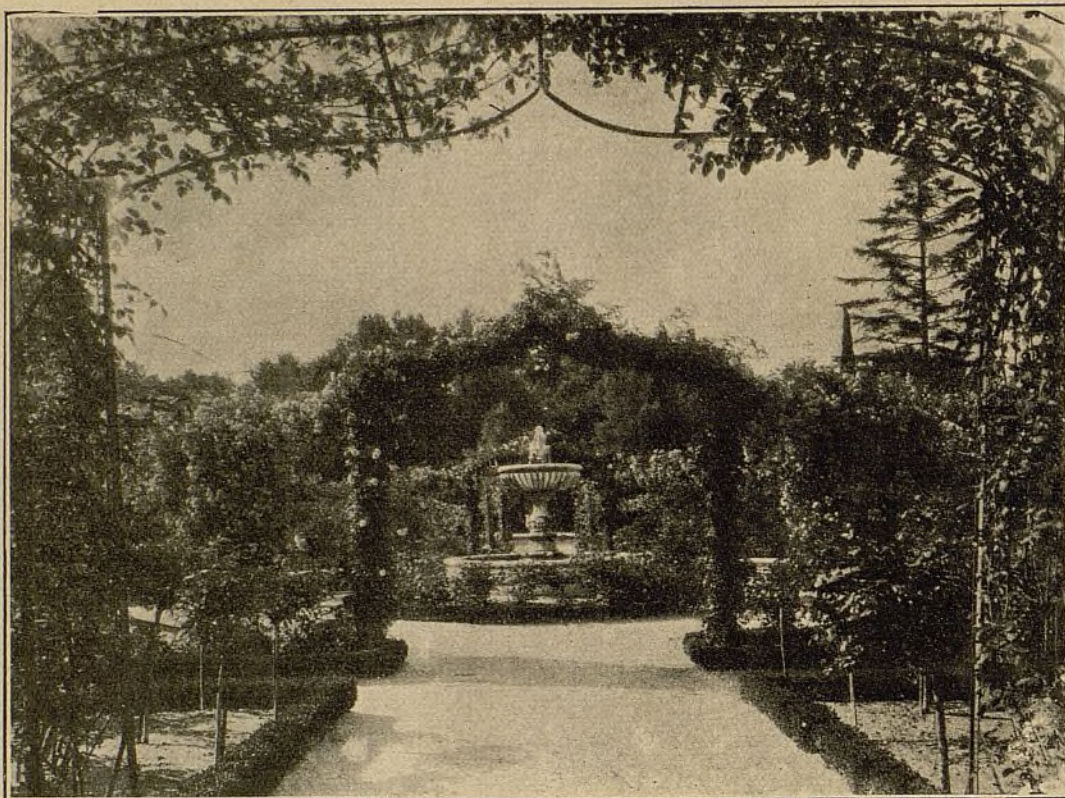
Los del duque de Pastrana en Chamartín, los de Casa Puerta en

las cercanías del Canal, de los marqueses de Balbases y más tarde de los duques de Híjar; los del marqués de Fiches en la Moncloa, los de Osuna, que subsisten en propiedad de los señores de Bañer, y los del marqués de Perales y Quinta de la Esperanza, cuyos restos hubo hasta hace poco tiempo, y todos ellos fueron cerco florido de aquel Madrid famoso. Wint-

huysen, en el palacete de la Moncloa, ha hecho revivir con su arte la traza de uno de aquellos jardines, hermanando la planta y la flor con el mármol y la fuente artística, elementos que son alma del jardín.

Yo diría de Winthuysen que es el único jardinero actual español; pero damos hoy a la palabra jardinero una acepción que quizá pueda lastimarle. ¡Y en otros tiempos se llamó jardinero a Le Notre! El jardinero de Luis XIV, del Rey Sol. Madrid, desde que Felipe II estableció la Corte,

*Fuente de La Fama. Jardines de La Granja.*



Rosaleda del Retiro. Madrid.

ha variado mucho y con pasos gigantescos; ha sabido asimilarse el cosmopolitismo de fuera en todo, menos en sus jardines, pues de éstos, dentro de la ciudad, no tenemos más que la Rosaleda y el Parterre del Retiro, la primera de corte moderno, en la que si bien ha presidido un buen gusto en su traza, no así en sus adornos complementarios, y en el segundo se conserva el gusto neoclásico de su fundación, aun cuando también ha tenido lastimosas reformas modernas.

La jardinería es un arte que no es fácil, porque tienen que ir hermanados con los conocimientos de la estética los áridos y no vulgares de la floricultura; por eso el jardín del palacete de la Moncloa ha sido un feliz acierto, en el que se han derrochado los conocimientos del artista y los conocimientos del oficio.

En los momentos de recogimiento que anteceden a todo trabajo analítico, cuando es preciso concentrar la imaginación en los factores que han de servir de estudio, es cuando surgen los recuerdos plásticos que se marcaron en nuestra retina y después en el cerebro, y así ha sido cuando yo empecé a escribir este artículo. Vi un Madrid poblado de palmeras de troncos pelados, capaces de destrozar la estética más completa en jardinería, piedras artificiales como esponjas gigantescas formando caprichosos puentes, bancos de cerámica, decolores rutilantes,

Templete de la Alameda antigua de Osuna, hoy de Bauer.



*Grupo del paseo de las Esfin-
ges. Jardines de La Granja.*



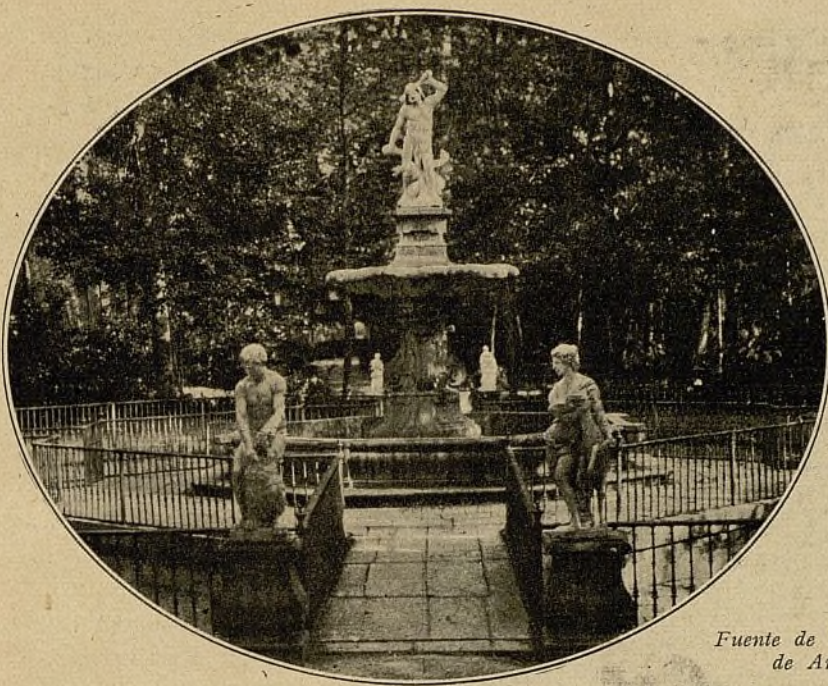
etcétera, que absorbían por su abundancia el valor de lo que se ha hecho con tino, porque en ello presidieron criterios de buen gusto.

JARDINES

¿Qué diría de nuestros jardines, si los viera, aquel insigne artista Ventura Rodríguez, que nos legó trazados que hoy podemos admirar en los archivos, como el de los jardines que proyectó para el lugar en que se edificaron después las Caballerizas Reales y los del palacio del duque de Alba, hoy ministerio de la Guerra?

Don Cecilio Rodríguez, que no es descendiente precisamente de aquel don Ventura, tiene a su favor algunos aciertos, pero son muy pocos. Si arrancara todas esas palmeras esqueléticas que adornan la mayor parte de nuestros jardines, ganaría el primer escalón para llegar a la posteridad. Pero, por desdicha nuestra, seguirán las palmeras enhiestas, diciendo a los asombrados turistas cuando las contemplen: «Yo no he nacido aquí, ¿sabes? Ni los horizontes ni el ambiente son para mí propicios; pero somos predilectas de un hombre de férrea voluntad, de un hombre laborioso, honrado y trabajador, cuyas condiciones le hicieron llegar a ser jefe, a ser jardinero mayor del Municipio, con el aprecio y la consideración personal de muchísima gente, pero que no ha podido llegar a ser artista, y como esto no es un delito, perdónale; pero cuando

JARDINES



*Fuente de Los Jardines
de Aranjuez.*

vayas a otros sitios, no digas que nos has visto.»

Madrid va siendo mucho Madrid para que no estudiemos con cariño estos detalles, porque la jardinería es uno de los elementos más importantes en la urbanización de las ciudades, tan importante que es un factor esencial de su fisonomía, como, por ejemplo, los de Sevilla, únicos en el mundo; por eso es preciso que hombres como Wint-huysen, colaboren en la obra fundamental de la jardinería madrileña.

Sin embargo, la villa y corte puede enorgulle- cerse de poseer parques como los del Oeste y Retiro, que son admirables.

Así como los jardines de las afueras de Madrid cedieron su lugar al ensanche urbano y hoy no se conservan más que como recuerdos de antaño, fuera de Madrid tenemos en los Sitios Reales ejemplares en que saciar nuestra sed de información, porque son fuentes abundantisimas los de Aranjuez, El Escorial y La Granja.

En Aranjuez podría estudiarse un curso de mitología pagana en aquellas obras de arte de mármoles y bronce, de los siglos XVII y XVIII, que legaron con su firma Alejandro Algardi y Dumandre, respectivamente, obras que divinizan aún más aquellas sorprendentes alamedas, bañadas por el Tajo, en el que tantas veces se pasearon nuestros reyes en soberbias falúas recamadas de bronce, tallas y brocados, que todavía podemos admirar en su embarcadero.

Los jardines de Aranjuez se mantienen en un ambiente propicio, y la vegetación que los adorna les hacen ser, en su clase, los más admirados.

Los de La Granja son distintos; allí Felipe V tuvo la habilidad de hacerlos surgir al pie de Peñalara, brava y arisca sierra coronada de nieve casi todo el año, y rodeados de frondosos pinares. Felipe V

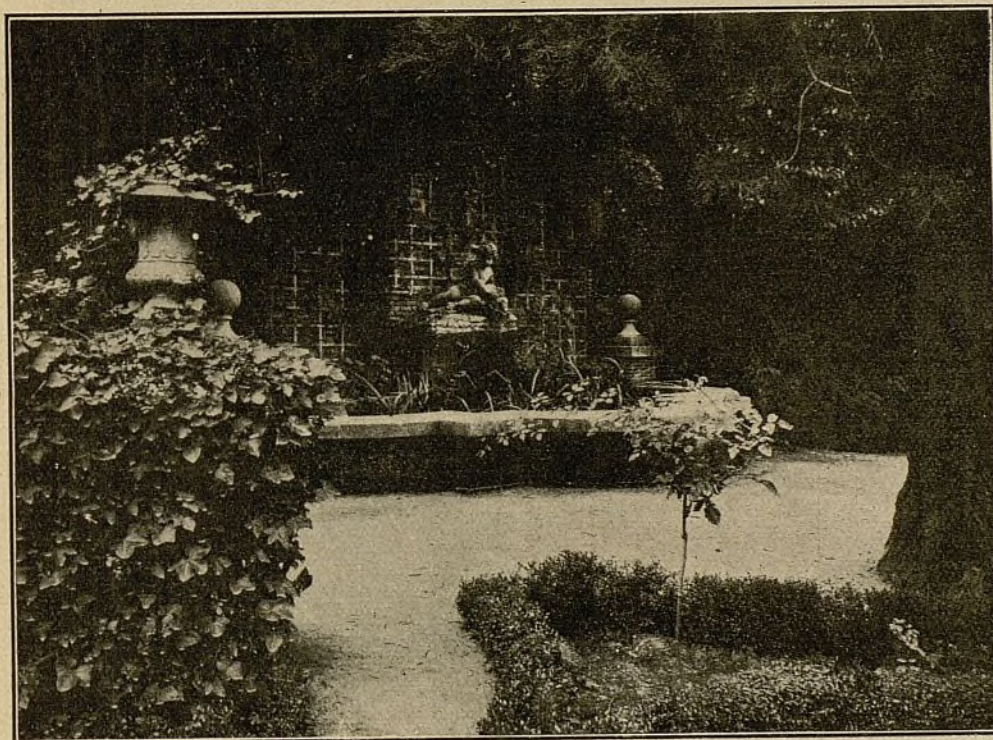
sentía nostalgia de su Versalles por un lado y por otro no quería ser menos que los Austrias, que se habían hecho para su recreo sendos palacios; por eso escogió aquel lugar, cercano al palacio de Valsain, donde estableció su cuartel general de artistas, escultores, jardineros, bronceístas, etc., unos españoles y otros extranjeros, formando en aquel paraje una verdadera Babel, donde al principio nadie se entendía. Ardemáns trazó el palacio y gran parte de los jardines, en los que intervino también D. Esteban Bautelú. En estos jardines, como en los de Aranjuez, se reproducen figuras de la mitología pagana y son realmente el único ejemplo completo que se conserva de aquel arte, que vino a sustituir a las ejecuciones de escultura religiosa que dominaba en España.

Renato Carlier fué designado como jefe y maestro de aquella legión de artistas, llamados Fremin, Thierry, Dumandre, Pitué, etc., etcétera, que esculpieron figuras muy notables que adornan las innumerables fuentes que, combinadas, lucen sus juegos de aguas el día de San Fernando y el de San Luis.

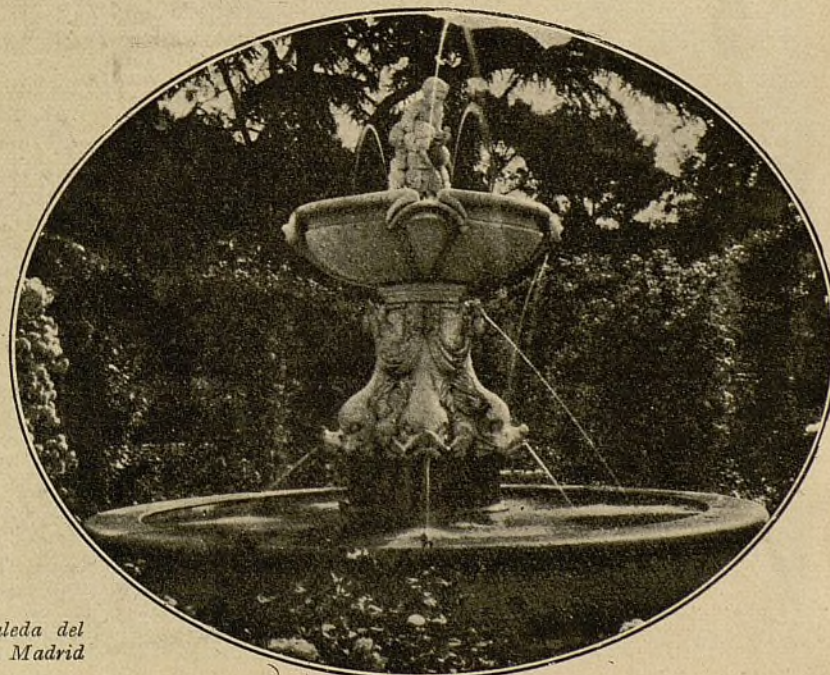
El Olimpo griego encuentra entre aquellas tupidas sombras las figuras y mitológicas representaciones de las fuentes que

entre el bullicioso ruido de sus cascadas están colocadas; en aquel vasto recinto de verde lozanía se encuentran las dríadas y silvanos, ninfas y semidioses, ocultando entre sus misteriosas enramadas sus bellas formas y actitudes gallardas.

En los días que corre el agua de las fuentes, aquellas figuras inmóviles parecen que tienen alma y que de sus pechos nacen los sonidos que el estruendo de las



*Jardín del palacete de La
Moncloa. Madrid.*



*Fuente de La Rosaleda del
Retiro en Madrid*

aguas causa al deshacerse en catarata; el agua pulverizada en el ambiente forma una neblina que desdibuja aquellas creaciones, dándoles un matiz misterioso al destacarse sobre la fronda oscura, y el sol, al herir las imperceptibles partículas de agua, contribuye al éxito de la fiesta, iluminando con el iris la atmósfera.

Entre aquellas espesuras hay un lugar para cada hora; en aquellos bellos parterres y lindas plazoletas, matizadas de flores, se disfruta de los apacibles momentos del crepúsculo, y con el susurro de las aguas y el murmullo de las hojas de los árboles, se distraen las ardorosas siestas de agosto.

De las veintiséis fuentes que existen, la última que se terminó fué la de Diana, y se cuenta que el rey Felipe V, después de haber visto sus preciosos juegos de aguas, exclamó:

—Tres minutos me has divertido; pero tres millones me has costado.

De los jardines del Escorial no puede hacerse una reseña tan vibrante; son austeros como las líneas del Monasterio. Herrera, indudablemente, les imprimió el carácter, el sello particular de Felipe II, y por ello, precisamente, son dignos de estudiarse y admirarse como obra clásica.

Los jardines que rodean las casas del Príncipe y la que llaman de Arriba son

JARDINES

distintos, son ya del carácter de nuestro parterre, y están exentos de decorado que les haga atractivos como los de La Granja; sólo algunas fuentes adornan sus conjuntos.

Y éstos son los únicos lugares cercanos a Madrid que ofrecen al visitante perspectivas en donde el arte del jardín se muestra espléndido. Toledo adolece de falta de jardines bien trazados; sin embargo, como en Sevilla, sus casas poseen encantadores patios, algunos con interesantes recuerdos mudéjares, de cuya época conservan la costumbre. Hoy surge de nuevo el amor al jardín, y algunos insignes arquitectos les dedican especial atención, pero siempre inclinándose a determinar los estilos pretéritos. ¿Por qué no crear un estilo nuevo? El clima de Madrid rehuye los adornos y bancos de cerámica. Madrid requiere mármoles y piedras, que dan a los jardines empaque señorial; todo, menos azulejos y palmeras; sobre todo, palmeras.

ANTONIO PRAST

En el número correspondiente al mes de abril, en el artículo dedicado a la Sierra de Guadarrama, por un error se señaló una fotografía como edificio del Club Alpino Español, siendo de la Real Sociedad Peñalara.

(Fotos Prast.)



Fuente de Diana. Jardines de La Granja.



NOTAS DE BIARRITZ

CONCURSO

El «*Hunt-Schow*» de Pascua ha tenido un éxito muy grande, tanto por el número y clase de los caballos presentados como por la elegancia y multitud de espectadores. Y es que la temporada de Pascua, que se ha prolongado este año un mes más, ha sido verdaderamente brillante: mucha gente y punto de reunión de la «crema» del turismo mundial. ¡Buen augurio de la espléndida temporada de Concurso hípico del próximo octubre!

Esta gran prueba deportiva clausurará la temporada de verano



Aspecto de las tribunas durante el Concurso hípico

HÍPICO

con una apoteosis. Ya ha empezado sus trabajos una Comisión competente que está preparando la pista con numerosos obstáculos, variados e inéditos; también se proyectan vastas tribunas completamente nuevas, y se está planeando una serie de premios extraordinariamente importantes. Todo esto hace prever que el Concurso hípico de

Biarritz del mes de octubre será el más bello de todos los que se corran en Europa durante el año 1928.



Comida recientemente celebrada en el suntuoso nuevo hotel de Miramar con motivo de una gran fiesta aristocrática.

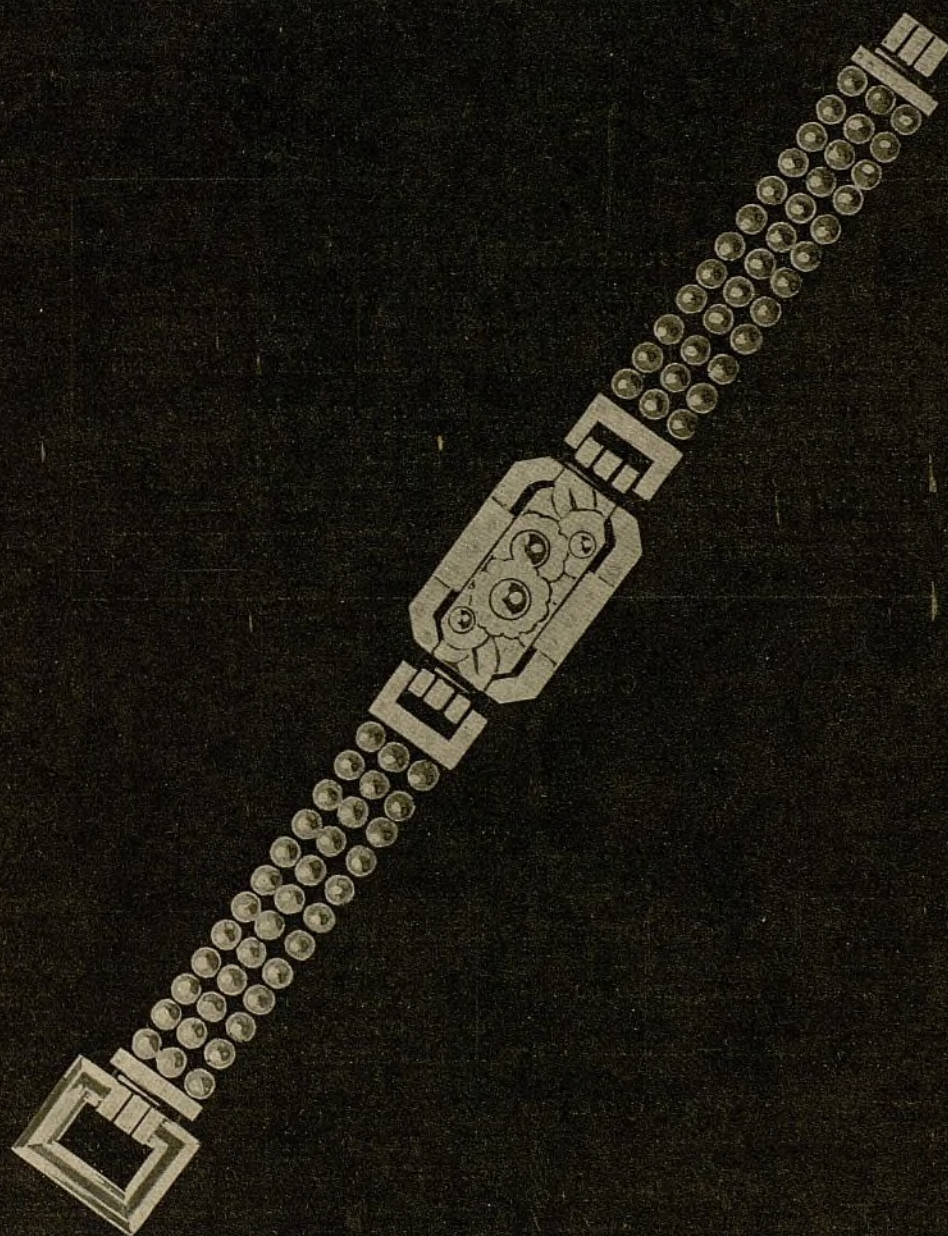


LAS PERLAS MÁS LINDAS.
LAS PIEDRAS MÁS PRECIOSAS.
LAS MONTURAS MÁS BONITAS.
LAS CARTERAS MÁS FINAS.
LOS RELOJES MÁS PERFECTOS.

El príncipe popular entrando en
la Gran Joyería CARTIER,
13, rue de la Paix, PARÍS.



BROOKING
JOYERO



AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 17
MADRID

TRES PUNTOS ROJOS

NOVELA DE AVENTURAS

ILUSTRACIONES de

FEDERICO RIBAS

Original
de
SEE ADCOME,

TRADUCIDA
Y ADAPTADA
EXPRESAMENTE PARA
«COSMÓPOLIS»

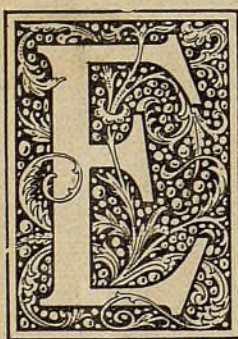
Resumen de lo publicado

Al pretender descubrir a los autores del audaz robo de que ha sido víctima, en extrañas circunstancias, Soledad Hontoria, el policía Emilio Roldán es apresado atrevidamente por los miembros de la misteriosa banda «Tres puntos rojos», cuando los duques del Valle le conducían a su domicilio desde el Retiro, donde casualmente se habían encontrado.

En la mansión donde le recluyen—dotada de toda suerte de comodidades y en la que está atendido como un invitado de honor—se enterará por la prensa de que se sospecha que su abandono del asunto pueda ser motivado porque le hayan entregado dinero o amenazado de muerte, y promueve un escándalo, que da por resultado el que dos enfermeros le cojan, en el momento en que un anciano entra en su cuarto y, tras conseguir que le suelten, le invita a tomar asiento, asegurándole que tienen mucho que hablar.

TODOS LOS DERECHOS
DE REPRODUCCIÓN,
ADAPTACIÓN Y TRADUCCIÓN,
RESERVADOS PARA
TODOS LOS PAÍSES

CONTINUACIÓN



MILIO Roldán, sorprendido, obedeció. La primitiva puerta había vuelto a cerrar la estancia, y el extraño visitante, cruzando una pierna sobre la otra, encendía un cigarrillo de boquilla dorada.

—¿Usted fuma, Roldán?—demandó, confiado.

—Sí—respondió éste. Y al ver que el anciano le alargaba la cigarrera de plata y esmalte, añadió:

—Pero ahora, no. Muchas gracias.

—Hace mal. Cuanto más nervioso, y usted lo está bastante en este momento, y no sin motivo, más beneficioso es el tabaco. A menos—agregó, con una sonrisa—que no tema que le narcotice con un modesto egipcio.

Al policía, la violencia de aquella situación estaba a punto de hacerle perder su proverbial serenidad. La calma de su interlocutor, la firmeza con que se expresaba, la indeferencia de que hacía alarde, aumentaba su mal humor. Deseaba llegar cuanto antes a una explicación clara de su situación, qué pretendían de él y qué podía esperar; ansiaba pisar terreno firme en aquel dialogar a ciegas, simulando una conversación de bar aristocrático. No pudo contenerse más tiempo y fué como un suspiro su pregunta:

—Pero usted, ¿quién es?...

Lanzó el otro una bocanada de humo azul al espacio antes de contestar:

—Le creía más dueño de sí, Roldán, francamente. Me ha defraudado mucho su pregunta, mucho; casi casi le diría que he visto, en este momento, caer destrozado, por el suelo, uno de los ídolos de

V

mi más sincera admiración. ¡Esa pueril pregunta, esa curiosidad tan torpemente disimulada!... ¡Qué lástima que no sea usted como dicen por ahí, como yo hubiera querido que fuese!...

—¡Basta ya!—rugió el inspector, poniéndose en pie de un salto, roja la cara y los ojos saltones—. No estoy dispuesto por un momento más a consentir esta burla. Sé que estoy en poder de «Tres puntos rojos» y que tú eres uno de sus principales miembros, si no el jefe. Podéis matarme o mantenerme aquí encerrado por toda una eternidad; pero pase lo que pase, si insistes en continuar hablándome en ese tono, no podrás pronunciar muchas palabras más.

—Bien—aprobó el anciano sin moverse—. Presumo que ahora es cuando vamos a poder entendernos. Perdona si antes dudé de tu inteligencia; los descubrimientos que has realizado y que acabas de comunicarme me obligan a rectificar un poco. Desde luego te confirmo tus dos opiniones y te aclaro la segunda: soy el jefe de «Tres puntos rojos».

Ya estaba en terreno firme Emilio Roldán. Recuperó su sangre fría y apostilló con una sonrisa la declaración de su colutor.

—Naturalmente—siguió éste—, no te hago la ofensa de suponer que crees en la autenticidad de estas barbas patriarcales ni en la ficción de mis tres cuartos de siglo. Añadiré sólo que no he tomado por tí estas precauciones; es que una de mis infinitas personalidades es la del eminente doctor... ¿Me autorizas a callar el nombre? Gracias. Pues como ése me conocen en este sanatorio.

TRES
PUNTOS
ROJOS

No contestó Emilio. Prefería seguir escuchando. Así supo que era aquella la Clínica que para curas de reposo a pacientes en los que la enfermedad había hechos grandes estragos tenía el doctor Muñoz Cañal, y que el fingido colega le había pedido, como en otras muchas ocasiones, que admitiera en ella a un caso desesperado que tenía en tratamiento: Roldán. En cuanto a su conducción al sanatorio había sido un juego de niños. El paseo de las Delicias no era de los lugares más concurridos ni mejor alumbrados. Desde otro automóvil tampoco fué muy difícil hacerle aspirar una pequeña dosis de cloroformo; luego, un carro que se cruza y obliga al automóvil de los duques del Valle a aminorar la marcha, y cuatro brazos fuertes que se apoderan de un cuerpo insensible.

—Así has llegado—concluyó el audaz ladrón—. Aquí eres, para todos, un pobre loco, al que la enfermedad le ha dado por creerse héroe de novelescas aventuras policíacas y que tan pronto se supone detective audaz como víctima de un secuestro. Habrás comprendido que es inútil, pues, que intentes explicar a María ni a nadie tu caso. Te llevarían la corriente; pero nada más.

—¡Has atado todos los cabos!—aprobó el cautivo.

—Debías saber ya que esa es siempre nuestra costumbre.

Hubo una pausa. Frente a frente, los dos adversarios se observaban con fijeza, clavándose las pupilas como queriéndose penetrar en los secretos del pensamiento de su enemigo. Nada en los rostros impasibles, salvo la dureza acerada de los ojos, hacía suponer el duelo entablado.

—¿Era eso todo cuanto teníamos que hablar?—dijo, al cabo, Roldán.

—Falta lo más esencial, lo que puede decidir de tu suerte y de la nuestra.

—Sin preámbulos: ¿qué?...

—Una sola pregunta.

—Hazla.

—¿Sigues decidido a estar contra nosotros?...

—No creo que merezca la pena de una contestación. Debo confesarle, en justa correspondencia, que ahora eres tú el que me has defraudado. Lo menos que esperaba de ti es que supieras qué clase de hombre tenías por contrario.

—Lo sé. Pero los hombres proceden según las ocasiones.

Metió la mano en el bolsillo del pecho de su americana y extrajo de él un libro de cheques que arrojó indolentemente sobre la mesita. Luego tendió a Emilio Roldán una estilográfica, preguntando:

—¿Cuánto?...

—¿Por qué?...

—Por olvidarte que existimos nosotros, por abandonar la profesión y España a causa de tu quebrantada salud. Di tú mismo la cifra. Y no te quedes corto; ya sabes cuán poco trabajo nos cuesta conseguir el dinero.

Un cuarto de hora más de conversación infructuosa. Sin indignarse —¿para qué?—, Roldán rechazó la propuesta. Fueron inútiles los esfuerzos del fingido valedudinario al mostrarle la Prensa matutina que insinuaba la posible renuncia de Emilio al asunto por las mismas razones que venían a proponerle. Por eso, al retirarse de la estancia el jefe de «Tres puntos rojos» lamentó:

—Lo siento, amigo; de veras que lo siento. Pero me es muy difícil prever cuándo estarás completamente curado y en condiciones de poder volver a salir a la

calle. Si te dejase salir, tengo el presentimiento de que acabarías por estropearnos el negocio; eres demasiado peligroso.

No se movió el prisionero de su butaca al verle marchar. Sumido en ella, oyó cómo sus pasos se alejaban, resonando en el entarimado del largo pasillo. Luego, el ronroneo de un motor y el estridor de un «claxon». Por encima de los árboles copudos que limitaban el horizonte, una nube de polvo. Su extraño visitante volvía a Madrid.

VI

A media mañana le fué servido el almuerzo. No se cuidaban mal los enfermos de Muñoz Cañal, a no ser que a él le diesen trato extraordinario. Preguntó a María, que le sirvió solícita, y le confirmó que comía lo que todos.

—No tenga miedo—había agregado—. Los platos que come se hacen con los de todos y *no tienen nada extraño*.

¿Era que imaginaba en él monomanía persecutoria y contrarrestaba su temor imaginativo de un envenenamiento, o se trataba de repetirle la advertencia que el jefe de la banda le hiciera: «No temas por tu vida, que «Tres puntos rojos» huye de los delitos de sangre»?... Aquella situación anormal, aquel sentirse loco ante los ojos de los demás sin estarlo, era una tortura infinita que sentía cómo acabaría por enloquecerle de verdad.

Ni vinos, ni café, ni licores. Esto fué lo único que echó de menos en el almuerzo. Se los pidió un par de veces, al empezar, a María, que le prometió traérselos en seguida; pero no lo cumplió, y entonces comprendió que debía existir la prohibición médica de darle excitantes. Acomodado de antemano a todo, soportó, resignado, la falta de sus bebidas predilectas.

A media tarde, María le invitó a bajar al jardín. Por el tono, suave e imperativo, comprendió que era, a la vez, propuesta y orden, y obedeció. Era el pasillo largo como de unos diez metros y en su promedio estaba la puerta de su alcoba. Hasta otras ocho puertas a ambos lados pudo ver—cuatro en cada pared—en su rápida ojeada, mientras, llevado dulcemente del brazo por la muchacha, lo recorrió hasta salir a una escalera de anchos escalones de piedra gris que desembocaba en un amplio y silencioso zaguán que comunicaba con el parque. Bien comprendió Roldán que no era aquella la entrada principal del edificio y que era por muy distinto sitio por donde comunicaba con la carretera.

Había comenzado a declinar la tarde, pero todavía jugaba el sol con las hojas superiores de los copudos troncos. En el jardín—en aquel trozo de jardín—no había persona viviente alguna, y la impresión de soledad, de tristeza, de abandono, se veía aumentada por una fuente seca, de resquebrajado pilón de mármol artificial, donde la hiedra y el jaramago habían crecido, recubriendo la taza y hasta el cisne de enhiesto y airoso cuello, por cuyo pico, elevado a la altura, el agua había saltado, en tiempos, bulliciosa.

—¿No hay nadie más que yo en la casa, María?—inquirió.

—Sí, señor. Diez o doce huéspedes; pero esos bajan a pasear antes. Son gente de otra clase, que no deben tratarse con el señor, y hemos acordado que no le molesten robándole sitio.

¡Sí que iban arreglándose las cosas!... Ahora le suponían megalómano y adulaba la enfermera su supuesta manía. Cuando él sabía que todo aquello sólo era para domar su invencible resistencia, para que el abandono doblegase su ánimo y obligarle a rendirse, a dar su palabra de honor de no volver a molestar a «Tres puntos rojos».

El crepúsculo avanzaba. Roldán, sin querer, pensó en la tarde anterior, en su encuentro con los duques del Valle, en la hora bruja en que las luces de Madrid encienden sus llamas azules, en la libertad, en la independencia. Toda la tristeza de su vida de cautivo —¿hasta cuándo?—le subió a los ojos en una lágrima, y, para que nadie la viera, se tapó el rostro con las manos.

—¿Qué le sucede?—acució, piadosa, la enfermera.

Y, como no obtuviese respuesta, tornó a cogerle del brazo, le levantó del banco y le condujo, nuevamente, a su cuarto.

Insensible a todo, Emilio Roldán se dejaba hacer como un autómata.

Un diario de la noche, con unas líneas subrayadas con lápiz rojo, fué lo primero que vió ante sí cuando recobró la serenidad. Debía de haber pasado mucho tiempo absorto en sus pensamientos, en su melancolía, pues ya la luna iba muy alta cuando alzó a ella su mirada



por la abierta ventana y, junto al periódico, una frugal colación se había enfriado.

Bebió un sorbo de leche y cogió el trozo de papel, seguro de que hacía alusión a su triste suerte. Efectivamente, en primera plana unas gruesas titulares destacaban:

«LA INCREÍBLE AUDACIA DE «TRES PUNTOS ROJOS»

Aparte de la copiosa información de nuestros redactores especialmente consagrados a este sensacional asunto, que publicamos en otro lugar de este número, momentos antes de cerrar esta edición, y acompañado por un atento B. L. M. de «Tres puntos rojos» solicitando su inserción, hemos recibido las siguientes líneas, que publicamos tal como llegan a nosotros:

«NOTA OFICIOSA SOBRE EL ASUNTO ROLDÁN

Algunos diarios de la mañana, con notoria ligereza, han insinuado la posibilidad de que el inspector D. Emilio Roldán haya desaparecido voluntariamente, por no querer seguir importunando a «Tres puntos rojos» si éstos le han convencido con «razones poderosas».

En defensa del buen nombre del inteligente policía queremos hacer constar que ello es totalmente falso y que el Sr. Roldán no persigue nuestra incesante persecución, única y exclusivamente por la razón de hallarse, contra toda su voluntad y deseo, en nuestro poder desde las primeras horas de la noche de ayer.

También, y siempre en defensa del justo crédito de que goza universalmente nuestro huésped, hemos de declarar que en la tarde de hoy y por nuestro digno jefe le han sido hechas al repetidamente mencionado D. Emilio Roldán las más ventajosas proposiciones—la entrega de un cheque en blanco, entre ellas—si se decidía a asegurarnos su inhibición en nuestros negocios, sin que se haya logrado conseguir nuestro propósito, lo que nos obligará a mantenerle con nosotros durante un plazo indeterminado, cuyo término pueden sólo marcar uno de estos dos hechos: nuestra retirada de la vida activa, o el abandono de su actitud irreductible.

Por lo demás, el inteligente sabueso se encuentra en perfecto estado de salud, habiendo tomado su baño, comido y paseado por nuestro jardín. En el deseo de mantener debidamente informada a la opinión sobre tan interesantes extremos, a diario facilitaremos el parte correspondiente sobre el Sr. Roldán, contando con que los directores de los diarios madrileños les darán cabida en sus dignas columnas, persuadidos de facilitar una interesante información a sus numerosos lectores.»

Esperamos que las autoridades tomen las medidas oportunas para descubrir definitivamente a «Tres puntos rojos», cuyas audacias, no obstante su indudable ingenio, son intolerables, y nos felicitamos de no haber incurrido nosotros, como otros colegas, en el fácil y populachero argumento de intentar desacreditar a un hombre honrado, cuyas dotes de actividad e inteligencia no pueden estar a merced de cuatro apasionados de mala intención».

TRES PUNTOS ROJOS

A Emilio Roldán le hizo gracia, a pesar de todo, la nota oficiosa y le satisfizo la romántica defensa que de él hacía el periódico. Pero cuando no pudo contener una carcajada fué al ver, en la tercera plana, que el encabezamiento de la información sobre su secuestro estaba machacado para que no pudiera leerse. ¡Los que, al saber su situación verdadera, le defendían, también habían caído, horas antes, «en el fácil y populachero argumento de intentar desacreditar a un hombre honrado...»!

* * *

Toda la noche la pasó en vela. Tendido sobre el lecho, los ojos cerrados, simulando dormir, pudo prestar oído atento a los más tenues rumores del vasto edificio. De hora en hora, la ronda de los vigilantes

—unos pasos cautelosos, un susurrar de voces contenidas—llegaba a él. Lejano, un reloj de torre señalaba su caminar. Toda la noche la pasó en vela y devanando la madeja de sus pensamientos torturadores. Sin saber a ciencia cierta dónde le habían recluso, ignorando hasta las características más esenciales del edificio, Emilio Roldán comprendía que las dificultades, siempre numerosas, de una evasión habían de acrecerse para su caso. Pero también se le alcanzaba la necesidad absoluta, imprescindible, que tenía de salir del manicomio de Muñoz Cañal, y le dominaba el convencimiento de que, por todos los medios humanos, había de intentarlo.

Al ras del amanecer hubo en el sanatorio un incidente que turbó la calma augusta en que todas aquellas horas habían transcurrido. Se oyó parar un automóvil ante la verja—el oído indicó al agente que la entrada principal debía quedar hacia la izquierda de la fachada en que estaba emplazado su cuarto—, y el chirriar de unas grandes puertas de hierro mal engrasadas, que rebotaron sobre las piedras de la entrada. De pronto, un grito agudísimo rasgó las sombras, grito de dolor y de agonía. Luego, una voz de mujer clamó:

—¡No!... ¡Aquí no!... ¡Socorro!... ¡Firmaré to...

Debió de posarse algo—mano o mordaza—en la boca, pues el silencio se hizo súbitamente. Y hasta que las primeras luces del alba le impelieron a lanzarse de la cama, no pudo Emilio borrar de su imaginación aquel grito ni aquellas palabras. En la clínica de Muñoz Cañal había entrado una nueva pensionista. Pero ¿sería, en realidad, una enferma?... ¿No se trataría de otro caso como el suyo?...

VII

No podía decir, sin mentirse a sí mismo, que había madurado el plan durante el día. La jornada transcurrió más monótona que la anterior, pues que ni siquiera vió turbada su soledad por la presencia del jefe de «Tres puntos rojos» ni nadie le hizo la menor alusión a la misteriosa asociación. Por otra parte, la lectura de la Prensa tampoco le distrajo de modo excesivo; la Policía continuaba caminando oscuras en su caso, y los periódicos, tras de reproducir la nota oficiosa de la noche anterior y exhortar el celo policíaco, se habían dedicado



a trabar una disputa con el colega que la noche anterior les arremetía por haber dudado de la honradez profesional de Emilio Roldán, y no escaseaban las frases de doble sentido y los insultos literarios más sutiles, a través de todos los cuales sólo se veía la envidia hacia el que vendía mayor número de ejemplares.

Por la tarde, al subir del jardín, buscó en los diarios nocturnos la noticia sobre su estado. Era lacónica: «Continúa en perfecta salud Emilio Roldán, a quien en el día de hoy no le han sido hechas nuevas proposiciones por nuestro digno jefe, que se propone volver a entrevistarse con él en las primeras horas de la mañana próxima.» Y, entonces, su deseo de burlar a los que así le burlaban se hizo más poderoso.

Dejó a un lado la inteligencia. Si nada sabía de cierto, mal podía intentar fundamentar un raciocinio sin base. El instinto, su tan ponderado olfato policiaco—«todo detective debe ser un poco perro de presa», había confesado en cierta entrevista—era el que podía servirle en esa ocasión. De momento sólo tomó un acuerdo: había que planear la fuga para aquella misma noche. Y sonrió pensando en el asombro del seudo anciano cuando no le hallase en su estancia a la mañana siguiente.

* * *

María acababa de servirle la cena. La gentil enfermera le trataba con bondadosa simpatía, y Roldán la veía con gusto ir y venir por la alcoba, colocando ante él la blanca vajilla, sirviéndole en la limpia copa el agua fresca.

—Cuando me vaya—la dijo, sin darse cuenta de ello—, lo único que voy a echar de menos será a usted.

Sonrió la muchachita:

—Cuando se vaya, señor... ¿Quién piensa ahora en eso?...

Y a Emilio Roldán le dió mucha rabia tener que contenerse para no decirle que él. Tanto, que bebió un sorbo de agua para no hablar en aquel momento, porque se le hubiese salido de la boca, a su pesar.

* * *

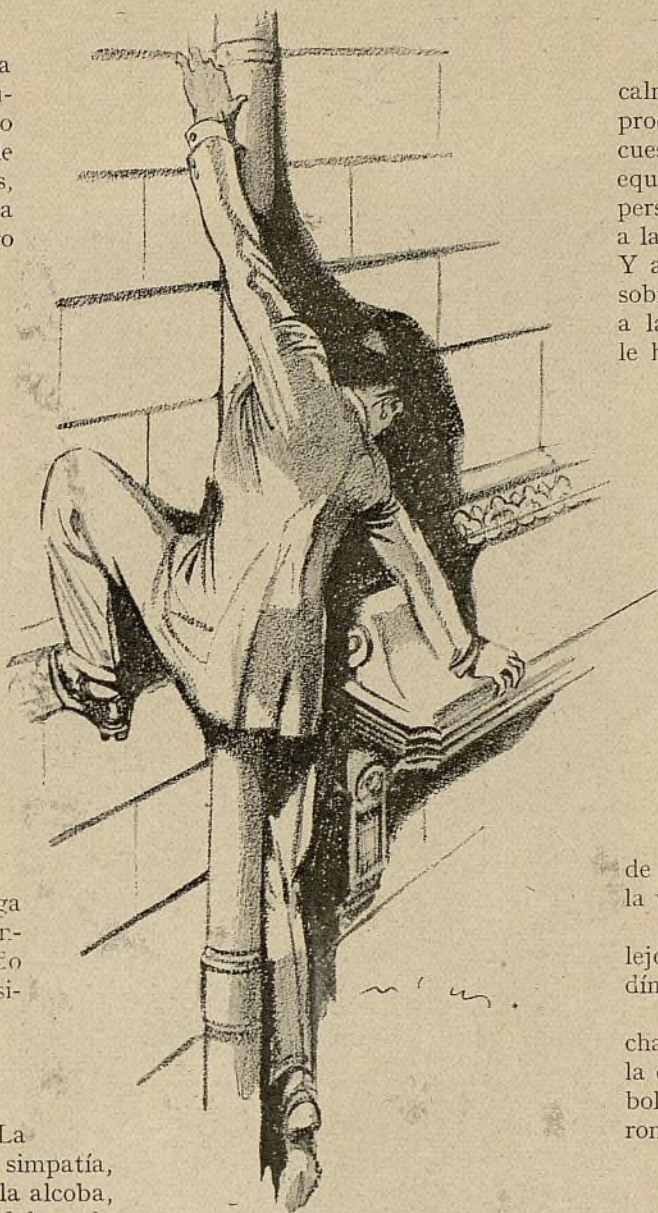
Apagó la luz; pero la brasa del cigarrillo decía, bien a las claras, que no dormía. Cuando comprendió que nadie, salvo los vigilantes, velaban en la finca, se levantó con cuidado sumo y puso un esmero exagerado en vestirse sin producir el menor ruido. Había estudiado minuciosamente su cuarto y no le fué difícil dar con todos los objetos que necesitaba, sin que nada pudiese delatar a los loqueros su actividad.

A la izquierda de la ventana corría un canalón, con el que había contado para salir de la estancia. Era cuanto tenía pensado para evadirse; lo demás, las circunstancias mandarían y la improvisación pondría la mejor parte.

Se asomó al parque: nadie. Unos segundos de vacilación y, en pie sobre el alféizar, no le costó gran trabajo alcanzar el tubo de desagüe. Lenta, cuidadosamente, inició el descenso; no le importaba perder quince minutos en salvar aquellos quince metros.

Y de repente... Bajo sus pies le faltó apoyo y, sobre los guijos del jardín, algo resonó, estruendoso, a hierro que entrechoca. Miró Emilio y pudo ver cómo la parte inferior del canalón se acababa de arrancar de cuajo.

* * *



No había ni tiempo de pensarlo. En la calma de la noche, aquel ruido tenía que producir rápidos efectos, y su captura sería cuestión de momentos. Saltar al jardín equivalía a darse, de manos a boca, con sus perseguidores; volver a su alcoba, renunciar a la libertad para siempre. Pues ¡arriba!... Y al tejado—muy poca altura, todavía, sobre su cabeza—ascendió. Al pasar junto a la ventana del piso superior al en que le habían tenido encerrado notó los primeros síntomas de que el ruido había puesto a la casa en conmoción; la

ventana se abrió y alguien intentó asomarse a ella. Pero, desde dentro, unas manos vigorosas le obligaron a retirarse y las vidrieras fueron cerradas violentamente.

Sobre las grandes losetas de pizarra que cubrían el edificio se sintió Emilio Roldán momentáneamente a salvo. Desde allí pudo atalayar las idas y venidas del personal que le buscaba y vió cómo al ventanal de su prisión afluían las cabezas curiosas

de todos, en muda interrogación; hasta oyó la voz del jefe gritando:

—Pues a pie no puede haber ido muy lejos, si al romperse el tubo ha saltado al jardín.

Después, les vió alejarse con las antorchas encendidas, iluminando su paso. Por la carretera, que divisaba sobre los altos árboles, divididos en dos grupos, se perdieron buscándole.

* * *

Al suponerse solo se le presentó de nuevo el problema del descenso. Examinó el escaso terreno sobre el que se asentaba: era un perfecto cuadrilátero, cuyo lado más ancho correspondía al lugar de la verja donde se abría

una alta puerta de hierro, pero no presentaba en ninguna de las cuatro fachadas salientes a los que poder asirse. Consultó su reloj de pulsera y vió que apenas si faltaba una hora para la salida del sol.

Frente al lugar en que descansaba, un elevado árbol alzaba sus ramas, brindándole una posibilidad de huida. Las fuertes ramas casi rozaban el alero del tejado por sus extremos débiles, tanto que no podrían sustentar el peso de una persona; pero una vez alcanzada una de sus bases, el descenso no presentaba la menor dificultad.

Roldán tuvo una de sus felices improvisaciones. Despojándose de los tirantes, lanzó una de sus puntas, que fué a enredarse en los bordes del árbol. Cuidadosamente fué tirando del extremo que mantenía entre sus dedos y pronto las hojas estuvieron en su mano. La copa se inclinaba y, decidido, se asió con fuerza a las ramas y se dejó ir. Penduló unos instantes sobre el suelo; pero seguidamente sus piernas ágiles oprimieron el tronco del árbol y segundos después sus pies se posaban en tierra firme.

Para llegar hasta la puerta, que en su rápida marcha habían dejado abierta los loqueros, hubo de pasar ante la casa del guardián del manicomio, que, despierto por los incidentes, acusaba su vela por la luz que se filtraba de la ventana entreabierta. Roldán, inclinado, pegado el cuerpo a la pared de la casita, sin hacer el menor ruido, salvaba este postrer obstáculo. Ya casi había ganado la entrada del parque cuando sintió unas pisadas cautelosas tras de sí. Detuvo el caminar, reconcentró sus potencias todas en el oído y oyó cómo se hacía un silencio profundo a sus espaldas: era indudable que alguien le seguía.

Continuará en el número próximo

EL CORPUS EN TOLEDO

LA imperial ciudad, fiel a sus gloriosas tradiciones de Fe, Patria y Arte, va a celebrar la fiesta eucarística por excelencia con una solemnidad verdaderamente inusitada.

La iniciativa de la organización de la fiesta corresponde al eminentísimo señor D. Pedro Segura y Sáez, cardenal primado de España, secundado con entusiasmo grande, y una generosidad no menor, por los excellentísimos señores gobernador civil, alcalde y presidente de la Diputación.

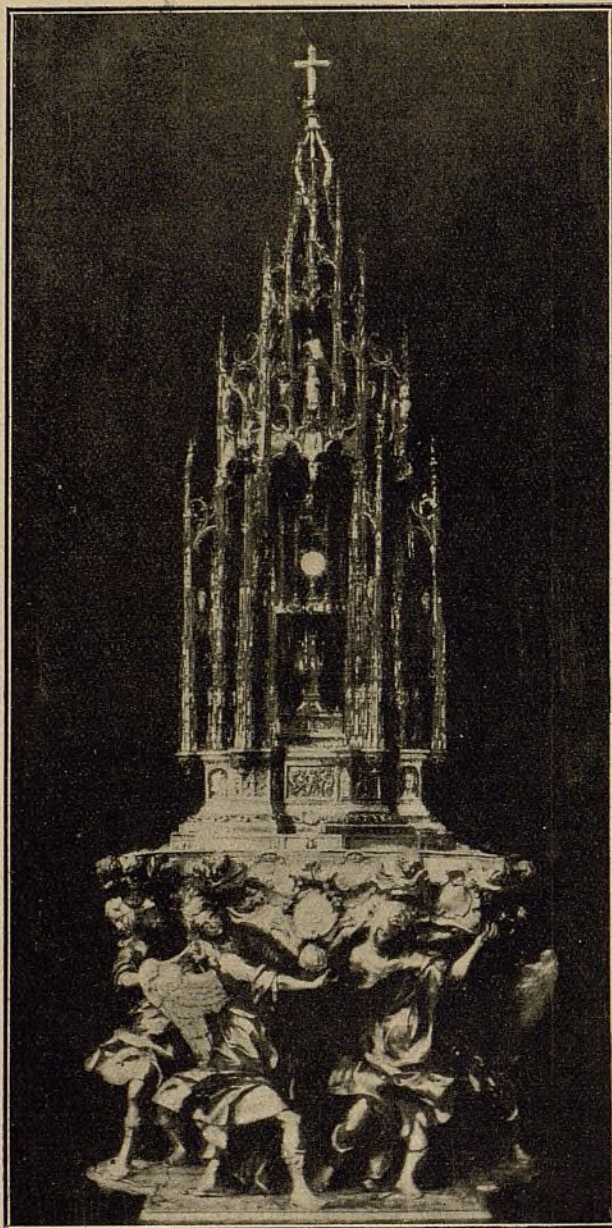
La fiesta en cuestión tendrá un triple aspecto: el religioso, el artístico y el popular; para la primera parte se cuenta con la cooperación de todas las asociaciones piadosas de la ciudad, y quizá de la provincia, que, rendidas ante el Santísimo Sacramento, harán guardia diaria en prueba de devoción eucarística. Durante los días de la octava predicarán el eminentísimo señor cardenal y algunos capitulares.

Un programa de música selecto, escogido entre las mejores obras de los maestros clásicos, se ejecutará todos los días en el maravilloso templo catedralicio. La Capilla será reforzada con elementos artísticos de Madrid.

La procesión del jueves, que ya de por sí lleva a Toledo todos los años millares de visitantes, ostentará un carácter más grandioso que en otras ocasiones.

Una hermosa arquera instalada en la histórica plaza de Zocodover, adornada de flores durante el día e iluminada durante la noche, servirá de marco al instante excelso del paso de la procesión, durante el cual el eminentísimo señor cardenal dará la bendición con el Santísimo desde el balcón del Cristo de la Sangre.

En el patio del Cardenal Tavera, ricamente engalanado de tapices y convertido en teatro, se celebrarán durante seis días las



La famosa Custodia de la catedral de Toledo. (Foto Rodríguez)

evocaciones españolas de Víctor Espinós.

En la noche del Corpus tendrá lugar la representación de un auto sacramental titulado *Las bodas de España*, que fué escrito y representado en las fiestas del Corpus de Toledo, hace trescientos cincuenta y ocho años, para solemnizar las segundas nupcias de Felipe II.

Los títulos de los retablos escénicos son los siguientes: *El cielo y Madrid se casan*, *El marqués y el bachiller*, *La lección del príncipe*, *El retablo de fray Luis de León* y *Salve*. Todas estas composiciones llevan notas musicales de maestros tan autorizados como Conrado del Campo, Saco del Valle, Turina, Bacarisse y Julio Gómez.

Uno de los espectáculos que seguramente llamarán más la atención será la grandiosa cabalgata, en la que tomarán parte más de mil personajes históricos representativos del Trabajo, de las Artes, de las Ciencias, de la Milicia, de la Realeza y de la Religión en homenaje a Jesús Sacramentado. Esta cabalgata tendrá su apoteosis final en la puerta del Perdón, de la catedral.

Todos los españoles fieles a su tradición de católicos y amantes de las joyas de su patria tienen el deber ineludible de asistir a Toledo durante estos días, donde el programa de festejos es todo lo atrayente que pueden desear, como son corridas de toros, conciertos populares, fuegos artificiales y fiestas deportivas.

No quiero terminar estas líneas sin tener presente al deán de la catedral, Sr. Polo Benito, que en representación del cabildo y al servicio de Toledo ha puesto su inteligencia y cultura para tan magna empresa, y yo desde estas columnas le deseo la vea realizada, sabiendo que es su suprema aspiración.

RET.

GRAN HOTEL DEL LINO

SANTA JUSTA, 15 (ESQUINA A LA DE LA PLATA) TOLEDO

LA "REMINGTON-SILENCIOSA"

PERMITE LAS CONVERSACIONES Y
ES LA AMIGA DEL PENSAMIENTO

CABALLERO DE GRACIA, 34 (ESQUINA PELIGROS)

JABONES GALLARDO

VILLANUEVA DEL ARZOBISPO

(JAÉN)

VILLA-URRUTIA Y SU RETABLO HISTÓRICO



El centenario de Goya ha servido, entre otras cosas, de conjuro para que Madrid se vea invadido por los fantasmas de su Historia. Toda ciudad, a poco vieja que sea, tiene una impalpable, pero cierta, población de antepasados. Los vecinos que el padrón municipal registra, como seres vivos de momento, no son toda—ni la mejor—población. Son los fantasmas, históricos o legendarios, quienes completan la fisonomía urbana, acentuando los rasgos de lo presente, con una expresión antigua y, a la vez, futura: expresión imprescindible de un carácter profundo y genuino, Goya es toda una época de Madrid. Nadie como él acertó a recoger el latido de una sociedad abigarrada, compleja, batida en su entraña por fuerzas contradictorias. Lo noble y lo innoble, lo señorial y lo plebeyo, lo luminoso y lo sombrío, se mezclan en la paleta del pintor, como en la realidad que gustó de contemplar. Si ya han pasado aquellos uniformes y galas cortesanas, si ya no se llevan basquiñas y redecillas, faldas de medio paso con su paramento de madroños y capas rojas de majo, es lo cierto que pervive en el pueblo de Madrid idéntica planta de gentileza y desgarró. Hoy como ayer, mañana como hoy... Por eso, los fantasmas goyescos no desentonan. Surgen de las encrucijadas y nos salen al paso, con gesto familiar. Se desprenden de los lienzos, sin mengua de su personalidad, para decirnos al oído, con palabras que apenas si lo son, el secreto lejano de muchas cosas. Hablan con líneas y colores, en lenguaje que es a la vez vitrado y transparente. La indumentaria pasada de moda les da aspecto de figurantes en pintoresca carnalada. Mas en ojos y en labios chispean pasiones de siempre. Pasiones y pasioncillas: ambición de mucho empuje o mezquindades de bajo vuelo, orgullo, lujuria, codicia... Y también, a la vez, heroísmo, abnegación, inteligencia... Humanidad, en suma. Pues bien: si necesitásemos mediador, lo encontraríamos a la medida en el marqués de Villa-Urrutia. Ningún historiógrafo mejor que este distinguidísimo académico y diplomático para presentarnos, uno a uno, los modelos reales de Goya. Los conoce con pormenores de contemporáneo. Dijérase que frecuentó su trato en el salón y en la pradera, en la covachuela y en el cuartel. Así es de profundo su conocimiento de los años que forman el puente de plata por donde huyó el siglo XVIII. Pisa los primeros años del siglo XIX con planta firme y columna la brillante y tormentosa erupción romántica como un coetáneo más. Es decir: como un coetáneo inteligente, sensible... y curiosón. No se escapa nada a este sagaz husmeador de vinales históricos. Por eso, el censo de nuestra Corte—Corte de Carlos y Fernando—podría formarlo él, exactamente, sin desdeñar el dorso. Al dorso de cada cédula oficial, Villa-Urrutia sabe poner la referencia íntima, la anécdota reveladora, el chismecillo sustancioso. Muchas páginas de nuestro marqués tienen valor y sentido de confidencia. O si se quiere, de murmuración. También la murmuración es Historia.

Sólo necesita el chisme y el cuento—lo dijo en parecidas palabras Anatole France—de unos cuantos años, para convertirse en materia erudita.

* * *

El marqués de Villa-Urrutia llegó a las letras después de haber andado mucho, en kilómetros y en años. Su dilatada carrera diplomática se habituó al espectáculo del mundo, gustoso e instructivo como pocos. El hato de gentes, la frecuentación de los más diversos climas, el ir y venir bajo soles y lunas de continuo variados, el estudio directo de las costumbres, es para un historiador excelente aprendizaje. Mucho más si el viajero es diplomático, porque éste goza de mejores auxiliares y coadyuvantes que otro cualquiera para llevar a cabo sus vivisecciones. El diplomático se acostumbra a ver la Historia por dentro, en su intimidad más profunda y sincera: allá donde Clío pierde todo su énfasis y aparato oficial, para producirse de un modo auténtico, por lo espontáneo e inmediato. La sagacidad en el conocer, y un prudente escepticismo en el valorar, hace que los fenómenos históricos se aplomen en sus dimensiones naturales en ojos de un diplomático experto, curado, por lo mismo, del espanto y del candor. Luego, todo lo demás... Lo demás es el buen arte de insinuar, de sugerir entre eufemismos, de alternar madrigales y epigramas, galantería y malignidad. Con tales especias—que en la vida del mundano se adquieren con relativa facilidad—, cualquier relación se anima, ganando amenidad, intención, un cierto punto de interés que paladares cultivados saben apreciar. Lo resultante, desde este punto de vista, podrá no ser en todo caso gran historia: Historia a gran escala, abundante en síntesis fecundas, vigorosa de datos, científica de arriba abajo. Pero sí historia menor, la llamada por los franceses «petite Histoire», sin desdén alguno: pequeña porque gusta de operar sobre materia más parva, pero de gran utilidad en su rendimiento: porque descubre la otra vertiente de los sucesos: la íntima y anecdótica. ¡Cuántos sucesos se explican por la clave psicológica de un personaje! ¡Cuántos caracteres se definen a despecho de complejidades aparentes, por una simple anécdota, bien acogida! Quien cultiva la Historia en este sentido necesita poseer en grado especial cualidades de novelista. Ha de saber caracterizar un tipo en pocas palabras, elegir el episodio significativo, reelaborar esta carta o aquella referencia íntima, hacer de nuevo un alma y ponerla en movimiento; graduar el interés de la trama, ponderando con tacto peripecias y episodios... El marqués de Villa-Urrutia ha sabido ver en el espejo de lo actual y cercano reflejo de lo distante y préterito. Observa, experimenta y reproduce. Pero reproduce, montando los viejos mecanismos con mano de hombre que está en el secreto. El secreto viene a ser éste: nada es demasiado grande ni demasiado pequeño

en el Teatro del Mundo: todo tiene un poquito de farsa. Tomémosla como es, alegremente... Y si es necesario interesarse en aquella busquemos el punto de contacto más fácil y consolador: el diálogo con los fantasmas, o, según sus mismas palabras: «el trato, nunca engañoso y siempre instructivo, de los muertos».

* * *

No parece—salvo información en contrario—que el marqués de Villa-Urrutia tomase la pluma para dirigirse al público, hasta que redactó un estudio que vio la luz en 1905, bajo el título *Relaciones entre España y Austria durante el reinado de la emperatriz doña Margarita, infanta de España, esposa del emperador Leopoldo I*. Hacia este tiempo, don Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia ya había vivido lo bastante para merecer y lograr una embajada, una cartera ministerial y un marquesado. Escritor nuevo, pero no joven. Nació a las Letras, pues, con todo el arsenal de su espíritu bien aprestado por la experiencia y el estudio. Pudo, en adelante, publicar sólo de vez en vez, para no perder el hábito recién adquirido. Pero lo que en principio fué deporte, no tardó en hacerse segunda naturaleza. De tal suerte, que el escritor ha acabado por desplazar enteramente al diplomático y al político. Ejemplo singular de vocación tardía, pero cierta. Aguas de Juvencia refrescan el espíritu del anciano, activo en el producir como no lo es a la hora presente sino el más incansable de los profesionales. Claro que al marqués de Villa-Urrutia no le ha faltado estímulo. El público se lo ha prodigado, y continúa brindándole toda clase de acicates. Ediciones que se agotan, libros que van de mano en mano... A decir verdad, obras de investigación ajustadas al canon de la primera, antes reseñada, no había proporcionado al marqués de Villa-Urrutia la popularidad que hoy le envuelve. A las *Relaciones entre España y Austria* siguieron en el lapso de unos pocos años tres tomos consagrados al examen de las mantenidas con Inglaterra durante la guerra de la Independencia, que esclarecen pasajes muy importantes de nuestra historia diplomática, entre 1808 y 1814; una monografía, *España en el Congreso de Viena, según la correspondencia oficial de don Pedro Gómez Labrador*; otras sobre diversos particulares que extenderían esta somera mención... merced a tales contribuciones eruditas, el autor ganó autoridad cerca de los estudios; pero esa fama, ese público, ese interés de mercado que para sí quisiera la mayoría de los novelistas lo obtuvo cuando lanzó *Las majezas de Fernando VII*, mezcla feliz de documentos y picardías, de verdad y gracias de narración. La lectura histórica para todos no contaba entre nosotros con buenos ejemplares hasta el momento a que aludimos. Ya, sí. Ámbito creciente de lecturas garantiza la próspera salida de cuanto produzca Villa-Urrutia. Como ha venido ocurriendo, en prueba siempre venerada al publicar *Fernando VII, rey constitucional*, o *El palacio Barbaicé*, *El duque de Medinaceli y la Giorgina* o *La reina de Prusia*; *Lucrecia Borgia* o *La reina gobernadora*; o *Teresa Cabarrús*...

Como se ve por esta enumeración incompleta, el marqués de Villa-Urrutia ha mirado a paisajes del Renacimiento italiano, tanto como al panorama de la España moderna. Pero creemos que, en este último respecto, la aportación de nuestro autor es mucho más considerable: como de primera mano y más personal rectificación histórica. El buen natural, y aun inocencia, de don Juan Pérez de Guzmán llevaron a este respetable erudito a visiones liarto benévolas de la tragicómica trinidad integrada por el complaciente Carlos IV, la

impetuosa María Luisa y el afortunado príncipe de la Paz; interpretación cortesana de un período escandaloso, que habría cuajado en el juicio general, de no sobrevenir, valerosa y agudamente, el marqués de Villa-Urrutia, para poner los puntos sobre las íes, confrontar y sanear las fuentes ya conocidas y alumbrar otras de rico caudal. Archivos de España y del extranjero han sido objeto de inteligente rebusca, sin olvido, naturalmente, de los privados, que guardan poderosas sorpresas, como el de la casa ducal de Ahumada. Las *Memoorias* inéditas del primer titular general y ministro proyectan mucha luz sobre la esquinada figura de Fernando VII. Objetivamente, llega Villa-Urrutia a formular sentencia desfavorable. Pero sería pueril descargar sobre el *Deseado* toda la hostilidad del juicio. Ni el medio en que se desarrolla su espíritu, ni las gentes entre quienes tuvo que moverse, eran propicias a la formación de un buen príncipe. Pensemos de nuevo en Goya: busquemos en él un testimonio de la mejor calidad. La brutalidad y bajeza de aquel ambiente explican en gran parte el modo como Fernando ejerció sus funciones de rey.

* * *

Retablo de muchas y mezquinas hornacinas es aquel de la España de Fernando VII. Villa-Urrutia ha colocado en cada una la figura correspondiente: bien asentada sobre la peana, bien definida la actitud, bien compuesto el atavío. Si algún rasgo da a esta o aquella imagen condición caricatural, no pensemos en un designio expreso. No hay nada, seguramente, de voluntaria deformación. Muchos modelos eran así, bastante grotescos, como figuras del *ballet* bufo. Bailarín precisamente había sido, después del esportillero, Antonio Ugarte, miembro famoso de la Camarilla. El ministro Lozano de Torres, el aguador Chamorro, el duque de Alagón, son personajes que, ciertamente, tientan a la sátira violenta. Pero falta alguno que incite a un poema de cierto tinte romántico: María Antonia de Nápoles—por ejemplo—, primera esposa de Fernando VII. Gentil y melancólica, garzos los ojos, rubios los cabellos, la princesa napolitana murió en flor. Las frondas de Aranjuez sirven de marco al tedio de la decepcionada consorte de Fernando. A ratos, cede a irritabilidades del carácter, no injustificadas por entero. Pero es más corriente que busque en la música y en la lectura el antídoto de su mortal tristeza. Plácenos imaginar a doña María Antonia en la soledad de su cámara, tocando el clavicordio, o quizá aprendiendo, mediante las lecciones de una dama de la Corte, el patético secreto de la guitarra española. O leyendo a hurtadillas aquel libro impreso en París—*Les folies de ces temps*—que al rey le pareció dañino por la estampa que lo encabezaba.

Doña María Antonia llegó a sentir el encanto de lo pintoresco español. Un día detiene en la calle de la Reina a un torero para preguntarle el nombre de su sastre... Pero las fuerzas de la princesa decaían, porque la tuberculosis, taimadamente, iba aniquilándola. Hasta que la Muerte, vencedora siempre, acabó con las últimas resistencias...

Los libros de Villa-Urrutia son de mucha fuerza evocativa. Por obra y gracia de ellos cobran relieve y movimiento figuras que se pudren en la huesa de la Historia. Merced a este investigador, que nada perdona, los fantasmas del Madrid goyesco pueden exhibir en regla sus respectivas cédulas personales.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO





FALLO DEL JURADO

Las distinguidas personalidades designadas por COSMÓPOLIS para formar el Jurado calificador del Concurso de argumentos cinematográficos abierto en nuestro primer número (diciembre 1927) han emitido el siguiente fallo, cuya acta reproducimos íntegra para conocimiento de los señores concursantes:

«Reunidos en el domicilio de la Revista COSMÓPOLIS, S. A., Marqués de Cubas, 1, en el día de la fecha, los señores D. Wenceslao Fernández Flórez, D. Alberto Insúa, D. Ramón Mayor, representante en Madrid de la Metro Goldwyn, D. Eusebio Fernández Ardavin, D. Luis Pérez de León y D. Serafín Adame Martínez, redactor-jefe de COSMÓPOLIS, como secretario y en representación de la misma, en el día de la fecha, para juzgar, designados por la mencionada revista, con arreglo a la base octava de su Concurso de argumentos cinematográficos, los originales presentados a dicho concurso, abierto en su primer número, previo el detenido examen, por todos y cada uno de los expresados señores, de los 132 argumentos presentados, y después de extenso cambio de impresiones, han acordado:

Que el Jurado no considera acreedor a premio a ninguno de los 132 trabajos recibidos; pero, dado el expreso deseo de COSMÓPOLIS—reiteradamente manifestado por su representante—de que el Concurso no sea declarado desierto, atendiendo a ello y con respecto al mérito relativo de los asuntos, el Jurado señala a la consideración de los lectores de COSMÓPOLIS—votantes definitivos y que son los que, en realidad, han de adjudicar los premios—los cuatro argumentos siguientes:

Número 51.—Lema: «¡Vivir, soñar, morir!»

Número 67.—Lema: «La Pinta, la Niña y la Capitana».

Número 99.—Lema: «El séptimo arte».

Número 131.—Lema: «Abelardo y Eloísa».

Abiertas las plicas correspondientes han resultado ser sus títulos: «¡No morirás!», «Los buitres de la Atlántida», «La conquista de Hollywood» y «El dolor», de los que resultan ser autores, respectivamente,

D. Eugenio Guzmán, de Belmez de la Moraleda (Jaén); D. Manuel de la Parra, de Madrid, domiciliado en la calle de Don Felipe, núm. 8; D. Pedro García Valdés, de Madrid, con domicilio en la calle de Luisa Fernanda núm. 18, y D. Abelardo Galarza Alvargonzález, de Niza.

Y para que conste, firmamos la presente en Madrid, a 14 de mayo de 1928.—Wenceslao Fernández Flórez (rubricado).—Alberto Insúa (rubricado).—Ramón Mayor (rubricado).—Eusebio Fernández Ardavin (rubricado).—Luis Pérez de León (rubricado).—De todo lo cual doy fe como secretario del Jurado calificador: Serafín Adame Martínez (rubricado).»

COSMÓPOLIS se complace en agradecer a las significadas personas que le han honrado dignándose aceptar los cargos que le fueron ofrecidos para tarea tan ingrata, su más sincera gratitud, así como expresa su pesar por el escaso éxito literario del Certamen. De todas formas, desea reiterar cómo ha sido su norma en éste, como en cuantos concursos organice, el que los premios se adjudiquen siempre, aunque los trabajos presentados no sean acreedores a ellos.

En cumplimiento de lo indicado en la base novena, los cuatro argumentos seleccionados por el Jurado se publicarán en COSMÓPOLIS a partir del próximo número, acompañados de un boletín de votación para que los lectores puedan significar cuáles son los dos que creen acreedores a los premios de MIL y QUINIENTAS pesetas que se estatuyen en la décima base, y que son los que, por mediación de su representante en los Estados Unidos, propondrá, de acuerdo con la base once, a las principales casas norteamericanas editoras de películas por si los creen merecedores de impresionarse.

También se recuerda a todos los señores concursantes la disposición de la base trece, que dispone que los argumentos no premiados estarán a disposición de sus autores durante un plazo improrrogable de ocho días, contados a partir de la fecha de la publicación de este número; pasado este tiempo serán destruidos, sin que los autores tengan derecho a reclamación alguna.



No suponías tan tímido a Richard Barthelmess, ¿verdad...? Y, sin embargo, la fotografía le muestra con Doris Dawson y nada menos que en una escena de amor, de su más reciente creación: «The Little Shepherd of Kingdom Come».

LOS AMORES DE ELENA

Novela original de M. HUNGERFORD,
traducida directamente del inglés por BEATRIZ GALINDO



Ilustraciones de GARCÍA ORMAECHEA.

Continuación



QUELLA noche, Luttrell convenció a Elena de que la belleza de la temperatura autorizaba una visita al rincón predilecto. Nena no se hace rogar. Tiénela intrigada una misteriosa sonrisa, mitad alegre, mitad solemne, que anima el rostro de Teddy desde que le fué entregado un diminuto paquete certificado a primera hora de la tarde.

Una vez llegados al arroyo saltarán y travieso, tan amado de Nena, Luttrell se detiene, extrae del bolsillo de su americana el paquete y se lo entrega a su novia, diciendo:

—Esto para ti.

—¿Para mí?—exclama ella con voz satisfecha. Nena es de tan agradecido natural que el obsequiarla es un verdadero placer—. ¿De qué se trata.

—Ábrelo y verás. Yo no he querido mirarlo hasta que lo vieras tú; pero celebraré que te guste.

Elena no se hace rogar; pronto la envoltura de papel, rasgada a toda prisa, deja entrever un estuche de cuero, y abierto éste aparece una sortija de magníficos brillantes sobre mullido lecho de terciopelo blanco.

—¡Teddy! ¡Teddy!—exclama con voz velada por la emoción—. ¿Es para mí de veras? Me parece demasiado... ¡Qué bueno eres! ¡Cómo has adivinado que las joyas que más me gustan en el mundo son las sortijas y... ¡ésta es una preciosidad! Debe haberte costado una fortuna.

Aun cuando dice esto, Nena no sospecha la cantidad que el enamorado Teddy ha invertido en su regalo.

—Celebro que te guste. Es bonita, ¿verdad?

—¿Bonita? ¡Es una maravilla! Yo debería de reñirte por haber comprado algo de tanto precio; pero... en este momento no puedo

Resumen de lo publicado

A Brooklyn, residencia de la familia Masserene—John; su mujer, Leticia, y su hermanastra Elena, «Nena» para los íntimos—, llega el oficial de húsares Tedcastle Luttrell, íntimo de aquél, que se hace novio de Elena.

Mientras los enamorados hacen planes para el porvenir, se recibe en Brooklyn una solicitud del abuelo de «Nena»—que nunca ha querido saber nada de su nieta, por no haber perdonado a la madre de ésta que se fugase para casarse, abandonando a otro novio que tenía—, pidiendo que la manden a pasar una temporada con él en su finca Herst Royal, decidiendo sus hermanos que debe ir y prometiendo Elena que hará todas las diabluras imaginables para que se canse de ella el anciano y acabe por echarla de su casa.

¿Sabes...—añade, levantando hacia su novio sus ojos soñadores—que no he poseído nunca más sortija que una muy antigua que fué de mi madre? Una grande con perlas diminutas que rodean un guardapelo muy chiquitito.—Y luego—: Gracias—dice, mientras sus dos manos oprimen el brazo de Teddy con afecto.

Luttrell contiene su deseo de besar el rostro delicado. Teme que Elena pueda creer que procura obtener de ella el premio a su generosidad. Ni siquiera intenta colocar la sortija en el dedo frágil de su novia. La joya es un obsequio que él quiere hacerla, no un símbolo de posesión o de promesa.

—No tienes que agradecer lo que a a mí me proporciona más placer que a

ti misma—le dice. Y añade—: ¡Soy tan feliz sabiendo que vas a ir a casa de tu abuelo! ¿Tú estás contenta de que te haya invitado?

—Sí y... querría no estarlo tanto, por John—. Nena queda un instante pensativa y luego con animación prosigue—: Dime: ¿es cierto que mi abuelo tiene un carácter tan imposible?

—Lo tiene, Nenita. Cuanto se diga es poco.

—¿Cómo entonces consigue que vaya nadie a su casa?

—Eso mismo nos preguntamos los que vamos, y, sin embargo, reincidimos. Lo que sucede es que la finca comprende un coto magnífico, y como el señor Amherst no caza y además está muy delicado y no puede estar con nosotros más que algunos ratos, pues lo desagradable de su carácter cuando hace acto de presencia, queda compensado debidamente por sus ausencias prolongadas.

—¿No posee en sí ninguna buena cualidad?

—Sí, una: la de no querer rodearse de personas de su edad. Y no porque le agrada más la juventud, sino porque así se halla siempre entre seres inferiores a él, por lo menos en experiencia. Claro que para los que estamos en la finca resulta su capricho

Los amores de Elena

muy agradable, porque tenemos más confianza y disfrutamos de más libertad.

—Tan antipática me está resultando la figura de mi abuelo, que empiezo a sentir deseos de quedarme en casa y no conocerle.

—No me hagas caso, Nenita—exclama Teddy, temeroso de que ella se niegue, después de todo, a aceptar la invitación a Herst Royal—Sí, es un señor muy extraño; pero... los he conocido peores, y, a pesar de tanta rareza, su casa tiene un encanto especial. Además, ya le conocemos muy bien y procuramos no dar motivo para que riña. Lo peor es la hora de la comida, que es cuando nos coge a todos reunidos y puede hacer a cada uno blanco de sus ironías en presencia de otras víctimas pasadas o futuras.

—¡Vaya una diversión!

—Pues mira, tiene la ventaja de unirnos a todos mucho. Aparte el que casi todos somos parientes, la actitud del abuelo nos obliga a constituir toda una familia de oposición o de defensa.

—Tú no estás unido a él por ningún lazo de parentesco.

—Sí, aunque muy lejano. Por parte de mi madre, lo mismo que Potts.

—No me digas que eres primo mío, porque me darías un disgusto—interrumpe Nena.

—No lo soy ni quiero. Prefiero ser tu marido. ¡Ay, Nena! ¡Nena! ¡qué ganas tengo de que pase el tiempo!

—¿Sí?... pues yo no, la verdad—luego, levantando hacia él una mirada preocupada—: ¿Se viste la gente muy bien en Herst Royal? ¿Será preciso que yo también posea trajes de última moda?

—¿Tú?—exclama Luttrell, contemplando con aire de admiración el sencillo indumento de Nena, y con ignorancia muy masculina, creyendo que lo de menos en un traje es la hechura y el tejido, lo de más el efecto que produce al vestirlo cualquier mujer bonita—: Tú siempre estás elegante—dice, convencido.

—¿De veras?—contesta Nena dándole unos golpecitos amistosos en la mano—. Ahí se ve lo enterado que estás de estos asuntos. Pero no creas que me preocupa mucho. En todo caso—contemplando entusiasmada su sortija—no habrá quien posea una joya más bonita que la mía. Yo, por mi parte, la prefiero a todas las creaciones modistiles de París. —Y cambiando de tono—: Dime: ¿es muy grande la casa de mi abuelo? ¿Tendré yo un cuarto muy hermoso, muy bien amueblado? ¿Qué insignificantes van a resultar mis trajes en los armarios!

—A bien que no los verá nadie más que tu doncella.

—¿Mi doncella?—sonrojándose un poco—. Yo no tengo doncella.

—Pues entonces—dice lentamente Teddy, que se ha criado en un ambiente en el que todas las señoras tienen una mujer a su servicio—, no faltará quien te preste la suya. Cecil Stafford, por ejemplo...

—Yo temo—dice Nena con acento un poco tímido—que me voy a encontrar muy triste en Herst. Si tú pudieras estar allí cuando yo llegara. Es terrible el pensar que no he de ver una sola cara amiga. ¿No podrías arreglar tus asuntos de modo que adelantaras la fecha de tu viaje?

—Creo que no va a poder ser, Nenita.

—Habrá mucha servidumbre y mucha etiqueta y yo seré la única desconocida.

—Olvidas que luego estaré yo.

—Es verdad—un poco más animada—. Y cuento con que me acompañarás siempre que me veas sola. Claro que si estoy hablando con alguien no necesitarás molestarme.

—¿No quieres que te interrumpa?—dice Teddy, súbito molesto.

—¡Ya te has enfadado! Eres celoso hasta lo inconcebible. ¿Y si hay otros chicos en Herst? La verdad...

—¿Qué?

—Pues que a lo mejor se enamoran de mí y voy a estar aviada.

—Ya procuraré yo evitarlo.

—¿Y si soy yo quien se enamora?

—También pudiera ocurrir—con estudiada indiferencia.

—Podría gustarme Philip Shadwell.

—Claro que sí.

—O tu amigo Potts.

—Para todo hay gustos.

—O cualquier otro.

—Es muy posible.

—Y entonces, ¿qué pasaría?

—Pues que me olvidarías a mí y te enamorarías de él hasta que encontraras a otro hombre que te agradara más.

—¡Bueno!—exclama Nena, indignada—. Si yo fuese una mujer sensible, consideraría que con tales palabras me habías inferido un agravio; pero como tengo sentido común no voy a hacerlo. Bien al contrario, te perdono y prometo no enamorarme de nadie, con tal de que ahora mismo adoptes una expresión de cara más risueña.

—¡Nena! ¿qué ganas con hacerme sufrir?—pregunta Tedcastle a su novia, oprimiendo la mano que ella le ha tendido con gesto de realeza.

—Mucho—riendo—. Me divierte mucho fastidiarte. Lo tomas todo tan en serio que nunca lo hago en balde. Si lo echaras a broma me cansaría de hacerte rabiar. ¿Por qué no procuras vengarte fastidiándome a mí?

—No lo conseguiría, y aunque pudiera yo no gozaría viéndote sufrir.

—¿Sufrir a mí? Nunca. Lograrías que rabiera quizás; pero otra cosa...

Y Nena irguió la cabeza con supremo desdén.

—Puedes estar tranquila, Nena; te quiero demasiado para someterte jamás a semejante prueba.

—Mira cómo brillan las piedras—exclamó Elena levantando la mano para arrancar nuevos reflejos a las gemas de su sortija—. Me la voy a cambiar de dedo; si la llevo en éste sabrá todo el mundo que estoy comprometida.

—¿No lo saben ya?

—No, John y Letty son los únicos que lo suponen y quiero que el resto del mundo siga ignorándolo,

porque tengo observado que los muchachos no se acercan nunca a una chica si sospechan que ya tienen novio. Y yo quiero divertirme un poco todavía.

—No sé por qué no has de divertirme aunque seas mi novia.

—En seguida ibas tú a permitirlo y... ya que de esto hablamos, dime, Teddy, ¿cuántas veces has estado enamorado?

—Nunca antes de ahora.

—Bueno, ¿cuántas chicas te han gustado?

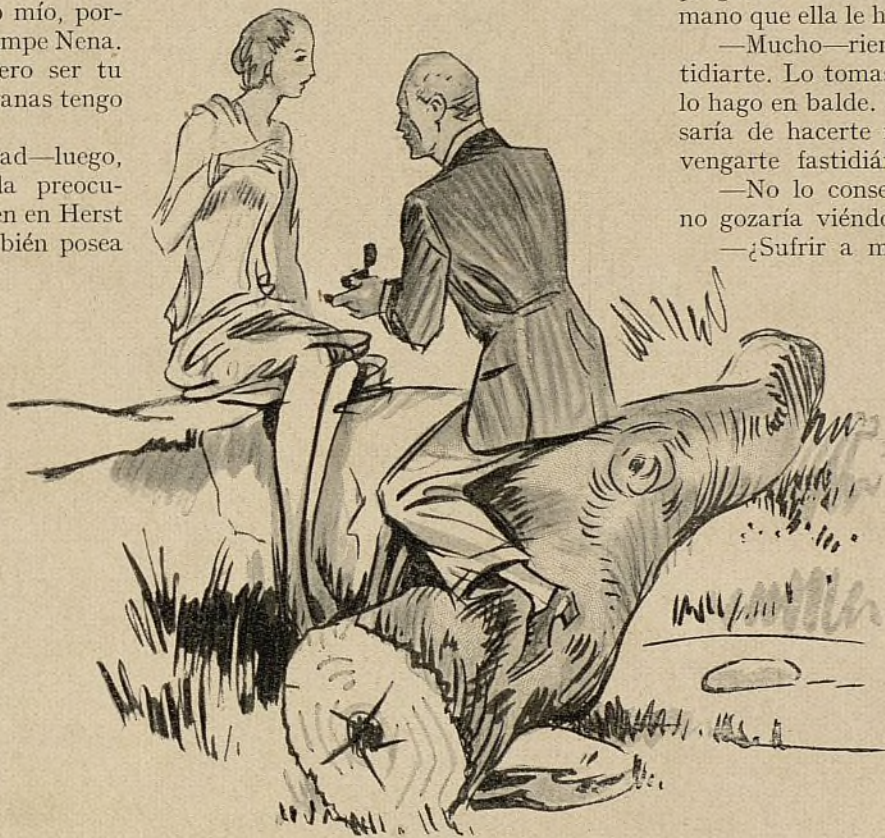
—¿Cuántas me han gustado...?—con displicencia—. Bah... eso... Claro que en toda mi vida me han gustado varias.

—Exacto, y, por lo tanto, yo tengo derecho a que me gusten algunos hombres, varios hombres—dice Nena con gesto triunfal.

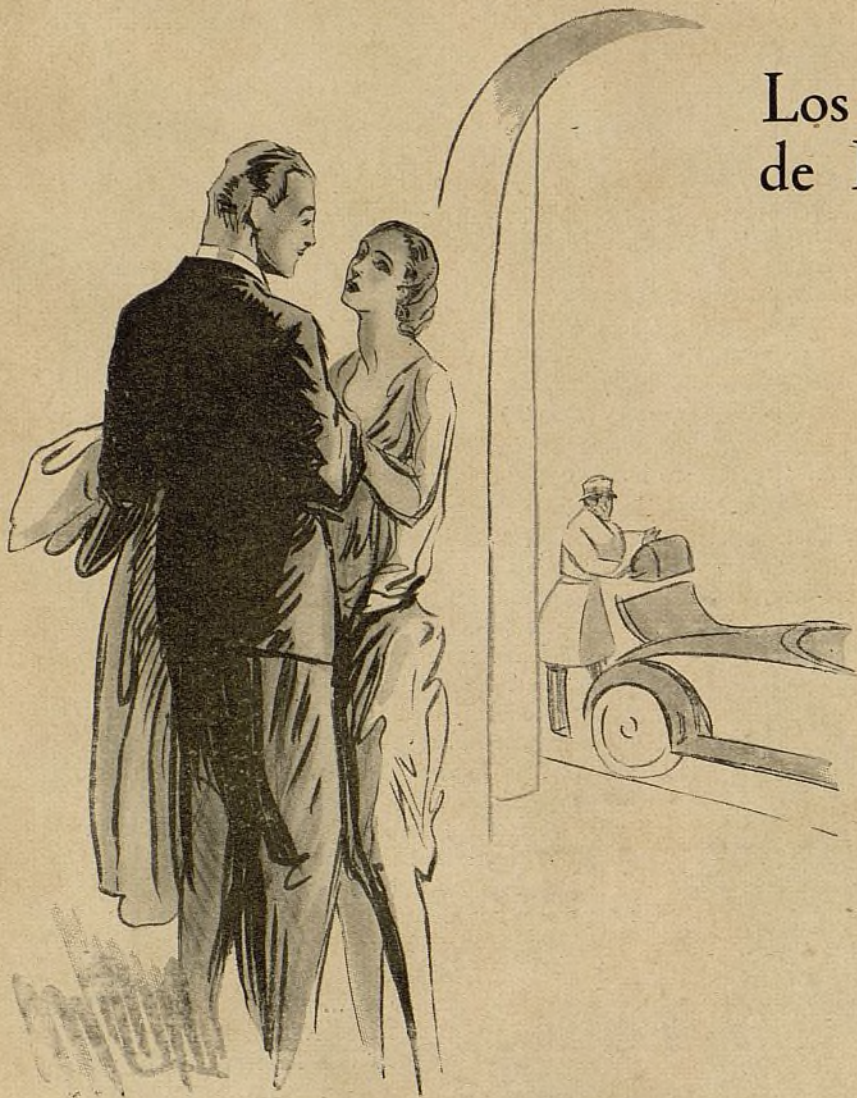
—No sabes lo que dices—contesta, indignado, su novio.

—¿Cómo que no? Este es un punto sobre el que han insistido bastante las feministas. No veo por qué un hombre puede querer a cuantas mujeres se le antoje y la mujer ha de contentarse con un solo amor en toda su vida. Yo no tengo, de momento, interés en enamorarme de nuevo; pero me irrita la injusticia.

—Por mí puedes querer a quien te parezca—dice de pronto Teddy, separándose un poco—. Desde luego, me parece difícil que lo consigas no teniendo corazón, y desde luego, para que te sientas más a tus anchas, creo que esta farsa de relaciones nuestras debe terminar ahora mismo.



Los amores de Elena



—Si tú lo quieres—dice Nena—con voz baja y aproximándose levemente.

—¿Quererlo? De sobra sabes que no, y... ese es mi tormento—exclama el pobre Teddy, riéndose, como de costumbre, ante el encanto y la sumisión de ella—. Perdóname, Nena—añade con tristeza—. No sé lo que me digo, creo que la idea de que el jueves debo marcharme me está haciendo perder el seso.

—¿Sientes marcharte?

—¿No lo sabes?

—Mucho? ¿Horriblemente?

—Claro que sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Qué sé yo...—con malicia—. En apariencia, la pena no te mata.

—Nenita, qué cosas dices. A veces, cuando un hombre siente más es cuando menos lo manifiesta.

—Sí, pero tan poco, tan poco...—insiste ella—. Deja que te mire los ojos—prosigue, colocando su dedo bajo la barbilla de Teddy y obligando a éste a levantar la cabeza—. Quiero ver si... a pesar tuyo...—recalcando la frase—asoma alguna lágrima.

—Nena, eres desesperante y... deliciosa—contesta él, apartando la cabeza para estampar un beso en los dedos de su prometida, y riendo, a pesar suyo, de la grave expresión de Elena.

—¡Ah!—dice ella de pronto—. Te has reído. Ahora verás cómo se disuelve tu tristeza.

Durante los días que restan, antes de que Teddy se marche, Nena se muestra de una ternura y consideración ejemplares. Se pasea con su novio por el jardín y le dirige miradas rápidas, pero cargadas de intención e ingenua coquetería, y la última noche, a requerimiento de él, canta todas las canciones predilectas de Luttrell. Y Nena cantando es algo irresistible, tanto, que no sólo su novio, sino John y Letty también se entregan por completo a la magia de su voz. Tal pasión y desoladora tristeza logra imprimir a las palabras, sin embargo, que su hermano la interrumpe de pronto, diciéndola:

—Nenita, no sigas, por Dios. Me parte el alma oírte.

Y Nena, sin hacer el menor comentario, rompe en una alegre copla que disipa la impresión que los ha dominado.

Al fin llega con un nuevo día el momento de la despedida. El coche espera a la puerta y John anuncia que es preciso partir; luego se aleja prudentemente de la escena. Letty también ha desaparecido. Los novios se encuentran solos breves instantes.

Luttrell coge a Nena por ambos brazos.

—Dime que me quieres, Nenita mía. ¡Mírame!—con voz emocionada al ver que ella se conmueve—. ¿Lloras? Entonces es que sientes de verdad que me marche. ¿Verdad que sí?

Elena levanta los ojos, bañados en lágrimas, y hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Un poco, ¿verdad? Pues con eso me contento—insiste él con humildad—. Quizás algún día...

—Te aburra con la violencia de mi pasión—dice Nena tratando de reír para disipar la tristeza de él—. Y ahora—añade, poniéndose de puntillas para alcanzar el rostro de su prometido—te voy a dejar que me des un beso chiquitín, que te sirva de recuerdo.

Con reverente actitud, Teddy inclina la cabeza y deposita un beso en la fresca mejilla de su novia. Luego, impulsado por súbito deseo, la oprime con fuerza contra su pecho.

—¡Vamos! ¡Vamos!—grita John desde fuera.

—Piensa en mí. Recuérdame en todo instante.

—Sí... sí—contesta Nena, y al fin se separan. Unos instantes más, y el coche desaparece de vista, bajo la segura conducción de Masserrenne. Desde una ventana alta, Letty, armada de un enorme pañuelo y rodeada de sus hijos, envía al viajero un último adiós. Cuando baja al salón se encuentra a Nena disuelta en lágrimas.

—Ya lo estoy echando de menos—exclama Nena sin preliminar alguno que explique más detalladamente su estado de ánimo.

—Naturalmente—dice su cuñada, consolándola—. Pero piensa en que muy pronto volverás a verle y... entretanto, vamos a ver qué trajes vas a llevar a casa de tu abuelo.

Cuando John vuelve de la estación halla a su mujer y a su hermana ocupadísimas eligiendo muestras y figurines.

—¡Lo que son las mujeres!—exclama—. Ese pobre chico irá seguramente llorando en el tren, y tú aquí distraída con los trajes.

—Lo que estoy haciendo es tratando de impedir que tu mujer me regale todo lo mejor que tiene—dice Nena, indignada.

—No es preciso—contesta John, sacando de su bolsillo un cheque ya firmado—. Quiero ser yo quien te obsequie.

Continuará en el
próximo número

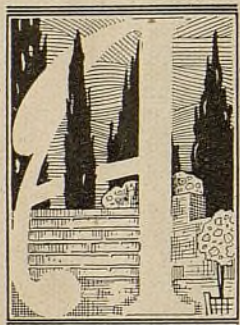


CREACIONES MONFORT



Precioso vestido de «mariage» creación d MONFORT, artista de la robe femenina, que hoy impera por su gusto irreprochable en Madrid. Modelo en flor de seda blanco con incrustaciones de encaje «argentée» y gran cola manto nueva forma lanzada por el famoso costurero, que hoy es el comentario del elemento femenino por sus innovaciones, plenas de gusto y sencillez. Los salones de la casa MONFORT, avenida Conde de Peñalver, número 5, con motivo del fastuoso «trousseau» encargado por una dama del gran mundo, cuya boda se celebrará próximamente, han sido visitadísimos, oyendo el «couturier» frases de admiración por tanto bello modelo. - Un nuevo triunfo de MONFORT que nos place señalar.

La fiebre madrileña de la revista parisina



ELKÁZAR, Eslava, Novedades, Price, Romea... Hasta cinco teatros cor-tesanos se dedican a cultivar la revista. Este género, que casi no lo es, literario, ha invadido nuestros escenarios y pone un sello cosmo-polita en el vivir de los madrileños «castizos».

Ha cambiado la faz de Madrid, que es hoy ya una gran urbe europea. No lloremos la desaparición de los infectos coches de punto, ni que a las casuchas fétidas que rodeaban a la Puerta del Sol hayan sustituido los gigantescos rasca-cielos; el espíritu racial no estaba condensado en esos cajones con ruedas ni en aquellas misérrimas viviendas, y el Madrid de hoy es, en el fondo, el mismo que el de antaño, pero con una superficie limpia, riente y perfumada, preferible cien veces a la costra dura que antes le recubriera.

Y la revista ha contribuido no poco a purificar, a remozar el ambiente madrileño. Hija de Madrid—no olvidemos que fué aquella memo-rable de *La Gran Vía* la primera en satirizar las costumbres y difun-dirse mundialmente—, ha sabido rejuvenecerse, adaptarse a los aires de fuera y vuelve—poderosa y joven como nunca—a inyectar su vigor y pujanza a la ciudad que corría peligro de momificarse en lo arcaico.

La *revue* parisina se adueñó hace algunos años de Madrid y a cada hora se afianza en su trono. Ella nos ha traído el culto a la mujer,



Lou, la graciosa bailarina de Price.

a la gracia, a la frivolidad, al ritmo, a la alegría, musas del vivir moderno, y ha contribuido también a elevar la cultura. A su modo, ¿eh? No se ría nadie, que tan moralizador es conseguir que ante un conjunto de vicetiples semivestidas los espectadores sólo vean lo bello del cuadro, sin rijosidades de mal gusto, como teorizar desde tribunas y libros por una elevada moral.

Fruto de la época, la revista es símbolo y airón. En el caprichoso *cock-tail* que es la vida moderna, sobrenada como la espuma del champaña. Consuelo Hidalgo,



Consuelo Hidalgo, que actualmente en el Alhazar renueva sus pasados triunfos coreográficos del Reina Victoria.



María Caballé.

una de las «estrellas» de revistas de Velasco.

María Caballé, Isabelita Ruiz, Tina de Jarque, Lou, son figuras con valor representativo tal que, al embellecer hoy nuestras páginas, podemos enorgullecernos de mostrarlas a los ojos de los lectores del mundo entero como la más eficaz triaca contra el veneno, tan difundido, de la tristemente célebre «leyenda negra» española y la no más simpática de la «estampa de pandereta».

SAM

Fotos de A. Calvache.





SERM



I

KATITA era hija de aroma de gardenias, del aire rosa del río azul y la tarde soñolienta. Tuvo por madre la selva misteriosa; azaleas, camelias y magnolias fueron sus madrinas. Los bambúes mecieron su cuerpecito, aquel rebujillo de carne oscura y tersa, y el Yang-tse-Kiang besó sus piecillos diminutos.

Un día llegaron hasta la choza en que vivía unos hombres de color pardo y barbas largas. Katita los encontró muy feos y huyó, temerosa de algo malo. Hablaban dulcemente: le ofrecieron golosinas. Pronto los hombres pardos sacaron unas monedas de sus faltriqueras, y, acariciando a la niña, lleváronla consigo. Katita fué muy alegre con los hombres pardos; pero cuando el sol se escondió tras la colina y las estrellas asomaron en el azul oscuro del cielo, Katita quiso volver a su choza de bambúes, junto a su mamá —porque Katita tenía mamá, aunque no lo parezca—. La chinita lloró mucho, hasta que se durmió.

Los misioneros bautizaron a la chinita. Se la llamó Eustaquia; después, Kata; más tarde, Katita.

No era linda Katita. Exageradamente frágil, menuda y delicada. La cabeza, grande, demasiado grande para armonizar con el cuerpecillo estrecho, de miembros largos en demasía. Los ojos, oscuros, pequeños, inteligentes. La nariz, aplastada; la boca, grande; la tez, con la color ingrata; pero había una gracia tal en su diminuta persona que cautivaba. Algo incomprensible, pero que seducía.

Katita fué dulce y buena. Muchas niñas como ella chinitas se hallaban acogidas en la casa «Redención de niños chinos». Fué el encanto de sus maestras y el cariño de todos.

II

El yate *Palomas* fondeó en el puerto de Shanghai. Bordaaba las costas asiáticas hacia diez meses. Su propietaria, la señorita Súller, de origen americano —aunque de padres españoles—, contaba muchos millones de fortuna y medio siglo de edad; una belleza marchita y una accidentada historia de amor. Paseaba su tediosa melancolía por el mundo: viajar y coleccionar objetos raros o preciosos eran los únicos encantos que para la señorita Súller guardaba la vida.

Después de visitar la gran ciudad china y adquirir los más costosos caprichos, la señorita Súller decidió internarse en el país siguiendo el curso navegable del río Azul, la gran arteria china que riega sus provincias más ricas y pintorescas.

Un día, la señorita Súller recibió a bordo la visita de unos misioneros. Concedores éstos de viaje de la millonaria

americana, fueron a visitarla para implorar la caridad de la dama en favor de la obra «Redención de niños chinos», y quedó tan interesada en ella, que donó una crecida suma.

A los pocos días recibió el título de «Protectora» y una invitación para asistir a la solemne fiesta que se había preparado en su honor.

La americana, de carácter agrio y sombrío, huía la sociedad de los hombres. Amaba la naturaleza, sus colecciones y sus perros. Sin embargo, no osó eludir la invitación tan afectuosa que se le hacía y acudió a la fiesta, acompañada de escaso número de personas que compartían sus ocios y sus rarezas.

La fiesta, sencilla y tierna, le agradó mucho. Visitó con detenimiento el edificio con sus clases y dormitorios, salas de recreo, etcétera. Hojeó el Reglamento y, en suma, se interesó profundamente por la gran obra en beneficio de los desventurados chinitos. Hubo lectura de poesías, concierto; por último, bailes del país. Y en estas danzas es donde aparece Katita vestida de flores, pagodas y mariposas.

La gracia extraña de la pequeña danzarina subyugó a la festejada, quien hizo al director mil preguntas sobre la pequeña.

—Es extraordinariamente gentil esa diminuta muñeca china. Señor, adoro las cosas raras; ¿no podría cedérmela? Haré su felicidad, su fortuna.

—¿Cómo...?

—Hace pocos días decía a bordo de mi yate que la obra decaía por falta de medios económicos y local. La plaza de esta niña puede ser ocupada por otra. Creo que no podéis negarme lo que os pido...

—Pero una niña sola; abandonada, sin nadie de su raza...

—¡Bien! Es decir que puedo llevarme no una, sino dos—dijo la americana sonriendo—; pero no hay más que una Katita. No hay inconveniente, llevaré dos chinitas. Su educación y porvenir corre de mi cuenta.

—¿Cuál otra, señora?...?

—Es igual; la que queráis. Katita es la escogida; para compañera suya la que ella quiera.

Cuando llegó la hora de decir adiós para siempre a las maestras y hermanitos chinos, Katita lloró mucho. A los ocho años sabía ya lo que eran penas: menos mal que unas preciosas muñecas se encargaron de consolarla.

III

«Madrinita»—así llamaban las chinitas a la señorita Súller—ha sorprendido a Katita en el salón japonés del hermoso palacio que habita en una apacible ciudad de Levante. Intrigada por la actitud de la niña, se oculta tras un mueble. Desde allí puede ver perfectamente a Katita sin ser vista. Ésta se





arrodilla ante un precioso biombo y con sus manitas juntas, en actitud orante, pasa un rato. El biombo que sugestióna a la niña tiene un precioso color azul—azul como el cielo de su país—y lo esmaltan flores de variados matices, pájaros raros, cocodrilos y una pagoda en el fondo del bosque. La chinita, extática, se levantó al fin, poniendo sus labios, temblorosa, en el biombo; luego besó también con unción una arquita de laca trabajada con motivos chinos, y salió con paso menudo y silencioso del salón. «Madrinita» salió también de su escondrijo y sorprendió a Katita, que parada, temerosa y asustada no sabía qué decir, mirando al suelo...

—¿Qué hacías, Katita, nena...?

Katita, después de unos momentos de vacilación:

—Vivía en mi país y rezaba para que todos los niños chinitos como yo tengan una madrinita como la mía—dijo Katita, abrazando tiernamente a la señorita Súller.

* * *

La señorita Súller ha gastado una fortuna en hacer un parque al estilo chino. Árboles y plantas han sido traídos y aclimatados. Tulipanes y nenúfares embellecen el estanque. También se ha conseguido algún arbolillo enano; pero tantas tentativas como se hacen para obtener lotos, fracasan.

Katita ha despertado en la millonaria los sentimientos maternos que viven en el fondo de toda mujer, y las dos niñas chinas son hoy el objetivo de la vida de la americana, su encanto, su alegría, su porqué...

Katita adora a su madrina y la sigue como la sombra al cuerpo.

Es su lectora, su muñeca, el juguete vivo complicado y extraño que la encanta; porque la chinita posee el gran secreto de hacerse amar. Su hermana china,

aunque mayor, vive sumisa a la pequeña soberana y la ama con pasión. Katita, en el palacio de la americana como en todas partes, es una tiranuela deliciosa.

Aquella noche fría y clara Katita tenía un miedo terrible... un miedo inexplicable que le hacía imaginar sombras, fantasmas... en los apartados rincones del jardín... Se trató de tranquilizarla por todos los medios; los criados investigaron todos los rincones del parque, los tres pisos del hotel. Nada, no había motivo alguno para la zozobra de la niña. Por fin Katita se durmió tranquila. Junto a su camita dormía plácidamente la otra chinita. En las habitaciones inmediatas, la institutriz... No había por qué inquietarse.



Katita abrió los ojos desmesuradamente y a la luz de la luna le pareció ver dos hombres en la habitación. Por la ventana abierta se veía el parque; en el cielo temblaban las estrellas. Katita, aterrada, hundió la cabeza dentro de la ropa. ¿Estaría soñando? Sentía un frío horrible; luego, pasos muy cerca

de ella. Apenas respiraba. Aunque hubiera querido no hubiera podido gritar.

No habían pasado muchos momentos cuando unas manos cayeron sobre la niña.

—¡Silencio!—dijo en voz apenas perceptible uno de los hombres, que esgrimía un puñal—. ¡Un solo movimiento que hagas... y te aplasto como a una cucaracha!

Katita, temblorosa, hizo la señal de la cruz. En el cuarto se veía tan claro que parecía de día. A la luz de la luna, la niña pudo distinguir perfectamente a su hermanita amordazada y fuertemente atada.

—Vas a conducirnos al cuarto de tu madrina; llamarás a la puerta como si desearas algo. Después ya nos entenderemos con ella—dijo el hombre horrible del puñal.

—Oiga usted, señor ladrón—dijo Katita, completamente serena—. Dígame qué es lo que usted quiere que haga mi madrina, porque si no no les llevo a su cuarto.

—¡Dinero!

—Pero ustedes no le harán daño, ¿verdad?

—Veremos. Queremos dinero—dijo.

Katita, dirigiéndose al que hasta el momento había permanecido callado vigilando:

—Usted, que no me parece tan malo y no tiene puñales horribles como su amigo, desate usted a mi hermanita, que no dirá nada y se va a morir... ¿Usted no tiene niñas en su casa? Oiga usted, señor ladrón, mi madrina da mucho dinero a todo el que se lo pide. ¿Por qué no viene usted durante el día y también les dará? No comprenden que es muy molesto esto que hacen... Y además nos han asustado.

Por fin, conmovido el ladrón bueno, como le decía Katita, fué soltando las ligaduras a la niña.

Katita se calzaba entretanto. Y sin perder de vista a la otra chinita le imponía silencio, llevando un dedo sobre los labios.

Los ladrones no perdían un movimiento ni un gesto de las niñas. Un cuervo pasó graznando y fué a posarse sobre el saliente de la ventana.

Katita tuvo una idea luminosa. Siempre con su dedito en actitud de imponer el silencio, fijó los ojos en su hermana; después los deslizó hasta el rojo borlón de la campanilla. Fué un instante de intensa emoción. El campanillazo se dejó oír en toda la casa. Un sonido de agonía desesperada conmovió el hotel.

Todo pasó con la rapidez del relámpago. Uno de los bandidos saltó veloz por la ventana; pero el otro, a quien la estupefacción había dejado caer el puñal que esgrimía, cogiendo a Katita por ambas muñecas, con feroz crueldad, le dió dos vueltas en el aire y la arrojó con fuerza por la ventana.

El campanillazo puso en movimiento a todos los habitantes del hotel, que acudieron presurosos al cuarto de las niñas. Los bandidos no pudieron ser hallados en parte alguna. El jardinero apareció muerto. A Katita no se la encontró. Cuando la hermana de Katita pudo hablar y contó con detalles todo lo ocurrido en aquella espantosa noche, se perdió la esperanza de encontrar viva a la chinita. La desolación de todos era enorme. «Madrinita», enloquecida, corría por el parque, sin darse punto de reposo.

Al amanecer, el cuerpo de Katita flotaba en las aguas del estanque.

* * *

Unos lotos azules emergen del estanque, enroscado de luz de atardecer. La chinita dice que es el alma de Katita, que vive en aquellas bellísimas acampadas flores de loto.

MARÍA EUGENIA

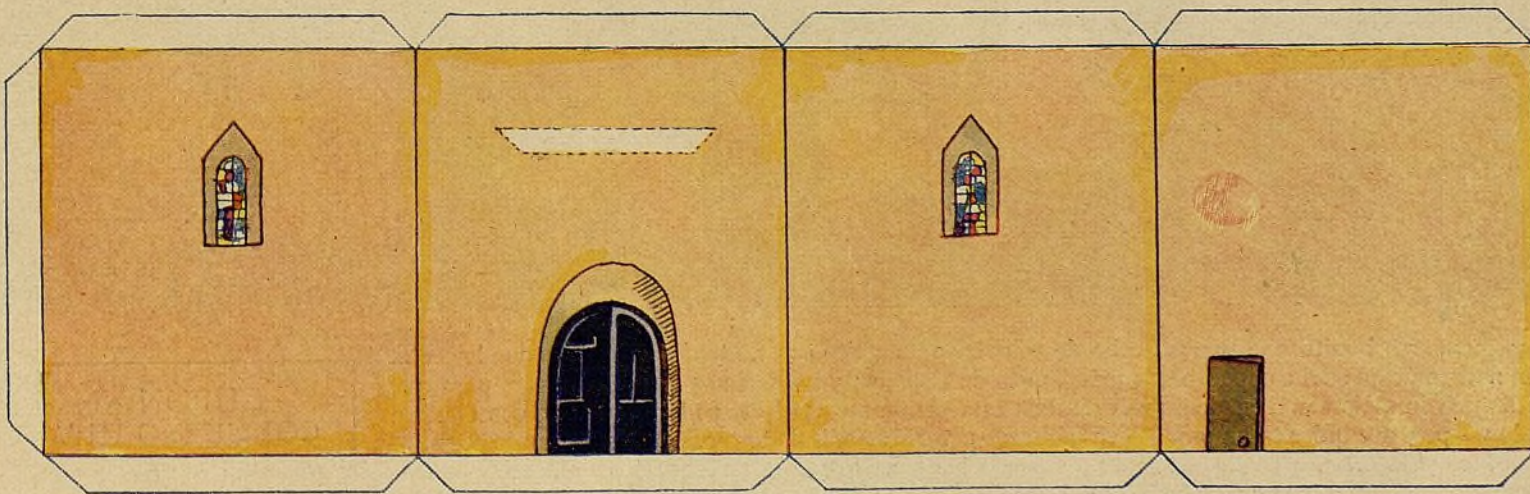
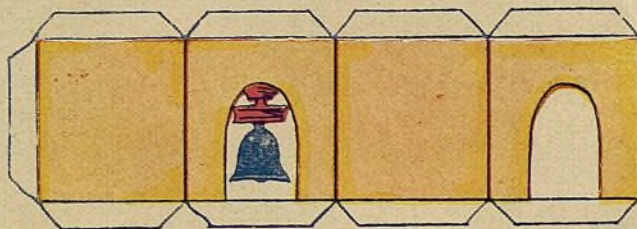
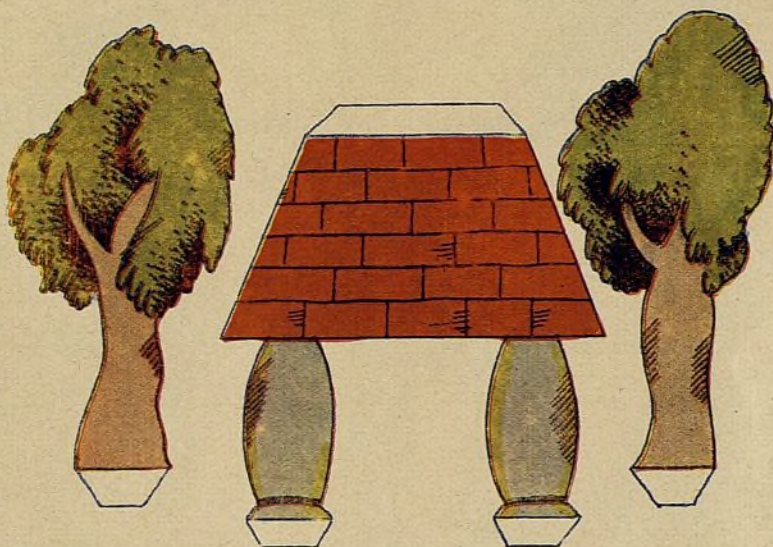
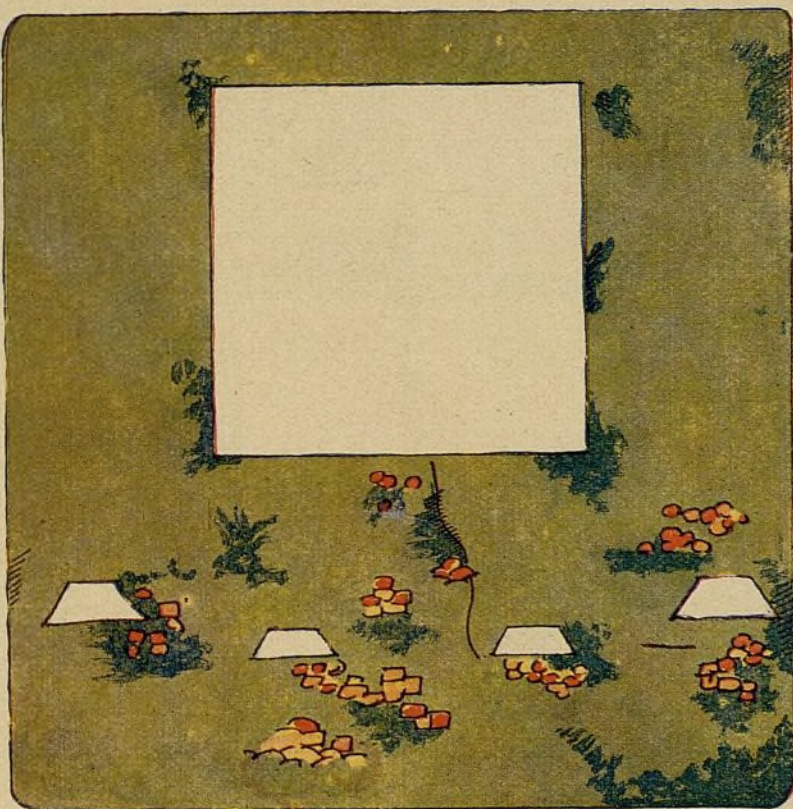
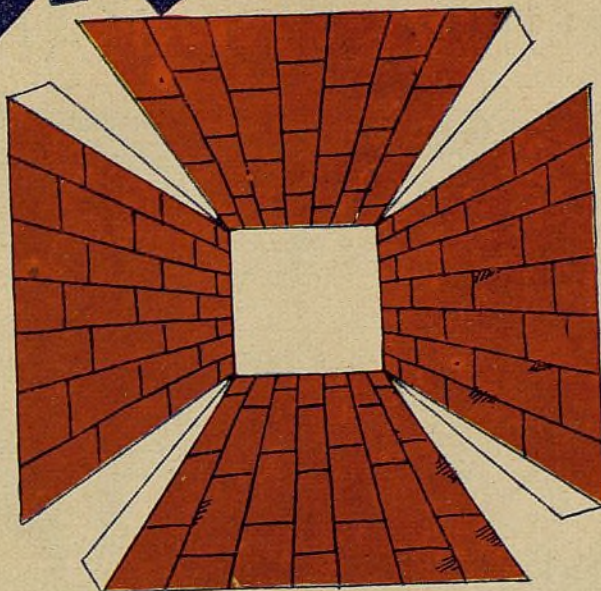
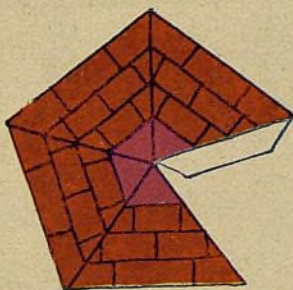
H. IRIBARREU



MUNECOS DE TIJERA LAS TOILETES DE CHILI

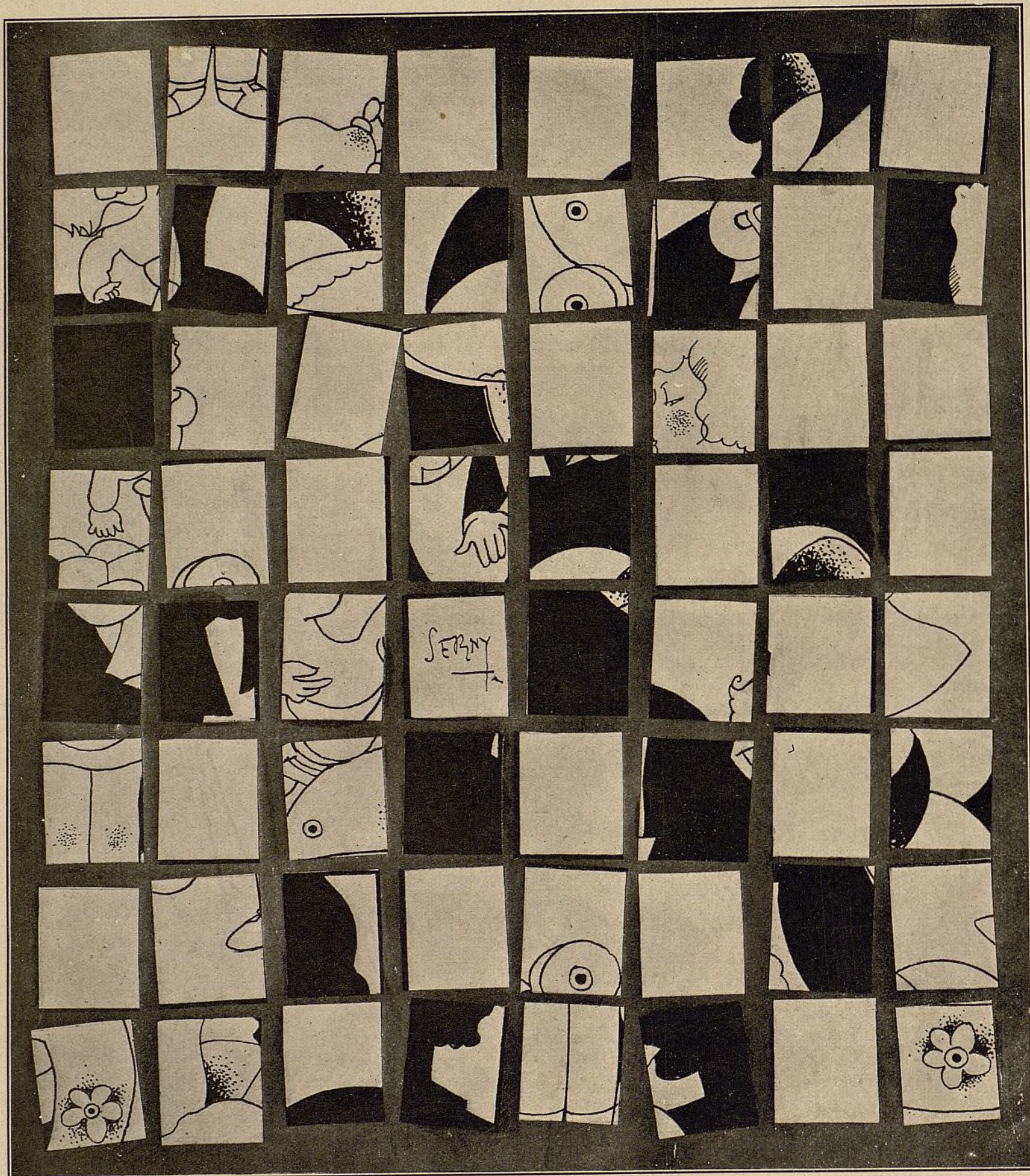


LA GRAFICA



CONCURSO INFANTIL

LA MUÑECA DE MARGARITA SALE DE PASEO



¡Vaya concurso bonito que se nos acaba de ocurrir en un ratito que no teníamos mucho que hacer!... Se trata nada más que del rompecabezas más bonito de España; y no decimos que del mundo, para que no nos llaméis inmodestos. Pegad en una cartulina esta plana, recortad los pedazos, formad con ellos un cuadrado y—pegados todos en un papel—enviádnoslo a ver si habéis dado con Margarita cuando preparaba su muñeca para salir a paseo. ¡Ah! No os olvidéis del cuponcito que va en esta misma plana, ni de consignar vuestro nombre, señas y provincia de residencia. Todo ha de estar en nuestro poder antes del día 15 de julio para, en el número de agosto, publicar los nombres de los tres solucionistas que hayan acertado y tengan derecho a tres estupendos juguetes. Si aciertan más, se haría un sorteo para decidir los premios.

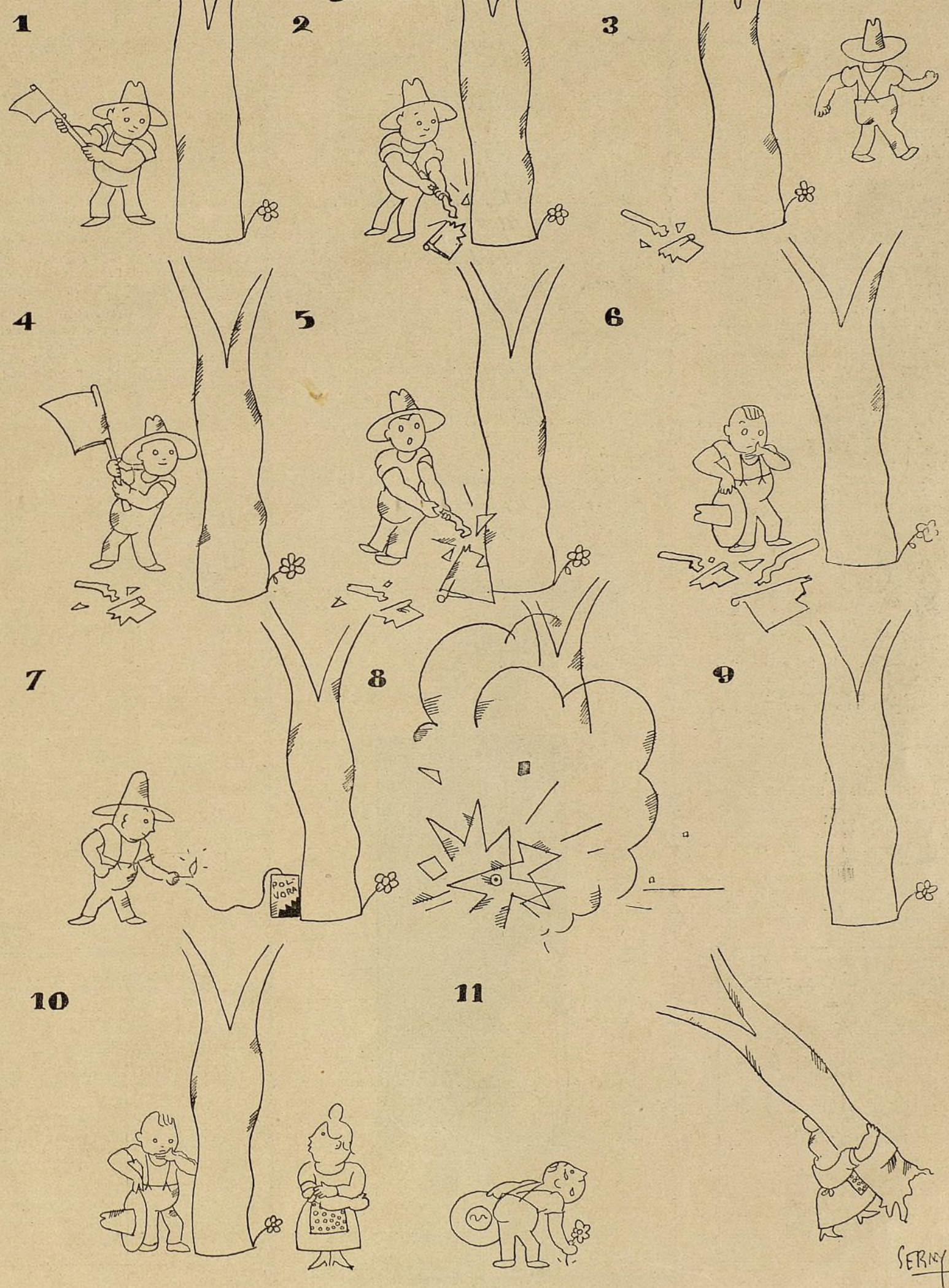
CUPÓN para el
CONCURSO INFANTIL

«LA MUÑECA
DE MARGARITA SALE DE
PASEO»



La suegra del leñador

HISTORIETA
MUDA
por
SERNY



LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido
su trabajo, y...

J. P. R. (Madrid).—«La moral de mi tío» no tiene gracia ni intención satírica, aunque usted ha pretendido que reuna ambas condiciones.

J. M. C. (Carballino).—Ninguno de sus tres versos es poético; por lo cual no se publica ninguno de los tres.

A. del R. (Cartagena de Indias).—Dos versos con un solo cupón... ¡y los dos insustanciales!

M. C. P. (Crevillente).—Muy melodramático el cuento; parece de novela por entregas del siglo pasado.

M. de B. (Melilla).—Usted es de los que parece que no leen COSMÓPOLIS. ¿Cree que va a nuestro tono «Desamor»?...

J. A. —«Deseo» es vulgar. En cuanto a «Silueta», repetimos que no queremos nada con dedicatorias o «bombos». Publicaremos sólo «Parterre».

C. Ch. (Torrelavega).—Gongoriano y cursi. No lo podemos aceptar.

E. B. G. (San Martín del Tesorillo).—Está bastante cerca de lo cierto; pero no es acertar. ¡Insista!

M. Z. M. (Isla Cristina).—Está bien su octava real; pero queremos composiciones completas, no ensayitos.

J. de G. —«Nostalgias» está muy bien y vamos a publicarlo.

M. D. B. B. (Cartagena).—Nos agradan «Canto a Castilla» y «Remember» y estamos decididos a que se publiquen.

C. G. (San Sebastián).—El sabor becqueriano de «Como el mar...» es uno de los muchos aciertos que aconsejan su publicación.

«Verdi» (Sevilla).—¡Usted es un guasón, como la Giralda de grande!

J. M. C. (Granada).—Se paga cuanto se publica; por eso no le pagamos su trabajo, que es pesadito y conocido.

R. de U. (Cádiz).—No sirve. Carece de asunto.

F. B. (Valencia).—Tampoco es un prodigio de originalidad lo suyo.

C. de A. (Rosario de Santa Fe).—Muy bien, señorita. Aceptamos sus dos versos para insertar en el momento oportuno. ¡Ah! y conste que la fraternidad hispanoamericana no tiene arte ni parte en esta decisión! Sólo hemos atendido al valor intrínseco de sus composiciones.

C. S. (San Sebastián).—Vulgar el trípico. Claro que, al no servir, tampoco es útil el dibujo.

«COSMÓPOLIS»

CUPÓN

que debe acompañar a
todo envío de
Colaboración
espontánea

AMOR

*No es amor el placer de los sentidos.
El amor no es placer.
Es tristeza y dolor, llanto y gemidos...
¿Verdad, mujer?...*

*El amor es la sed de lo infinito.
Amor es ambición,
y no posee el amor forma ni rito
ni religión.*

*El amor es deseo insatisfecho
de una vida mejor,
sierpe que alimentamos en el pecho
con el dolor.*

*No es amor el amor que se ha logrado,
no hay para él prisión.
Es el corcel fogoso y no domado
de la ilusión.*

*No es amor el placer de los sentidos:
El amor no es placer.
Es tristeza y dolor, llanto y gemidos:
¿Verdad, mujer?...*

RAFAEL PÉREZ



Dibujo de Cobos.

J. F. L. (Casavieja).—Nos gusta más «Balada de invierno» que «Primavera»: De ésta, la tercera estrofa es vulgar y estropea el conjunto.

«Ali» (Puente Genil).—Aceptamos «A una andaluza», que está escrito con gracioso desenfadado.

J. de la O. (Madrid).—El cupón se le aplicó a «Toisón de fuego», la primera de las dos poesías que enviaba con él; no está mal versificado, pero es poco original y no nos sirve.

U. P. —Su soneto «Don Quijote» está mal acentuado en el verso tercero y todo él es confuso de forma.

J. M. G. (Caracas).—Entra en turno «La juerga triste» ¿Sabe que hay aquí unas pesetas para usted, por el trabajo inserto?...

«Juan Pérez».—El soneto está bien medido; pero el verso es premioso, poco espontáneo. Insista, sin embargo, pues es usted de los que más condiciones demuestran.

A. y F. G. (Córdoba).—Vamos a publicar las coplas. Para mandar dos originales—sean ambos artísticos, literarios o uno de cada clase—hace falta dos cupones. ¿Comprende lo que ha sucedido con el dibujo?...

L. A. L. (Astorga).—Está graciosamente hecho «Vuestro clavecino» y se publicará a su debido tiempo.

«Olimpia».—No sirve el dibujo para portada... ni para dentro.

J. L. P. (Madrid).—Está muy bien de estilo su leyenda y vamos a ponerlo en turno, señorita.

«Gonzalo de la Gonzalera».—Tomamos nota de la persona a quien corresponde el seudónimo. En cuanto a «Sevilla», lamentamos no poder complacerle insertándolo.

A. de G. y R. de C. (Madrid).—Aceptamos «Cantares»; pero no «A una granadina».

F. A. (Logroño).—Eso está muy hecho, y no se puede publicar.

C. R. (Madrid).—Mala costumbre y fea rima la de los gerundios: «ando» y «endo» a pasto, deben rechazarse. Por eso no publicamos su primer soneto. En cuanto al segundo, ni lo hemos leído, por venir sin cupón.

«El Conde Hugo».—Efectivamente, sus versos no son dignos de la publicidad.

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas escritas por un solo lado, y las composiciones poéticas de sesenta versos.

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección «Hemos recibido su trabajo y...», en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.

LOS ESCRITORES NUEVOS

A PENAS llevaba en Madrid dos meses de estancia, y, acostumbrado al silencio y tranquilidad absoluta de mi pueblo, bien puedo asegurar que la impresión que éste me produjo fué más bien de atolondramiento que de bienestar. El cambio de panorama había sido muy brusco para mí y con dificultad notoria iba entrando paulatinamente por cada una de las novedades que imponía en mi pasada vida de anulamiento físico y moral el rápido ascenso a la preclarísima villa y corte con que tanto soñara, ya en los incontables ratos de descanso de que disponía, ya en aquellos otros en que la vigilancia paterna me hacía recluir en casa con la compañía, para mí detestable, de los libros, cuyos temas encontraba hartos más áridos que las decantadas llanuras de mi patria chica, que al menos sirvieron a mi antojo, para pasar los años de mi infancia en un constante triscar con amigos de mi edad, a los cuales servía de galardón y vanagloria el solazarse con el hijo del alcornudo y pergaminoso señor de aquella aldea.

Pero el deseo de mis padres era el terminar sus días en la capital de España, meca de sus buenos compatriotas y en la que frecuentemente podríamos disfrutar de la compañía de nuestros parientes, rociados a tenor de sus obligaciones, en los cuatro extremos de la Península, pero que a veces aventuraban en Madrid sus días de asueto.

* * *

Era de noche, habíamos terminado en casa de comer y ya me disponía a retirarme a descansar, cuando mi padre me detuvo para enviarme a un encargo de gran urgencia. Me sorprendió el caso, pues mi ilustre progenitor, usando y abusando de su potestad, había eludido siempre la ocasión de dejarme salir de noche.

Un recto espíritu de equidad y justicia me hizo protestar, ponderando a mi padre—como él había hecho en tantas ocasiones—los peligros que rodeaban a un joven incauto que se aventurara a semejantes horas en la vorágine de la capital... Todo inútil; estaba su palabra pendiente, y aquella carta había de quedar en su destino la misma noche.

Contrariado por el papel de correveidile que se me asignara, cogí la carta; estaba dirigida a don Adolfo Almena, íntimo de mi padre y con el que yo mantenía frecuente trato, y aunque no muy ducho en el arte de callejear por Madrid, pensé que podría orientarme con facilidad. Dí un repaso a mi vestimenta y, temeroso de la baja temperatura, ajusté bien mi gabán para lanzarme a la calle.

A medida que andaba, el frío iba-me siendo indiferente, y, cada vez más parsimonioso, degustaba el para mí desconocido aspecto de la ciudad somnolienta.

Ya casi llegaba al lugar de mi destino, cuando el diablo, representado esta vez por mi amigo Mariano Robledal, me salió al encuentro cuando desembocaba por la calle de las Infantas en la plaza del Rey. Su asombro no tuvo límites al encontrarme fuera de casa a tales horas, y trabó conversación conmigo:

MI AVENTURA

por
ANDRÉS
PACHECO PICAZO

Yo estaba preparado para hacer aquella noche algo extraordinario, por funesto que augurase su resultado, y tuve unos momentos de vacilación, que mi amigo aprovechó para colgarse de mi brazo y hacerme cambiar de dirección.

—Verás cómo lo pasamos bien. Estoy citado con unos amigos aquí cerca y luego haremos una *tournee* por los cabarets para que conozcas algunas chicas.

—Sea lo que tú quieras—guardé de nuevo mi carta y me entregué francamente a los peligros.

En verdad, digo que no dejé en mí mal recuerdo aquella noche de mala vida a pesar de que, a medida que me iba animando por el exceso de libación a que no estaba acostumbrado, iba constituyendo en mí mayor obsesión el deseo de hacer entrega de aquella carta malhadada, que me quemaba en el bolsillo.

En muy mal estado debieron verme mis amigos, cuando a las dos de la madrugada propusieron levantar la sesión. Al separarme yo de la mesa me pareció que el suelo y cuanto me rodeaba oscilaba a mi alrededor, haciéndome caminar inseguro.

Ya en la calle, mis amigos me colocaron en un *taxi*, que pagaron de antemano, y dieron a su conductor la dirección de mi casa, aconsejándole que no me abandonara hasta el propio piso, como efectivamente lo hizo.

Indudablemente, que si, por uno de tantos prodigios, la serenidad hubiera vuelto a mí de repente, temblaría ante el posible desbordamiento de la ira paterna; pero el optimismo entraba en mi pecho a oleadas posiblemente funestas, y digo tal, porque en el momento en que la adormilada fámula me abrió la puerta, tuve la idea de hacer entrega de mi misiva.

Llegué al comedor, en el que mi padre me esperaba, y con un gesto de tranquila indiferencia, digno de ser filmado, puse en sus manos la carta de marras, añadiendo:

—De parte de mi padre...

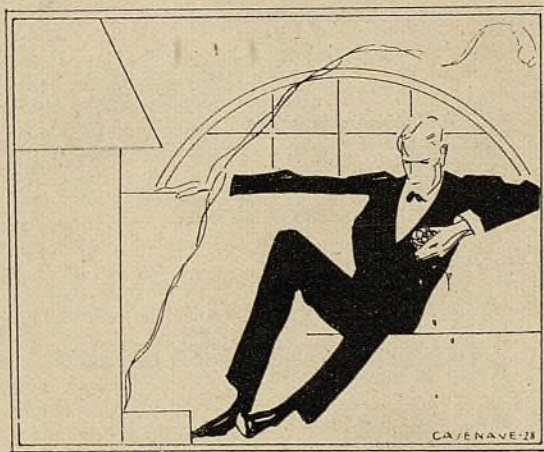
No me dí clara cuenta de cómo fué aquello; lo cierto es que junto a mi cabeza pasó una sombra, que sin duda hubiera tomado por ánima del purgatorio, de no estrellarse tras de mí con horrisono estrépito de vidrios rotos.

Dí media vuelta y me fui a la cama, pues las fuerzas se me acababan por momentos y mi padre parecía dispuesto a que siguiera la batalla de flores.

Al día siguiente, cuando me levanté, todo había recobrado en casa su calma habitual; únicamente noté en el comedor la ausencia de un jarrón que todos teníamos en gran estima.

En los anales de la historia casera, aquella noche no cuenta para nada.

ANGUSTIA



*Languidece la tarde serena,
luchan fieras la sombra y la luz.
El hogar apagado se enfía,
las flores se mueren
porque no estás tú...*

*Y así pasan los días, los años.
¡Hace tanto tiempo que quiero morir!,
que si vivo es tan sólo, ¡tan sólo!,
porque aun pienso, ¡loco!,
que tú has de venir.*

*Cuántas veces la noche ha llegado
y yo fijo miraba el hogar,
y despierto soñaba, soñaba...
para luego más tarde,
soñando... llorar.*

*Languidece mi alma agotada.
De mis ojos se escapa la luz.
El hogar no calienta mi cuerpo,
mis fuerzas flaquean...
¡Y aun no has vuelto tú!*

CARLOS PONTES

Dibujo de Casenave

LOS ESCRITORES NUEVOS



OCURRIÓ esta historia hace algunos siglos, cuando bajo el cielo azul de la inmortal Granada ondeaba la bandera de Mahoma.

Vivía por aquel entonces un viejo judío mahometano llamado Caín-A-Abba, rico hacendado que habitaba en una rústica vivienda situada en los alrededores de Granada. Su hacienda era una de las más ricas de la comarca. Cuando amanecía veíase descender el ejército de sus rebaños, desde los altos rediles del monte hasta el llano, semejante a una nube que bajara de la altura para descarsar sobre la verde hierba del valle.

En los campos, el trigo se mecía al impulso del viento, formando un arrullo con el chocar de las espigas.

Y cuando llegaba la época de la cosecha, era ésta tan abundante que parecía que con ella entraba en los graneros de Caín la bendición de Alá.

La hacienda de Caín-A-Abba lindaba con otra, no menos extensa y fértil, propiedad de otro judío llamado Caín-El-Rassi, mahometano como él y como el viejo y rico.

Ambos vecinos se odiaban a muerte. Dominados por una avaricia sin límites, sentían su corazón torturado por la envidia, y hubiera querido ver cada uno de ellos destruida la hacienda del vecino por el solo placer de sentirse más rico ante la ruina ajena.

Cuando Caín-El-Rassi veía pasar junto a los lindes de su hacienda los rebaños del vecino se mordía con rabia los labios y de buena gana hubiera ordenado a sus esclavos pasar a cuchillo a aquel ejército de humildes ovejas y carneros.

Y cuando Caín-A-Abba veía a los esclavos de El-Rassi recoger, en grandes haces, el producto de la siega, sentía el deseo de prender fuego a los graneros de su vecino.

Y alguna vez ardieron los graneros de Caín-El-Rassi, sin que llegara a conocerse la causa del incendio. Y más de una vez amanecieron muertos algunos carneros y ovejas de Caín-A-Abba, envenenados por una hierba extraña.

Cuando estos hechos ocurrían, uno y otro ponían el grito en el cielo; pero, temerosos de que un pleito pudiera perjudicarles más en sus intereses, jamás pedían justicia a los hombres. Invocaban a Alá en sus oraciones, le pedían un castigo para el alevoso atrevido que atacaba a sus bienes y, en espera de la venganza divina, fraguaban en su mente otra venganza más baja y más humana.

Cierta día se apartó del rebaño una oveja de Caín-El-Rassi y penetró en los campos de la hacienda colindante.

Siguióla su dueño, temiendo que su vecino se la apropiara, y en la veloz carrera emprendida a través de los trigales para cazar al animal fugitivo dió de manos a boca con el judío vecino.

—¡Ah, ladrón!—exclamó A-Abba—. Penetras en mi hacienda para robarme el ganado.

—La oveja es mía. Se escapó de mi rebaño.

—La oveja está en mi hacienda y me pertenece.

—Pertenece a mi redil y tendrás que dármela, mal que te pese.

—No te la daré.

—¡Me ampara la ley!—exclamó, ciego de cólera, Caín-El-Rassi, acciando el mango de su gümia.

—¡Y a mí la fuerza!—respondió Caín-A-Abba, desenvainando la suya.

Los dos judíos se miraron unos momentos, sin atreverse a iniciar la lucha. Las puntas de las gümias eran demasiado afiladas; la muerte, demasiado fría; sus corazones, demasiado cobardes. Y volvieron a sus vainas las gümias de los Caínes, avaros de su oro, avaros de sus vidas.

—Caín-A-Abba, dame mi oveja y seamos amigos.

—Seré tu amigo si me prometes, de hoy más, no perjudicarme en mis intereses.

—Te lo prometo, pero júrame respetar mi hacienda.

—Respetaré tu hacienda.

Y desde aquel día, Caín-A-Abba y Caín-El-Rassi fueron amigos.

Los cobardes y los ruines, aunque se odien a muerte, saben ser amigos cuando la amistad es una salvaguardia para sus intereses.

Pasaron algunos años. La amistad de ambos vecinos se había estrechado con tan fuertes lazos, que en la ciudad les llamaban «los hermanos Caínes».

Juntos vigilaban los trabajos de ambas haciendas; juntos dirigían la siembra y la siega de los campos; juntos cuidaban de la alimentación o engrandecimiento de sus ganados; juntos bajaban a la ciudad para visitar a los mercaderes; juntos se les veía entrar en las mezquitas para implorar de Alá un buen éxito en sus pingües negocios.

Caín-A-Abba y Caín-El-Rassi tenían firmado un pacto, por medio del cual se obligaban a ser mutuos herederos de sus bienes.

De este modo creía su avaricia hallar el medio de guardar la propia hacienda contra la ajena codicia, bajo la garantía de la herencia.

Y solía ocurrir que, al contemplar Caín-El-Rassi los carneros y ovejas de su amigo, le dijera:

—Amigo Caín-A-Abba, he notado que tus rebaños están flacos. Es preciso que los cuides con más celo.

—Los cuidaré. Pero he de hacerte notar, amigo Caín-El-Rassi, que los tuyos no están menos flacos.

—Amigo Caín-A-Abba, tus campos no han producido este año la cosecha que los anteriores.

—Amigo Caín-El-Rassi, he observado que en los días de lluvia el agua penetra en tu redil por las grietas del techo, y la humedad será perjudicial a tu rebaño.

—Amigo Caín-A-Abba, he notado que tus esclavos comen mucho. Será preciso que los acortes la ración. Este exceso de alimentación puede arruinarte.

Los dos cariñosos amigos se hacían estas amistosas observaciones con la sonrisa en los labios, con amable ternura en las palabras, con la codicia puesta en los ojos al contemplar aquella riqueza ajena que un día pudiera llegar a ser propia.

Repetidas veces se invitaban, uno al otro, a amistosos banquetes que jamás eran aceptados por el invitado. Temían que alguno de los platos pudiera ser indigesto, peligroso, y ninguno de ambos tenía interés en que su pacto de cesión se cumpliera antes del plazo fijado por Alá.

Por lo demás, los dos vecinos estaban siempre dispuestos a serse útiles, y vivían tranquilos y felices en su comunidad de ideas y de obras.

Y en la ciudad sólo se hablaba con encomio de aquella amistad tan grandemente ejemplar que uría a los dos «hermanos Caínes».

Cierta día fueron invitados por un mercader a quien habían vendido toda su cosecha de trigo.

Ambos Caínes fueron agasajados por el mercader con un suculento banquete, al final del que recibieron cada uno de ellos el importe de la venta del trigo, en sendas bolsas repletas de buenas monedas de oro.

Salieron de la casa del mercader cuando ya el sol se ocultaba tras el horizonte, y llegaron al camino que conducía al monte cuando ya la noche extendía sobre la tierra su manto de estrellas.

Iban caminando ambos en silencio, como abstraídos en sí mismos. Al llegar a la bifurcación del camino se despidieron:

—Hasta mañana, Caín-A-Abba.

—Hasta mañana, Caín-El-Rassi. ¡Que Alá te guardé!

Tomó cada uno el sendero de su hacienda, y durante breves instantes pudo ver Caín-El-Rassi, a la luz de la luna, la figura de su amigo, que se alejaba lentamente hasta perderse tras un recodo del camino.

Vaciló un momento El-Rassi ante la idea sangrienta. Luego, reuniendo todas sus energías, principió a andar por el sendero de su vecino, con la gümia desenvainada en la diestra.

No había adelantado veinte pasos, cuando le cortó el camino la figura de un hombre que avanzaba hacia él.

—¿Eres Caín?—preguntó el hombre.

—Sí, soy Caín. ¿Y tú?

—También soy Caín. ¿A qué vienes por mi sendero?

—A matarte.

—Yo iba a matarte a ti.

Y los dos Caínes se arrojaron el uno sobre el otro, arqueando los cuerpos en una contorsión de tigres acosados, y a la luz de la luna brillaron, sangrientas y trágicas, las hojas de las gümias.

Rodaron sus cuerpos por el suelo, revolcándose en un último y traidor abrazo, y en la lucha brutal cayeron al suelo las bolsas del oro codiciado, y la tierra se manchó con la sangre que brotaban de dos pechos heridos de muerte.

En los azares de la lucha se habían acercado los dos Caínes al borde del camino.

El terreno acababa allí, cortado a pico.

Y en el último revolcón quedaron ambos cuerpos abrazados, sostenidos en equilibrio sobre la terrible arista.

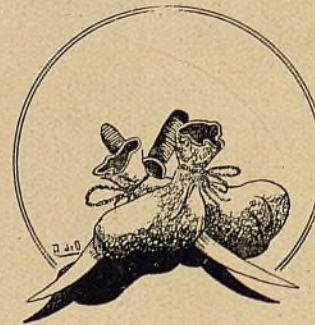
Un solo instante, y Caín-A-Abba y Caín-El-Rassi cayeron desplomados al abismo.

Amanecía.

Un caminante harapiento, que avanzaba por el camino, halló dos bolsas repletas de oro, caídas sobre un charco de sangre, al borde del sendero.

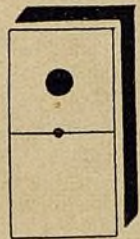
Y sin indagar las causas que le traían la fortuna indagó temerosamente las bolsas sobre el raído alboroz, y dando gracias a Alá por el hallazgo, prosiguió el camino, aligerando el paso.

ÁLVARO DE ORRIOLS

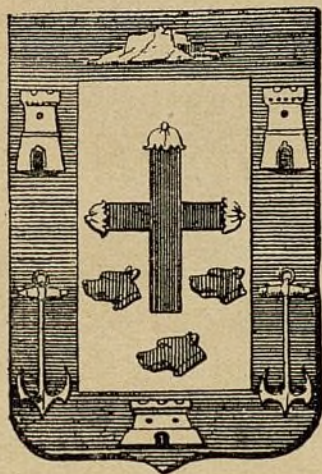


N.º 1. PLAYA

GALGORIO



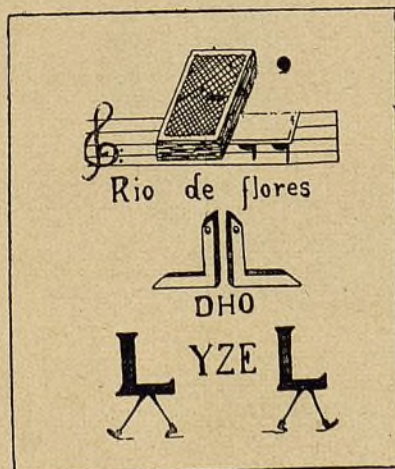
S



A base de asuntos canarios, están formalizados los ocho PASATEDIOS que encabezan la presente sección, que como es consiguiente y siguiendo mi costumbre, dedico a los CRONICIDISTAS de aquel archipiélago.

FRAMARCÓN.

N.º 2. CANARIAS EN 1599...



SECCION CRYPTOGRAFICA

POR FRAMARCÓN

3. SOBRE

Srta.



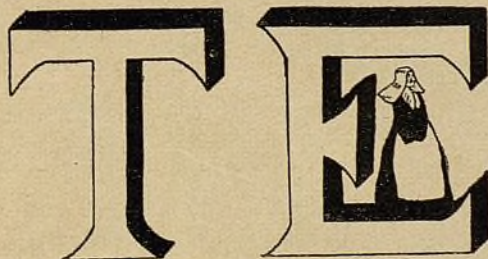
50500

NOTAN ZOT

N.º 4. EN LAS COSTAS CANARIAS

NOTACU MUJER DEL NEGRO MOL

N.º 5. RESIDIÓ EN GALDAR Y AL IGUAL QUE EL DE TARIFA LLEVÓ SU SOBRENOMBRE

SOLUCIONES AL CONCURSO
ABRIL-MAYO

ABRIL

1. Sobreasada mallorquina.
2. Divididas en seis partidos.
3. Conde de Sallent.
4. De Menorca.
5. Baleares.
6. Mallorca y Cabrera.
7. Sobreasada mallorquina.
8. «Palo Mari».
9. Ibiza Formentera.
10. (Sobre) Srta. Patrocinio Más Díez. — Alaró.

Nota.—También son soluciones los apellidos Cruz y Masio.

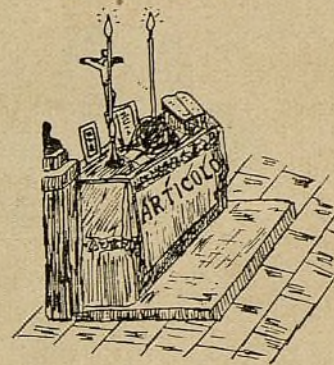
11. Vuestros admiradores.
12. Después de Dios la casa de Quirós.
13. Frente inclinada.
14. «Los intereses creados».
15. A los pies de usted, señora.
16. PLATA MENSESES.
17. Sola la mayor parte del año; Encerrada la mayor parte del año; Sola parte del año; Encerrada parte del año, y Fuera parte del año.

MAYO

1. Los voluntarios catalanes.
2. Pasado por las armas y decapitado.
3. Talavera de la Reina.
4. Lo pasaron por las armas.
5. Almonacid.
6. Napoleón Bonaparte.
7. Interrogado, fusilado y después decapitado; o Interrogado y después decapitado.
8. Velarde.
9. Pasado por las armas.
10. Don Mariano Renovales.
11. Luchando por la independencia.
12. Arrojo de Calatayud a las tropas francesas.
13. Un señalado triunfo o Un triunfo señalado.
14. Carga de los mamelucos en la Puerta del Sol.
15. Santa Engracia.
16. Conservó la cabeza en un frasco de alcohol; o Conservó la cabeza en alcohol.
17. Tres mártires de la Independencia.

N.º 6. PUNTO DE VERANEO

1000

N.º 7.
FUÉ HECHA PRISIONERA
BAÑÁNDOSE EN EL MAR.TE
A51N.º 8. CONMEMORA UNA
VICTORIA

"COSMÓPOLIS"
SECCIÓN CRIPTOGRAFICA
Este y otro CUPON habrán
de acompañarse al pliego
de soluciones bimestral

N.º 9. FALTO DE CRÉDITO



N.º 10. BURLA

20 MARTES

N.º 11. CHARADA FRAMARCONISTA

Sin 1.ª: NOTA, NOTA, NOTA, NOTA
 Sin 2.ª: NOTA, NOTA, NOTA, NOTA
 Sin 3.ª: NOTA, NOTA, NOTA, NOTA
 Sin 4.ª: NOTA, NOTA, NOTA
 TODO: SEMEJANTES

N.º 12. CONTRA LAS BOMBAS



N.º 13. NOVELA TRADUCIDA DEL INGLÉS POR BEATRIZ GALINDO

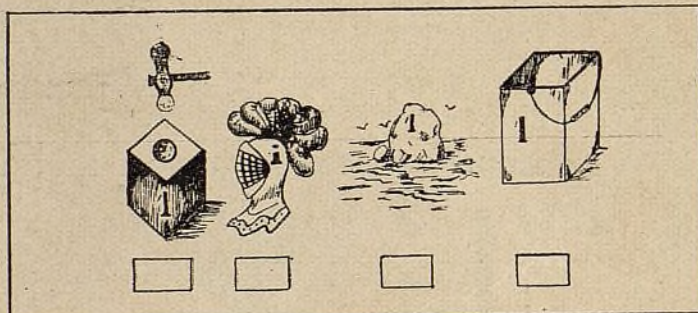
50
 OS QUIERO "DON QUIJOTE DE LA MANCHA"
 NA

N.º 14. ALIMENTA



IMPORTANTE. Se advierte a los solucionistas, que cuantos sobres aparecen en esta sección son formalizados a base de dos apellidos siempre conocidos.

N.º 15. SILÁBICO FRAMARCONISTA



Tómese de cada dibujo la sílaba que el número indica, para que resulte un TODO COMESTIBLE. Los rectángulos sirven para la debida colocación de aquéllas.

BASES PARA EL CUARTO CONCURSO BIMESTRAL JUNIO-JULIO

1.ª—Como de costumbre, los premios consistirán en vales por valor de 150, 100 y 50 pesetas, respectivamente, para la adquisición de objetos a libre elección en la primitiva y acreditada casa PLATA MENESES, Plaza de Canalejas, 4.

2.ª—Estos premios se adjudicarán a los tres concursantes cuyos pliegos contengan el mayor número de soluciones exactas, o por sorteo en caso de igualdad de condiciones.

3.ª—Los pliegos de soluciones, con el domicilio de los remitentes, firmados y acompañados de los dos indispensables CUPONES, se remitirán a nuestra redacción o al apartado 490, antes del 1 de agosto; en ambos casos, como en cuanta correspondencia se dirija a esta sección, habrá de consignarse en la parte superior del sobre: CONCURSO CRIPTOGRÁFICO.

4.ª—Obedece este mayor plazo de admisión de pliegos a dar tiempo suficiente a todos, y principalmente a los de provincias, a solucionar los trabajos.

5.ª—En el número de agosto aparecerán las soluciones a este concurso, y en el de septiembre el resultado del mismo.

6.ª—El sorteo, caso de haber lugar a él, se celebrará en esta redacción, el día 6 de agosto, a las seis de la tarde; acto éste al que quedan invitados nuestros solucionistas.

7.ª—Los suscriptores no acompañarán CUPONES, bastando hagan constar esta circunstancia y número de suscripción a continuación de la firma.

FRAMARCÓN.

RESULTADO DEL TERCER CONCURSO ABRIL-MAYO

Señores cuyos pliegos resultaron exactos:

1. Don Carlos Barberán, de Cartagena.
2. Don Gregorio Mesquida, de Palma de Mallorca.
3. Don Antonio García, de Madrid.
4. Don Carlos López Monís, de Madrid.
5. Doña Concepción da Casa, de Guadalajara y Madrid.
6. Don José Sicilia, de Cartagena.
7. Don José Albaladejo, de Inca (Mallorca).
8. Doña Amalia Arroyo, de Madrid.
9. Don B. Martínez, de Madrid.
10. Doña Leonor Herránz, de Madrid.
11. Don Raimundo Canalis, de Madrid.
12. Don Francisco Marín, de Madrid.
13. Don Francisco Soto, de Madrid.
14. Don Gregorio Moles, de Madrid.
15. Don José Ripoll, de Madrid.
16. Don Juan D. Zorito, de Madrid.
17. Don Jorge Luzón, de Madrid.
18. Doña Aurora García, de Madrid.
19. Don Gabriel Cañal, de Cartagena.
20. Don Manuel Cano, de Madrid.
21. Doña Amparo Fernández, de Madrid.
22. Don Ramón Maraver, de Madrid.
23. Don Ángel Sáinz, de Madrid.
24. Don Francisco Jiménez, de Madrid.

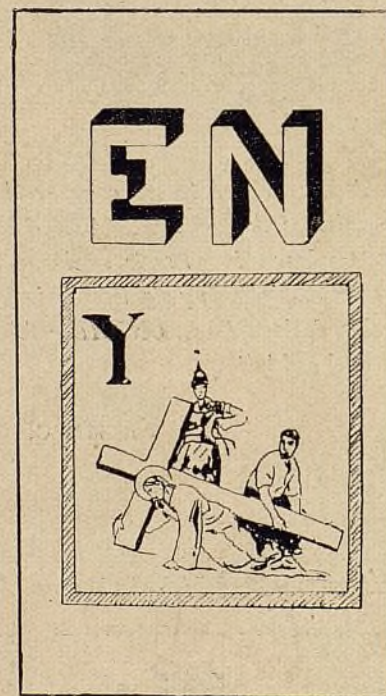
Celebrado en nuestra redacción, el día 21 de mayo último, a las siete de la tarde, el sorteo de premios, resultaron agraciados:

Doña Aurora García, de Madrid, con el primer premio.

Don B. Martínez, de Madrid, con el segundo premio.

Don José Sicilia, de Cartagena, con el tercer premio.

N.º 16. ¿DÓNDE ESCRIBES?



Estos premios, consistentes en vales por valor de 150, 100 y 50 pesetas, para la adquisición de objetos en la primitiva y acreditada casa PLATA MENESES, plaza de Canalejas, 4, se encuentran en esta redacción a disposición de los interesados, quienes podrán retirarlos antes del día 20 del actual junio y hora de cinco a siete de la tarde.

CORRESPONDENCIA

J. Albaladejo (Inca).—G. Mesquida (Palma de Mallorca).—M. Cano (Madrid).—G. Moles (Madrid).—P. Viñuelas (León).—J. Codorniu (Burgo de Osma), y P. Quintana (Zamora).—Muy agradecido a sus felicitaciones.

P. Serna (Logroño).—Queda complacido, como todos, en el mayor plazo de admisión de pliegos; lea las bases de este concurso; en esta casa siempre se atienden las súplicas que son razonables y justas; ánimo y al concurso.

CUPON

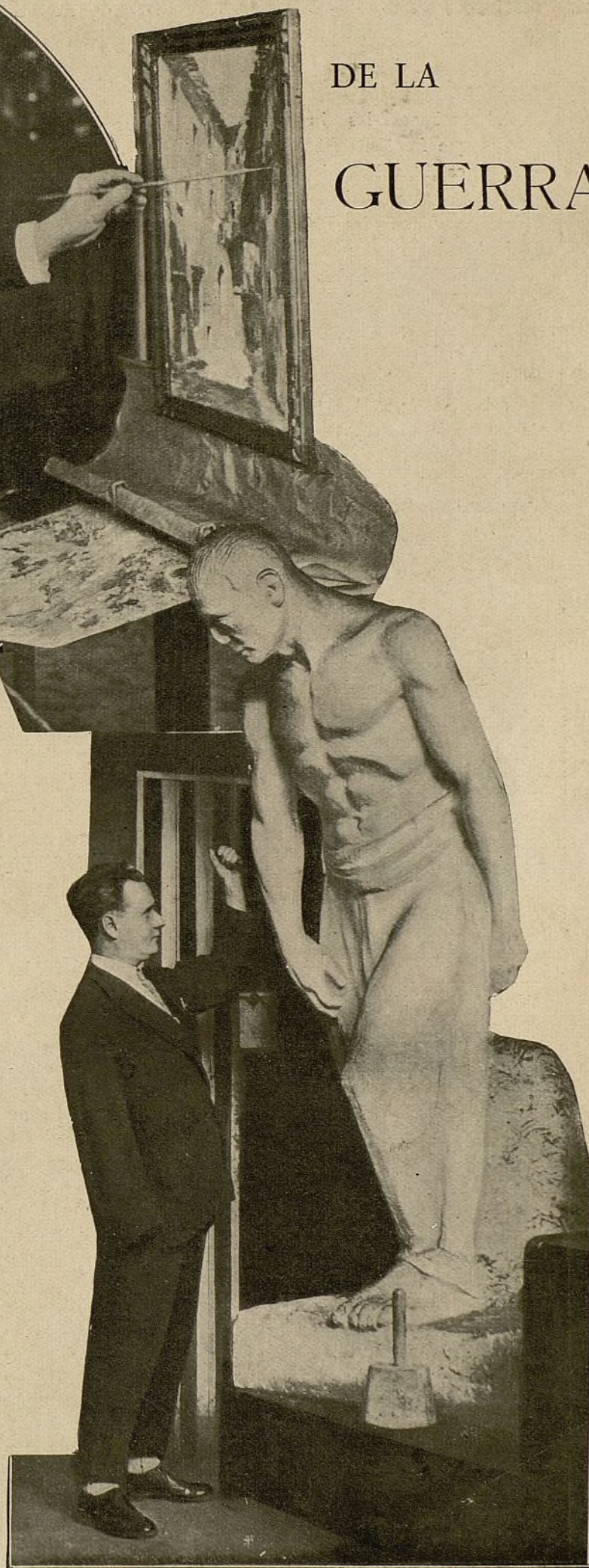
CONSECUENCIAS

DE LA

GUERRA



(Foto Ortiz)



Las tres fotografías no son muy similares y, desde luego, han de sorprender al lector, máxime si considera el título que ostentan genéricamente; pero, con un poco de calma para seguir leyendo, se convencerá de cuán razonada es la clasificación.

El pintor y el escultor que utilizan su brazo izquierdo guardan las mangas vacías, dolorosamente inertes, como recuerdo trágico de la contienda mundial que asoló a Europa. Artistas ambos, el corazón y el afán creador pudieron más que la inutilidad física, y a zurdas el uno maneja su pincel, mientras que el buril del otro labra la dura masa del mármol.

La otra consecuencia de la guerra es ya un poco más remota: hija de la extravagancia, es nieta de aquella y—como siempre—obedece a una pirueta de la moda. Ahora se trata de la corbata con que las féminas adornan sus «tailleurs» y que luce el retrato del novio de la interesada.

Durante el pasado mes...

... ha reclamado las miradas de los que frecuentan tertulias y corrillos literarios el éxito de tres periodistas: Wenceslao Fernández Flórez, Luis Araujo Costa y Manuel Chaves Nogales. *Relato inmoral* y *La civilización en peligro* son con sus libros que el público solicita en las librerías, habiendo alcanzado éxito excepcional; y el reportaje del vuelo Lisboa-Madrid, con la aviadora Ruth Elder, valiéndole al inteligente redactor-jefe de *Heraldo de Madrid* el Premio Cavia, han sido ocasión para que el

Comentarios
gráficos de Madrid y
provincias



Wenceslao Fernández Flórez



Luis Araujo Costa



Manuel Chaves Nogales

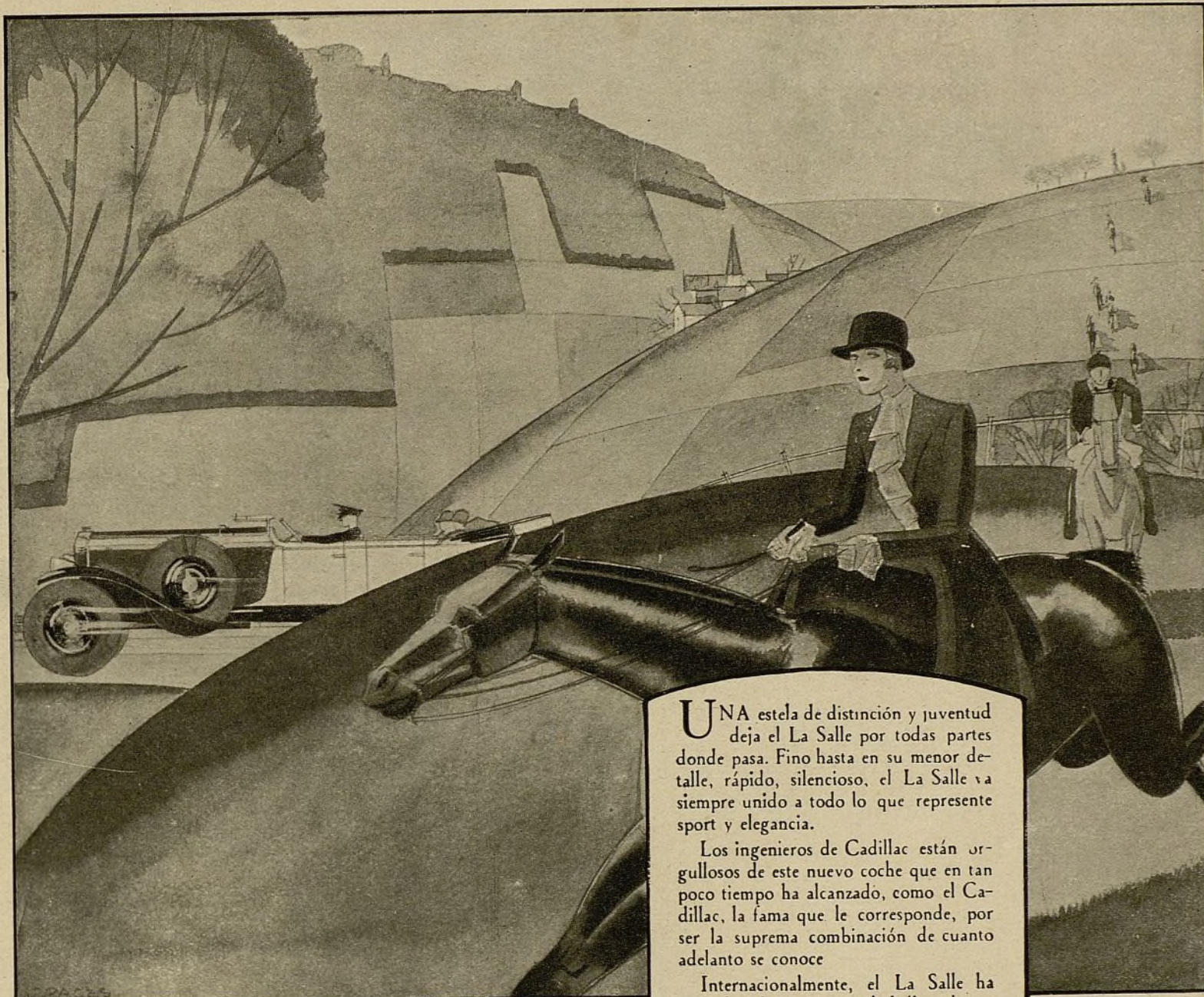
público pueda comprender que no todos los queridos compañeros pertenecen a la pintoresca fauna que integra la Redacción de *El Clamor*.

* * *

... nuevamente la aristocrática dama sevillana condesa de las Torres de Sanchezdarp ha reunido a

la mejor sociedad local en su espléndido palacio: una comida en honor de los hermanos Álvarez Quintero, a la que asistieron a más de los dueños de la casa y de su hermana, los marqueses de la Presa, Casa Galindos, Caminos, Montoto, Iglesias, Arana y Sanchezdarp y los Srtas. Borbón, Serrantes, Ibarra, Moreno y otras, y una fiesta a beneficio de los Centros Católicos Obreros, que honraron con su presencia SS. MM. y AA. RR., el presidente del Consejo y el ministro de Fomento, han constituido notas destacadas de la temporada primaveral en la bella capital andaluza.





LA SALLE

General Motors Peninsular, S. A. — Madrid

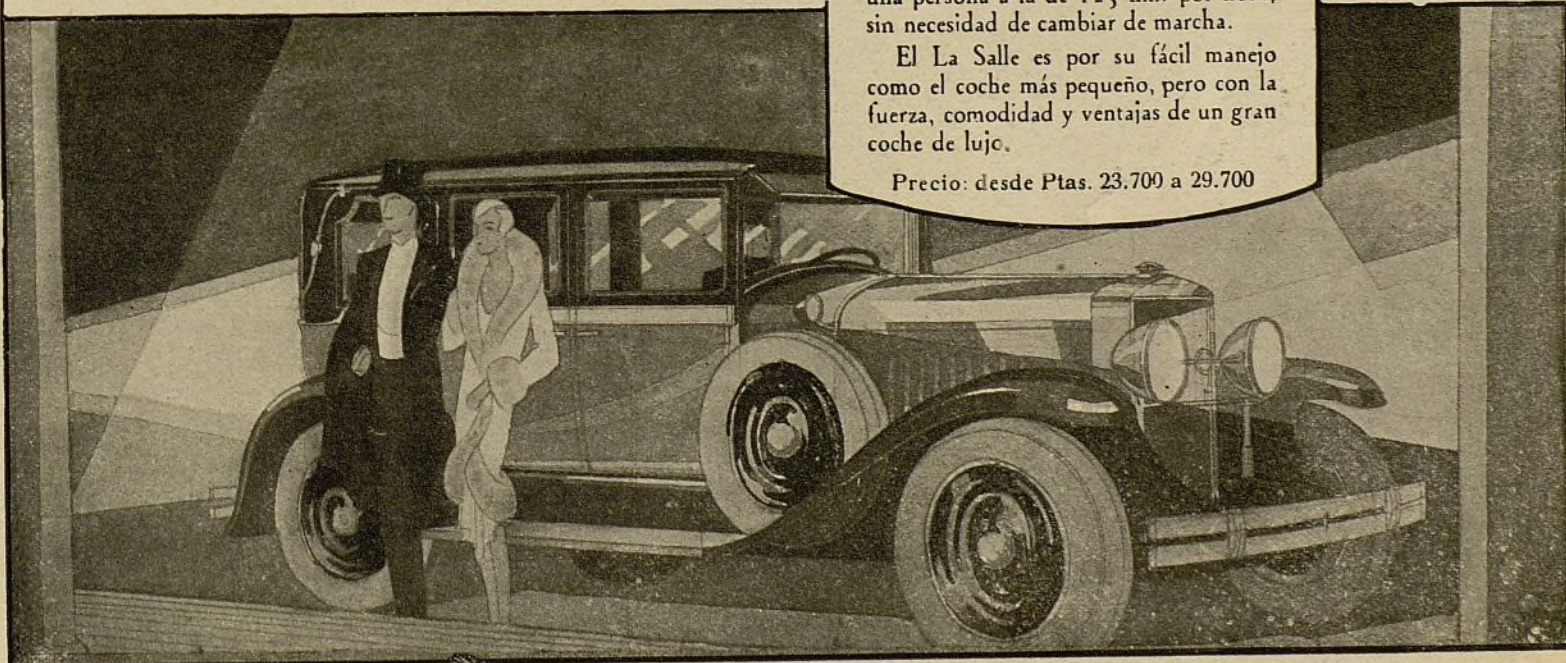
UNA estela de distinción y juventud deja el La Salle por todas partes donde pasa. Fino hasta en su menor detalle, rápido, silencioso, el La Salle va siempre unido a todo lo que represente sport y elegancia.

Los ingenieros de Cadillac están orgullosos de este nuevo coche que en tan poco tiempo ha alcanzado, como el Cadillac, la fama que le corresponde, por ser la suprema combinación de cuanto adelante se conoce.

Internacionalmente, el La Salle ha causado admiración por la belleza de sus líneas y por su motor 8 cilindros tipo V. 90°, poseyendo una aceleración que le permite pasar de grandes a mínimas velocidades y de la velocidad del paso de una persona a la de 125 km. por hora, sin necesidad de cambiar de marcha.

El La Salle es por su fácil manejo como el coche más pequeño, pero con la fuerza, comodidad y ventajas de un gran coche de lujo.

Precio: desde Ptas. 23.700 a 29.700






PLATA MENESES
 MARCA DE FABRICA
 ESTA EN TODAS PARTES Y TAMBIEN EN LOS
 COCHES RESTAURANTS DE LA C^{IE} DE WAGONS-LITS
 V^{DA} E HIJOS DE EMILIO MENESES.
 Casa fundada en 1840
 UNICO DESPACHO:
 PLAZA DE CANALEJAS 4. MADRID.
 FABRICA, CALLES DE D. RAMON DE LA
 CRUZ Y NUÑEZ DE BALBOA
 Sucursales o correspondientes
 en toda España
 APARTADO DE CORREOS 186

Confección y grabados de A. DURÁ,
 director artístico de esta revista.

ALDUS, S. A., SANTANDER